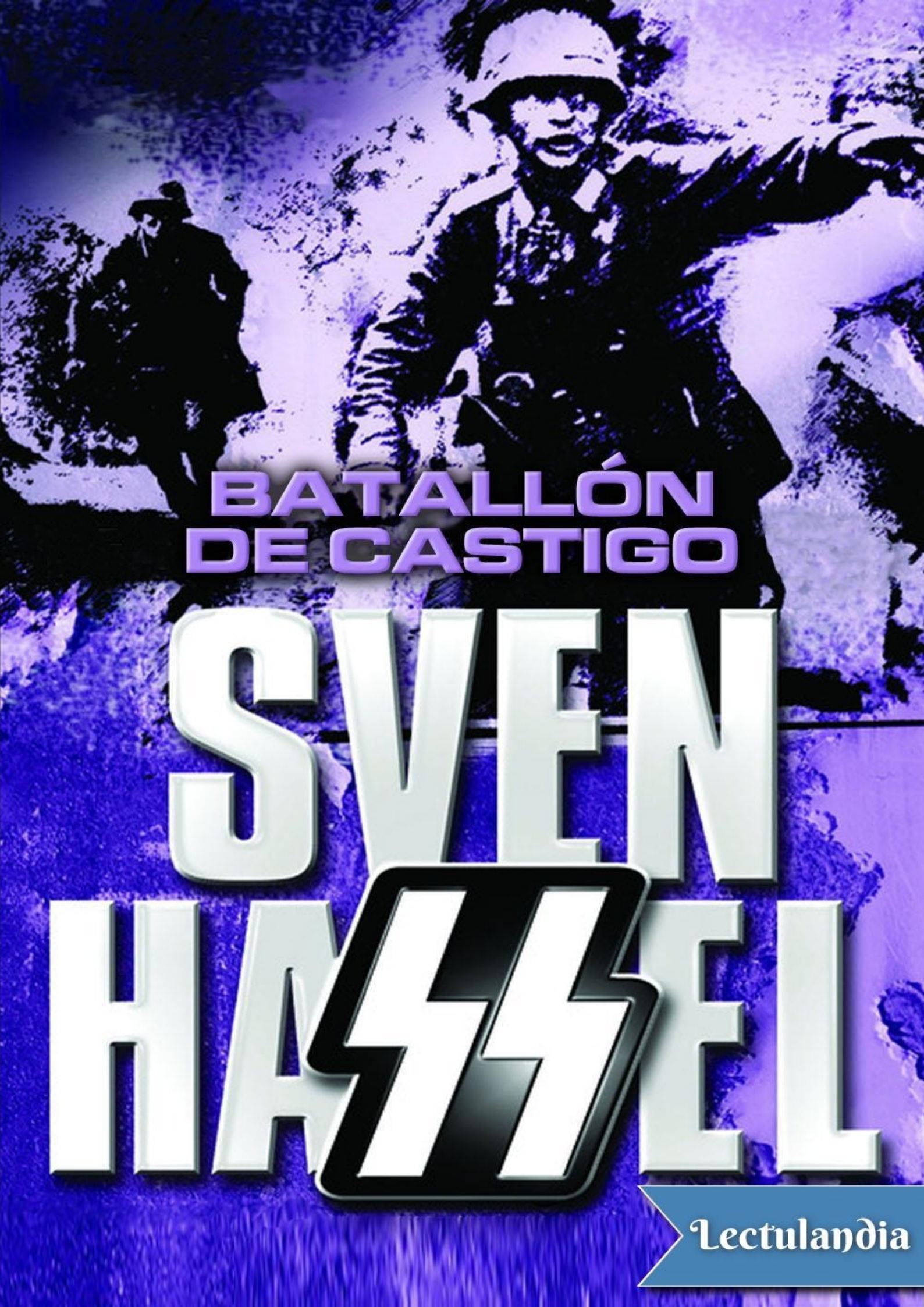




**BATALLÓN
DE CASTIGO**

SVEN HASEL

Lectulandia

Es el frente del Este. Las fuerzas alemanas están sufriendo los embates del «General» Invierno, ese terrible invierno ruso con grandes tormentas de nieve y temperatura varias decenas de grados bajo cero. Mal pertrechados y peor alimentados.

Nuestros camaradas de la 2.^a Sección, 5.^a Compañía, 27.º Regimiento Blindado: *el Viejo*, *Porta*, *Hermanito*, *el Legionario* y *Sven*, se pasean detrás de las líneas enemigas de incógnito en un T-34, como premio los otorgan un período de guardia en una prisión militar y otras aventuras, del tipo al cual ya nos tienen acostumbrados.

Lectulandia

Sven Hassel

Batallón de castigo

Biblioteca Sven Hassel - 4

ePUB v1.0

Ozzeman 02.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Marchbataillon*

Sven Hassel, © 1962

Traducción: Alfredo Crespo López

Diseño/retoque portada: Ozzeman (Basada en la edición inglesa)

Editor original: Ozzeman (v1.0)

ePub base v2.0

BATALLÓN DE CASTIGO



La diferencia no es tan grande como parece —dijo Barcelona Blom, al tiempo que escupía por la escotilla lateral del tanque—. Como sabéis, intervine en la guerra civil española en calidad de «miliciano» de los Servicios Especiales. Llevábamos por la calle del Ave María, en Madrid, hasta las paredes del matadero a los sospechosos de pertenecer a la quinta columna o de ser fascistas. La tierra era allí tan seca que se bebía instantáneamente la sangre. Así no había que limpiarla. Preferían fusilarlos de pie, pero algunos se echaban al suelo y no había manera de hacer que se levantaran. Muchos gritaban: «¡Viva España!».

»Cuando me pescaron los nacionalistas y me metieron en la Legión Extranjera española tuve que demostrar que era un buen alemán y que había sido alistado a la fuerza por los hombres del general Miaja. Me metieron en la tercera compañía del segundo batallón, los del cuello azul.

—Bueno, basta de esa guerra —protesto Hermanito—. Es mejor que nos hables de las corridas de toros y de las hermosas mujeres bajo el sol.

Barcelona se frotó los ojos, como para borrar las visiones macabras. Empezó a hablar y olvidamos el frío ardiente y la nieve que helaba. Ya sólo veíamos el sol de España, ya sólo escuchábamos los clamores entusiastas de la multitud.

Incluso el T-34, el tanque ruso en que nos encontrábamos, escuchaba y olvidaba que le faltaba aceite. Ronroneaba suavemente, muy satisfecho, e imaginaba que era un enorme toro negro.

COMANDO ESPECIAL

La nieve se arremolinaba en la estepa sin límites. Espesos torbellinos azotaban los tanques alineados en formación cerrada, los unos tras los otros, sobre lo que debía de ser una carretera. Las tripulaciones se habían arrastrado bajo los vehículos o se arrebujaban en el lado protegido del viento, para resguardar sus rostros helados de los mordiscos de la tempestad.

Hermanito estaba bajo nuestro Panzer IV. Porta se había confeccionado una especie de colchón entre las cadenas, y parecía una enorme lechuza de nieve, con la cabeza hundida entre los hombros; entre sus piernas se acurrucaba el legionario,

aterido.

El absurdo avance había cesado por el momento, sin que nadie nos hubiese dicho el motivo; de cualquier manera, a todo el mundo le daba igual. Permanecer allí, a la espera, o hacer otra cosa, poco importaba. No dejaba de ser la guerra.

Julius Heide, metido en un agujero, propuso una partida de cartas, pero nuestros dedos estaban tan entumecidos que no hubiesen podido sostener un naípe. El legionario tenía congelaciones serias en las manos y las orejas. El linimento que se nos había distribuido para estos casos parecía agravarlas; Porta lo había tirado desde el primer día, diciendo que olía a mierda de gato.

El Viejo se nos acercó, jadeando. Venía de ver al comandante. Su fusil ametrallador cayó en la nieve antes de que él se echara a su vez.

—¿Qué dice ese cerdo? —preguntó Porta, examinándose las manos cubiertas de heridas purulentas.

El Viejo no contestó. Empezó a llenar su pipa, la vieja pipa con tapadera que él mismo se había fabricado. El legionario le alargó su encendedor; era el mejor encendedor del mundo, el que nunca fallaba; lo había hecho con una capita de plomo y varios trapos calcinados, un pedazo de madera provisto de un fragmento de sílice y un trozo de navaja de afeitar. La navaja arrancaba una chispa al sílice, los trapos ardían y se encendía la pipa o el cigarrillo; luego se apagaba al bajar la tapa; la peor tempestad no impedía que el encendedor funcionase, y su débil resplandor era mucho menos visible, de noche, que el de una cerilla encendida.

—Bueno ¿qué ha dicho? —insistió Porta; después escupió con impaciencia.

Hermanito se golpeaba los muslos, para hacerlos entrar en calor.

—¡Jesús, que frío hace! —Se frotó con precaución el rostro apergaminado—. ¿Crees que falta mucho para la primavera?

—¡Imbécil! —exclamó Porta—. Apenas ha empezado el invierno. Dentro de tres semanas será Navidad, pero no tendrás regalos; excepto uno, tal vez, en el cráneo, de parte de Iván.

El Viejo sacó un mapa de su túnica blanca. Sus dedos insensibles lo extendieron sobre el suelo u con el índice mostró un punto en el papel multicolor.

—Tendremos que ir hasta aquí con la sección.

Hermanito asomó por entre las cadenas del vehículo y trató de pronunciar el nombre del poblado.

—El lugar en que estamos se llama Kotelnikovo —explicó *El Viejo*, mirándonos—. Está a treinta kilómetros de las posiciones exteriores alemanas en Stalingrado. De Kotelnikovo hay que ir en dirección a Obilnoge, para echar una ojeada a la concentración de tropas rusas. En resumen, vamos de reconocimiento hacia Sarpa y la costa. Si nos cortan la retirada y no podemos volver —*El Viejo* rió en silencio—, tenemos orden de establecer contacto con el IV Ejército rumano, que está al sudeste

del Volga. Eso suponiendo que exista aún cuando lleguemos.

Porta se echó a reír y lanzó un sonoro pedo.

—Oye, ¿es que estáis locos, tú y ese cerdo? Iván no está ciego. Verá nuestros vehículos a cien leguas. ¡Menudo blanco!

El Viejo se frotó la barbilla y entornó los ojos.

—No, muchacho, es más refinado de lo que te figuras. Ante todo, una vez al día, tendremos que transmitir un mensaje por radio al Cuerpo de Ejército. —Se detuvo, dio una chupada a su pipa, luego se la quitó de entre sus labios y la utilizó para rascarse una oreja—. Después nos pondremos los uniformes rusos y nos embarcaremos en los T-34 que hemos birlado a Iván.

—¡Esto es un suicidio! —exclamó el legionario—. Imagina que Iván nos pesca vestidos con sus ropas y metidos en esos cacharros de la estrella roja. ¡Iremos derechos a la horca!

—Prefiero la horca a la muerte lenta en Kolyma.

—¡Tonterías! —susurró el legionario—. Trotarías a toda velocidad hacia el cabo Dshnev, si te dieran a elegir. Esas historias de preferencias son un camelo. Luchamos por la vida, esta vida amarga y cochambrosa. Es la voluntad de Alá.

—¡Y Alá ordena que nos metamos en los andrajos de Iván y en sus ataúdes de acero! —replicó Porta, riendo.

—Alá lo ha previsto todo —dijo el legionario.

—¡Ya está bien! —grito *Hermanito* desde abajo del vehículo—. Siempre dices que Alá es bueno, pero no cesa de hacérselas pasar moradas.

El legionario se encogió de hombros. Para él Alá quedaba por encima de toda discusión. *El Viejo* se incorporó y recogió su fusil ametrallador.

—¡De frente, marchen! A casa del capitán Lander. Ansía veros.

Lentamente, nos incorporamos y, colgando el arma del hombro, emprendimos la marcha, formando un grupo muy poco reglamentario, hacia el tanque del jefe de la compañía.

El capitán Lander llevaba poco tiempo en el batallón de castigo. Se sabía que era un nazi fanático, oriundo de Slesving. Historias muy turbias relativas a unos niños habían hecho que fuese enviado al frente. Circulaban rumores extraños y Porta, como siempre, había descubierto el pastel gracias a su camarada del Estado Mayor del regimiento, el primero Feders. Había maltratado a unos niños. Una cuestión de baños helados en un instituto de «reeducación», o algo por el estilo. Esperábamos averiguarlo todo algún día.

Muchos como él intentaban relacionarse con nosotros. Nos palmoteaban la espalda y nos llamaban «camaradas»; repartían cigarrillos, recibían paquetes de Dinamarca, con grandes pedazos de tocino, alardeando de su fraternidad con la gente de los países que habían ocupado. Pero de nada servía. Nos enterábamos de sus

fechorías por un camino u otro. Entonces Porte y el legionario decidían cuál había de ser nuestra conducta con ellos.

A los unos se les mataba por la espalda durante un ataque. A otros los entregábamos a Iván; lo que éste les hiciese tendríamos que ignorarlo siempre, y más valía así. A unos pocos los dejamos morir de frío.

El capitán Lander nos esperaba de pie, con las piernas separadas y las manos enguantadas apoyadas en las caderas. Era un hombre bajo y regordete, de unos cincuenta años, un comerciante de *Delikatessen*. Porta le llamaba «cortador de sebo». Aún no sabíamos que era al mismo tiempo administrador de bienes de su parroquia, ni tampoco que presidiese el Consejo de Tutela local. Le gustaban las citas bíblicas, y cuando enviaba a un hombre al consejo de guerra, decía con afligida devoción: «Lamento tener que hacerlo, pero es la voluntad del Señor. Sus caminos son insondables cuando quiere recuperar una oveja descarriada».

Rezaba mucho; antes de las comidas, recitaba el *Benedicite*; invocaba al Espíritu Santo antes de firmar la orden de ejecución de campesinos rusos a los que sólo él consideraba guerrilleros, y se relamía los labios ante los cuerpos atravesados por las balas. «El que hiere con la espada, perecerá por la espada», decía, levantando hacía el cielo sus ojos de pescado hervido. Confundía a Dios con Adolf Hitler, pero jamás mencionaba a Jesús; entonces no estaba de moda.

El día que ejecutó personalmente a una joven, le dijo, mientras ella permanecía de rodillas:

—Encontrarás un mundo mejor en el reino de Dios.

Le acarició suavemente el cabello y consiguió disparar dos veces antes de que cayera.

El capitán se mantenía siempre a una distancia respetuosa de las tropas combatientes. La cruz de hierro le había sido concedida por error, y cuando el regimiento protestó por esta condecoración, el teniente coronel Hinka, nuestro comandante, recibió la orden de interrumpir sus investigaciones.

El Viejo terminó de dar la novedad y el capitán Lander hizo uso de la palabra.

—La guerra exige víctimas, es la voluntad de Dios. Si una guerra no es homicida, deja de ser guerra. La misión que os confío significa sin duda la muerte para la mayoría de vosotros. Pero será la muerte en combate, y llena de honor.

—¡Vete al diablo! —exclamó *Hermanito* en voz bastante alta.

Lander calló por un momento; lanzó una mirada de desaprobación, pero no de enfado. En la Escuela Militar de Dresde enseñaban que un oficial no debía perder nunca la serenidad. El cadete Lander había llenado ciento veintiséis cuadernos con las instrucciones del inspector jefe. Por lo tanto, lo único que cayó sobre la primera sección fue una mirada altiva.

—La muerte puede ser hermosa —prosiguió con tono homílico—. Incluso puede

ser dulce —gritó al desierto de nieve, como si saborease la palabra «dulce»—. El deber de un soldado alemán es combatir y morir por su gran patria; el final más hermoso para un soldado alemán es morir como un héroe.

—¡Pues muérete de una vez, cabeza de merluzo! —exclamó *Hermanito*, riendo.

El capitán hizo un esfuerzo inmenso para contener un aullido de rabia. Abrió y cerró varias veces la boca mientras su rostro azulado de frío enrojecía y palidecía sucesivamente.

—Cabo, le ruego que se calle en tanto no le dirija la palabra.

—Sí, mi capitán —exclamó *Hermanito*—, tendré mucho gusto en callarme hasta que mi capitán me dirija la palabra.

Porta sonrió, el legionario también, Steiner escupió en dirección a un cadáver que yacía sobre la nieve, *El Viejo* dio un respingo y se golpeó un muslo con la mano.

El jefe de la compañía se mordió los labios. Se ajustó el cinturón —algo caído— del que colgaba el revólver «Walther», y prosiguió con voz más brusca:

—Ha sido la voluntad de Dios el que se os haya elegido para una misión tras las líneas rojas, una misión magnífica de la que podéis sentir os orgullosos.

—¿En serio? —preguntó la voz de *Hermanito*—. Así, pues, ¿Dios es general?

Esta vez, Lander olvidó sus cuadernos. Avanzó tres pasos y se plantó ante el gigante, vociferando:

—¡Cerdo!, ¡perro! Tres días de calabozo por insolentarse con un superior. Una palabra más y le mato como a un miserable. ¡Repita lo que acabo de decir!

—Sí, si me promete no disparar, mi capitán —contestó *Hermanito* en tono cuartelero—, porque si mi capitán fallara el tiro, podrían llevarme ante un consejo de guerra y fusilarme de nuevo.

El capitán se congestionó hasta el borde de la apoplejía. Su mano se dirigió hacia el revólver y creímos que, efectivamente, iba a disparar. El único que conservaba la calma era el propio gigante, que permanecía muy tranquilo, con la mirada perdida en las nubes.

—¡A tierra! —gruñó el capitán.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó *Hermanito*.

—¡A tierra! —repitió Lander fuera de sí.

Hermanito se dejó caer como un saco de patatas. El obeso oficial le miró, escupió y siguió hablando al resto de la compañía.

—Este criminal es una vergüenza para el honor de la compañía. Si tenéis algo en el vientre, os las arreglaréis para que se pudra lo antes posible bajo un casco de acero oxidado, pero puedo garantizaros que sus días están contados. El primer consejo de disciplina que venga se ocupará de él.

El comerciante del Slesvig no escuchó, por fortuna, lo que *Hermanito* rezongaba, y se dignó ponernos al corriente de nuestra misión. La sección debía vestirse con

uniformes rusos, montar en cuatro tanques rusos del tipo T-34 y emprender un reconocimiento tras las líneas enemigas. En Alemania, ciertamente, se tenía una elevada opinión de la Convención de Ginebra, de la que se hablaba a todo pasto, pero esta idea genial era una violación manifiesta de la misma. Con ademán despectivo, el capitán despidió a la compañía. A sus ojos, estaban ya en la lista de bajas.

Lo más difícil fue encontrar un uniforme ruso capaz de cubrir los dos metros del corpachón de *Hermanito*. Éste blasfemaba y vociferaba que era violar el derecho de gentes eso de meterle en el uniforme de Iván; tiró sobre la torreta del tanque un gorro de piel demasiado pequeño, pegó una patada a un fusil ametrallador e hizo esfuerzos desesperados para ponerse unos pantalones rusos.

—¡Ya sé! —exclamó de repente—. Voy a pedir que me juzguen inmediatamente. Según el reglamento, un condenado puede exigir que se le encierre antes del juicio.

—Estas chiflado —murmuró el pequeño legionario—. El tendero te liquidará en el acto, si reclamas ahora un juicio.

—¡Lo que digo es justo! —insistió el gigante—. Acuérdate del día en que escogimos a Adolf como Führer, y yo no sabía como se votaba.

Los veteranos de la compañía se echaron a reír mientras pensaban en el famoso día en que hubo que votar. Se trataba del gran referéndum «libre» de 1930, que debía evidenciar la unanimidad del pueblo alemán. Todo el mundo debía votar, incluso los soldados y los prisioneros de los campos de concentración. Entre nosotros, que por entonces estábamos en el regimiento de tanques de Eisenach, la cosa empezó con la aparición de hermosos carteles multicolores de los diversos partidos por todas las paredes. En la compañía, se pronunciaron discursos políticos para darnos idea de lo que deseaban. Se llegó incluso a organizar discusiones «libres» durante las horas de servicio.

Las disputas subían de tono durante esas discusiones. Nuestra sección incluía a cuatro comunistas y a siete socialdemócratas, todos los demás no entendían nada de política. Pero al cabo de cierto tiempo, la mayoría de nosotros estábamos convencidos de que más valía votar contra Hitler, aunque no comprendiésemos bien el motivo.

Llegó el día de la votación. Las orquestas tocaban en las calles de Eisenach, acompañadas por el redoblar de los tambores. Banderas por todas partes, pero, pese al «voto libre», sólo las había con la cruz gamada. A las tres de la tarde, todo el mundo debía estar en el cuartel para votar, cada sección en su dormitorio. Estábamos nerviosos. *Hermanito* juraba en voz alta que sólo votaría por el partido que le enviara a su casa; Porta y él preparaban ya sus pertenencias para devolverlas al almacén; era cuestión de horas.

Se abrió la puerta, el teniente Pötz, apodado *La Monja*, entró. Llevaba en la mano un montón de papeles de voto.

—¡Firmes! —gritó el jefe de la sección, antes de dar la novedad al teniente.

Éste se llevó tres dedos a la gorra después de escuchar el parte. Luego examinó el dormitorio para ver si todo estaba de acuerdo con el reglamento. Bajo un zapato de Porta quedaba una motita de tierra, lo que costó a nuestro amigo su permiso del domingo; en cuanto a *Hermanito*, cuyo dedo estaba manchado con grasa de fusil, fue obsequiado con un turno de guardia suplementario. La disciplina quedaba a salvo.

La Monja ordenó descanso.

Solemnemente, extendió las papeletas en la mesa, se estiró la guerrera y lanzó una mirada inquisidora. Lo que vio le tranquilizó: éramos lo que parecíamos ser, un rebaño humano disciplinado hasta la muerte. Carraspeó y volvió a estirarse la guerrera, que iba adornada, en honor al día, con un puñal de gala. Sonrió como una novicia.

—¡Camaradas! —gritó—. Hoy, la gran Alemania ha de votar. Vivís un hermoso día. Un hermoso día en el que ocurre algo trascendental.

Calló de repente, al darse cuenta de que *Hermanito* no escuchaba.

—Soldado Creutzer, ¿qué está mirando?

—Las moscas, mi teniente.

—¿Qué moscas?

—Esas dos que se están haciendo el amor en la lámpara, mi teniente.

Y *Hermanito* señalaba con el dedo dos moscas a punto de aparearse.

—¡Idiota! —exclamó el teniente—. ¡Repita lo que acabo de decir!

Hermanito se cuadró y se olvidó de las moscas.

—Ha dicho que era un gran día.

—Sí; y, ¿por qué es un gran día?

El gigante mostró su estupefacción; casi se podía oír el funcionamiento de su cerebro.

—¿Y bien? —insistió.

Hermanito tuvo un arrebato de inspiración.

—Es un gran día porque no tenemos servicio y falta mucho para que anochezca.

—¡Cretino! —aulló el teniente, al tiempo que administraba dos bofetadas a nuestro camarada.

Cuando se restableció la calma, *La Monja* reanudó su discurso.

—Camaradas, os ordeno que sintáis en lo más profundo de vuestro ser la emoción de este gran día. Si entre vosotros hubiese quien no lo sintiera, le daría una paliza tal que en su trasero se podrían freír huevos. ¡Espero que me hayáis comprendido, brutos! —Se reajustó el puñal de gala—. Nuestro Führer bendecido por Dios, Adolf Hitler, ha permitido que miserables como vosotros puedan votar por él, y me cuesta imaginar que incluso unos cernícalos así puedan pensar en hacerlo por otro.

Por tres veces, todo el mundo gritó: *Heil!*, incluidos los comunistas y los

socialdemócratas. Un hombre fue llamado a la mesa. El teniente le metió un lápiz entre los dedos y le indicó la papeleta.

—Ponga una cruz ahí.

Uno tras otro fuimos llamados de la misma manera y todo fue como una seda hasta que llegó el turno de *Hermanito*.

El gigante estaba evidentemente nervioso y no puso la cruz en el lugar debido. ¿O lo hizo adrede? Nunca lo supimos. Pero el teniente Pötz estalló como una bomba.

—¡Esto es alta traición, cerdo! Ahora verá lo que es bueno.

Persiguió a *Hermanito* bajo las camas y por encima de los armarios y lo castigó con tres guardias suplementarias, tras de lo cual toda la sección, en represalia, tuvo que realizar unos ejercicios adicionales.

La misma noche, el jefe de la compañía sancionó a *Hermanito* con catorce días de calabozo por haber manchado el honor de la compañía a los ojos de los oficiales.

—Si te diese lo que mereces —gritó el sargento—, tendría que enviarte de una patada ante el piquete de ejecución. —Escupió a los pies de *Hermanito*—. Pero como me gustan los animales, te librarás con catorce días de calabozo.

El comandante transformó el castigo en tres meses de arresto, con grilletes.

—Y si protestas, te las verás con el consejo de guerra. En casos como éste, lamento que no estemos en la Edad Media. Tu única salvación es que solicites el inmediato cumplimiento de la condena.

Diez minutos más tarde, *Hermanito* estaba en el calabozo, y durante tres meses se preguntó adónde podían conducir las votaciones verdaderamente libres.

El Viejo llegó con el andar casino que le era tan peculiar. Ordenó secamente:

—Apresuraros a poner los trapos de Iván, y preparad los T-34. Salimos dentro de una hora.

No hubo ninguna charanga en la salida de la sección. Grises y tristes, nos eclipsamos rápidamente. Los comandantes de los tanques, silenciosos, contemplaron nuestra marcha desde lo alto de sus torretas. *El Viejo* levantó la mano en ademán de despedida, y eso fue todo.

—Nunca volveremos a verles —dijo un teniente de la cuarta compañía—. Si Iván les pesca, les valdrá la horca en cuestión de minutos, y si tratan de regresar a nuestras líneas con esos uniformes, los acribillaremos a cañonazos.

Escupió, sonriendo amargamente.

—Todo eso es una mierda —anunció *Hermanito*, mientras agrandaba con el pie un gorro de piel demasiado pequeño.

El vehículo jadeaba sobre sus cadenas chirriantes mientras subía la pendiente; por el tubo de escape salían cortas llamaradas azules. Porta dio más gas. El ruido del motor encontraba un eco en las montañas. El ayudante Blom, *Barcelona* Blom, que sólo pensaba en el huerto de naranjos que tendría después de la guerra, abrió una

escotilla lateral y contempló la oscuridad; la tempestad amontonaba espesas nubes en todo el firmamento.

—Montañas, nada más que montañas.

—Sí, y en esas montañas está Iván —dijo *El Viejo*.

—¿Estamos ya tras las líneas de Iván? preguntó Porta, acelerando.

—Desde hace mucho rato —murmuró *El Viejo*, quien apoyaba la frente contra la barra de caucho, tratando inútilmente de ver a través de la oscuridad por el grueso vidrio de la mirilla de la torreta.

—¡Con tal de que no tropecemos con las minas T! —pensó en voz alta.

El legionario rió sarcásticamente. *Hermanito* había terminado por tirar su gorro de piel y se había tocado con un bombón color gris perla. Aquél bombón, lo mismo que el sombrero de copa de Porta, había producido numerosos ataques de rabia a muchos superiores.

—Oye, tú —rezongó mientras se ajustaba el bombón—, ¿crees que entraré en el Jardín de Alá? Nunca he entendido mucho de religión.

—Arrodíllate y ruega a Alá —aconsejó el legionario—. Entonces te perdonará.

Porta se echó a reír:

—¡No hay perdón para ese gorila! Lo que ha hecho rebasa incluso el poder de Alá.

—Si él lo consigue —añadió Heide—, entonces el SS Heinrich lo lograría también, y esto no es posible. Alá no puede aceptar tal cosa.

—Basta de eso —gruñó el legionario—. A Alá no le importáis ni un comino, pero tenéis que guardarle el respeto que se le debe.

Un grito ahogado de *El Viejo* atrajo nuestra atención. En un santiamén volvimos a ser soldados. Porta frenó desesperadamente y consiguió no aplastar una sección rusa en marcha. Los soldados nos hicieron ademanes, gritaron algo que quedó cubierto por el ruido de los motores, y desaparecieron tras de nosotros en medio de un torbellino de nieve.

El otro tanque, con gran alivio por nuestra parte, apareció entre la nieve; nadie había desconfiado de los T-34 con las estrellas rojas en las torretas.

La voz de *El Viejo* resonó en el altavoz:

—Aumentad la distancia entre los vehículos.

El otro tanque aminoró la marcha; se le adivinaba como una sombra, y luego desapareció; sólo un débil zumbido en el teléfono traicionaba su presencia.

—Dora, Dora, aquí —cuchicheó *El Viejo*—. Dirección, 216; velocidad, 30; indicativo, 60. Cierro.

El zumbido cesó.

—Me muero de frío —dije.

—Baja y corre tras de nosotros —propuso Porta—. Y no dejes de gritar *Heil!* Ya

verás lo que pasa; te prometo que no volverás a sentir frío.

—De todos modos, es una lata eso de avanzar así, rozando a Iván —dijo Julius Heide, con un estremecimiento—. Si sospecharan algo...

—Todo terminaría rápidamente —interrumpió *El Viejo* con risa cansada—. Nadie en el mundo le reprocharía que nos liquidasen; estamos violando las leyes de la guerra.

—Entonces, ¿por qué no hemos dicho que no? —gritó *Hermanito*—. Cada vez que la *Kripo* ^[1] me ha pescado cuando le pegaba una paliza a un individuo, decían que hacía algo ilegal.

—Si nos hubiésemos negado —contestó el legionario— lo habrían considerado una insubordinación; también eso representaría la muerte.

—No entiendo nada —manifestó *Hermanito*.

—En tal caso, no reflexiones y obedece —terminó el legionario.

Durante toda la noche avanzamos por caminos cubiertos de nieve, en los que el tanque se encallaba. De repente, *El Viejo* lanzó un grito de horror.

—¿Qué sucede? —gruñó *Hermanito*.

Nadie contestó. El legionario sonrió amargamente:

—Es el final, sencillamente.

—Preparados para el combate —cuchicheó *El Viejo*.

—Cuerpo a cuerpo —rectificó Porta, parando el tanque.

El legionario armó su fusil ametrallador; yo empuñé sin ruido una granada, mientras *Barcelona* pegaba un ojo al periscopio. Una voz ronca gritó algo en ruso. *El Viejo* contestó en dialecto báltico. El T-34 que nos seguía llegaba a toda velocidad; nos vio tan tarde que no consiguió detenerse y chocó violentamente contra nuestra parte posterior. El ruso lo insultó con juramentos obscenos, ¡y Dios sabe los que llega a haber en ese idioma!

—Seguid a los tanques que llegan —gritó, encaramándose a nuestro vehículo.

Era un comisario con cordones verdes y el gorro blanco señalado con la cruz verde de la N.K.V.D. Su aparición nos paralizó de terror; *Hermanito* estuvo a punto de echarse a gritar, pero el legionario le tapó la boca con una mano. *El Viejo* conversaba en ruso con el comisario.

—¿Es usted báltico? —pregunto el ruso.

—*Da*.

—Se nota por su jerga. Después de la victoria, trate de aprender a hablar correctamente.

—¡*Davai, davai* (aprisa), hijos de perra! —nos vociferó *El Viejo*, añadiendo, como era de rigor una letanía de blasfemias.

Emprendimos la marcha tras una larga columna de tanques. Los policías de la N.K.V.D. se agitaban y blasfemaban para poner orden en la columna.

—¿De dónde diablos vienen? —preguntó el comisario, ofreciendo un *machorka* [2] a *El Viejo*.

Éste murmuró algo relativo a una misión especial, lo que, en definitiva, era exacto, pero el comisario no se mostró curioso, porque un embotellamiento acababa de obstruir el camino. Empezó a discutir con sus superiores, reclamando paso para nuestros vehículos, aunque en realidad para sí mismo, porque era evidente que tenía prisa y nos utilizaba para avanzar. Sus gritos, sazonados con amenazas de deportación a Siberia, causaron efecto y el paso quedó libre.

—Más aprisa, más aprisa —ordenó, subiéndose de nuevo a nuestro vehículo.

Felicitó a Porta por su manera magistral de conducir y preguntó a *El Viejo* prometió hablar del asunto con el comandante. Al cabo de un cuarto de hora, el comisario, que se helaba en el exterior, reclamó un sitio en el interior. *El Viejo* se apretó en silencio junto a Julius Heide, mientras aparecían las largas botas del comisario. Luego, el hombre aterrizó con estrépito sobre el piso de acero. Las rayas verdes manzana de sus pantalones caqui brillaban amenazadoras; golpeaba el suelo con los pies para entrar en calor.

—¡Qué asco! —gruñó, pegando una patada al macuto de *Hermanito*—. ¿Tenéis vodka, hijos de perra?

—*Da* —contestó *El Viejo*, alargándole una cantimplora; inmediatamente la dejó por la mitad.

En el cruce siguiente, apareció la Policía. Un sargento de la N.K.V.D. pidió el santo y seña.

—*Papliyi tumani nad riegoi* —contestó nuestro comisario.

—¿Pertenece este tanque al 67 Regimiento? —preguntó el sargento, hojeando sus papeles.

—*Niet* —dijo el comisario—. Misión especial.

El N.K.V.D. nos rogó que esperáramos; tenía que consultar con su jefe.

—¡Maldita sea! —blasfemó el comisario, saltando de la torreta—. ¡Tenemos prisa!

Sin dejar de rezongar, siguió al sargento hasta un árbol, bajo el que estaba un comandante rodeado de miembros de la N.K.V.D. Pudimos ver que el comisario mostraba unos documentos. El comandante se echó a reír y dijo algo al comisario, señalando con el dedo un automóvil. Nuestro hombre también se puso a reír; evidentemente, le habían ofrecido un medio de transporte más cómodo que el T-34.

El sargento regresó junto a nosotros y alargó a *El Viejo* varios papeles.

—Aquí tiene nuevos pases, *gospodin*. Pueden romper los viejos. Unos cerdos alemanes se han infiltrado tras nuestras líneas con cinco tanques, pero les pescaremos. Estamos cambiando todos los pases y el santo y seña. ¿Tienen vodka?

El Viejo le ofreció la cantimplora de *Hermanito*. El líquido que quedaba

desapareció como el rocío al sol. El sargento echó por encima del hombro la cantimplora vacía y eructó ruidosamente.

—Será mejor que se apunten el nuevo santo y seña. Es uno que ningún *germanski* sabrá pronunciar adecuadamente, de modo que vosotros, perros bálticos, haréis bien en aprenderlo de memoria. *Paniemaio*? (¿Entendidos?) Si nos contestan mal, disparamos. *Raszvietili iablonski i gruschi*. La respuesta es: *Schaumiana uliza*. Y os hago el honor de creer que sabéis que es la calle de la N.K.V.D. en Tomsk. ¡Seguro que ningún *germanski* lo sospecha! —Rió malignamente y se encaramó en el tanque para indicar a *El Viejo* nuestro itinerario—. Ve en dirección a Sadovogue, pero no entres. Toda la 14.^a División está allí. Tú ve hacia el Sur y después hacia el Este, hasta atravesar Krasnogue; en la *Kommandatura* te darán el nuevo santo y seña; después dirígete a Elissa, donde te presentarás, porque no creo que debas ir más lejos. Te darán otra misión especial. *Paniemaio, gospodin*?

—*Da* —gruñó *El Viejo*.

Y el colega de la N.K.V.D. nos indicó con la mano que desapareciésemos.

Durante varias horas estuvimos avanzando hacia el Este, evitando pasar cerca de ningún poblado. Nos cruzábamos con formaciones rusas, pero solo una vez nos pidieron el santo y seña. Ya oscurecido, llegamos al corazón de la montaña, en un bosque; los tanques fueron disimulados tan perfectamente con ramas y nieve que a un metro de distancia no se les veía. *El Viejo* instaló la emisora y se puso en contacto con el A.O.K. (Jefatura Superior del Ejército). Llegó la orden sin tardanza: «Sigan hacia Tuapse».

—¿Tuapse? —repitió *El Viejo*, con acento cansado—. Menuda imaginación tienen en la A.O.K.

—Si tuviésemos la suerte de aterrizar en un burdel de Stalin —suspiró *Hermanito*—, se nos presentaría la oportunidad de hacer una buena obra.

—¿Qué buena obra? —preguntó *Barcelona*, risueño.

—Divertir al personal. Un beso de *Hermanito* es tan notable como uno del Papa de Roma para un devoto.

—Deja ya de mezclar las cosas sagradas con tus porquerías —gruñó el legionario—. No es la primera vez que te lo digo, ¿verdad?

—No me he referido a Alá, amigo.

—Da lo mismo. No hay más que un Dios, aunque se le den nombres distintos. ¡Trata de meterte esto en la sesera y deja de blasfemar!

Heide abrió la boca, pero al ver la expresión del rostro del legionario prefirió guardar silencio. Le conocíamos. Varios de nosotros teníamos en el cuerpo cicatrices de cuchilladas recibidas durante una discusión religiosa. Nadie había olvidado al SS. que utilizaba un crucifijo como blanco. El legionario le rebanó el cuello de oreja a oreja, y el homicidio, como siempre, fue cargado en la cuenta de los partisanos.

Durante horas, los pesados tanques avanzaron ruidosamente hacia el Sudeste.

—Se nos termina la gasolina —anunció Porta.

—¿Y después? —preguntó *Hermanito*—. ¿Habrá que ir a pie? ¡Santa Madre de Kazán! Yo tengo callos y almorranas.

El Viejo rió suavemente:

—Ya decidiremos al llegar a Zikin Sala.

Seguidos por espesas nubes, reanudamos la marcha hacia el Oeste. Las montañas eran cada vez más escarpadas; el camino, que en el mapa venía indicado como muy ancho, se estrechaba rápidamente; los pesados vehículos patinaban sobre la tierra helada, y hacía falta toda la habilidad de nuestros conductores, Porta y Steiner, para evitar que se despeñaran por algún precipicio. El periscopio era un bloque de hielo; había que conservar abiertas las escotillas, y la tempestad arrastraba tal cantidad de nieve que ni siquiera se veía la punta de los cañones.

De repente, el tanque de Steiner se desvió y diose de frente con la montaña. Todo el mundo se apeó; empezamos por atarlo al nuestro, pero los dos gruesos cables de acero se rompieron como si se tratara de hilo de coser; sacamos entonces la cadena de remolque. Lentamente el pesado vehículo giró en dirección al camino, pero de repente patinó de nuevo y no se detuvo hasta el borde del abismo, donde permaneció balanceándose peligrosamente. Unos centímetros más e incluso nuestro carro se vería arrastrado.

Steiner se apeó de su vehículo, cogió un pesado martillo y empezó a golpear desesperadamente el gancho que sujetaba la cadena. Nadie se atrevía a respirar, cuando, de repente, vimos que nuestro tanque retrocedía igualmente hacia el borde del precipicio. Porta dio todo el gas. De las cadenas salían chispas, al resbalar aquéllas sin hacer presa. En el instante en que nos creíamos perdidos, el gancho saltó y el tanque de Steiner cayó con estrépito al abismo, llevándose consigo al pequeño Müller, el cargador. ¿Cómo ocurrió esto? Nadie pudo explicarlo.

—¿Cuánta gasolina queda? —preguntó *El Viejo*.

—La suficiente para limpiar los pantalones de *Hermanito* —contestó Porta.

—O sea, centenares de litros —dijo Heide—. Esos pantalones están llenos de grasa.

—Dejaos de bromas —gruñó Heide, lanzando una bola de nieve al precipicio.

—Bien —decidió *El Viejo*—. Haremos desaparecer el tanque. Tratad de desmontar las ametralladoras y todo lo que podamos llevarnos, y recordad que las municiones son más importantes que el vodka. De aquí a las posiciones alemanas hay unos seiscientos kilómetros.

—¡Eres un verdadero deportista! —dijo Porta, con ironía—. ¡Un paseo de unos seiscientos kilómetros! —Empezó a canturrear:

Soy un pajarito volador

Que pasea por la naturaleza...

—¡Tengo callos! —gimió *Hermanito*.

—¡Chitón! —gritó *El Viejo*, exasperado—. Si os ordeno que andéis, es porque constituye nuestra única probabilidad de poder alcanzar nuestras líneas.

—Hace mucho tiempo que nos tienen por muertos —dijo, Heide, despectivamente—. Están seguros de que nos balanceamos ya al extremo de una cuerda.

El pequeño legionario echó su macuto y tres fusiles ametralladores por la escotilla, y contempló a Porta, que se había recostado en la pared del tanque.

—*Nassib lossom!* (La suerte está echada) —murmuró.

El último paquete fue lanzado al exterior. Porta puso en marcha el motor, metió la marcha atrás y saltó. El coloso gris desapareció por el borde del precipicio.

—Vamos, héroes, dirección Oeste —dijo Steiner, riendo. Se echó al hombro el ligero fusil ametrallador—. Aquí no me siento como en casa.

—Esto está muy lejos de la *Reeperbahn*, 26 —murmuró *Hermanito*—. ¡Santa Madre de Kazán, qué lejos está!

—¿Qué había en la *Reeperbahn*, 26?

—Un burdel estupendo con nueve chicas sensacionales. Yo trabajaba como hombre anuncio para los turistas. Imaginad qué empleo tan maravilloso.

Empezó a sonar, mientras contemplaba la danza de los copos de nieve.

—Por si te sirve de consuelo, de aquí a *Irkustk* hay más trecho —replicó el legionario—, y es más probable que lleguemos allí que a tu burdel.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, hicimos un alto.

—¡Vaya mierda! —suspiró *Hermanito*, sacando del bolsillo un paquete de *machorka*. Era uno de esos paquetes planos que los soviéticos recibían como ración.

Los que no han sido soldados de comando, o fugitivos tras las líneas rusas, no pueden darse cuenta del valor de esos *machorkas* tan menospreciados. Se olvida el frío inhumano; el hambre desaparece; uno permanece allí, con las piernas separadas sobre la nieve, respirando aquel humo maloliente. De vez en cuando exhalábamos un suspiro de satisfacción; iniciábamos una sonrisa; poseíamos un *machorka* y la libertad. Así lográbamos recobrar los ánimos.

Porta se sentía muy optimista. La botella de vodka circulaba continuamente, y escupíamos en el precipicio. A través del humo, la situación no parecía tan terrible.

—Pronto habremos recorrido esos seiscientos kilómetros —dijo *Barcelona*—. Y si pudiésemos encontrar un refugio ruso, no tendríamos más que instalarnos en él para esperar a los *tommies*.

—¿Creéis que colgarán al Adolf y al Heinrich de la Puerta de Brandeburgo? —preguntó *Hermanito*.

—No hace falta tanto —dijo Steiner—. Un árbol del zoológico será suficiente

para esos perros.

Hablamos largamente de la posguerra y de nuestros proyectos, seductora mezcla de rapiñas y de venganzas. Al sexto día llegamos a la llanura. *El Viejo* iba en cabeza con *Barcelona* Blom y Steiner, Porta, el legionario y *Hermanito*, se arrastraron tras unas rocas para repartirse un pedazo de pan, el último. Yo me tendí en la nieve con los demás, al abrigo de un matorral.

De repente un grito desgarró el aire como si fuese una cuchillada. Un grito al que seguiría en seguida una ráfaga si no se respondía en el acto.

—*Stoj kto!* (Alto).

Todo el mundo levantó la cabeza; no podíamos dar crédito a nuestros ojos. Un largo trineo arrastrado por pequeños perros siberianos, esos pequeños y vigorosos perros que pueden correr eternamente, bajaba por la ladera a enorme velocidad. El trineo describió un elegante viraje alrededor de *El Viejo*, *Barcelona* y de Steiner, quienes permanecían inmóviles como estatuas de nieve.

—*Stoj kto!* —gritaron los dos soldados de gorro decorado con una cruz verde; eran bajitos e iban vestidos con pieles blancas. En los pies llevaban esquís siberianos; en el pecho, el fusil ametrallador y las municiones; en la cintura, el *naga*, cuya gruesa trenza color espinaca estaba sujeta a la espalda.

Se detuvieron entre grandes risotadas. El ademán para pedir documentación es el mismo en todas partes; es imposible confundirlo, ni siquiera en una estepa barrida por la nieve; en pleno Cáucaso.

Uno de los N.K.V.D. cubría a su camarada, con el fusil ametrallador apuntando hacia nosotros. Los perros husmeaban tendidos en la nieve.

Estábamos todos como hipnotizados. ¿Qué hacer? Era imposible disparar sin herir a nuestros tres camaradas. Sólo el legionario, curtido por la más atroz de las guerras en las montañas de África, conocía esa forma de combatir. Se arrastró como una serpiente, como una cobra que acecha a su presa; casi no se le veía... Consiguió llegar donde se proponía. Levantó el fusil ametrallador, se incorporó sobre las rodillas y gruñó la orden más temida de todo el país:

—*Stoj kto!*

Los dos N.K.V.D. dieron media vuelta y miraron con espanto al pequeño soldado de tez cetrina.

—¡Amigos míos, la guerra ha terminado!

El fusil ametrallador ladró. Uno de los rusos cayó silenciosamente; el otro empezó a correr, pero cayó casi inmediatamente con el cuchillo de *Hermanito* clavado en las paletillas.

El Viejo corrió hacia los perros, cogió al animal que iba en cabeza y lo mantuvo pegado a tierra; el animal gruñía, trataba de morder, pero *El Viejo* lo sujetaba firmemente por el morro e intentaba tranquilizarlo.

En el trineo encontramos víveres y municiones, así como dos cantimploras de vodka que nos hicieron entrar en calor. A los cinco minutos, los dos N.K.V.D. habían quedado en traje de Adán, y nos lo llevamos todo, incluso sus placas de identidad. El trineo no había arrancado aún, cuando estaban ya los dos completamente helados, en posiciones grotescas.

—¡Oh, ha! —gritó *El Viejo*, haciendo chasquear la trenza del *naga*.

El perro guía aulló prolongadamente, el trineo emprendió la marcha y nosotros lo seguimos jadeantes sobre nuestros esquís.

Le llamábamos el Profesor. Era noruego, estudiante de Oslo, y se había alistado como voluntario en la SS. Nadie podía soportarlo. Porta decía que era un traidor que sería ahorcado en el Gubrandsdal el día en que volvería a su casa.

El Viejo observaba que, antes de condenarlo, habría que reflexionar un año entero. Tal vez el Profesor tuviese alguna disculpa.

—Entonces, se trata de una estupidez —dijo Porta, escupiendo en el suelo—, y la estupidez ha de ser castigada.

—No te excites de esta manera —intervino Hermanito, que se sentía aludido.

El Viejo consolaba al Profesor, que esquiaba mal y caía a cada momento. ¡Qué extraño era aquel estudiante de Oslo! Había escogido a Hitler y tuvo la candidez de creer que podía decir la verdad sobre los oficiales SS. Fue enviado al campo KZ, y de allí al batallón de castigo del regimiento disciplinario. Hermanito le ofreció desinteresadamente un revólver, para que pudiera suicidarse.

Yo le hablé en danés, cosa que a él le alegró. Me confesó que se sabía condenado en breve plazo, lo que no me causó el menor efecto. ¡Eran tantos los que debían morir al cabo de poco tiempo! Todo el regimiento... ¿Qué significaba un voluntario noruego más o menos?

LA PATRULLA EN TRINEO

Cada vez que *Hermanito* tropezaba y caía, la inmensa estepa se estremecía con sus terribles blasfemias. *El Profesor*, completamente cegado, frotaba con desesperación sus gafas cubiertas de nieve. Su rostro no era más que una mancha sucia. No podía resistir ya la marcha con los esquís y lloraba convulsivamente.

—¡Voluntario de la SS! —decía Porta, riendo—. Tienes lo que te mereces. Espera a que vengan los de la N.K.V.D. a hacerte cosquillas en el trasero con sus bayonetas. ¡De aquí a Kolima hay ocho mil kilómetros! ¡Seguro que cuando llegues ya sabrás esquiar!

Su risa maliciosa fue ahogada por la tempestad. El suboficial Julius Heide corría junto al tiro de perros e insultaba al animal guía. Éste parecía devolverle los insultos; gruñía y mordía con rabia sus arneses de cuero.

—¡Bastardo! —gritaba Heide—. ¡Kss, Nss, ya puedes morder! ¿Es que no entiendes el alemán? *Tschony!* (cerdo) ¿Lo has entendido ahora?

Apretó el paso y consiguió adelantar al perro. Este corrió más aprisa. Todos los animales jadeaban a causa del esfuerzo. Perros y hombres se parecían; igualmente obstinados y malévolos.

Heide miró de reojo al perro, que ya le alcanzaba:

—¡Sucio chuchó! Querrías morder a Julius, ¿eh? Julius odia a los judíos, a los perros y a la nieve. ¿Entiendes? Soy Julius Heide, suboficial de tanques, y odio al mundo, a este mundo de mierda.

Heide permaneció un momento inmóvil en la nieve; luego se levantó y prosiguió la marcha tras el trineo.

—¡Voy! —jadeó—. Ese bastardo no escapará a Julius Heide.

El Viejo hizo chasquear la larga trenza del *nagaika*.

—¡Oh, ha! ¡Oh, ha! —gritó.

Los perros trotaban en silencio, arrastrando el largo y pesado vehículo.

—Ya estoy harto —dije a Porta, sin aliento.

—Pues échate al suelo y revienta —fue la implacable respuesta.

Empecé a contar los pasos; cada uno debía representar un metro, o algo más. No, solamente un metro. Mil pasos hacían un kilómetro. Recorriamos un kilómetro en tres minutos. Traté de calcular cuánto representaba en veinticuatro horas, en cinco días; caía, me levantaba, olvidaba contar los pasos... En catorce días tendríamos que haber alcanzado las líneas alemanas, si por entonces podía seguirse hablando de líneas...

El Viejo consultaba de vez en cuando la brújula, a fin de no desviarse de la dirección Noroeste. Lejos, muy lejos, hacia el Noroeste, estaba el Báltico, y más allá, Suecia y Dinamarca. Clavé la vista en mis camaradas; sus rostros estaban como el mía, completamente helados. Ofrecían un aspecto horrible. De repente, *el Profesor* lanzó un grito. Uno de sus esquís se había roto. Sin esquís no había salvación en la nieve blanda.

El Viejo detuvo el trineo; se irguió lentamente, se quitó los mitones y empezó a llenar su pipa; actuaba con calma, con precisión. Era el descanso, y para *El Viejo* el descanso significaba fumar una pipa. Las cosas no estaban tan mal, puesto que *El Viejo* sonreía.

Hermanito se sentó en la nieve, con las piernas muy separadas. Los copos lo cubrían lentamente, parecía totalmente idiotizado. Porta, exhausto, se apoyaba en uno de los patines del trineo. Heide se había dejado caer en el suelo, boca abajo, y parecía muerto. En cuanto a mí, apenas podía permanecer en pie soportando la tormenta. El legionario se apoyaba en su fusil ametrallador y miraba hacia el Este de una manera extraña. *Barcelona* y *Steiner* yacían en tierra, lo mismo que Heide. Todo el mundo

miraba a *El Viejo*, que fumaba junto al trineo. Era la hora del toque de queda.

También los perros se habían acercado los unos a los otros y formaban bolas de pelo oscuro sobre la nieve.

—Haced como los perros —dijo *El Viejo*, señalando a éstos con su pipa—. Nuestros doce camaradas de cuatro patas conocen la música y saben lo que hay que hacer. Un perro de trineo nunca se muere de frío.

Nos pusimos, pues, a cavar también, pero para construir un iglú con bloques de nieve. *Hermanito* trabajaba como un tractor. Acarreaba cuatro bloques, en tanto que nosotros sólo podíamos con uno.

—¡Diantre! —gritó—. Vaya horas para hacer de albañil! —Se le escaparon unos bloques, y los aplastó, furibundo—. ¡Esos malditos rusos! ¿Creen que atraparán a *Hermanito*?

Y echó otros bloques a la cabeza de Heide que le tildaba de imbécil.

Porta se echó a reír:

—*Iob tvomadi*, esto es deporte. La gente distinguida pagaría muy caro el poder pasar por esta experiencia.

La idea de gente distinguida situada en nuestra posición puso de buen humor a *Barcelona*.

—¿No oís nada? —preguntó el legionario, que no cesaba de mirar hacia el Este.

—¿Qué? —inquirió Porta, volviéndose hacia la misma dirección con aire intrigado.

—Deberías oírlo —gruñó el legionario.

De repente, los perros aguzaron sus orejas y erizaron la pelambrera. Acababan de percibir algo que el legionario oía desde hacía rato. Quedamos todos en silencio, con el rostro vuelto hacia el Este, el oído atento y los nervios en tensión.

—No oigo nada —dijo, por fin, *Barcelona*—. Debes de estar soñando.

El legionario, sin contestar, montó su fusil ametrallador, como si esperara que surgiese algo de entre la nieve. De repente, los perros empezaron a gemir; se habían levantado y miraban en la misma dirección que el legionario. No cabía duda. Allí, en la lejanía de la estepa ocurría algo.

El Profesor entornaba sus ojos de miope tras los gruesos cristales.

—Más valdría que tuvieses suplementos en las orejas; por lo menos serviría de algo —rezongó Steiner.

El noruego no contestó. Sabía que siempre le tocaba a él la peor parte.

Repentinamente, los ojos de *El Viejo* relampaguearon.

—¡Perros! —dijo en voz baja—. Esparcíos por los flancos. Ocultaos en la nieve. Tú, *Profesor*, quédate con los perros y que Dios te proteja si alguno tiene la ocurrencia de ladrar. Porta y Heide allí delante, con las ametralladoras pesadas en posición. *Barcelona* y Sven, a la izquierda, con las ametralladoras ligeras y los

lanzallamas; los demás, diseminados. Cincuenta metros entre cada uno.

Con más rapidez de la que se necesita para darlas, las órdenes fueron cumplidas y permanecimos inmóviles. La nieve se encargó de lo demás. Había que estar muy cerca para descubrirlo.

Todos podíamos oírlo ya. Ladridos, gritos. Comparecieron como una explosión: dos trineos siberianos y tres soldados de la N.K.V.D. en cada uno. Oíamos claramente cómo gritaban los alegres «¡Oh, ha!» para excitar a los perros; iban a una velocidad vertiginosa, con veinte animales por trineo. Pasaron a menos de cuarenta metros de nosotros, en dirección Sur, mientras conteníamos la respiración, temerosos de que nuestros propios perros empezasen a ladrar.

Aunque parezca extraño, nada ocurrió. La visión desapareció como había aparecido; muy pronto dejó de oírse el último rumor.

—¡Señor! —suspiró Heide—. Me veía ya en Kolima.

—Me los hubiese cargado —gruñó *Hermanito*—. No eran más que seis.

—¿No hubiese sido mejor matarlos? —insinuó *Barcelona*—. Un N.K.V.D. vale por cinco de los de tu especie. Si uno de esos tipos grita *Stoi!* Se te hiela la sangre.

—Yo no temo a nada —fanfarroneó el gigante—. ¡Que prueben de no dejarme regresar! Debo una paliza a dos tipos. —Se inclinó hacia *Barcelona* y dijo en tono amenazador—. *Hermanito* nunca olvida lo que ha prometido, ¿entiendes?

—¡Pero yo no te he hecho nada! —exclamó *Barcelona*.

—¡Afortunadamente! De lo contrario, ya podías despedirte de tu huerto de naranjos.

La tempestad se había intensificado; el viento ya no soplaba, sino que aullaba. Incluso el huracán parecía odiarnos. «Yo soy Rusia —gritaba— y os aplastaré».

El viento diseminaba nuestro equipo por la estepa y había que correr tras él, jadeantes, con los pulmones a punto de estallar; nos levantábamos para caer de nuevo unos pasos más allá. Blasfemando, todo el mundo regresó por fin al campamento.

—No conseguiremos escapar —gimió Heide.

—¡Estoy tan cansado! —lloriqueó *el Profesor*.

—¡Cretino! —gruñó *Porta*—. ¿Quién te impedía quedarte en Noruega, en vez de echarte en brazos de la SS? Tú has querido esta guerra, y eres un héroe, amigo mío, un baluarte contra el bolchevismo. ¿Te dio un beso Quisling cuando te marchaste? Lo que te aseguro es que te colgarán en cuanto vuelvas.

—No quiero volver —murmuró *el Profesor*.

—Entonces, te ahorcará Iván. ¿No has escuchado la «Voz libre de Moscú»?

—No. ¿Qué dicen? Está prohibido escuchar las emisoras extranjeras.

—¡Virgen Santa! —gritó *Hermanito*, golpeándose la frente con desesperación—. ¿De modo que no sabes cuál es la situación?

El noruego meneó tristemente la cabeza.

—¿Crees que la guerra está perdida? —preguntó.

—¡Pues, claro! ¡Lo esperamos desde 1939! Allí muy lejos —apuntaba con el dedo hacia el Norte— retumban cañones suficientes para aplastar todo nuestro VI Ejército. Y también a todos los demás, menos al último soldado. ¿Y sabes quién será el último soldado?

El Profesor parpadeaba, atemorizado.

—¡Nada menos que *Hermanito*! En las ruinas de la Cancillería del Reich, yo seré quien escupa sobre los huesos blanqueados de los héroes!

—No me sorprendería en absoluto —murmuró *El Viejo*.

De repente, resonó un grito. El gigante acababa de encontrar algo bajo la nieve. Empezó a escarbar. El legionario acudió en su ayuda y vimos aparecer una mano, una mano que salía directamente de tierra. Un rostro atroz y azulado se mostró, con los ojos sin brillo; no tardamos en desenterrar los cadáveres de dos soldados alemanes: uno de ellos nos amenazaba con su mano acusadora. *Hermanito* pegó una patada a aquella mano.

—No me es simpático. En mi vida había visto a este tipo.

—Mirad si lleva algo en el macuto —dijo *Barcelona*.

—Míralo tú —dijo *Porta*—. No me gusta un fiambre que me señala con el dedo.

El legionario, en un santiamén, tumbó boca arriba uno de los cadáveres y cortó la correa de una cantimplora, que alargó a Heide. Julius, al que mirábamos en silencio, olisqueó el contenido.

—Huele a vodka, pero no me apetece el vodka.

Ofreció la cantimplora a *Barcelona*, quien súbitamente se volvió alérgico al alcohol.

Hermanito rehusó tocar el frasco. El legionario lo arrancó de manos de *Porta*, que olfateaba con precaución.

—¡Idiota! —gruñó, mientras bebía directamente del gollete.

Seguíamos con la mirada cada movimiento de su garganta, como si esperáramos que cayera fulminado.

—No está mal —dijo, secándose la boca con el dorso de la mano—. No es vodka, pero está bueno y caliente.

El Viejo recibió la cantimplora y bebió a su vez. Inmediatamente, *Porta* y *Hermanito* se lanzaron sobre la segunda cantimplora y estuvieron a punto de llegar a las manos. Steiner cogió la documentación de los muertos, así como sus placas de identidad.

Luego, nos metimos en los iglús, acurrucados los unos contra los otros, como los perros, y nos dormimos en seguida, pese a las protestas de *El Viejo*. Nadie quiso quedarse de guardia.

—Tenemos doce perros de guardia —dijo *Hermanito*, al tiempo que ocultaba la

cabeza bajo la capa de Heide.

Parecía un oso durante la hibernación.

El suboficial Julius Heide era hijo de proletario. Toda su vida no había sido más que una larga serie de malos tratos. En la escuela, los maestros no podían ni verlo, el cura le daba a probar el látigo, su padre lo maltrataba...

Su jornada empezaba a las cuatro de la madrugada, en una panadería de cuya limpieza se encargaba. A la escuela solía llegar un cuarto de hora después que los demás. El Profesor, que era Führer SS, se aprovechaba cotidianamente de ello para «dar ejemplo».

Estas brutalidades continuas le endurecieron. No confiaba en nadie. Era el mejor vestido de todos nosotros; incluso durante los combates más terribles iba peinado y aseado; varias horas con el casco puesto no despeinaban sus cabellos; su uniforme era tan reglamentario en primera línea como en el cuartel.

—La elegancia proporciona seguridad y consideración —decía.

—Tú adoras la guerra —decía Porta, riendo, mientras se sonaba con los dedos.

—No —contestaba Heide—. Es una táctica. Incluso en la cárcel respetan a un militar aseado. Fusilan con más facilidad a uno descuidado.

El relato de su vida nos dejó estupefactos. El Viejo le miró y dijo:

—Eres el más peligroso de todos nosotros, Julius. Sólo vives para la venganza.

SCHMIDT EL ROJO

Nos habíamos detenido. Los perros, derrengados, jadeaban ruidosamente, despidiendo nubes de vapor por el hocico.

Barcelona trataba de masticar un pedazo de pan helado. *El Viejo*, sentado en uno de los patines del trineo, fumaba en silencio. Y de repente, Julius Heide empezó a hablar.

Hablaba infatigablemente, y al principio nadie le escuchaba. ¡Era algo tan frecuente ver a alguien hablar sin que nadie le prestara atención! Era posible que, de vez en cuando, se tuviese necesidad de decir algo, sin dirigirse a nadie en particular.

Todo ello a causa de la nieve, del miedo, de la muerte... Nunca estábamos solos. Dormíamos juntos, atrapábamos juntos nuestros piojos, matábamos hombro con hombro, moríamos juntos.

Lo hacíamos todo en presencia de los demás, sin avergonzarnos. Así fue como Julius Heide, de repente, se puso a hablar solo. Hablaba a la estepa, a las espinas agudas que erguían sus ramas muertas; no nos prestaba ninguna atención. Sencillamente, no estábamos allí.

—Mi viejo era un borracho —dijo, escupiendo absurdamente contra la tempestad—. Bebía como una cuba. ¡Señor, lo que llegaba a beber! *El Viejo* cerdo tenía un cinturón cuya hebilla representaba a una mujer desnuda y a un negro. Un cinturón endiabladamente ancho; *El Viejo* se lo abrochaba juntando a la mujer con el negro. A menudo me he preguntado dónde debió conseguir aquella hebilla, que era dura como el acero.

Heide miró hacia el Oeste. Sus ojos eran extraordinariamente claros y azules; veían una ciudad de Westfalia, negra de carbón y un horrible tugurio.

—Mi viejo nos golpeaba con ese cinturón, como una bestia, cuando estaba borracho. Y como lo estaba casi siempre, siempre recibíamos. Mi madre rezaba mucho; creo que eran sus únicos momentos de dicha. Nunca he podido comprender lo que pedía, porque murmuraba sus plegarias de una manera extraña.

»*El Viejo* nos gritaba: «¿Creéis que es la bebida la que me impulsa a pegaros de este modo? Pues os equivocáis. Es el deber hacia nuestra gran Alemania; la necesidad de disciplina. Esto sólo se aprende mortificando la carne pecadora».

»Entonces se echaba a reír y repetía cien veces «carne pecadora».

»Un día, los *schupos* vinieron a buscarlo, y ya podéis imaginar cómo mortificaron su carne pecadora. Mi madre lo trajo a casa. ¡En qué estado! Tenía el cuerpo verde y azul, y lloraba con la cabeza sobre las rodillas de mi madre. Ella estaba sentada en nuestra única silla, que sólo tenía tres patas. La cuarta era una caja demasiado baja que calzábamos con diarios; de lo contrario, la caja se movía.

»Mi madre acariciaba el cabello de nuestro viejo y le consolaba de los golpes que le habían propinado los *schupos*; después se acostaron y siguieron consolándose. Nos echaron fuera, pese a que era muy tarde. No era cosa nuestra el saber cómo se consolaban. Así, pues, como tantas veces, nos fuimos al parque y nos sentamos ante el monumento al Káiser. Un hermoso monumento del Káiser vestido de coracero y montado en un enorme caballo. Yo llevaba a mi hermanita, que tenía un año y aún no sabía andar. Aquella semana se habían llevado a Bertha en una ambulancia, a causa de una carie ósea; murió cinco días después. *El Viejo* consideró que era una suerte, porque podíamos utilizar su ropa. Bertha era la mayor y su ropa lo bastante grande para todos nosotros; en el hospital le habían dado muchos trapos a causa de esa caries ósea. Yo tuve su jersey de lana, un jersey nuevo. ¡Señor, qué suave y caliente era! Recuerdo que di gracias a Dios porque Bertha estaba en el cielo, donde nada le faltaba, y porque yo había recibido aquel jersey tan caliente.

»El invierno era terrible y yo nunca había tenido un abrigo. Es decir, una vez robé

uno, pero ésta fue otra historia. El profesor me pegó, el inspector también; el pastor, que era presidente del dispensario y de la comisión de vigilancia infantil, me dio un par de bofetadas tan fuertes que fui a parar debajo de la vitrina donde estaba la porcelana fina; se rompieron tres tazas y por esa causa volvieron a pegarme. ¡Dios, qué furioso estaba! Primero a causa del abrigo, pero sobre todo a causa de las tazas; decía que eran «auténticas». —Heide se echo a reír—. ¡Como si todas las tazas no fueran auténticas! De lo contrario, no serían tazas. ¡Hay que estar chiflado! El caso es que todo el mundo armó tanto jaleo a causa de aquel abrigo, que me dije que más valía pasar sin él.

»Uno de mis hermanos se salvó y fue a parar al Ejército; escribió una sola vez, enviando una fotografía: estaba a caballo, en alguna guarnición fronteriza. Nunca más he sabido de él, pero supongo que debió terminar en algún campo de concentración. Era comunista y no sabía tener quieta la lengua. Siempre hablaba de la victoria del proletariado y toda esa faramalla. —Heide volvió a reír, al recordar la candidez de su hermano—. Después estaba mi hermano Guillermo, que saltó de aquel tranvía de la línea 4 cuando el conductor descubrió que había subido sin pagar. ¡Lo hacía tan a menudo! Era divertido saltar mientras se gritaba al conductor que era un cerdo; él no podía saltar para correr tras de uno. Pero aquel día, Guillermo saltó mal y resbaló en los rieles. La gente gritó de terror, pero antes de que el tranvía pudiera detenerse, Guillermo quedó hecho papilla.

»Yo había tenido la esperanza de conseguir sus zapatos nuevos, pero eran demasiado pequeños; asomaba todo el talón. Guillermo era muy frágil y fue Ruth quien heredó sus cosas. Para Ruth todo fue bien; fue comprada —adoptada según se dice— por una gente muy fina de Linz. *El Viejo* le pegaba porque ella lloraba al pensar que tenía que dejarnos; le pegó tanto que al final Ruth sonreía y temblaba a la vez, cuando vinieron a buscarlas. No se atrevía a hacer nada más. *El Viejo* le había dicho: «Escucha, hija, si no te portas bien cuando lleguen esos cerdos capitalistas, te cuelgo de una cuerda y te atizo hasta que no te quede un hueso sano».

»*El Viejo* recibió cincuenta marcos del distinguido caballero de Linz, que había venido con un notario y un oficial de *schupos*, sin contar con dos fulanas elegantes, con plumas de avestruz; debían ser testigos de que Ruth ya no nos pertenecía. *El Viejo* añadió: «¡Es un gran fortuna, por una chica como ésta! Si quieren, estoy dispuesto a darles otras de propina». Se echó a reír, pero el elegante grupo no entendió el chiste.

»Se gastó en bebida los cincuenta marcos. Regresó borracho como una cuba. Karl y yo nos ocultamos en el desván de Schultze, hasta que se le pasó la cogorza. ¡De qué modo gritaba! Trataba de hacernos bajar con promesas, pero desconfiábamos y permanecimos arriba, junto a la veleta; desde allí, a través de un agujerito que había en el tejado, le veíamos pasear por el jardín, loco de rabia. Tropezó con la colada de

la señora Schultze, y de una patada, echó a rodar el cubo lleno de ropa. La señora Schultze llegó con una sartén llena de buñuelos, y se los lanzó a la cara. Todo terminó con una buena trifulca en medio de los buñuelos y de la ropa. Los dos vociferaban; entonces intervino Eva, la hija de la señora Schultze, que se había hecho abortar tres veces; empezó a golpear al viejo y terminaron en la comisaría. Allí le dieron una buena tunda al viejo, que éste se apresuro a vengar con creces en mi madre y nosotros.

»Un día, regresaba de la escuela. Era un día muy hermoso. El último de clase antes de las vacaciones. No puedo describir lo contento que estaba. ¡Dios mío, qué feliz era! Al llegar a casa me sorprendió no oír el ruido de la máquina de coser de mamá, que a aquella hora funcionaba siempre a toda marcha. Mamá confeccionaba unos pequeños estuches para calendarios de bolsillo, que servían como anuncios de unas revistas. Cuando entré, oí gemir a mamá; era un largo gemido, como cuando daba a luz. —Heide contempló los copos de nieve que bajaban del cielo gris. Acariciaba la cabeza del perro guía. Y apenas podíamos dar crédito a lo que veíamos, pero el feroz perro le lamía el rostro, y el amargado Heide le sonreía mientras le rascaba las orejas.

»¡Santa María! ¡Qué miedo tuve al oír el quejido de mi madre! Sobre todo sentía deseos de huir, pero no me atrevía. Tal vez mamá estuviese enferma. La puerta chirrió terriblemente. *El Viejo* tenía la costumbre de engrasarla con tabaco, pero hacía tiempo que no se cuidaba de ello. Mamá estaba tendida en un colchón, junto a la pared; teníamos cuatro colchones, pero no eran suficientes. Karl y yo dormíamos sobre unos viejos sacos de café que habíamos robado de un almacén; aquellos sacos no estaban nada mal; aquí los añoro a menudo. Los ojos de mamá parecían los de los cadáveres que vimos en la fábrica de Kiev.

Volvimos a ver fugazmente los cadáveres de la fábrica de Kiev. Cada uno con un agujero en la nuca y algunos con otro de salida junto a la nariz. Pero no era aquello lo peor, era aquél un espectáculo tan frecuente... No, lo peor de aquellos cadáveres eran los ojos: unos ojos muy abiertos, con expresión ávida, febril. Comprendimos lo que aquellos «liquidados» debieron experimentar en el momento de ser asesinados.

—Los ojos de mamá tenían exactamente aquella expresión.

Heide contempló de nuevo los torbellinos de nieve; sus labios estaban congelados. En su rostro cubierto de hielo sólo se adivinaba los ojos semiocultos por los párpados hinchados; la oreja izquierda, semicomida, era una llaga.

—«Papá se enfadará mucho cuando llegue», gimió mamá. Le costaba respirar y su aliento silbaba como el de un motor que se ahoga; sudaba de una manera exagerada, mucho más que el día en que fuimos a realizar aquella marcha tras los cuarteles de Paderborn. Eran verdaderos torrentes que le manaban del nacimiento de los cabellos—. Yo le secaba el sudor con la mano porque es desagradable permanecer

inmóvil transpirando, porque las moscas vienen atraídas por el sudor; había cantidades enormes de moscas de las negras que prefieren a los hombres, y de las amarillas que pican a las vacas; las negras son las peores, y eran las más numerosas. «Papá se pondrá furioso cuando me encuentre aquí sin hacer nada». Trató de levantarse, pero no pudo.

»Nuestra madre no era perezosa; nunca la vi con los brazos cruzados. —Heide nos miró mientras rascaba las orejas del perro guía—. Muchachos, tal vez creáis que miento, pero os doy mi palabra, tan cierto como que soy el peor soldado ladrón, que no vale más que el trasero de un SS, pero os aseguro que nunca vi borracha a mi madre.

Miró a su alrededor con orgullo, y se frotó con precaución el rostro tumefacto, del que arrancó una miga de pan que dio al perro.

—Mi madre era una mujer muy buena, y de familia distinguida; su padre era jefe de campo, lo mismo que mi abuelo materno. Tenían un verdadero apartamento, dos habitaciones en el tercer piso y un piano marrón con patas de león y ruedecitas. Adorábamos a mamá. Ella se cuidaba de todo: del tugurio, del perro, del gato, d*El Viejo*, de nosotros... Mamá nunca nos pegaba, ni tenía escondido alcohol en los armarios, como la señora Schultze, ni aguardiente en el contador de gas, como la señora Hinzeberg. Ésta se emborrachaban, pero no tanto, y se reunían a cantar canciones obscenas. Nosotros, los niños, escuchábamos tras la puerta sin atrevernos a reír antes de que ellas estuvieran completamente ebrias. Cuando la Hinzeberg cayó por la escalera, todas empezaron a proferir blasfemias, de modo que nosotros nos atrevimos a reír. Pero mamá nunca intervenía. El sábado por la noche deshilachaba unos trapos viejos, y con los hilos zurcía nuestros calcetines viejos, y con los hilos zurcía nuestros calcetines rotos, que ya no eran más que un enorme zurcido; ya no quedaban nada de la tela primitiva, pero aquellos eran unos hermosos zurcidos, ¿sabéis? Mamá era muy hacendosa, como correspondía a una familia como la suya.

»Un día, *El Viejo* trató de hacerle beber a la fuerza en compañía del señor Schultze, pero fue inútil. Pegó una cuchillada al viejo en el muslo y un botellazo al señor Schultze. Había que ver como sangraban aquellos dos cerdos. Más tarde naturalmente, mamá recibió una paliza d*El Viejo*, como era de rigor para mantener la disciplina y el orden.

Heide escupió al viento y palmoteó amistosamente el lomo del perro, quien apoyaba la cabeza en la rodilla de su nuevo amigo.

—¡Dios mío, cuánto queríamos a mamá! No puedo explicaros lo que sentía sentado allí en el suelo, contemplando a mamá, tendida en el colchón y tan enferma. Acariciaba su mano y le alisaba el cabello como hago con este perro; yo le secaba la frente. Sí, oís bien, hacía todo esto, todo lo que puede hacerse para demostrarle a alguien que se le quiere. Yo hacía cuanto podía por no llorar, pero era difícil... —

Heide lanzó una bola de nieve hacia la oscuridad, una bola dura como el hierro que había formado con sus manos—. Y me dormí en el colchón junto a mamá.

»Por la mañana, un poco antes de que el sol apareciese por encima de la cuadra, me desperté. No sé si habéis experimentado la sensación de adivinar que ha ocurrido algo terrible. Eso me pasaba a mí, sabía que había sucedido algo. En la habitación reinaba un silencio completo. Faltaba algún ruido. Permanecí inmóvil, recorriendo la habitación con la mirada. De repente, me di cuenta de que el ruido que buscaba era la respiración de mamá. Mamá ya no respiraba. Me puse en pie y la miré fijamente: «¡Mamá! —grité con desesperación—. ¡Mamá!» Sus ojos estaban muy abiertos, fijos, y ya no veían. No podéis haceros cargo. Yo tenía entonces diez años; no, sólo nueve, y de eso hace diecisiete. Hemos visto tantos muertos que ya no nos causa ningún efecto, excepto cuando se trata de un «servicio especial» para ahorcar o fusilar a alguien. A eso uno no se acostumbra nunca del todo, pero no es nada en comparación con lo de mamá. La amaba tanto...

Mirábamos a hurtadillas a Julius Heide. Sentado en la nieve, con la espalda apoyada en unos cuantos bloques superpuestos que nos protegían del viento helado, nos relataba la tragedia ocurrida a centenares de kilómetros al Oeste, en una población minera y sucia. Lloraba.

—Estaba tan aturdido que me eché sobre su cuerpo para despertarla, pero todo había terminado. Regresó *El Viejo*, completamente ebrio, y, como siempre que se encontraba en tal estado, con muy malas pulgas. Llegó con Schmidt *el Rojo*, de la mina 3. La verdad es que Schmidt *el Rojo* no estaba ya en la mina 3, porque había permanecido en ella poco tiempo; lo habían trasladado al asilo, donde tundía a los locos. «Bueno, ¿hay algo de comer? —gritó *El Viejo*—. ¿Dónde estás, vieja bruja? ¿No oyes? ¡Tu amo quiere comer!». Tropezó con un cubo y se puso furioso. Cuando los dos miserables me descubrieron, *El Viejo* me señaló con un dedo tembloroso y vociferó: «Sinvergüenza, voy a pegarte una paliza así que esta inútil haya levantado el trasero. —Pegó una patada a mamá—: ¡En pie, bruja! ¡Hoy no es domingo para quedarse en la cama!». Le dio otra patada. Resonaba como cuando se golpea un pellejo de cabra lleno de vino. Ya sabéis, como los pellejos que tenían en Rumanía y que tanta gracia nos hacían.

»—Mamá ha muerto —dije—. *El Viejo* me miraba boquiabierto, y también Schmidt *el Rojo*, con expresión de estupidez. Me miraba como si me hubiera transformado en caballo. Schmidt *el Rojo* Había visto cosas extrañas en el asilo. Se decía que había ahogado a locos furiosos que habían atacado al loquero, y sus puños parecían capaces de hacerlo.

—¿A que se dedica ahora ese Schmidt *el Rojo*? —preguntó *Hermanito*, a quien el relato de Heide hacía estremecer.

—Es guardián jefe en el asilo, y se ocupa de las incineraciones. Porque hoy en día

hay muchos muertos en el asilo; todo el mundo habla de ello, pese a tratarse de un *gekados* (secreto de Estado).

—¿Y por que es un secreto el que mueran? Que tú o yo reventemos no constituirá ningún secreto...

—Es otra cosa. En el asilo les dan inyecciones; a eso le llaman «eutanasia».

—¡Válgame Dios! —exclamó *Barcelona Blom*—. ¿De veras matan a los locos?

—Sí, y lo hacen los médicos, es legal, pero estrictamente *gekados*. «¡Las brujas no se mueren con tanta facilidad! —dijo Schmidt, riendo, y propuso al viejo pegarle una paliza a mamá—. Hacen comedia, como en el asilo. Dale fuerte, Karl, azota a esta mala pécora y ya verás cómo se levanta para prepararnos comida». Como comprenderéis, muchachos, desde aquel día odio a Schmidt *el Rojo*; es necesario que lo maté.

—Te comprendemos —reconoció *Hermanito*—. Hay que matarlo. Pero, ¿cómo harás para echarle mano? En Munster será más difícil.

—Vendrá aquí —dijo Heide con sonrisa diabólica—. Sé que vendrá.

—¿Qué? —preguntó *El Viejo*, con estupor.

Heide echó la cabeza atrás y se puso a reír en un tono que ponía los pelos de punta. Mientras, *El Viejo* meneaba la cabeza como si no comprendiera nada en absoluto.

—*El Viejo* cerdo cogió una pala de lavar ropa que estaba en el lavadero. Titubeaba, hipaba y escupía. Sonrió a Schmidt *el Rojo* y luego empezó a pegar. El cuerpo de mi madre se levantaba casi bajo el furor de los golpes. Me eché encima de *El Viejo*, pero me cogió y me tiró contra la pared. Aquello me costó un brazo roto y una conmoción cerebral. Schmidt me pegó una patada en la espalda, y todavía ahora la torcedura de mi columna vertebral me impide que lo olvide. Los dos se echaron sobre mamá y la golpearon salvajemente. Después se marcharon a la tasca. Fui a buscar a la Policía y fingí que no los soltaron hasta el día en que me pareció bien explicar lo que había ocurrido. Pero *El Viejo* estaba tan furioso a causa de mi prolongado silencio, que sus golpes me produjeron una hernia. Al salir del hospital, fui a buscar mis cosas.

—¿Tenías muchas? —preguntó *Hermanito*.

—Siempre se tiene algo, incluso a los diez años. Tenía un jersey del que sólo quedaba una manga, y unos pantalones cortos azules que eran ya blancos a fuerza de lavados. Me los había dado la fulana del Gauleiter, a cambio de que le recogiera estiércol de caballo para sus tulipanes. Tenía también unos zapatos de tela que me iban muy bien en verano, cuando los zuecos dan demasiado calor.

—¿Por qué ponía mierda de caballo en los tulipanes la fulana del Gauleiter? —preguntó *Hermanito*, sorprendido.

—Imaginaba que así tenían mejor color. Mi viejo fue incorporado a los

territoriales. —Heide se quitó la escarcha que blanqueaba sus cejas—. Conozco a su *Spies* (suboficial). Es un diablo. Estábamos juntos en el Quinto Regimiento de tanques, y me prometió, tan seguro como que os estoy hablando, que mi viejo terminaría en Torgao o en Glatz. Desde allí como sabéis, sólo hay dos salidas: el piquete de ejecución o el batallón de castigo.

—¿Y cómo sabes que Schmidt está en camino hacia nuestro regimiento?

Heide rió malévolamente, mientras se sacaba de nuevo la escarcha del rostro.

—Cuando serví en el Segundo Regimiento de tanques, en Eisenach, y entré en Praga, conocí a un tipo llamado Pabst. En realidad era un esbirro de la Gestapo encargado de espiar a los oficiales. El día en que fuimos a celebrar juntos la victoria, me confesó que era un hombre de Heydrich. Si yo sabía de alguien cuya desaparición me interesara, no tenía más que decirlo. Así arreglé el destino de Schmidt *el Rojo*. Pabst fue a verle, y no es hombre que pierda el tiempo. Al poco rato Schmidt le explicó cuantos *gekados* hubo en el asilo, por lo que fue enviado a Glatz. Allí conozco a un *stasfeldwebel* que le recibió como se merecía. Seis semanas más tarde, Schmidt *el Rojo* emprendía la marcha, con unas botas demasiado pequeñas, hacia el batallón disciplinario 937, en el campo de Heuberg.

Barcelona Blom silbó admirativamente.

—Eres un tío listo, Julius. Ese tipo no hubiese debido nunca pegar a tu madre. En Heuberg está el *feldwebel* Mirzenski, nuestro viejo oficinista de la compañía, el que perdió las dos piernas.

—Exactamente —dijo Heide—. Una botella de vodka y Mirzenski preparó un recibimiento selecto y un itinerario bien escogido. De entrada Schmidt se convirtió en un experto en la limpieza de los retretes, con un cepillo de los zapatos y una cuchara. Por lo que dicen, nunca habían estado tan relucientes. Ya os podéis imaginar con que entusiasmo se aplica todo el mundo a «domar» a ese bruto, por recomendación de Mirzenski.

El rostro de *Hermanito* se iluminó, mientras empujaba hacia la nuca su bombín.

—¡Ahora lo entiendo! ¡Granuja de Heide! Pronto habrá un traslado al 27.º de tanques, y en el momento de dar los destinos te confiarás al ayudante Skauw, que se las arreglará para meterlo en el primer batallón; allí conoces al secretario, el sargento Hengst, que es buen amigo del ayudante, y que facturará a Schmidt en dirección a la quinta compañía, donde el suboficial Bock le espera. Nada en el mundo podrá impedir que el fulano se presente en la primera sección. Seguidamente, mi trabajo consistirá en llevarlo amablemente a la línea de fuego.

Porta sonrió:

—¡Estupendo, Heide! Ni yo lo hubiese mejorado. ¿Piensas enviarle una bala reglamentaria o una dum-dum? Como lo que había reservado al capitán Meyer...

—Le alojaré la dum-dum donde más le duela. Pero antes le dejaré vivir algún

tiempo, para que se entere de los que pienso hacer con él. Le explicaré el motivo de que esté con nosotros. Mi único temor es que no podamos regresar al regimiento, o bien, lo que sería aún peor, que lleguemos demasiado tarde y que Iván haya liquidado ya a Schmidt. Esta idea se me hace insoportable.

La noticia estalló como una bomba: ¡Estábamos muy cerca de Turquía! Nuestra imaginación se echó a volar.

Porta se entregó a su tema favorito: el burdel de lujo o una perversidad sexual cualquiera. Al fin y al cabo, estamos civilizados, decía.

—¿Y la jamancia? —preguntó Hermanito.

—El plato principal será puré de patatas con lonchas de tocino; añadiremos vino de montaña y páprika.

Hermanito saboreaba ya el puré de Porta.

—¡Si por lo menos pudiéramos deslizarnos por esa frontera!

Pero el sueño se desvaneció. Turquía estaba cercana y al mismo tiempo infinitamente remota.

Abandonamos el poblado con nuestro tiro de perros y un N.K.V.D. Heide empezó a insultar al perro guía.

UN TIRO EN LA NUCA

Los perros se tendieron a descansar. Cualquiera hubiese sido capaz de ver que no habíamos sabido conducirlos. El propio *Viejo*, que lo sabía todo, sólo era experto en dos oficios: el de carpintero y el de soldado. El primero le gustaba, y odiaba el segundo; en cuanto a los perros, no los conducía muy bien, pero ninguno de nosotros lo hubiera hecho mejor.

Esta región hostil a todo extranjero nos destruía. Luchábamos entre nosotros, nos mordíamos, gruñíamos. Una mañana, *Hermanito* y Heide lucharon durante veinte minutos, en silencio. Heide salió con la nariz aplastada. *El Viejo* tuvo que terminar el combate amenazándoles con su revólver; naturalmente, no hubiese disparado, y todo el mundo lo sabía, pero hay más autoridad en el hablar sosegado de *El Viejo* que en los gritos de todos los suboficiales y los generales reunidos. El pugilato fue interrumpido, pero siguieron amenazándose de muerte. No comprendíamos este odio feroz.

El perro que cojeaba fue liquidado, *Hermanito* se encargó de ello; le rebanó el cuello sonriendo como un demente, y cuando le reprochamos aquella sonrisa,

exclamó con rabia:

—¡Imaginaba que era Julius, el devorador de judíos!

El perro lanzó un prolongado aullido. *Hermanito* se volvió y miró a Heide.

—Tú también gritarás así cuando te parta en dos la nuez!

Heide escupió con rabia contenida, pero la pelea que temíamos no se produjo.

De repente, *El Viejo* detuvo el trineo junto a una especie de terraplén.

—¡Por Mahoma! —murmuró el legionario—. ¿El mar? Pero esto es imposible.

Miramos el mapa y comprobamos el compás y las brújulas, pero allí, ante nosotros, sin ninguna duda, estaba el mar.

Porta se echó a reír.

—¡Qué pandilla de aventureros! Después de haber ido motorizados en trineo por la estepa de los kalmukos, hay que convertirse en marineros de agua dulce. —Enarboló el sombrero de copa que llevaba encima del gorro de piel y secó del bolsillo el gato atigrado—. *Stalin*, viejo gato, ¿te apetece un arenque? Los hay a montones en ese charco, pero tendrás que irlos a buscar tú, porque nadie ha traído anzuelos.

El Viejo confesó que no lo entendía, y que no nos habíamos equivocado de dirección. Según él, el mar estaba muy lejos.

—Entonces, vemos visiones —dijo Porta, riendo—. Porque, según me parece, lo tenemos a treinta metros.

—Seguramente es un gran lago...

—Sí, sargento —dijo el legionario—; pero, ¿qué lago?

Todo el mundo se inclinó sobre el mapa, que no indicaba ningún lago.

—No lo entiendo —repitió *El Viejo*, mientras contemplaba, estupefacto, la extensión de agua helada.

—¿No será un pantano? —insinuó *el Profesor* entornando sus ojos de miope tras las gruesas gafas, uno de cuyos cristales estaba rajado.

Había ocurrido un par de días antes, con motivo de una caída. *El Profesor* afirmaba que Heide le había puesto la zancadilla.

Heide lo había admitido, muy risueño. La luz de la luna nos permitió distinguir la otra orilla, a dos o tres kilómetros.

—Entonces es un río —dijo Steiner—. ¿Pero cuál?

El legionario colocó el compás sobre el mapa, miró al cielo con fervor, y meneó la cabeza con expresión de desaliento. El mapa no le decía nada.

—Todas las brújulas no pueden estar estropeadas; como hemos de ir hacia el Oeste, no hay más que atravesar el hielo.

—Ya no nos quedan muchas provisiones —advirtió *El Viejo*, que se había apoyado en el trineo—. Si tomamos una dirección equivocada, podemos andar perdidos durante días enteros antes de alcanzar las líneas.

El primero que se atrevió a pisar el hielo fue Porta. Se deslizó boca abajo, con

precaución, y todos le seguimos llenos de ansiedad. Aquel hielo nos atemorizaba. Sufrir un remojón con aquel frío equivalía a una sentencia de muerte. El legionario, más realista que todos nosotros, se arrodilló y empezó a cortar la corteza helada con su cuchillo siberiano. Midió el grosor y sonrió satisfecho. Era lo bastante grueso para sostenernos a todos. Este descubrimiento nos llenó de una alegría infantil. Porta y *Hermanito* empezaron a deslizarse, cayeron y siguieron resbalando sobre la barriga, como chiquillos que jugaban con un trineo.

—¡Vais a volverme loco! —gritó *El Viejo* entre los estallidos de risa—. ¿Habéis olvidado que estamos mil quinientos kilómetros dentro de las líneas rusas?

—¡Mierda! —gritó *Hermanito*—. Si viene Iván le invitaremos también a jugar.

Un sordo crujido terminó de repente con el alboroto que armábamos; nos miramos asustados.

—¡Maldición! —gruñó Porta—. Larguémonos a toda marcha.

Avanzábamos con precaución por el desierto pálido y traicionero, nerviosos y vigilantes; el hielo crujía bajo nuestros pies, como una sombría maldición. Cada vez que escuchábamos su voz nos deteníamos, con los esquís a punto para apoyarnos en ellos. *El Viejo* ordenó que nos desparramáramos y seguimos avanzando de esta manera durante varias horas. Por fin se precisó la otra orilla, una orilla cubierta de abedules que nos llenó de alborozo. Derribar unos árboles y encender una enorme hoguera fue cosa de momentos.

—Muy listos —dijo *El Viejo*—. Estas llamas se verán desde muchos kilómetros. ¿Queréis llamar al diablo?

—¡Al cuerno! —gruñó *Hermanito*—. Si se presenta un N.K.V.D. recibirá una bala en los morros, y después nos lo comemos. ¿Quién sabe si no estará bueno? ¿Os acordáis de los gatos del cuartel de Dibuvilla? Tal vez un N.K.V.D. bien gordo está más bueno que un gato flaco.

—Cállate de una vez —dijo Heide—. Pronto jurarás que somos caníbales.

De la hoguera surgían enormes llamaradas que subían hacia el cielo. Tratamos de contenerlas, echando nieve encima, pero se hubiese dicho que aún cobraban mayor ímpetu. ¡Qué importaba! El fuego no estaba apagado aún cuando comenzó a entrarnos sueño. Al poco estábamos durmiendo.

Un grito penetrante nos despertó. Asustados, nos levantamos de un salto, empuñando las armas y taladrando la oscuridad con la mirada. El grito se repitió, prolongado, quejumbroso.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es eso? —murmuró *Barcelona*, empuñando su revólver.

La hoguera estaba apagada casi, y sólo algunas brasas chisporroteaban aún. De repente, un monstruo espantoso apareció entre los árboles. Porta lanzó un grito y se ocultó tras *Hermanito*, quien, de rodillas, contemplaba, aterrado, el monstruo. Nuevo grito. Esta vez, el legionario se puso a reír y todo el mundo creyó que se había vuelto

loco.

—¡Por Alá! ¡Un camello! —exclamó—. ¡Un camello! Y sin duda no está solo. Son camellos salvajes.

Nos levantamos y todo el mundo se acercó con prudencia y las armas preparadas. No podían estar seguros. Siempre es mejor pecar por exceso que por defecto. Entonces vimos los camellos; tres o cuatro de ellos se apretujaban unos con otros bajo el viento glacial, mientras algunos más iban surgiendo de la nieve y la oscuridad.

—¡Dios Mío! —exclamó Steiner—. ¡Los hay a miles...!

La oscuridad parecía llena de animales; pero ¿eran camellos o dromedarios?

—Los camellos creo que tienen dos gibas —comentó Porta.

—¡Qué va! —replicó Heide, despectivo como siempre—. Son los dromedarios los que tienen dos gibas. ¿Se puede montar en ellos?

—Sí, camarada —dijo el legionario, que acariciaba amistosamente un hocico—. Se puede montar en los camellos.

—¡Estoy hablando de dromedarios! ¡Al cuerno con los camellos!

—Es un camello —decidió el legionario—. Los hay con una y con dos gibas.

—¡Estupendo! —gritó *Hermanito*—. Esas fieras viven en África. Por lo tanto, ese mar que tenemos delante es el Mediterráneo y además, helado.

El legionario, desalentado, meneó la cabeza.

—¡No seas estúpido! Se encuentran camellos hasta en China. Debemos estar en un sitio extraño del Cáucaso donde también hay camellos. ¿Es que no sabes que Iván tiene divisiones de camelleros?

Con gran sorpresa para nosotros, de repente aparecieron tres hombres extrañamente vestidos con kaftanes y pieles de animales. Pronunciaban palabras incomprensibles que no tenían nada que ver con el idioma ruso; tocaban nuestras armas, sonreían amablemente y señalaban hacia el Oeste.

—Nada de tonterías, camaradas —gruñó *El Viejo*—. De lo contrario, nos veríamos obligados a mataros.

—Será mejor que empecemos ahora mismo —propuso Heide, levantando su revólver.

—¡Déjate de tonterías! —exclamó el legionario—. Tal vez puedan echarnos una mano.

El Viejo se dirigió al hombre que parecía de más edad.

—*Nzementz?* —dijo.

Respuesta incomprensible. *El Viejo* se encogió de hombros, meneó la cabeza y murmuró:

—*Nie paniemanio.*

—*Germanski?*

Sí, la palabra estaba dicha. Sabían quiénes éramos. ¿Irían a delatarnos? Vestidos

con uniformes rusos, sólo podíamos esperar la horca. Los tres hombres se echaron a reír, y abrieron sus macutos, pero *Hermanito* les inspiraba un temor evidente; dos veces más voluminoso que ellos, con su frente estrecha y su nariz rota, evocaba al diablo en persona.

Los camelleros nos ofrecieron un pan húmedo y pegajoso que nos encantó, así como un líquido brumoso vertido de un recipiente de piel de cabra y que resultó ser leche. A cambio, recibieron *machorka* y papel de diario para liar cigarrillos.

Se reían y, como la risa es contagiosa, nosotros reíamos también. El de más edad hizo unas preguntas discretas relativas al vodka. *El Viejo*, siempre previsor, guardaba un poco en su cantimplora, que fue vaciada por los tres hombres en un santiamén. Ya con más confianza, se llevaron aparte a *El Viejo* y, con gran cantidad de palabras y ademanes para hacerse entender, le señalaron hacia el Oeste, al tiempo que trazaban dibujos en la nieve.

Uno de los hombres empezó a correr en círculos, gritó: «¡Pum, pum!». Y cayó como muerto. *El Viejo* meneó la cabeza, lo que pareció encantar a aquellos hombres.

Dos días más tarde, en compañía de los camelleros, entrábamos en un poblado.

—Ahora es cuando la cosa se pone fea —murmuró *El Viejo*—. En un poblado hay gente, y donde hay gente está la N.K.V.D. ¡Tan cierto como que hay curas en la iglesia!

Los tres camelleros parecieron adivinar lo que decía y se echaron a reír. Uno de ellos gritó despreocupadamente:

—*Niet politruk!*

Nuestra llegada no pareció despertar ninguna expectación. El jefe, que se llamaba Fiodor, nos adjudicó varias chozas; un hombre se cuidó de los perros y luego Fiodor hizo ademán a *El Viejo* de que le siguiera.

Como *El Viejo* vacilara perceptiblemente, Fiodor repitió, riendo:

—*Niet politruk!*

El legionario se echó al hombro un fusil ametrallador y se ofreció para acompañar a *El Viejo*. Éste se decidió por fin y, mientras se inclinaba para salir, nos dijo por encima del hombro:

—Si dentro de media hora no hemos vuelto, venid a buscarnos.

—No me gusta esto —rezongó *Barcelona*, con expresión inquieta—. Esta gente sabe que somos alemanes; al ayudarnos, corren un riesgo terrible. ¿Por qué lo hacen? ¡Ya verás como dentro de un rato nos traen a toda una jauría de N.K.V.D.!

—Entonces, más vale que se anden con cuidado —dijo Porta, sacando un puñado de granadas—. Estas píldoras les darán que pensar.

—¡Larguémonos! —propuso Steiner—. He visto donde ha guardado los perros ese tipo.

—¡Pero no podemos dejar plantado a *El Viejo* y al legionario!

—Es verdad —reconoció Steiner—. ¡Pero es un asco tener que esperar en esta ratonera!

—Tal vez estén ya detenidos —dijo, nerviosamente, *el Profesor*—. Después nos tocará el turno a nosotros.

—Y puedes estar satisfecho si te matan —le advirtió Porta con su tono más alegre—. A un héroe de la SS acostumbran hacerle muchas más cosas. Si te dejan la piel, acabarás en el cabo Dëshney. ¿Sabes lo que es?

—No —murmuró el nórdico, entornando los ojos.

—Es un lugar donde los SS sacan plomo con las uñas, y esto hasta que se pudren.

Porta iniciaba ya una descripción cautivadora de las minas de plomo, cuando la puerta se abrió bruscamente dejando paso a *El Viejo*, acompañado por el legionario y por Fiodor.

Empujaban delante de ellos a un tipejo delgaducho vestido con uniforme de artillero alemán.

—Fijaos en el regalo de Fiodor. Hace tres meses que lo tienen oculto; dicen que fue fusilado.

Contemplamos estupefactos a aquel soldado pálido, que apenas sí tendría los dieciocho años.

—¡Fusilado! —exclamó *Barcelona Blom*—. ¿Cómo es eso?

Hermanito, que se despiojaba, sentado en una mesa, levantó la mirada y contempló recelosamente al joven artillero.

—Si fuiste fusilado, compañero, has de estar muerto, y si te presentas aquí como muerto es que eres un aparecido. A mí esto no me gusta nada, de modo que te aconsejo que te largues, pues de lo contrario te mataré, para quitarte el vicio de ser un aparecido.

—¡Déjate ya de tonterías! —gritó *El Viejo*, exasperado. Se volvió hacia el extranjero y le alargó una cantimplora que nos había facilitado Fiodor—. Toma un trago de aguardiente de maíz.

—No puedo —dijo el joven soldado—. No lo soporto.

Porta levantó la cabeza de la estufa en que estaba recostado.

—¿Por qué no soportas el alcohol, hermano?

—Tengo la cabeza rajada. —Se volvió y nos mostró una herida abierta que tenía en la nuca, o más bien una cicatriz de color rojo sangre—. Me pegaron un tiro aquí. Desde entonces me siento muy extraño.

—No es agradable —murmuró *Barcelona*, observando la horrible cicatriz infectada—. ¿Cómo te ocurrió esto?

—Me llamo Paul Thomas y era artillero del 209.º de Artillería —explicó el desconocido, secándose la frente cubierta de sudor—. Nos capturaron una tarde. Habíamos llegado al frente con nuestras S.M.G. [3] y la sección estaba completa. La

mayoría éramos reclutas.

Calló, como si hablar le costara un esfuerzo inmenso.

Fiodor le alargó un cuenco lleno de leche, que el otro bebió ávidamente, como si temiera que se lo quitásemos; después miró con agradecimiento al pequeño kalmuko y cuchicheó:

—Spassivo, tovarich.

Fiodor le palmoteó una mejilla, mientras le decía algo en su propio idioma que no era el ruso.

—Nuestro jefe de sección, Tauber, un suboficial, quería rendirse. Hans Bülow y yo queríamos seguir luchando, pero Tauber dijo que era completamente inútil. Tal vez tuviese razón, pero se decían tantas cosas de Iván que yo creía que era mejor continuar; mientras disparásemos, no podían cogernos y nos quedaban aún muchas granadas. Podíamos resistir media hora más y, después, escaparnos, pero Tauber afirmaba que seríamos mejor tratados si nos rendíamos. La verdad es que los rusos habían ofrecido en varias ocasiones respetar la vida de los que se rindiera. Finalmente, Tauber nos amenazó con su ametralladora; era suboficial y pensé que sabría mucho más que yo. Así, pues, nos levantamos con los brazos alzados.

—¿Y dónde estaba el resto de la batería? —preguntó *Barcelona*, muy sorprendido.

—Se habían largado; nosotros formábamos la retaguardia. Al principio, Iván se portó bien. Nos dieron *schnaps* y cigarrillos; un suboficial quiso la Cruz de Hierro de Tauber, quien se la dio a cambio de un gran pedazo de pan, que nos repartimos; después nos llevaron a retaguardia, para interrogarnos, lo mismo que nosotros interrogamos a nuestros prisioneros. Nos preguntaron si éramos de las Juventudes Hitlerianas, igual que nosotros les preguntamos si son *Konsomols*; naturalmente, todo el mundo dijo que no, pero descubrieron que mentíamos porque un idiota lo había escrito en su cartilla militar. Entonces la cosa cambió. Estaban seguros de que habíamos torturado a paisanos, y todas esas cosas; de nada sirvió que jurásemos no haberlo hecho. Nos trataron de cerdos y nos amenazaron con cosas peores, seguidamente nos llevaron más a retaguardia a un pueblo que se llama Daskiovo o algo por el estilo. Uno no se siente el mismo cuando está entre los rusos.

—No me cuesta nada creerlo —dijo el legionario—; yo prefiero charlar con ellos desde detrás de mi ametralladora.

—En el poblado nos robaron todo lo que teníamos: relojes, anillos, dinero...; pero no nos pegaron.

—Toma coge una *machorka*, pequeño —dijo *El Viejo*.

—Prefiero masticarlo —dijo Paul, sonriendo. Se acarició la nuca y nos miró como disculpándose—. No nos pegaron —prosiguió reflexivamente—, pero nos fusilaron.

—No lo entiendo —interrumpió *Hermanito*—. Es un artillero de verdad y no un aparecido, y debería estar muerto. ¡Y, sin embargo vive! ¿Quién se atreve a tratarme de idiota?

—Nos liquidaron uno tras otro —prosiguió Paul—. Hacíamos cola, aguardando como si esperáramos el rancho ante las cocinas. Yo era el último, el más joven. Cuando me empujaron hacia delante, me arrodillé; había visto lo que hacían los otros doce. —Miró nerviosamente a su alrededor—. Lo más curioso es que tenía tanto miedo que no me daba cuenta de que lo tuviese.

Sonrió Porta, que se inclinaba por encima de la enorme estufa, para ver al joven artillero que debía estar muerto. Fiodor meneó la cabeza:

—Tovarich Paulssyn!

—Me arrodillé junto al estercolero, como habían hecho los demás; había tres gallinas blancas que picoteaban y un gallo con las plumas erizadas.

—Es curioso el que uno se fije en tales cosas en momentos así —dijo Heide—. ¡Tres gallinas blancas y un gallo enfurecido!

—Me empujaron un poco más adelante, sin brutalidad, casi amistosamente. El Iván que nos disparaba no estaba contento de la manera como colocaba la cabeza, lo mismo que ocurre a veces en la peluquería. Sentí el cañón del revólver contra mi nuca. —Señaló el lugar con un dedo—. No podéis tener idea del daño que me hizo en la cabeza.

—No es extraño —dijo *Hermanito*. Se subió una pernera del pantalón y mostró una cicatriz roja que le rayaba la pierna hasta la rodilla—. Fue un negro francés quien me hizo esto, cerca de Arlés, con su bayoneta, momentos antes de que yo le atizara en los hocicos con mi pala. ¡No puedes imaginar el daño que me hizo! ¡Y lo que llegué a chillar! Debieron oírme hasta en París.

—Traté de levantarme... Hubiese hecho mejor en permanecer quieto, porque creí que me estallaba la cabeza. En algún lugar, muy lejos, escuchaba disparos de fusil, pero todo me daba igual, estaba tan cansado, tan cansado... Cerré los ojos y me desvanecí. El mundo entero se detuvo. Después, lo que más me sorprendió fue ver a los otros. Estaban todos allí, el suboficial Tauber, Willie... los doce; y tan distintos de antes, cuando corrían por allí... No sé si comprenderéis lo que quiero decir.

—Sí —intervino *Hermanito*—. Como globos de los que se ha escapado el gas; estaban las envolturas, pero deshinchadas.

—Algo por el estilo —asintió Paul—. Eran los mismos que antes, pero con un agujero en la nuca y al mismo tiempo no lo eran. —Meneó tristemente la cabeza—. Me sentí tan solo que hubiese querido estar muerto como los compañeros, pero me incorporé, me arrastré a bastante distancia; después me escondí en espera de que oscureciera, y entonces tropecé con Fiodor y con varios otros. Gritaron de miedo al verme; ofrecía un aspecto horrible, sangrando por todas partes. Me tomaron por

Satanás en persona.

—O por un aparecido —murmuró *Hermanito*.

—Luego Fiodor y sus amigos se preguntaron qué debía ser aquello que habían visto arrastrarse por el suelo; de modo que regresaron y me pincharon con su *kandra*, sin que yo sintiera apenas. —Paul rió cansadamente—. Los hombres resisten mucho... Me llevaron hasta su poblado, donde ahora estamos. Un tipo con aire de médico manipuló en mi cabeza; me hizo aún más daño que cuando me pegaron el tiro. Después me enteré que me extrajo la bala con una tijeras.

—¡Con unas tijeras! —exclamó *Barcelona*.

—Sí, unas tijeras corrientes de cortar hilo; no es necesario tener instrumentos muy caros para salvar la vida de gentes como nosotros. El médico no me dijo una palabra; yo era como un animal, e igual podía vivir que reventar.

—¿Y no te hizo oler algo, antes de meterte mano?

—No. Me ataron a la mesa con un ronzal de vaca; boca abajo. Cuando terminó me escondieron en una granja. Las mujeres me llevaban la comida allí.

—¿Qué idioma extraño es esté que hablan? —preguntó Heide.

—El turco.

—¡El turco! —gritamos todos a la vez—. ¡Vaya! ¿Dónde estamos pues?

—No muy lejos de la frontera turca.

—¡Santa Madre de Kazán! —gritó *Hermanito*—. Yo me vuelvo loco. O bien mentís todos, o hemos batido el récord del mundo en velocidad. Tan pronto estamos en el Cáucaso, como en África, como en China, con los camellos salvajes, y ahora en Turquía. —Se inclinó hacia el joven artillero, que estaba sentado en el suelo, entre *el Profesor* y Fiodor—. Dime, imberbe, ¿a qué hora pasa el próximo tren para Hamburgo-Altona? Es el único lugar del mundo que me interesa. Una vez allí, Adolph puede irse a la mierda.

—De aquí no sale ningún tren —contestó suavemente, Paul—. Nunca podremos marcharnos. Hay que confundirse con la población.

—¡Los turcos! —murmuró Porta—. Esto puede ser interesante. —Se apartó de la estufa—. ¿Qué tal es ese país de Turquía? Es un pueblo simpático, donde cada fulano tiene su propio burdel con tres pájaros por lo menos. ¿No es cierto, Paul?

—Tal vez te estás refiriendo al harén —contestó éste riendo.

—Llámale como quieras. Para mí, un lugar así con más de tres mujeres, es un burdel. Pero, además, no están en guerra con nadie, y si pudiésemos atravesar la frontera, ¡menuda vida nos esperaba!

Con una astilla de madera, *Barcelona* dibujaba en el suelo de arcilla una especie de mapa para explicar a *Hermanito* dónde estaba Turquía.

—¡Entiendo! —exclamó muy alegre el gigante, mientras pisoteaba el mapamundi—. Turquía está en la frontera con China. ¡Válgame Dios, a que sitios lleva una

guerra como está!

—Bien mirado, para unos héroes como nosotros no tendría que ser demasiado difícil atravesar esa frontera —seguía meditando Porta.

Paul se encogió de hombros.

—Imposible. Fiodor dice que muchos lo han probado y que ha visto los cadáveres de todos ellos.

Pero nadie le escuchaba.

La idea de un país neutral tan cercano a nosotros nos ponía nerviosos.

—Turquía... —murmuró *El Viejo*—. ¿A qué distancia queda?

—Aproximadamente hay cincuenta kilómetros hasta la zona prohibida. Después veinticinco kilómetros más, llenos de minas y de atalayas, y por lo menos cinco divisiones de N.K.V.D.

—¡Turquía! —*Barcelona* estaba muy alegre—. Desde allí se puede ir a Ismir y después a Valencia. Mi huerto de naranjos se acerca. ¡Y pensar que tal vez dentro de cuatro semanas esté presenciando una corrida!

Barcelona quedó abstraído en sus fantasías.

El pequeño legionario jugueteaba con su cuchillo morisco. Se notaba que la idea le apasionaba.

—¡Por Alá! Tengo un camarada en Ankara. El sargento mayor del 2.º Extranjero. Desde allí puedo llegar a Siria y presentarme a mi general en Beirut.

—¡No querrás seguir siendo soldado!

Porta se había quedado boquiabierto.

—Es mi deber. Francia está luchando. Si Francia muere, yo moriré también, ¿entiendes, camarada?

¡No, nadie lo entendía, pero nadie se atrevía a decir que el pequeño legionario estaba loco! El cuchillo con que jugaba nos hacía callar.

—¡Turquía! —soñaba *el Profesor*—. Allí podría encontrar un barco sueco, llegar a Suecia; entonces Noruega queda al alcance de la mano. Me colaría por la frontera e iría a luchar por Noruega.

Todo el mundo se echó a reír.

—Ésta sí que es buena —dijo *Barcelona*—. ¿Luchar por Noruega? Pero si es lo que estás haciendo—. Le tiro su revólver—. ¡En marcha, héroe de la SS!

Heide empezó a canturrear el himno de los legionarios, al que hicimos coro irónicamente, ante las narices del voluntario miope.

*¡A luchar por el honor y la libertad
acudimos los voluntarios noruegos!
La cruz gamada es nuestro orgullo,
¡SS, no estáis combatiendo solos!*

El desdichado nórdico se inclinó ante nuestras burlas.

—Te ahorcarán! —grito Porta—. ¡Tus propios compañeros noruegos! ¡Ten por seguro que te balancearás en medio de la Carl Johnn!

—Si —corroboró *Barcelona*—, por espía o por traidor, pero te ahorcarán. Quédate en Turquía o ven conmigo a cultivar naranjos. Cuando seas rico, regresa a tu casa. A la gente rica siempre la perdonan. A esto le llaman justicia.

—¡En cuanto a mí, siempre he soñado con tener un burdel en Estambul! —interrumpió Porta—. En una revista de señoras leí que en este país no son muy exigentes en cuanto a moralidad.

Se instaló sobre la mesa, se quitó los calcetines y agitó los dedos de los pies junto a la nariz del indignado *Hermanito*, que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Tú irás al puerto a repartir prospectos en todos los idiomas con unos dibujos bien cerdos. Mi burdel será una villa completamente blanca en la parte más alta de la ciudad. ¡Algo sensacional, muchachos!

Se perdió en su paraíso de sueños.

—¿Y yo? —preguntó Heide—. ¿Qué haré yo en tu burdel?

Porta se echó hacia la nuca el sombrero de copa y chupó el diente negruzco que tenía en el centro de la boca, el último que le quedaba.

—Cantarás canciones sobre los placeres de la cama. Steiner nos los escribirá. Una cosa escogida, pero que no vaya contra la religión; a ésta hay que respetarla siempre.

Por fin se hizo el silencio; horas después, estando la noche bastante avanzada, casi nadie dormía aún. El pensamiento de Turquía y los sueños sobre la villa blanca en Estambul, no nos dejaban. Pero en los días siguientes hubo que volver a la realidad. No era posible pasar de la Unión Soviética a Turquía. Porta se consoló pensando que la guerra se acercaba a su final, y que aunque hubiera de pasar por Berlín acabaría llegando a Estambul.

Poco después sucedió aquello: fue *Hermanito* quien encontró una barrica llena de alcohol. Plantado en medio del camino, levantaba el voluminoso objeto y dejaba que un delgado chorrito de alcohol cayera hasta su garganta; luego, con un aullido, pasó la barrica a Porta, quien se puso a beber de la misma manera.

Se produjo una escena demencial. Steiner y *Barcelona* habían venido en su ayuda y, en un santiamén, un estrépito infernal atrajo a todos los habitantes del poblado. En la barrica brillaba una estrella roja, lo que indicaba que el objeto era propiedad del Ejército soviético.

—El saqueo está castigado con la horca —advirtió Fiodor, mientras empezaba a beber de los treinta litros de la barrica.

La ingestión del *matsie* vuelve loco, completamente loco, y el ruido que se armó se oía a gran distancia en la mañana blanca de nieve. Un viejo órgano de Barbaria salió de su escondrijo; era una reliquia venerada del pueblo que parecía proceder de

Berlín, según una inscripción casi ilegible. Se instaló el órgano en un trineo y la mujer del *starost* empuñó la manivela con feroz energía. De múltiples escondrijos salían también botellas de vodka. Porta se entregaba ya a un cuerpo a cuerpo con una muchacha, ante la mirada de la multitud ebria y vocinglera, cuando de repente *El Viejo* levantó la mano exigiéndoles atención.

¿Qué sucedía? En el silencio que se produjo se escuchó el canto de una grave voz de hombre. La voz se acercaba cada vez más, mezclada con ladridos de perros.

Hacia la última casa del pueblo, una silueta cubierta de pieles apareció, llevando un fusil ametrallador atravesado sobre el pecho. El hombre se detuvo ante nosotros; nos miró a uno tras otro y vio la barrica de *matsie* que Heide sostenía aún en alto. Acariciando la estrella roja de sus mitones de piel, el recién llegado olfateó el contenido de la misma, luego se la llevó a los labios y bebió a grandes sorbos. Eructó prolongadamente y luego escupió hacia Porta, que manoseaba a la muchacha en un rincón.

—*Tovarich*, eres un cerdo —gruñó, mientras se disponía a seguir bebiendo.

Con precaución, dejó la barrica sobre la nieve y echó al aire su gorro de piel blanca. Entonces vimos una cruz verde, el signo de muerte de la N.K.V.D.

Durante un breve instante, todos los corazones dejaron de latir. Pero el hombre, tirando repentinamente su metralleta sobre un montón de nieve, se puso en cuclillas, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a bailar. Una danza salvaje salpicada de mucho taconeo.

En un abrir y cerrar de ojos, *Hermanito* se irguió empuñando un revolver; por un momento creímos que iba a liquidar al N.K.V.D. El arma apuntaba al vientre del soldado que bailaba, el dedo se curvaba sobre el gatillo, los ojos del gigante relampagueaban, implacables... Pero echó la cabeza hacia atrás y se dejó caer riendo como un loco; el arma le temblaba en la mano, todo su cuerpo se estremecía, y los proyectiles salían en todas direcciones. Nos echamos al suelo; las balas pasaban silbando cerca de nuestras cabezas. El baile del N.K.V.D. se hacía cada vez más feroz; el hombre aullaba de alegría y daba enormes saltos, describiendo piruetas agilísimas.

Hermanito, con las piernas separadas, un poco inclinado hacia delante, recargó el fusil ametrallador y luego empezó a disparar alrededor del N.K.V.D., quien detuvo su baile. Cogió la barrica de *matsie*, pellizcó la oreja del gigante, y dijo, riendo:

—¿Lo encuentras divertido? Pero a mí no me das miedo.

—¡Mierdoso! —gruñó *Hermanito*, descargando todas las balas en las proximidades del ruso.

Después bebió un buen trago de aguardiente y alargó la barrica al N.K.V.D., en el momento preciso en que éste vaciaba su cargador junto a los pies de *Hermanito*.

—¡Bruto! —aulló el gigante—. ¡Sabrás quién soy yo! Yo, *Hermanito* de San

Pablo. ¿Entendido, esbirro de Stalin? ¿Comprendido? ¡Soldado *germanski*! ¡Tanquista! ¡Pum, pum! ¡Y os maldigo a ti y a Stalin! —Señaló a Porta, que se les acercaba—. Ese borracho que viene es Joseph Porta, de Berlín Wedding, y podría cortar todo lo que te sobresale antes de que te dices cuenta.

Porta se reía. Tocó al comisario con el mango de una granada de mano:

—Ese chico es un alma de cántaro, pero ahora que está dicho, más vale que sepas todo lo demás. —Cogió por el pecho al comisario—. Tú *ruski*, yo *germanski*, por lo tanto, enemigos, ¿entendido? Yo, cabo del otro lado, columna vertebral del Ejército alemán. Señaló al legionario. —Y ése, ni *ruski*, ni *germanski*, sino *franzuski*, ¿entiendes?

El discurso de Porta no pareció causar el menor efecto en el comisario, que bebía ávidamente de la barrica de *matsie*. Porta sacó su cuchillo de trinchera y lo puso bajo la nariz del otro.

—Te advierto que corta. Si eres descortés, te vuela la nariz. *Paniemano*?

El comisario reía. Erguido entre los montones de nieve, con las piernas bien separadas, miraba oblicuamente hacia el suelo.

En el mismo momento, y sin que nadie se hubiese dado cuenta, Heide entró en acción. El *matsie* estaba causando efecto. Heide llegó corriendo por la calle del pueblo, con una granada en cada mano. Vimos que *El Viejo* trataba de detenerle, pero era empujado a un lado; Heide corría hacia el comisario.

Ésta vez, el N.K.V.D. levanto su metralleta. Su rostro curtido enfiló a Heide, y entornó los ojos. Todo su cuerpo estaba en tensión. Ya no era un soldado ebrio, sino un policía de galones verdes, cuya sola presencia hacia estremecer a todo un pueblo.

Hermanito y Porta bailaban cogidos del brazo, como si aquello no fuera con ellos, con sus armas caídas en la nieve. El comisario disparó una serie de tiros; cada proyectil fue a enterrarse a pocos centímetros de Heide, que llegaba corriendo. Después la cosa se puso seria. El ruso se echó el arma al hombro y apuntó exactamente al vientre de Julius. Vimos cómo con un dedo quitaba el seguro del automático. *El Viejo* cogió su revólver y apoyó la mano en el hombro del legionario, mientras contenía la respiración... Tenía que ser un tiro preciso, mortal, entre los ojos...

En el mismo segundo, Heide chocó con el comisario. La metralleta del ruso describió un círculo y cayó ante el legionario, quien de una patada la envió entre los arbustos.

—¡Dispara! —murmuró Fiodor, pálido como un muerto—. ¡Mátalo! Es un diablo. Hace poco cogió a tres y los llevó a...

El Viejo bajó el revólver. ¿Cómo disparar contra aquella confusión de brazos y piernas? Gritos medio ahogados y juramentos extraños salían del montón de nieve.

—*Job Tvoiemadi*! ¡Perro! ¡Ven a Colonia, a casa de Schwabing, y ya verás lo que

hacemos con un puerco de tu ralea!

Heide había cogido al hombre por el cuello y trataba de estrangularlo. Era vigoroso, pero el ruso también, y esto fue lo que le salvó la vida. Un esfuerzo sobrehumano y una patada precisa lo arrancaron de manos de Heide; buscó con la mirada su arma, pero ya no estaba allí.

—¡Cerdos! —gritó—. ¡Os costará la cabeza el haber levantado la mano contra Piotr Yanok, teniente de la N.K.V.D.! ¿Quiénes son estos perros extranjeros? ¡Presentad la documentación! ¿Lo oís, hatajo de inútiles? ¡Yo, teniente Yanok, quiero ver vuestros documentos!

—¿Quieres también mi cuchillo en el trasero, piojo infecto? —gritó Heide, quien reía mientras agitaba su *kandra*—. Yo soy del frente del Este y no un emboscado como tú, y siento grandes deseos de rebanarte el cuello.

Hizo girar la *kandra* por encima de su cabeza con una fuerza tal que hubiese hecho volar la del comisario, si hubiese llegado a tocarla.

—No somos tus *voina plennys* (prisioneros de guerra), *tovarich*.

El comisario, que ya no entendía nada, observó nuestros uniformes rusos. Meneó la cabeza y separó los brazos en ademán de perplejidad.

—*Niet russki*? —preguntó con expresión cómicamente estupefacta.

El Viejo se adelantó, con el revolver en la mano, mientras los habitantes del pueblo se congregaban a nuestro alrededor; al ver tan desconcertado al comisario, su temor se desvanecía; hablaban en voz alta. Una mujer llegó incluso a reír a carcajadas.

Hermanito se levantó de los arbustos entre los que había caído, se sacudió la nieve del cabello y devolvió la barrica de alcohol al aturdido policía.

—Bebe, camarada —dijo, riendo—. Bebe por nuestra suerte y por la muerte rápida de nuestros enemigos.

El ruso bebió. ¡Alemanes allí, en un distrito tan lejano del frente, y con uniformes rusos de tanquistas...! ¡Era imposible! Incomprensible. Sólo pensarlo ya era peligroso. Había que sofocar esa idea en embrión. Si tales cosas podían ocurrir, a la N.K.V.D. no le quedaba más recurso que desaparecer.

Fue arrancado de sus sombríos pensamientos por la llegada de un lechón asado.

—Propiedad del Estado —murmuró el N.K.V.D.—. Tendría que denunciaros.

Nos sentamos sin más cumplidos, formando un círculo sobre la nieve, y arrancamos gruesas lonchas del cerdo asado; la grasa nos resbalaba por la barbilla y el cuello.

—Hagamos las presentaciones como es debido —dijo el legionario, de buen humor—. Nuestro invitado tiene hipo, y esto suele curarse con un buen susto.

—Cuéntale la historia —propuso *El Viejo* a Fiodor, que parecía muy preocupado ante los problemas que podía acarrearle aquella llegada intempestiva.

—Piotr, cerdo fanfarrón —exclamo *Barcelona* Bolm mientras pegaba una palmada monumental en el hombro del comisario—. Eres el trasero de un gran hombre. *Heil!* ¡Camarada, viva Moscú!

El comisario hipaba; se le escapó un eructo monumental y seguidamente se regó la garganta con más *matsie*. Reía estúpidamente y escupía en dirección a *Hermanito*.

—¡Viva Stalin! —grito el N.K.V.D., encantado—. Larga, larga vida a Lenin, protector del proletariado—. Cayo de costado, y el pequeño legionario tuvo que tirar de él hasta dejarle sentado. —Estáis detenidos —prosiguió el comisario, meneando el índice—. Sois partidarios de Trotski.

Empezó a tartamudear, aseguro al legionario que Karl Marx era un borracho, volvió a caerse y se agarró cariñosamente a Porta; después miro a su alrededor con precaución y dijo con gran sigilo.

—Amigo mío. ¿Dónde has aprendido el ruso?

—En mi casa —contestó Porta.

Hubo un momento de silencio, y después el ruso se echo a reír.

—¿Quieres enseñármelo a mi también? ¿Tienes por lo menos una orden de misión?

—Te juro que la tengo, pero es falsa —contesto Porta, muy serio.

El comisario se levantó, vacilante, pero cayó de rodillas y vomitó; secándose la boca con su gorro de piel, confesó a Porta que estaba enamorado de la mujer de su comandante. De repente, cayó cuan largo era; se volvió con dificultad, consiguió arrodillarse y rió malévolamente al ver a *el Profesor* tendido sin sentido en la nieve, a consecuencia de una ronda de *matsie* que Heide le había hecho beber a la fuerza.

—¡Llevaos ese cadáver! —gritó—. *Davai, davai!* ¡No me gusta ver cadáveres esparcidos por los lugares públicos!

—¿Tiene varices la mujer de tu comandante? —pregunto Porta.

El comisario no lo entendía muy bien, pero, de todos modos, la cosa no tenía importancia; meneó la cabeza y juro por san Ludmillan que la mujer de del comandante era hermosa.

—¿Tiene el trasero agradecido? —insistió Porta.

El comisario sonrió, y volvió a menear la cabeza; repitió que era una mujer hermosa.

—Cada marrana prefiere a sus cerdos —concluyó Porta, con un amplio ademán—. Una prostituta es siempre una prostituta. *Kirva, kirva, paniemaio?*

—¡Simio! —grito el comisario—. Muges como un toro, pero pronto entablaras relaciones con la taiga siberiana. Las minas de plomo te esperan, el cabo Deshnev te calmara. Mi azucena no tiene nada de *kirva*. ¿Entiendes?

—*Kirva?* —replico *Hermanito*—. ¿Quién habla de prostitutas?

Una mujer con pantalones masculinos aprovechó aquella distracción para

escabullirse y alejóse corriendo por la calle, acompañada por las risas de los niños del pueblo. Pero fue atrapada por Steiner, quien la inmovilizó hasta la llegada de *Hermanito*. Ante un gallinero se armó una pugna violenta, pero breve, y finalmente, los dos cogidos del brazo, se metieron en el gallinero, pese a las protestas de los volátiles. La mujer gimió. Se oyó un batir de alas, blasfemias, maldiciones; se vio que una gallina blanca salía del refugio, después tres negras y por fin un gallo colorado. Entonces reino un silencio notable en el interior del gallinero, hasta que su puerta fue cerrada con estrépito.

El comisario, repentinamente de mal humor, gritaba cuanto podía, y Porta, exasperado, se levanto del suelo, vacilando un tanto.

—Tienes que hablarnos con amabilidad y no vociferar de esta manera. No estamos acostumbrados a ese tono que usas. Somos unos caballeros. ¿Sabes qué es un caballero? Es un tipo que tiene crédito en casa de una *kirva*. Dame un pedazo de ese salchichón que el caballero tiene en su macuto —ordenó Porta a *Barcelona*, señalando la mochila del comisario.

Barcelona la abrió y derramó todo su contenido sobre la nieve.

—Corta del centro —indicó Porta—. Es donde está más blando. Sobre todo, no me des el de las puntas.

—Hay latas de hígado de oca.

—Dame la mitad y reparte el resto entre los necesitados que lo merecen. ¿Tienes también caviar? —preguntó Porta al comisario, quien contemplaba cómo sus pertenencias cambiaban de dueño.

El ruso asintió en silencio y ayudó a *Barcelona* a encontrar dos latas de caviar, que alargó a Porta.

—Si no está acostumbrado a comer esas cosas, se pesca una diarrea que disminuye la capacidad de servicio —aseguró Porta—. De modo que será mejor que me des en seguida las dos latas, para que el curso de la guerra no sufra ningún retraso. —Había abierto ya una lata y rascaba su contenido con la bayoneta. —Algo salado —recriminó al comisario, secándose la boca.

Sin embargo, se declaró satisfecho, y sólo lamentó que hubiera tan pocas latas.

—Tiempo atrás, cuando la guerra no era más que una broma —prosiguió, lanzando miradas homicidas a una gallina escandalosa que se dejaba cortejar por el gallo colorado—, en las estaciones nos recibían unas N.F.S. ^[4] idiotas que repartían golosinas a los héroes. Un día, en la Estación del Este de Berlín, pescaron tal indigestión a base de pasteles de queso que cada compañía llenó hasta rebosar treinta y siete retretes. Los que llegaron después vaciaron los recipientes entre los rieles. El capitán de Infantería encargado de la estación, recibió tal reprimenda a causa de aquella mierda, que se encontró como jefe voluntario de un batallón especial en ruta hacia el frente. Un sujeto que estaba en el sector donde operaba el especial me

explicó que poco después fusilaron al capitán por alta traición.

—¿Cómo fue eso? —preguntó *El Viejo*, sorprendido, mientras encendía su vieja pipa con tapadera.

—No es difícil de entender. El capitán tuvo que contestar al coronel que le preguntó por qué había sido destinado a un batallón especial, y dijo con sinceridad: «A causa de la mierda». Esta mierda dio lugar a un informe de ochenta y cuatro páginas, que terminaba así: «Al capitán Kowski se le han negado todos los honres y todo derecho a la vida a causa de discursos subversivos contra el Gobierno de la Gran Alemania».

Porta sonrió campechanamente, abrió los brazos, y terminó:

—Ahí tenéis una prueba flagrante de cómo considera todo el mundo a la Gran Alemania. Así que se pronuncia la palabra mierda, ¡expediente que te crió!

Señaló al comisario, que mostraba el aire angustiado, típico de los condenados a muerte.

—*Tovarich*, no pongas esa cara tan triste. Estamos en tu casa, y si tuviera que ocurrirte algo, te prometo que sería por pura casualidad.

De repente, Fiodor se acercó a *El Viejo* y cruzó con él unas cuantas palabras en voz baja. Fiodor señalaba hacia el Este y parecía muy nervioso.

El Viejo se volvió hacia mí.

—¡Sven, en pie, de prisa! Hay que largarse. Fiodor dice que está en camino una patrulla de la N.K.V.D.

De manera incomprensible y más rápidamente que con el telégrafo, todo el pueblo sabía la noticia. Ésta había corrido de matorral en matorral, de copo de nieve en copo de nieve. ¡La N.K.V.D. llegaba!

Todo el mundo colaboró para apresurar nuestros preparativos, y el último en moverse fue *Hermanito*, a quien hubo que sacar a la fuerza del gallinero. Tambaleándose, se deshacía en exclamaciones amorosas.

—Y envíeme a su marido, señora; aprenderá a conocerme. Ahora, en marcha, ¡y al diablo con todo lo demás! —gritó al comisario, que observaba fijamente aquellos acontecimientos tan poco reglamentarios.

—De buena gana bailaré —dijo Julius Heide, después de su vigésimo tercer trago de *matsie*—. ¿Sabes bailar la *slapak*? —preguntó a una vieja que profería insultos contra el comisario.

Atrapó a una muchacha. Los dos rodaron por el suelo, mientras Fiodor, cada vez más nervioso, nos apremiaba para que emprendiéramos la marcha. En medio de la excitación general, *Hermanito* vació todo un cargador, desgarró una de las botas del comisario y arrancó el gorro de Fiodor, pero nada impresionaba a aquella gente tanto como la llegada de la N.K.V.D.

¿Cómo se efectuó la carga? Nunca lo he sabido, pero Fiodor exigió que nos

llevásemos al comisario, que estaba totalmente borracho.

—Si se queda, estamos perdidos —dijo—. Matadlo lejos de aquí, es un cerdo; echadlo al río, o haced un agujero y metedlo dentro. No lo encontrarán hasta la primavera. —Y con un ademán expresivo, añadió—: ¡Aseguraros de que la diñe!

—Yo me encargo de eso —dijo Heide, examinando el cuello del comisario.

Y el pacto fue sellado con apretón de manos.

El pequeño artillero fue atado sobre el trineo; Fiodor le dio un abrazo y le recomendó que conservara bien abrigada la herida de la nuca; los habitantes del pueblo se despedían de nosotros con profusión de palmadas en los hombros, de risas y de regalos. El más maravilloso de los regalos fue una de esas tiendas que resisten hasta un huracán de nieve. Había también una buena ración de pescado seco, duro como madera, que atamos a ambos lados del trineo.

Después emprendimos la marcha solemnemente. El comisario N.K.V.D. nos siguió sin resistirse, y se puso sus esquís cortos, depuse de un *job tvoiemad!* (al diablo con tu madre) que indicaba que en lo sucesivo todo le daba igual. Cuando iba a ponerse en bandolera su fusil ametrallador, Heide se lo quito.

—Ahora eres tú el *voina plenny* (prisionero de guerra), gordinflón, de modo que será mejor que me encargue yo de tu naranjero.

El comisario se encogió de hombros con indiferencia y murmuró unas palabras aludiendo a Fiodor y a la horca.

—*Niet!* —replicó éste, sonriendo.

El Viejo hizo chasquear el látigo y profirió un «¡Oh, ah!» que el perro guía recibió con un aullido de placer. El trineo salió del poblado en medio de una nube de nieve. A nuestras espaldas, los campesinos cantaban:

Dassvi dania, dassvi dania
Nunca más volveremos a vernos
Es un viaje largo, muy largo,
Largo, muy largo...
Dassvi dania, dassvi dania.

Las casas bajas desaparecieron en el horizonte. Íbamos a una velocidad infernal; el frío y los esfuerzos nos serenaron. Se reanudaba el combate eterno.

La tercera noche, durante el descanso, el viento empezó a soplar y por primera vez desde la salida, el comisario nos dirigió la palabra; es decir, se dirigió a *El Viejo*, porque a nosotros nos ignoraba.

—Se prepara una tempestad —declaró después de lanzar una mirada hacia el Este—. Una tempestad horrible, que durará varios días; hay que montar la tienda.

El Viejo reflexionó, encendió la pipa y entornó los ojos para observar el avance de las nubes bajas.

—¿Eso crees, Piotr? Entonces, será mejor hacerte caso; conoces la región mejor que nosotros.

—¡Apresúrate! —grito el comisario, a quien la tranquilidad de nuestro jefe exasperaba visiblemente—. Dentro de una hora la tormenta estará aquí y moriremos de frío si la tienda no está montada. —Hizo unos amplios ademanes para dar fuerza a sus palabras—. ¡Huracán, huracán! —repetía, pegando furiosas patadas sobre la nieve.

—Tienes razón, démonos prisa —intervino el legionario—. Conozco las tempestades de arena del Sahara, que te asfixian en un santiamén; pero ésta será peor: estamos a cuarenta y ocho grados bajo cero. ¡De prisa!

—¿No irás a creer las palabras de ese cerdo? —dijo Porta.

—¡Basta! —gritó *El Viejo*—. Montad la tienda, y a toda marcha.

Lenta, muy lentamente, desembalamos la carga mientras Heide insultaba al perro guía, como si fuese responsable de todo. Una ráfaga recorrió la estepa con un aullido; tiene tanta fuerza que nos lanza contra el suelo.

—¡Válgame Dios! —gritó Porta—. Tengo la impresión de que ese cerdo está en lo cierto.

Nadie decía ya nada; todos ayudaban a plantar la tienda helada; otros arrancaban grandes pedazos de hielo para formar una especie de parapeto.

Se produjo un prolongado silencio, y todos nos dormimos bajo la vigilancia de *el Profesor* a quien siempre le asignaban el turno de vigía.

—Eres voluntario de la SS —le había explicado Porta—; si te quejas te enviamos al consejo disciplinario, ya sabes que podemos hacerlo. *Hermanito* servirá de horca y te sostendrá en el aire hasta que revientes. ¡Mucho cuidado!

La tormenta nos despertó. Una tormenta con el vigor desconocido hasta entonces, un ciclón de nieve como sólo se produce en el polo o en Rusia. Durante cuatro o cinco horas hubo que aferrarse a la tienda con todas nuestras fuerzas, para retenerla; luego, las ráfagas se hicieron menos terrible. El comisario se dejó caer a tierra.

—Ahora podemos dormir.

—¿Dormir? —repitió *El Viejo*—. ¡Si pronto va a ser de día...! Hay que continuar.

—Imposible —replicó el comisario riendo cansadamente—. Por lo menos tenemos para tres días, y antes de que haya terminado no hay que pensar en moverse, si no queremos morir helados.

—Este tipo nos toma el pelo —gruñó Porta—; debe confiar en que sus colegas nos localizarán si consigue retenernos aquí.

—No creo —intervino el legionario—. En una tempestad como ésta no hay posibilidad de desplazamiento. No tenemos más remedio que permanecer alerta y disparar hasta contra las sombras.

—Yo puedo desplazarme —gritó *Hermanito*—. No será este vientecillo el que me

impida regresar a casa.

Se deslizó por debajo de la tela de la tienda y se irguió en medio del tornado de nieve, que lo cogió y lo tiró al suelo; *Hermanito*, mordió la nieve de rabia, rodó por el duelo, pataleó, luchó y por fin regresó, furioso y blanco de pies a cabeza, lo que hizo reír francamente a Porta.

—¡Creí que te habías ido a la Reeperbahn! ¿Es esta ligera brisa lo que te lo impide?

El comisario tenía razón: la tempestad duró tres días. Había que gritar a voz en cuello para hacerse oír y dominar los aullidos del viento; de vez en cuando, uno de nosotros se deslizaba hasta el exterior para ver a los perros acurrucados a sotavento de la tienda. Toda la llanura no era más que una muralla andante de nieve; que nos azotaba por todos lados. La nieve era un océano alborotado por un ciclón. A medida que transcurrían las horas, nuestro humor iba empeorando. *Hermanito* pegó a Steiner por un asunto intrascendente, y Steiner golpeó a *el Profesor* casi hasta matarlo; el desdichado se salvó gracias a Heide, que seguidamente tuvo que combatir contra *Hermanito*, porque éste le acusaba de defender al SS. Heide acabó pegando un puñetazo en el rostro a *el Profesor*, que le dejó sin conocimiento durante veinte minutos largos, tras de ellos empezó a meterse con *Hermanito*, al que trató de «cloaca de la tropa». Interrumpimos las peleas a culatazos, y se restauró la calma hasta que Porta empezó a criticar a la Legión, tratándola de «asilo ambulante». El pequeño legionario se lo tomó muy mal y se produjo uno de aquellos combates largos y silenciosos que suelen terminar con un homicidio. Hizo falta toda la autoridad de *El Viejo* para calmar a aquellos inconscientes. Por fin nos pusimos de acuerdo en hacer responsable al comisario de la declaración de guerra, y todo hubiera terminado con el proceso del culpable, si la tempestad no se hubiera calmado definitivamente.

Abrimos la tienda. Todo el mundo echó a correr por la nieve, que formaba verdaderas montañas; nos bombardeamos con bolas de nieve. Estábamos como locos.

—¡Mamá! —gritó *Hermanito*—. ¡Me ha entrado nieve en la espalda, y el comisario me molesta!

A Heide le entró tal ataque de risa que se le desencajó la mandíbula y permaneció un buen rato sin poder cerrar la boca.

—Voy a arreglarte esto —dijo Porta, pegándole un puñetazo en el rostro—. Hacen falta dos para volver a su sitio la articulación.

A Heide le acometió inmediatamente un acceso de rabia tal que Porta puso pies en polvorosa para salvar el pellejo. Estábamos enloquecidos.

Dos semanas más tarde llegamos a las proximidades del frente; no teníamos ya nada que comer y estábamos ebrios de cansancio. Desde hacia tres días los perros se habían declarado en huelga y los habíamos dejado en libertad. En cuanto al trineo, lo empujamos hasta el fondo de un barranco.

El N.K.V.D. estaba cada vez más nervioso; su antigua arrogancia no era más que un recuerdo, y se veía con claridad que sólo pensaba en la fuga. ¿Quién de nosotros no hubiese pensado lo mismo?

Aquel día nos estábamos acercando a un bosque, a un bosque enorme, según el mapa, pero muy poco antes de alcanzarlo resonó el grito aterrador:

—*Stoi!*

Porta dio media vuelta con velocidad de relámpago y disparo una ráfaga en dirección al grito. El legionario le imito. Vimos que unas siluetas se derrumbaban.

—¡Al bosque! —gritó *El Viejo*—. ¡Aprisa!

Heide y *el Profesor* se dejaron caer de bruces para proteger nuestra retirada. Era la ocasión que esperaba el comisario.

Se precipito hacia sus camaradas, que se disimulaban detrás de unos taludes de nieve, zigzagueando y gritando:

—*Uhrae Stalino!*

Julius Heide se echó al hombro la culata del fusil ametrallador.

—Piotr, viejo camarada de guerra, prometí a Fiodor que te cortarías el resuello! ¡Si olvidara mi promesa, te vengarías, crápula! Así que, ¡toma fuego!

El «L.M.G.» hizo oír sus secos ladridos. Heide reía sin dejar de disparar.

El N.K.V.D. vacilo, se incorporo a medias y volvió a vacilar. Heide seguía riendo. El cuerpo del ruso fue materialmente aserrado en dos, mientras un nutrido fuego crepitaba entre los montones de nieve; de todas partes surgían llamaradas azules.

—¡Perros! —vociferaba Heide—. ¡Que Satanás os desgarré! —Hizo girar a la ametralladora y maldijo a *el Profesor*, que no cargaba lo bastante aprisa—. ¡Más rápido, héroe de la SS o te entrego a tus colegas! —Un ruso se levantó, empuñando una granada—. ¿Te has fijado en eso? —Una ráfaga derribo al soldado, evidentemente bisoño, que fue destrozado por su propia granada—. ¡Es un saludo de Julius Heide!

Algunos gritos dieron fe de la precisión del disparo, y de repente una ametralladora pesada dejó oír su voz desde el interior del bosque.

—¡Alto! —gruñó Heide—. ¡Tú, héroe de la montaña, corre si quieres salvar tu miserable piel!

—Tenemos treinta segundos antes de que los colegas se acostumbren a la música del legionario.

Se tendió de lado y lanzo tres granadas seguidas hacia el parapeto de nieve más próximo. Explosión y fuegos artificiales con restos humanos.

Oh, Susana, la vida no es difícil.

Por un novio muerto tendrás otros tres mil.

Heide era feliz. Le encantaba cantar. Era el tipo que, sometido a un tribunal en

tiempo de paz, sería calificado de psicópata insensible; pero estábamos en guerra, de modo que Julius Heide se había convertido en un buen soldado, con sangre fría, dotes de mando e instinto bélico. Se le condenaba por su valor y se le admiraba por sus cualidades de combatiente. Si el suboficial Heide sobreviviese se convertirá en instructor de primera clase para el combate cuerpo a cuerpo. La sociedad utiliza muchos Julius Heide; sin embargo, la gente prefiere no estar demasiado próxima a ellos.

Heide se dejó caer sin aliento junto a Porta y el legionario, tras la ametralladora pesada.

—¡Me he cargado a veinte por lo menos!

—Muy bien. Esto les hará reflexionar: combate contra los suyos.

—Nos deben tomar por tropas del Brandeburgo. De modo que si nos pescan, que Dios se apiade de nosotros.

—Nos estrangulaban con un alambre espinoso —profetizo Steiner—. Un día capturaron a dos brande burgueses; a uno lo ahorcaron con alambre de espino y al otro lo asaron vivo.

—Hasta la vista, señoras y caballeros —dijo Porta, riendo. Disculpád mi apresuramiento pero no me gusta perder el autobús.

Y echo a correr a toda velocidad.

El Viejo y yo fuimos los últimos que nos metimos en el bosque, y escapamos por muy poco a un proyectil cuyo solo ruido nos derribo por el suelo.

Prestamos oído, crispado, nerviosos como la caza antes los ojeadores. Tintineo de cadenas. ¡Tanques! ¡Sálvese quien pueda...!

El legionario desapareció como un rayo entre los arbustos, lejos del camino. Heide nos gritó, al tiempo que echaba a correr:

—¡Tanques! Tres T-34.

—¡Aprisa! ¡Entre la maleza, lejos del camino! —gritó *El Viejo*.

Apareció el primer T-34, y pudimos distinguir claramente la estrella roja en su torreta. Una granada nos llegó, silbando a poca altura. De un salto nos metimos entre los matorrales; nuestra vida dependía de ello. FUE una suerte que dispararan con proyectiles antitanque y no con explosivos, pues de ser así *El Viejo* hubiese quedado convertido en papilla. Nos libramos con una simple conmoción. Porta echó a correr por un estrecho sendero y cayó en brazos de un sargento ruso, que lo tomó por uno de los suyos. El error le valió la muerte...

Porta le vació el cargador en pleno rostro y recogió el pesado tubo que descansaba junto al muerto.

—Ahora verán esos perros rojos!

Y se lanzó hacia el camino donde resonaba el horrible ruido de las cadenas. Porta se arrodilló, apuntó cuidadosamente, con calma como en las prácticas.

—Espero que este bien afinado —murmuro al apuntar la torreta del primer T-34, que giraba lentamente hacia el lugar en que Porta estaba oculto.

—¡Dispara! ¡Pero dispara...! ¡Por el amor de Dios! —susurró *El Viejo*, angustiado.

El legionario se mordía las uñas de nerviosismo.

—¿Pero que diantres hace? ¡Van a aplastarlo!

Hermanito no pudo dominarse y vociferó:

—¡Por Satán! ¡Dispara, Porta!

Este grito provocó un fuego infernal dirigido contra el bosque. En el mismo momento, Porta disparó. Una sola detonación y una larga serpiente de fuego salió del lanzallamas. El T-34 más próximo se encabrito, inició la marcha hacia atrás y luego se detuvo. De la torreta surgió una llamarada vertical. Uno de los tripulantes se asomó. Consiguió sacar por la abertura la mitad de su cuerpo y después cayó hacia atrás, tragado por las glotonas llamas azules. Sus gritos eran desgarradores; colgado a medias de la torreta, le chisporroteaban los cabellos y parecía que se fundiera. Olíamos a carne quemada.

Porta escupió y tiro el lanzallamas mientras contemplaba sin pestañar el horrendo espectáculo. Los otros dos T-34 dieron media vuelta y se alejaron a toda marcha; se distinguían las siluetas de los que huían, presas de pánico.

—Nos toman por «P.A.K.» (cañones antitanques) —dijo Heide, riendo—. Bueno larguémonos.

Fue una carrera loca a través del bosque, hasta que derrengados, sin aliento, nos dejamos caer al suelo. Chupamos la nieve para sofocar nuestra sed devoradora. A nuestro alrededor reinaba un silencio de muerte; sólo se oía, a lo lejos, un retumbar que nos llegaba a oleadas.

—Es el frente —dijo Steiner, mirando hacia el Noroeste.

—¡Si por lo menos estuviésemos allí! —gimió *el Profesor*—. ¡Estoy tan cansado...!

El noruego, totalmente agotado, estaba tendido en la nieve y contemplaba las copas de los árboles.

Los acontecimientos rebasaban casi visiblemente sus fuerzas, y su cuerpo no tenía el entrenamiento que tantos años de guerra implacable nos había proporcionado. Nosotros habíamos pasado ya todas las pruebas humanamente soportables.

—Me quedo aquí —murmuro—. No puedo más. Odio todo esto, todas estas inmensas mentiras. ¡Parecía tan hermoso cuando nos reclutaron en Oslo!

Steiner rió en voz baja.

—Desfile de la Victoria con redoble de tambores y trompetas, ¿eh? ¿Sus enemigos? Unos cretinos, incapaces de tocar ni siquiera un elefante. Entonces, vosotros los SS, ¿qué me decís de los T-34? No está mal, ¿eh?

—No hay que reírse de eso —dijo suavemente *el Profesor*—. Mis camaradas cayeron como moscas; ni siquiera sabíamos lo que era una barrera de artillería, ni nos habían hablado de los morteros ligeros rusos, si no era en son de burla; incluso antes de haber comprendido el peligro, mis compañeros ya estaban hechos papilla.

—Tienes razón —intervino *Barcelona*—. Desde luego es preferible ver a los tipos como tú bajo un T-34, pero de todos modos me das lastima; creíste que la guerra era una merienda campestre. ¿Qué instrucción recibiste en la División Viking?

—Seis semanas, seis duras semanas de entrenamiento.

—¡Señor! —exclamó *El Viejo*, riendo—. Nosotros llevamos tres años. Y nuestra experiencia guerrera empezó suavemente en Polonia. ¡Unas maniobras con tiro real, te lo aseguro! ¡Cuántos quedan de tus camaradas!

—En la compañía del Regimiento de Noruega formada en Klagenfurt había doscientos treinta y cinco voluntarios que pasaron a la «Viking» en Ucrania. El primer día cayeron ciento veintiuno; nos metimos por las buenas en un fuego de órganos de Stalin, en el momento en que nos llevábamos a los heridos en un camión, unos aviones limpiaron el camino. Nuestro jefe de compañía, que en nuestra tierra era *Hauptsturmführer SS*, se volvió loco y se suicidó. Dos días más tarde fusilaron a ocho de nosotros por desertión ante el enemigo; nueve más fueron transferidos a regimientos disciplinarios por haber dicho que nuestros oficiales de carrera eran mucho más traidores que nosotros, que nunca habíamos estado en el Ejército y solo éramos unos desdichados voluntarios. En la prisión disciplinaria de Lemberg me azotaron durante seis horas; uno de mis camaradas había escupido al *SS Obersturmbannführer* Gratwohl, comandante del tribunal especial de Lemberg; lo estrangulaban con un alambre, sin cesar de llamarle cerdo noruego.

—¿Por qué escupió sobre ese bestia de comandante? —preguntó sorprendido *Hermanito*—. Si fuésemos nosotros, lo entendería; pero vosotros erais partidarios de Hitler.

El Profesor no contestó inmediatamente; no sentía deseos de proseguir, pero nuestra curiosidad se había despertado y le acosábamos a preguntas. Empezó a hablar lentamente:

—El *Obersturmbannführer* Gratwohl nos explicó que había servido en Trodheim, en la Organización Todt, cuando la construcción de la base de submarinos; y conocía bien Noruega y a los noruegos: una pandilla de marineros, y aún de los peores, que no eran dignos de mezclarse con el pueblo de la Gran Alemania. Una nación de pordioseros, siempre inclinados ante los angloamericanos. Pero después de la guerra les ajustarían las cuentas a los noruegos. Entonces mi camarada se volvió loco de rabia y escupió en plena cara al *SS*. Éste dio la orden a otros dos *SS* de que se «ocuparan» de mi camarada, finalmente. Sin embargo, los noruegos somos resistentes; el mar y la montaña nos han criado así.

Hubo un silencio. Heide pasó su brazo por encima de los hombros del soldado.

—Bueno, ahora se trata de conservar el hocico fuera del agua. La victoria de los otros se acerca y ese día tu Noruega será libre y enviareis al infierno a los Gratwohl. Evidentemente tu situación no será muy buena, pero te daremos un certificado.

—Si por lo menos pudiera dar un paseo por la Carl Johann... —soñó el pequeño noruego—. O beber un café en uno de los puestos del paseo con una *iente*.

—¿Una que? —pregunto Porta, estupefacto.

—Una *iente* es una muchacha —dijo *Barcelona*, riendo—; en Noruega se dice *iente*.

—Encuentro que «puta» suena a más civilizado —dijo *Hermanito*. Saboreo la palabra rascándose el cuello con la bayoneta.

El tema interesaba a todo el mundo. Steiner se balanceaba como un oso, con el cerebro delirante.

—Yo prefiero otra cosa —dijo *Barcelona*—. Me cansáis ya con vuestros burdeles —. Se adelantó, muy excitado—. No, una tarde en Viena en el Park, a finales de mayo o principios de junio...

—¿Las necesitáis en una fecha fija? —intervino *Hermanito*.

—¡Cállate! —grito *Barcelona*—. Escucha lo que digo. Así pues, en Viena en el Park, durante el verano, con muchachas vestidas con ropas claras y una música lasciva en un bar. Dos cíngaros de los buenos que sepan hacer vibrar un violín... Eso sí que hace sentir deseos de apretarse al bailar.

Cantó extasiado:

Toca, cíngaro, toca

Y enloquece a todas las mujeres del mundo...

En aquel momento sonaron unos disparos.

—Esto empieza; ocultaos —murmuró *El Viejo*.

La oscuridad aumentaba y el tiroteo se hacia más vivo. El miedo nos atenazaba, pero no dudábamos de que los colegas rusos tendrían tanto como nosotros. Avanzaban un paso, se ocultaban, disparando al azar con todas sus armas; estaba claro que se habrían largado de haber tenido algún pretexto, pero sus comisarios los hostigaban con gran lujo de blasfemias y maldiciones.

Eran soldados muy jóvenes, recién salidos de las secciones de *Komsomols* y formados en batallones de reclutas; de hecho, sería su primer combate, y aun no sabían a ciencia cierta contra que luchaban. El comisario había hablado de «saboteadores», pero había oído tan a menudo estas palabras, que para ellos tenían un significado muy amplio, desde el muchacho que entra en un cine sin pagar, hasta el ministro o general a quien se ahorca por alta traición. Los ejércitos fascistas de los invasores eran también «saboteadores». Oímos que uno de aquellos jóvenes

preguntaba a su jefe, un oficial veterano que llevaba tres hileras de cintas sobre el pecho, si distinguía a uno de aquellos saboteadores nazis.

—¡Me gustaría tanto liquidar a uno de esos cerdos!

Y miro con afecto su fusil ametrallador, que jamás había apuntado aun a un ser viviente.

El veterano oficial gruñó malévolamente mientras enviaba una ráfaga de su «M.P.» hacia los árboles.

—Cuando veas a los fascistas estarás muerto, *paniemaio*? Se dispara contra un fascistas cuando se le oye, no cuando se le ve.

Pronunciaron estas palabras en voz bastante alta; nosotros lo oíamos todo. El legionario se irguió; y envió varias ráfagas en dirección a las voces. Una de ellas alcanzo en pleno pecho al joven recluta, que se derrumbo lanzando un gemido. El muchacho hubiese querido decir algo, pero no lo consiguió; se le veía retorcerse sobre la nieve. El oficial blasfemo y el otro retrocedió unos cuantos pasos, sin preocuparse del herido. Se oculto entre unos espesos arbustos, y presto oído atentamente.

Volvió a reinar el silencio...

El pequeño legionario escudriñaba la oscuridad, como había hecho tan a menudo con sus camaradas franceses, en Marruecos o en los *djebels* argelinos. Heide se movió. Se arrastraba bajo los arbustos, seguido de cerca por Porta y *Hermanito*. El legionario sonrió, satisfecho; él era quien les había enseñado a arrastrarse como los árabes. *Barcelona* Blom cubría con su ametralladora a los tres que se deslizaban hacia el teniente ruso. Nuestras armas estaban dispuestas para escupir la muerte.

Una rama se rompió con un ruido que nos pareció el de un trueno. El teniente ruso disparó... *Barcelona* sonrío y la ametralladora trepita.

—¡Buenas noches, hermosa dama! —dice *Barcelona*, riendo.

El teniente deja caer su arma y lanza un grito penetrante:

—¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego!

Implora a Dios y a Stalin, corre en circulo, se detiene, tropieza con los arbustos y, como un borracho, avanza hacia nosotros, sin dejar de gritar. El legionario se levantó, se echó el fusil a la cara y vació el cargador en el cuerpo atormentado del teniente. El hombre cayo hacia delante, primero de rodillas, después hacia atrás, sin apartar las manos de sus ojos ensangrentados. Su rostro era una masa de carne rojiza. Heide le lanzo una granada misericordiosa y cesaron los gritos. De su alrededor surgieron unas siluetas oscuras que corrían, presas de pánico.

—¡Liquidadlos en seguida! —grito Porta.

Todas nuestras armas dispararon a la vez. La presa parecía fácil, pero en algún punto del bosque resonó la voz del comisario, que injuriaba a sus tropas.

—¡Larguémonos! —dijo *El Viejo*—: Temen más al comisario que a nosotros.

Y echamos a correr de nuevo por el bosque; las ramas nos azotaban el rostro, las zarzas nos arañaban y nos dejaban rasguños sangrientos en la cara y las manos, pero no lo notábamos; en una ocasión llegamos a bajar de cabeza una pronunciada pendiente, para quedar amontonados en el fondo de un barranco. *El Profesor* se disloco la muñeca y gimió en voz alta hasta que Porta le volvió a poner el hueso en su sitio.

—No chilles de esta manera, cabra montes, o te abandonamos aquí mismo. Y entonces sí que tendrás motivo para llorar, cuando encuentren esa señal en tu sobaco, ese regalo del tío Himmler.

Y todo el mundo rió al recordar esa marca del grupo sanguíneo que sólo llevan los SS. ¡Qué idea tan idiota!

Un poco antes de las líneas rusas nos ocultamos en el bosque, hasta la noche siguiente; luego, según el plan de Porta, avanzamos con toda naturalidad, como un comando que avanza directamente hacia la posición rusa. A las preguntas, Porta contestaba:

—Comando de minas.

Nadie nos molestó. Muy al contrario, nos ayudaban a franquear los terraplenes de las trincheras, y nos proporcionaban herramientas, sin dejar de desearnos buena suerte. Un viejo sargento mayor expresó sus esperanzas de que San Ludmillan se dignara protegernos.

—*Spassibo Pan* —contestó Porta, con unción.

Rápidamente nos arrastramos todos por la tierra de nadie, en dirección a las líneas alemanas. Una ametralladora pesada tableteó de repente, y un proyectil arrancó el gorro de Steiner, quien blasfemó de rabia y de miedo. Un poco antes de llegar a nuestras líneas nos metimos en unos cráteres de obuses, y *El Viejo* quiso adelantarse solo, para advertir a los centinelas. Había que evitar que dispararan contra los uniformes rusos. Al cabo de una eternidad, una voz desconocida gritó:

—¡Acercaos, pero nada de bromas! ¡De uno en uno, o disparamos! ¡Os estamos apuntando! ¡Cinco minutos de hombre a hombre!

Temían una trampa, evidentemente, porque en cuanto uno de nosotros saltaba a la trinchera, una bayoneta se apoyaba contra su pecho. Un teniente de infantería nos interrogó, escéptico. Era imposible creer que dijésemos la verdad. ¿Soldados alemanes con uniforme ruso tras las líneas rusas? ¡Menuda broma!

—Esto no es posible —aseguró, mientras se golpeaba las botas con una fusta.

Barcelona Blom, a quién siempre le costaba dominarse, contestó, riendo:

—Incluso pueden hacerse cosas más difíciles, mi teniente. No tiene idea de lo que se llega a hacer en el Ejército alemán.

—¡Cállese mientras no le interroge, *feldwebel*! Y ahora no lo estoy haciendo. ¿Se da cuenta de que está ante un oficial alemán? Voy a recordaros la disciplina.

¡Cuerpo a tierra! Veinte vueltas sobre la hebilla del cinturón.

Y para refrescarnos la memoria nos sometió a todos al mismo tratamiento.

—Estamos ya de regreso —cuchicheó Steiner—. La patria nos acoge.

La bienvenida del comandante Landers no fue menos cordial, pero tres días más tarde se encontró su cuerpo acribillado de balas, en medio de un matorral, y como de costumbre se hizo responsable a los partisanos.

Sin embargo, hubo ciertas sospechas con respecto a *Hermanito* y a Porta; pero ellos, para demostrar su inocencia, asistieron al entierro.

Había llegado procedente de la prisión militar de Glatz. El consejo de guerra le había condenado a diez años, a cumplir en un regimiento disciplinario, porque se había atrevido a decir que la guerra era el medio de que un mal pintor pudiera ser considerado un gran hombre.

De teniente general fue degradado a comandante. En África perdió el ojo izquierdo, y en Finlandia un pedazo de estómago. Era un excelente oficial de tanques, capaz de mandar una división, pero que nunca supo mostrarse rastrero. En la Gestapo de la Prinz Albert Strasse así se lo hicieron comprender.

El Tuerto era el mejor comandante que tuvimos. En pie sobre un barril de petróleo, en mangas de camisa y con zuecos, se presentó con estas palabras.

—Soy vuestro nuevo comandante, Karl Ulrich Mercedes. Como vosotros, estoy metido en la mierda hasta el cuello. Tengo treinta y cinco años y peso ciento veinte kilos. Os aconsejo que no andéis con las manos en el trasero y que utilicéis los brazos. Aparte de esto, haced lo que queráis, pero nada de bromas.

Saludó llevándose un dedo a la visera. En Lugansk fue herido en el vientre y perdió la mitad de la mandíbula. Seis caballos y nueve artilleros muertos, y un obús de quince centímetros convertido en sacacorchos. Porta detuvo el tanque y Hiédenos cubrió con sus disparos. Hermanito y yo saltamos hacia el Tuerto, lo tendimos sobre su capota y le cubrimos con una vieja manta. Le condujimos a la enfermería y, cinco minutos después, nuestro «Tigre» quedaba convertido en papilla por los Jabos enemigos.

BATALLA DE TANQUES EN LUGANSK

Lugansk era un mar de llamas cuando, entre un gran estrépito de cadenas, la atravesamos a toda velocidad. En las calles yacían los cuerpos como si fuesen desperdicios; las largas hileras de soldados heridos, ensangrentados, se apresuraban a buscar la ilusoria protección de las casas incendiadas.

Un disparo. Le siguen otros. Surgen fogonazos de todas partes. Artillería, lanzagranadas, armas de infantería, P.A.K. ^[5], toda una maquinaria monstruosa concebida para matar y destruir.

En el interior del tanque (nuestros «Tigres» de sesenta y dos toneladas), reinaba un ensordecedor ruido a chatarra: perolas de cocina, bidones, cantimploras, herramientas para reparar averías, y estuches de granadas vacíos rodaban bajo nuestros pies. Porta piso el acelerador, y el «Tigre» saltó hacia delante.

Los mecánicos, cubiertos de barro, buscaban desesperadamente las unidades. Un comandante de infantería que vociferaba sus órdenes desde el centro del camino, fue alcanzado por un «Tigre» y lanzado al suelo. Cogido por las cadenas, el tanque siguiente no pudo evitarlo y dejó solo sus pies al descubierto, unos pies cubiertos con grandes botas negras provistas de espuelas.

Nadie se preocupó por él, ni lo comentó. ¿Qué significaba un comandante aplastado por las orugas, frente a todo lo que sucedía en Lugansk durante la noche del 14 de marzo?

Un techo se hundió y derramó un torrente de chispas sobre la columna de tanques que atacaba.

—¡Detente, Porta, por el diablo! ¡Detente! —vociferó *Hermanito*.

De un salto salió por la escotilla y corrió a lo largo de la calle incendiada.

—¿Qué pasa? —pregunto Julius Heide—. ¿Nos toma por un tranvía?

—De la línea 2 —dijo Porta, riendo—. El cobrador va en la plataforma de atrás.

El teléfono zumbó. Era el teniente Ohlsen, jefe de la compañía:

—¡Avanzad, por Dios! ¿Por qué os habéis detenido?

Toda la columna se dislocó. Pero he aquí que *Hermanito* metió algo en el tanque: un chiquillo de tres o cuatro años. Porta se echó a reír. Puso la primera y pisó el acelerador.

—¡Una estupidez más! —dijo *El Viejo*, furioso.

—Lo he visto de repente —explicó el gigante, señalando al chiquillo, que se había acurrucado en el fondo del tanque—. Había caído delante del vehículo. Es mío, *paniemaio*? Y desde ahora, cada uno de vosotros me dará una parte de sus raciones, *paniemaio*? —Se lamió los labios y acarició su cabello chamuscado—. Este chiquillo es mío, y estaremos siempre juntos.

—Cuando sepan que tienes un hijo, *el Tuerto* y Ohlsen se pondrán muy contentos —dijo *El Viejo*.

—¡Que se vayan al cuerno! ¡Que todo el mundo se vaya al cuerno! Éste es mi hijo. —Se rió, encantado—. ¡Figuraos, soy padre! ¡Por Satán, tengo un hijo! Pobre chiquillo, ¿quién sería capaz de hacerle daño? —Se inclinó sobre el pequeño, que estaba muerto de miedo y aturdido, y se señaló así mismo con un dedo—. ¡Eh! ¡*Tovarich*, tú *pliemianik*! —Rió tímidamente—. Y yo, *Hermanito Otschoenasch*.

—¡Cretino! —cloqueó Porta—. Le estás diciendo que eres el Dios Padre.

—¡Idiota! —gruñó *Hermanito*—. Pues, explícale tú lo que quiero decirle.

Porta meneó la cabeza y cogió al aterrado chiquillo, que se había refugiado bajo

los sacos de municiones, cerca de la ametralladora. En un ruso fluido explicó lo que quería decir *Hermanito*. El niño parpadeó, pero pareció algo tranquilizado al oír hablar su propia lengua. Sus pies estaban cubiertos de quemaduras, y un arañazo sangriento le cruzaba la cara, desde la sien hasta el cuello. El legionario le curó; Heide le dio una patata que el pequeño tragó en dos bocados; no teníamos ningún otro alimento.

—No sé si mi hijo fumará —dijo *Hermanito*, sacando un cigarrillo.

—¡Bruto! —gruñó el legionario, haciéndole caer el cigarrillo.

Pero muy pronto olvidamos al chiquillo. Llovían las granadas explosivas; casa tras casa, Lugansk se hundía en un océano de llamas. Salimos de la ciudad y nos apostamos ante un amplio camino hundido. Avanzamos lentamente, casi a tientas; unas sombras salieron corriendo de los escombros y se dirigieron hacia nosotros. El legionario rió malévolamente:

—¡Mátalos!

Hasta que la última sombra se hubo derrumbado no descubrimos nuestro error; era nuestra propia infantería. Se habían encerrado en las casas y al vernos se creyeron a salvo. Era difícil distinguir las guerreras camufladas de los uniformes caquis rusos.

A toda velocidad, los tanques atravesaron los arrabales; giramos hacia la izquierda, a través de unos hermosos jardines. Un depósito quedó hecho añicos cuando le pasamos por encima. Los campos parecían haber cobrado vida bajo las masas caquis que se agitaban, y en todos bullía un solo pensamiento: ¡Huir, huir de aquel infierno!

—¡Adelante! —ordenó el teléfono.

Era el comandante Mercedes. Su voz delataba la excitación.

Los motores gemían agudamente; las cadenas de acero tintinearon, y los cincuenta «Tigres» segaron la aterrorizada masa humana. Nos deslizamos por encima de una llanura caqui: la cosecha realizada con las ametralladoras y los lanzallamas; se dispararon diecisiete cohetes. La gasolina derramada lo inflamó todo.

Nuestros zapadores pasaron al ataque con los lanzallamas ligeros; rebaños de infantería rusa surgían por todas partes, se precipitaban hacia delante, hacia atrás... ¡El caos! Se volvían hacia todos lados, se echaban al suelo, arañando la tierra con desesperación para encontrar refugio. Y las cadenas les alcanzaban, los aplastaban... Uno de nuestros cañones, el de la tortea, se encasquilló.

El pequeño legionario empezó a repararlo con toda tranquilidad. Dos cartuchos se habían encallado en la recámara, pero logró sacarlos con la bayoneta; después metió otro cargador y volvió a disparar. *Hermanito* reía como un demente mientras enviaba sus rociadas a la masa humana. Heide cargaba las granadas explosivas. Y de repente, silencio... Ya nadie disparaba, no era necesario. Los «Tigres» hacían huir a la masa de rusos en dirección a las posiciones alemanas, al sudeste de Lugansk, donde sería

reunida en grupos, para llevarla a retaguardia.

¡Adelante, hacia las posiciones rusas! Avanzamos en profundidad, ebrios de victoria. Era la extraña sensación enfermiza que en esos momentos se apodera hasta de los seres más razonables.

De repente, un ruido metálico y estridente estuvo a punto de reventarnos los tímpanos: una granada P.A.K. nos había alcanzado. El impacto había hecho balancearse al carro, pero, extrañamente, la granada no penetró.

—¡Larguémonos! —gritó *El Viejo*, que estaba mirando por el periscopio.

El cañón antitanque debía de estar muy cerca y esperábamos la próxima granada de un segundo a otro. Porta pisó el acelerador, nos pusimos a disparar con todas las piezas, y huimos hacia las líneas alemanas.

Se nos envió a ocupar una posición, en un cruce de caminos de las afueras de Novoidar. Un cabo ruso se dispuso a saltar ante nosotros, llevando consigo un cañón antitanque.

—Debe de estar loco —murmuró Porta.

Le seguimos con la mirada mientras saltaba de cráter en cráter, encorvado hacia delante.

—Superchiflado —dijo *El Viejo*.

A unos treinta y cinco metros de distancia de nuestro tanque, el cabo desapareció en un hueco; le vimos levantar el cañón e instalarlo sobre el borde.

—¿Me lo cargo? —preguntó *Hermanito*, apuntando su ametralladora.

Nuestra estupefacción era tal que no contestamos. Estábamos paralizados por la sorpresa; era imposible imaginar que un hombre solo atacara a un tanque de frente. Las balas trazadoras de *Hermanito* arañaron la nieve unos metros por delante del cráter; tranquilamente, hice girar el cañón y apreté el disparador eléctrico. El fogonazo y el estampido fueron simultáneos. Entre la cortina de fuego y de humo vimos al loco saltar por el aire y volver a caer; no dábamos crédito a nuestros ojos cuando le vimos, gravemente herido como estaba, arrastrarse hasta unos matorrales. *Hermanito* envió otra salva en su dirección.

—Dejad en paz a ese imbécil —ordenó *El Viejo*.

En efecto, muy pronto se nos presentaron nuevos problemas. Por teléfono, la voz de Ohlsen nos avisó:

—Un T-34 a la derecha; distancia, 2.000.

—¡Señor! —dice Porta—. Lo mismo en la ciudad que en el campo, esta guerra de Adolf se está poniendo monótona.

Hermanito consoló a su hijo adoptivo, que lloraba desgarradoramente. Una de nuestras compañías ligeras se adelantó para apoyar a la infantería. Había que permanecer emboscado con los pesados «Tigres» para caer sobre el enemigo; hacía tanto frío que estábamos tiritando. *Hermanito* saltó fuera y corrió describiendo

círculos para reaccionar.

Pero en seguida nos vimos metidos en el baile. Las granadas llovieron sobre los tanques, los primeros heridos gimieron y las casas empezaron a arder. *Hermanito* se lanzó hacia nuestro vehículo al tiempo que profería un grito; su oreja derecha había desaparecido.

—¡Cerdos! ¡Me han arrancado una oreja! —vociferaba, con el rostro cubierto de sangre.

—No tiene importancia —replicó Porta—. Nunca haces caso de lo que te dicen...

—¿Duele? —preguntó, observando la herida.

—Ven, deja que te lo haga a ti.

A nuestro alrededor, los motores roncaban y el aire vibraba; las cadenas resonaban y las granadas coronaban sus silbidos con explosiones. Una nube de fuego y humo ascendía hacia el cielo. Antes de que hubiera amainado, volvió a empezar. Era el anuncio de un violento fuego de barrera ruso.

Se diría que se estaba preparando algo importante.

—Esto no me gusta —murmuró *El Viejo*, mirando por el periscopio.

Cuando *El Viejo* dice algo que no le gusta, es que va mal de veras. *El Viejo* nunca habla sin haber reflexionado antes profundamente; como veterano del frente, presiente los acontecimientos. Es un verdadero barómetro.

El teniente Ohlsen al teléfono:

—¿Qué opina usted, Beier?

El Viejo carraspeó y chupó su pipa:

—No me gusta. Iván prepara una jugarreta; si por lo menos viéramos a cien metros de distancia...

La compañía avanzaba por el camino. Uno tras otro, atravesamos un puentecillo de madera que crujía de manera horrible; los teléfonos sonaban y los hombres hablaban del ataque. En la noche reinaba una incertidumbre que atenazaba el corazón.

Un ataque nocturno es espantoso para los tanques. Estábamos ciegos, y avanzábamos por un sendero estrecho en medio de un pantano. Lenguas de fuego de varios metros salían de los tubos de escape y deslumbraban a los conductores de los vehículos siguientes. Y los rusos debían vernos, porque sus disparos nos seguían con precisión.

La cuarta compañía de tanques adoptó una formación de combate; sacamos medio cuerpo por las escotillas para tratar de distinguir algo.

—¡Vaya mierda! —exclamó *El Viejo*—. Ni siquiera ve uno la punta de los dedos.

Un tanque patinó y quedó encallado en el barro; tratamos de sacarlo, pero los cables se rompían como hilos. El comandante Mercedes llegó corriendo, con su fusil ametrallador balanceándose sobre su voluminoso vientre; a decir verdad, no parecía

en absoluto un comandante.

—¡Cretinos! ¿Qué diablos hacéis aquí?

—A *El Viejo* le sube la tensión —contestó Porta, risueño.

Mercedes se inclinó sobre un cable y lo sujetó al gancho de un vehículo; llevaba gruesos guantes, como los de los descargadores. De repente sonaron los órganos: la artillería pesada disparaba contra nosotros. El comandante se encaramó hábilmente al tanque más próximo; nadie le hubiera supuesto tan ligero, con sus ciento veinticinco kilos. Las escotillas se cerraron, y los cascos de las granadas rebotaban contra las paredes.

—Es el gran juego —dice Porta—. Iván no olvida nada.

El ataque artillero se convirtió en un huracán de fuego y de acero. Disparan con todos los calibres contra el avance alemán. De pronto, el chiquillo recogido por *Hermanito* empezó a gritar.

—¡Haz que se calle! —gritaba *El Viejo*—. Si ese pequeño se entromete me volveré loco.

En ese instante sonó el teléfono la voz de *Barcelona Blom*.

—¿Ves algo, *Viejo*?

—¡Ojalá pudiera! ¡Ni siquiera sabemos dónde estamos!

—¿Dónde está Iván? Los tanques de la cuarta compañía están siendo machacados.

Luego se produjo un silencio. En nuestro pánico, nos pusimos a disparar con la ametralladora; los proyectiles se perseguían como brillantes luminosos en la noche; sus proyectiles se cruzaban frente a nosotros. Nuestras posiciones de infantería callaron; esperaban, aterrados, lo que iba a suceder.

La iniciativa estaba ahora en manos de los rusos.

Cada vez había más tanques que no contestaban a las llamadas. Ohlsen se retiró hacia la compañía de reparaciones; sus cañones ya no funcionaban, y el nerviosismo aumentaba, como lo haría un incendio en la estepa, bajo el creciente retumbar de la metralla.

Era como si la tierra se abriese y escupiera a los aires una erupción volcánica, un colosal telón de fuego y de acero que se enrollara de arriba abajo. Mil tiradores al menos disparaban con cohetes sobre nuestra retaguardia y todo quedó sumergido en un aullido, en un estrépito ensordecedor en el que enormes explosiones arrancaban casas enteras.

Nadie hablaba ya. Incluso Porta guardaba silencio. Teníamos miedo, un miedo cervical; nuestros nervios crispados nos hacían temblar, los ojos se nos inyectaban de sangre, las gargantas se contraían.

Nos sentíamos tan solos, tan abandonados y entregados implacablemente a aquel infierno... El tanque de sesenta y dos toneladas fue levantado de tierra varias veces y

cayó pesadamente con un crujido de todo su almacén. ¿Cuánto duraría esto, antes de que muriéramos? Un tiro en el blanco y mil quinientos litros de gasolina iban a estallar; lo sabíamos, lo habíamos visto a menudo. No nos hacíamos ilusiones. Morir achicharrado es lo más normal para el soldado tanquista. De todas las armas, la nuestra es la que tiene mayor porcentaje de bajas; ello contribuye a embrutecernos. ¿Nuestras cruces? La del diablo, una de madera. De las dotaciones de tanques, sólo el uno por ciento ha sobrevivido a la guerra.

A nuestro alrededor surtidores de tierra se elevaban hacia el cielo; esta vez casi enloquecimos de terror. La muerte clavó su garra en nuestras nuca, y el miedo nos doblegó. Podríamos haber hecho marcha atrás, huir, pero una disciplina férrea nos retenía. No luchábamos por Hitler ni por la patria, sino para salvar la piel, porque el temor al pelotón de ejecución es más grande que el que sentíamos por las granadas rusas. En alguna ocasión, los tripulantes de un tanque han abandonado su vehículo y han huido, pero sólo para ser conducidos al amanecer ante el piquete de ejecución. «Cobardía ante el enemigo». Estas historias son comunicadas a las secciones del frente para dar ejemplo.

Alguien pegó los ojos al periscopio. La onda expansiva de una explosión torció la gran antena de acero; un soplo ardiente penetró en el vehículo. El chiquillo se puso a gritar. Nos mordía, y se defendía a patadas del peligro sufrido. Los labios se le cubrieron de espuma; se golpeó contra la culata de la ametralladora y se hizo un corte. Estaba como loco.

Nosotros le miramos, impotentes, sin saber qué hacer. Heide manoseaba su revólver; *Hermanito*, desesperado, golpeaba con la cabeza en la pared de acero mientras oprimía al niño entre sus brazos. El pequeño se puso rígido; le dieron convulsiones. Fuera de sí, *Hermanito* aulló:

—¡Ayudadme, cerdos! ¿Qué debo hacer?

De repente, el cuerpecillo se relajó, la cabeza cayó hacia atrás, y los ojos se vidriaron; *Hermanito* soltó el frágil bulto envuelto en harapos chamuscados y clavó la mirada en el niño, que había caído sobre el piso de acero manchado de aceite. El hombrón abrió y cerraba la boca; lanzó un grito, un aullido inarticulado; la voz de la desesperación.

—¡Mi pequeñito, mi pequeñito! ¡Ha muerto!

Empuñando el revólver, *Hermanito* abrió la escotilla, cogió el diminuto cuerpo y se precipitó afuera, en medio del camino, apretando al niño contra sí con un brazo mientras que con la mano libre disparaba en todas direcciones.

—¡Venid, cerdos! ¡Esbirros de Hitler y de Stalin! ¡Acercaos para que os liquide!

Ofrecía un aspecto horrible, con el vendaje de su oreja arrancado y el cadáver apretado sobre su pecho.

—¡Se ha vuelto loco! —gimió Porta—. ¡Se lo va a cargar una granada!

Pero el legionario, escurridizo como un hurón, se escabulló fuera del tanque y derribó a *Hermanito* golpeándole con el mango de la granada. Heide y Porta metieron al desvanecido en el vehículo. El cadáver del niño quedó en el camino.

Seguimos esperando, escuchando... Masas humanas ensangrentadas salían de las trincheras en dirección a nosotros: nuestra infantería.

Y lentamente se hizo la luz. Una niebla gris, húmeda. Pero, ¡alabado sea Dios! Por lo menos se podía ver lo que ocurría. Balas trazadoras verdes y blancas surgían de las líneas rusas. Sabíamos lo que esto significaba: el ataque.

Hermanito volvió en sí, aturdido, y acabó de arrancarse el vendaje:

—Nadie saldrá vivo de mis manos; quiero ver cadáveres. —Acarició su fusil ametrallador—. Disparos al vientre —prometió.

Empezaba el ataque. A simple vista se veía la marea de la infantería rusa que subía al asalto de nuestras trincheras; se escuchaba sus *Uhrae*! El frente semejaba un océano pardo y desencadenado de uniformes rusos. Millares y millares; los nuestros eran una gota insignificante en aquel mar humano ilimitado. Abandonando las posiciones, y tirando armas y cascos, huían para salvar la piel. ¿Qué puede hacerse contra un asalto así?

Las balas trazadoras silbaban; el aire crujía y retumbaba en un crescendo escalofriante. Era una mañana gris y espectral, un día como tantos otros, y, sin embargo, sería el último para millares de hombres en este sector del frente. Nunca se sabrá la cantidad de muertos que costaron aquellas veinticuatro horas. En ambos lados se quemaron las listas, porque la batalla de Lugansk fue demasiado gravosa. El comunicado se limitó a declarar: «Ataque local en el sector de Lugansk, rechazado por nuestra artillería. Se han mantenido las posiciones».

En el teléfono resonó la voz de Mercedes:

—Sección de tanques pesados, atención. Los «Tigres» atacan con todas sus armas. ¡Blindados adelante! A cuatrocientos metros hay un terraplén del ferrocarril.

La vía y el terraplén no son más que un caos de bidones de petróleo, de locomotoras y de vagones volcados; aquí y allí los rieles rotos se elevan hacia el cielo como largos dedos acusadores. Sobre un raíl, el cuerpo de un granadero alemán daba vueltas como una veleta; la explosión de una granada le había lanzado al aire y al caer se empaló en la vía.

Desde lo alto del terraplén, la vista se extendía por la llanura como si se tratara de un balcón; la infantería rusa desplegada se confundía con el horizonte, y en medio de aquel hormiguero de soldados pululaban las baterías antiaéreas y los P.A.K., arrastrados por caballos.

—No es posible —murmuró *El Viejo*—. ¡No es posible que sean tantos!

—¡Por Alá! —exclamó el legionario—. Al lado de esto, los ataques de las cábilas, en el Atlas, no eran más que unas maniobras sencillas.

Rechinaron unas cadenas y las paredes, las piedras y ladrillos quedaron aplastados en medio de una nube de polvo; el calor del incendio nos llegaba al rostro; los «Tigres» atacaban desde todos los puntos, como monstruos prehistóricos enardecidos. Con un ojo al visor, disparábamos sin descanso, y las hileras de balas trazadoras eran tan espesas que un paraguas de fuego parecía cubrir el terreno; se veía claramente las balas que atravesaban a los rusos.

Los primeros enemigos se detuvieron al recibir el golpe de aquel ariete monstruoso. Por un instante, la marea humana vaciló, trato de retroceder. Imposible. Los de detrás empujaban y optaron por echarse al suelo, pero intervinieron nuestros cañones: las granadas explosivas de 88 y 105 milímetros levantaron surtidores en medio del amasijo de cuerpos.

Después de cada disparo, un vapor asfixiante nos cegaba durante unos segundos; el ventilador funcionaba, pero no tenía tiempo de aspirar suficiente aire fresco. Los gases de la pólvora nos abrasaban los ojos y la garganta; los cargadores vacíos y los estuches de granadas desaparecían por las escotillas laterales. Heide nos proveía de munición trabajando como un loco, y metía las granadas en la recámara, cuya portezuela cerraba después con la frente; el sudor le resbalaba por el rostro ennegrecido por la grasa y sus ojos brillaban como los de un fantasma. Incesantemente maldecía:

—¡Vaya mierda!

Sus guantes de amianto olían a chamuscado, y en varias ocasiones el fuego llegó a prender en nuestra ropa; apagábamos las llamas con las manos, sin darnos cuenta de que quemaban.

El tanque vibró y se tambaleó, y la furia de la caza se apoderó de nosotros. La conocíamos ya, pero siempre resultaba nueva. Se olvida el peligro, se olvida la muerte, se olvidan los objetivos de la guerra; ya sólo se tiene un pensamiento: ¡MATAR! Lo que está allí, ante nosotros, de color caqui, no son ya hombres, soldados como nosotros, sino demonios, bestias de rapiña que hay que aplastar; y las aplastamos, ebrios de alegría, porque también nosotros somos bestias de rapiña que matan por el placer de matar. ¡Nuestros instructores del cuartel pueden estar orgullosos de nosotros!

Reíamos, vociferábamos como locos. ¡Cuán excitante resultaba ver a los hombres caer bajo las orugas! Cuando les distinguíamos, acurrucados en los agujeros como liebres amedrentadas, nos lanzábamos contra ellos, deteníamos todo, avanzando, retrocediendo... Las cadenas chirriaban, la tierra saltaba en todas direcciones; primero nos habíamos quitado los cascos, y luego las guerreras. Teníamos los ojos desorbitados y los dientes brillantes, blancos como el yeso en contraste con los rostros cubiertos de sudor y de grasa. *Hermanito* aullaba como un lobo. Matamos, matamos; con la ametralladora, con el lanzallamas, con el cañón. Unos rusos corrían

en círculo, hipnotizados también por esta matanza loca; otros luchaban fanáticamente, encarnizadamente; incluso heridos seguían disparando contra los tanques con revólveres, fusiles o ametralladoras, pero nada podían contra nosotros; habían de acercarse a cien metros para que sus antitanques tuvieran eficacia. En efecto, un puñado de locos se aproximaron lo suficiente, pertrechados con bombas Molotov; los veíamos estallar a nuestro alrededor, porque las bombas magnéticas eran difíciles de adherir a un «Tigre», cuya carrocería está completamente cubierta de cemento; hay que fijarlas a una cadena, pero ello va en detrimento de la fuerza explosiva.

Hace apenas tres meses temíamos endiabladamente a esos combates cuerpo a cuerpo; ahora no tienen ya importancia. No era más que la locura de algunos fanáticos.

—¡«Tigres», adelante! ¡Adelante! —aullaba *el Tuerto* por teléfono—. ¡Quitaos las manos del trasero, vive Dios! ¡Enviadlos al infierno!

El zumbido de los motores se hizo más agudo. ¡Adelante los «Tigres»! Una enorme masa que se mecía en la estepa gris como una escuadra de guerra. Ante nosotros huían despavoridos innumerables enjambres de infantes; las granadas explosivas estallaban entre ellos, haciendo volar por el aire cuerpos destrozados. Algunos miembros desgajados cayeron sobre los tanques con un ruido sordo, y los convirtieron en un escaparate de carnicería. El ventilador roncaba incansablemente, pero la pestilencia de la sangre producía náuseas. *El Viejo* vomitó. Aquello me cae en el rostro, pero ni siquiera me doy cuenta.

—La última granada —dijo Heide, de repente, cerrando la recámara.

—¡Mis cargadores están vacíos! —exclamó *Hermanito*, disparando la última salva.

—Y sólo treinta litros de gasolina —añadió Porta.

—¡Atrás! —ordenó *El Viejo*.

Tras la estación de mercancías están los tanques de avituallamiento; en un tiempo increíble repostamos hasta el tope y cargamos tantas granadas que podía uno sentarse en el montón. *Hermanito* lo hizo sin pérdida de tiempo. Porta se echó a reír:

—Una sola píldora de Iván y te vas derecho al cielo con la carga en el trasero.

—Un viaje largo ha de hacerse aprisa.

Y *Hermanito* se reclinó en su lecho de granadas.

Reemprendimos la marcha. El teléfono zumbó. Era el comandante que chillaba órdenes con la voz enronquecida:

—Tanques rusos en formación de cuña a la derecha. Disparad a bulto. Distancia, mil doscientos metros. ¡A por ellos!

Esta vez ya no eran tanques aislados, sino veintenas de T-34 que asomaban sus panzas negras por encima del terraplén, al otro lado de la línea férrea. Empecé a

temblar de pies a cabeza. En estos momentos es espantoso encontrarse en un tanque.

—¡Fuego! —ordenó *El Viejo*.

En un santiamén, los primeros T-34 comenzaron a arder, pero también en nuestro bando varias antorchas elevaron sus llamas al cielo. Nuestras compañías ligeras de tanques, la tercera y la cuarta, fueron aplastadas. En la llanura, hasta donde alcanzaba la vista, no se veía más que restos de acero al rojo blanco, de los que se desprendía un nauseabundo olor a carne quemada. Las explosiones se sucedían y los vehículos saltaban hechos añicos cuando el fuego alcanzaba las municiones y los depósitos de gasolina.

Mis granadas salían como rayos en dirección a los T-34, conseguimos veintiocho impactos. Heide me sustituyó; disparaba mucho mejor que yo; por cada blanco marcábamos una raya blanca en la pared de la tortea, para poder pintar más adelante un círculo blanco alrededor del cañón. Porta demostraba su alegría cada vez que veía saltar por los aires un T-34.

—¡Magnífico, Julius, devorador de judíos! ¡Dales fuerte! ¡Venga!

Heide gruñe:

—¡Tomad, demonios!

La granada salió silbando hacia su objetivo. Ni un solo T-34 consiguió alcanzar a un «Tigre»; el combate duró una hora larga. El ataque ruso se había ahogado en el fuego y la sangre, pero todos nuestros tanques ligeros habían sido aniquilados.

—Después de esto, no me gustaría ser técnico de José Stalin —meditó Porta—. ¡Buena les espera por no haber sabido fabricar un tanque como nuestros «Tigres»!

—Ten paciencia —dijo *El Viejo*—. Lo conseguirán. En Siberia se les refrescarán las ideas; antes de lo que esperamos tendrán una buena jauría.

—Por entonces espero tener ya el retiro.

Y Porta enciende su cigarrillo de marihuana.

Los rusos se convencieron de que resultaba imposible romper aquel sector del frente. Nosotros, secándonos los rostros sudorosos, nos apresuramos a abrir las escotillas. El aire fresco nos aliviaba; era una especie de vino maravilloso; en derredor nuestro no se veían más que muertos y heridos entre los tanques incendiados, y todo parecía irreal, como una película que no fuera con nosotros.

De repente, *El Viejo* los descubrió... Debían de ser más de un centenar. ¡T-34! Iban a toda velocidad por el otro lado de la línea férrea. ¿Su objetivo? Lo comprendimos en seguida: cortarnos la retirada, cercarnos, táctica que conocíamos bien y que los rusos dominaban completamente a la perfección.

No había tiempo para reflexionar. *El Viejo* informó al comandante y éste ordenó la retirada. ¡Formación en cuña; a toda velocidad! Es una carrera contra la muerte. Atravesamos casas en llamas cuyas vigas se derrumbaban con estrépito; ya no había orden ni se conservaban las distancias, sino que cada tanque corría aisladamente

hacia nuestras líneas salvadoras.

Pero los tanques enemigos seguían avanzando por la llanura para alcanzar la protección de las colinas, al oeste de la vía férrea. Suena el teléfono: distancia, 88 metros. Lanzagranadas, ¡fuego!

En el telémetro, las puntas coincidieron. Los T-34 estaban ante nosotros. Apreté el disparador eléctrico. Se oyó un zumbido y una llamarada salió de la boca del cañón. Pasados unos instantes, un resplandor surgió del T-34 y una humareda negra se elevó, formando una enorme seta. Luego nos llegó el ruido de la explosión aniquiladora.

Los dínamos roncaban: la tortea y el cañón principal se desplazó; por el periscopio vimos otro T-34.

—Distancia, 700 —dijo *El Viejo*.

Las cifras pasaron a toda velocidad, apareció el 700; las puntas se juntaron. Nueva llamarada, nueva explosión. La tortea del tercer tanque, decapitado, saltó por los aires como una bala.

—Un miembro del partido ha saltado —bromeó Porta.

Pero la situación era desesperada; huimos a toda velocidad por delante de carros alemanes incendiados cuyas tripulaciones no eran más que momias carbonizadas. Aminoramos la marcha para permitir que algunos granaderos se encaramen en el vehículo. Ensangrentados, heridos, sin armas. En un momento, la torreta y el cuerpo del tanque están cubiertos de hombres, algunos vuelven a caer, pero nada podemos hacer: hay que avanzar, avanzar... Cada segundo puede representar la muerte. Manos ansiosas se aferran a las escotillas.

—¡Camaradas, llevadnos! ¡No nos abandonéis!

Porta frenó ligeramente. *El Viejo* gritó, furiosamente:

—¡Acelera, imbécil!

—¡Vete al cuerno! ¡Si me da la gana me detengo hasta que esta caja de mierda se oxide! *Paniemaio?*

—Porta —rugió *El Viejo*, amenazador—, ¡es una orden!

Un estrépito metálico interrumpió a nuestro jefe. El tanque vaciló; los heridos gemían.

—¡Acelera! ¿Estás loco?

Porta se rió, indiferente, pero dio más gas; se echó hacia el cogote su sombrero amarillo y cambió de marcha. Como conductor, es el genio de la división. Se oyeron gritos desgarradores.

—Hay uno bajo las cadenas —murmuró el legionario—. Que se haga la voluntad de Alá.

Desenrolló su alfombra de oraciones y se inclinó hacia el Este.

El teniente Ohlsen declaró que el legionario no tenía entrañas para nada más que

en lo que concernía a Alá. El legionario se burla de todo, no siente piedad por nadie, pero hay dos temas sobre los que no tolera burlas ni desprecios: Alá y Francia. Él es alemán, desde luego, pero los numerosos años que pasó en la Legión le han hecho francés. Bajo el uniforme negro de los soldados tanquistas lleva una bandera francesa, y en el bolsillo de su guerrera, junto con su cartilla militar, guarda una pequeña fotografía de un general francés al que él llama «mi general». El teniente Ohlsen dice que es la fotografía del general de tanques Charles de Gaulle, el que manda las fuerzas francesas en África. Heide recibió un buen rapapolvo el día que tildó a Charles de Gaulle de «mierdoso del desierto». El legionario sacó su cuchillo morisco y, antes de que nadie pudiera evitarlo, marcó dos surcos en forma de cruz en el rostro de Heide, quien tuvo que ir a toda prisa a la enfermería. Cuando Heide se encoleriza no podemos contener la risa, porque las cicatrices enrojecen y parece que le salga una cruz en la mejilla.

El legionario declaró a continuación:

—Llamad cerdos a todos los oficiales que queráis, pero ni una palabra contra mi general. Nadie es digno de pronunciar su nombre. ¿Entendido?

Los tanques huyeron por la estepa a toda velocidad, franqueando trincheras destruidas, ruinas, setos y terraplenes. Todo lo que se oponía a su paso era aplastado. Los demás «Tigres» iban delante de nosotros, bastante alejados; sólo *Barcelona* estaba a nuestro lado, con el tanque cubierto por un racimo de soldados.

—¡El puente, el puente! —murmuró *El Viejo*.

Lo sabíamos. Todo dependía del puente. Si lo alcanzábamos después que los rusos estábamos perdidos. Corrimos a lo largo del río; tras el bosque, la humareda de un incendio subía hacia el cielo: Lugansk ardía.

Nos encontramos ante una marisma, lo que hizo que la situación fuera aún más desesperada. El «Tigre» de *Barcelona* patinó; las orugas giraban sin hacer presa; el vehículo se iba hundiendo cada vez más profundamente en el barro insondable; ya casi le cubría el fango; le lanzamos un cable, pero sólo podía tirar de costado, que era como no hacer nada. Probamos por el otro lado en el instante en que los cañones se sumergen en la jalea de barro borboteante.

El Viejo llamó al regimiento, y Mercedes dio la orden de volar el tanque; con tres granadas bastó. Embarcamos a *Barcelona* junto con su tripulación, y Porta, blasfemando, emprendió la marcha.

A nuestro paso se ocultaban los aterrorizados soldados rusos; las cadenas salpicaban de tierra, y en un recodo tropezamos con una batería rusa arrastrada por caballos; los artilleros huyeron con el rostro desfigurado por el terror, pero los rezagados fueron alcanzados por las cadenas.

Poco después nos correspondió a nosotros castañetear los dientes; la velocidad disminuía. Porta y *Hermanito* trabajaban febrilmente, cada vez íbamos más despacio.

La distancia que nos separaba del teniente Ohlsen aumentaba rápidamente.

—¿Qué sucede? —preguntamos, intranquilos.

—No soy adivino —gruñó Porta, que estaba empeñado en bombear gasolina del depósito.

El Viejo llamó al teniente Ohlsen. No había comunicación... Vimos desaparecer su tanque por encima de la colina. Y, de repente, el motor tuvo uno o dos fallos y volvió a funcionar normalmente. ¡Qué melodía tan deliciosa! Por enésima vez, Porta ha salvado el motor; le llenamos de palmadas amistosas que traicionan nuestro alivio...

—Eres el mejor mecánico del mundo, Porta.

Porta escupía sin contestar; desembragando, entraba las marchas; *Hermanito* juntó las manos.

—Somos unos héroes, luchamos hasta la última bala. *Heil Adolf!* ¡Que mala suerte, haber nacido a tiempo para intervenir en la guerra de Adolf!

—Es verdad; en el fondo, ¿por qué luchamos? —preguntó *Barcelona Blom*, que se había tendido bajo el cañón para no estar entre nuestras piernas.

—Méate ahí encima —gruñó *Hermanito*—. No se lucha por algo, simplemente se lucha. *Heil Hermanito* de san Pablo!

—Luchamos para que no nos ahoguen —replicó *El Viejo*—. Es así de sencillo. O esto, o reventar en un campo de concentración, o en la horca. Luchad como héroes y tendréis una posibilidad.

En medio de una nube de tierra, alcanzamos el puente defendido por una sección de granaderos rusos. Pero antes de que hubieran podido ni siquiera rechistar, los aplastamos con las cadenas. Dos rusos cayeron sobre la torreta; a uno le faltaba el brazo, y nuestros pasajeros se libraron de él a patadas.

Cuando lo atravesamos, el puente crujió de un modo que nos heló la sangre en las venas. Disparando con furia, atravesamos un pequeño poblado; doce lanzacohetes retumbaban bajo un diluvio de fuego. Los heridos aferrados a nuestro vehículo gritaban de dolor; varios habían sido abrazados por los cohetes, pero, ¿qué podíamos hacer?

¡Un T-34! Ante nosotros... ¡Dispara! Su granada alcanzó nuestro blindaje, pero, afortunadamente para nosotros, era una granada explosiva, que no puede dañar a un «Tigre». Por desdicha, nuestros pasajeros fueron barridos como briznas de paja... Hice girar la torreta y situé al ruso en el periscopio. Las cifras bailaban ante mis ojos... Antes incluso de haber disparado, Porta embistió a toda marcha el tanque enemigo. Caímos los unos encima de los otros. Yo me hice un profundo rasguño en la frente al tropezar con el montón de granadas.

El T-34 volcó. Porta desembrago, retrocedió, entró la primera y arrancó a todo gas contra el enemigo. Dos hombres de su tripulación que habían salido a medias por una

escotilla fueron partidos en dos cuando nuestras sesenta y dos toneladas les cerraron la puerta contra la cintura.

—¡Chofer! —gritó *Hermanito*, amenazando a Porta con un dedo—. ¿Es que no sabes aún que hay que adelantar por la izquierda?

Alcanzamos por fin a nuestros granaderos, que huían alocadamente hacia nuestra retaguardia, lejos de las posiciones alemanas atacadas.

—¿Dónde está Iván? —gritó un teniente de infantería.

—¡En el culo! —contestó Porta, riendo, mientras saludaba con su sombrero amarillo.

En la *Pata de Oca* había otras unidades de infantería completamente perdidas, que nada tenían que ver con nuestro Cuerpo de ejército. Todo el sector debía de estar patas arriba. Eran soldados muertos de cansancio, grises y sucios, con vendajes ensangrentados; bajo los cascos, las orejas señalaban profundamente los rostros.

Todos suplicaban:

—¡Llebadnos!

Pero no les prestábamos oído y seguíamos implacablemente, entre sus maldiciones, y evitando apenas el aplastarlos.

—¡Cobardes, cerdos! —gritó un capitán de artillería; sacó su revólver y disparó contra nosotros.

El *Oberwachtmeister* de un regimiento de lanzagranadas se plantó en mitad del camino, empuñando el fusil ametrallador, decidido a detenernos. Lo aplastamos sin dudar. Tras de nosotros surgió un aullido de rabia. Por fin alcanzamos el centro de reabastecimiento. En un bosque, pocos kilómetros al sur de Lichnovski, hizo alto la compañía de «Tigres» y la noche cayó como una cortina protectora. Los mecánicos empezaron a trabajar inmediatamente en los tanques averiados, y al nuestro le pusieron un motor nuevo y otras placas de blindaje; cambiaron una de las orugas, y luego, al cabo de tres o cuatro horas, los mecánicos se esfumaron con todo su material.

Barcelona Blom cogió por su cuenta un «Tigre» abandonado por los SS. El cañón había recibido un impacto; lo aserramos y montamos otro más moderno, de freno llano. Porta se entretuvo pintando círculos blancos alrededor de su propio cañón: cada círculo representaba un tanque enemigo destruido.

Interpeló a *Hermanito*.

—Hay más de los que sabes contar —dijo.

—¿Más de cinco? —preguntó el gigante, apoyando un dedo sobre cada círculo. Al llegar a veintisiete, su rostro reflejó sorpresa:

—¡Veintisiete tanques! Y cada uno con un cañón y cinco esbirros de Stalin. Ésta es una buena cuenta que pagar.

—La factura no es para ti —contestó *El Viejo*, riendo.

—Oh, yo ni siquiera tengo camisa. Incluso mi jersey agujerado es de Adolf.

El legionario sacó su armónica y tocó una melodía triste que no conocíamos; luego tocó *La Marsellesa*, llevando el compás con el pie. Le brillaban los ojos.

—¡Basta de ese innoble canto revolucionario! —gritó alguien en la oscuridad.

Porta cogió la flauta; parecía que todo el bosque hubiera empezado a cantar. El teniente Ohlsen vino hacia nosotros y se sentó después de repartir unos cigarrillos.

—Tócanos algo —dijo.

—¿Qué? —preguntó el legionario.

—Una canción bonita.

—*Horst Wessel* —propuso el Profesor.

—¡Hemos dicho una canción bonita, chiflado! —gruñó Porta, pasando la cantimplora de vodka—. Bebed y os será más fácil encontrar esa canción.

La cantimplora dio cuatro vueltas entre los asistentes; los rostros se iluminaron, y nuestras risas se oían de lejos; la voz cloqueante de Porta horadaba la noche como un potente taladro.

—Cantemos *He nacido en un burdel* —propuso, rascándose la entrepierna.

—¡Cerdo! —le riñó el teniente Ohlsen.

—En efecto —reconoció Porta—. Una, dos, tres, ¡va...!

La desvergonzada canción desencadenó una euforia general; la cantimplora de vodka seguía circulando; Porta se secó los labios con el dorso de la mano y eructó ruidosamente.

—Si por los menos nos trajesen un tren de prostitutas —soñó *Hermanito*.

—Nada de prostitutas ahora: llevan puesto el cinturón de castidad. Aquí sólo se tiene derecho a recibir plomo en el trasero, de parte de las prostitutas de Iván.

—¿Qué es un cinturón de castidad? —preguntó *Hermanito*, que no cesaba de babear.

—Una especie de bragas con candado —explicó Porta—. En otros tiempos se utilizaban contra cerdos como tú.

El vodka al calentarnos, hacia volar la imaginación.

—Todo el que se presente ante mí será fusilado —hipaba Julius Heide—. Muerto como un perro. Odio a esos rusos apestosos.

—*Heil!* Nazi Julius, luchas por Adolf y por su espacio vital —gangueó Porta, al tiempo que escupía hacia Heide.

—¡Chico asqueroso! —rugió Heide, lanzando un mango de granada a la cabeza de Porta—. ¿A quién tratas de nazi, basura socialista?

—¡Calma, calma! —ordenó el teniente, con su voz pastosa de borracho.

Trabajo inútil. En un instante se armó un furioso barullo de brazos y piernas. *Hermanito* aprovecho la distracción de Porta para birlarle la cantimplora de vodka. Se le escapó un eructo estruendoso; cogió una pala y la dejó caer de plano sobre la nuca

de Heide, quien se derrumbó. Porta pegó una patada al cuerpo inanimado.

—¡Perro mierdoso! —dijo jadeando—. ¡Atacar a un pobre ser pacífico en un bosque tranquilo! ¡Qué asquerosidad!

—Yo le doy la razón a Heide —interrumpió Steiner—. También yo odio a los rusos. ¡Cuando se ve lo que son capaces de inventar para torturar a los prisioneros...!

—No se puede odiar a todo un pueblo por las barbaridades que cometen unos pocos —dijo Ohlsen—. A los ingleses que me persiguieron como una liebre, en las montañas de Macedonia, en 1941, no les odio.

—¡Ellos no mataban a los prisioneros de un disparo en la nuca! —gritó Steiner, irritado.

—¿Quién dice eso? —protestó *Barcelona*—. Hubieras debido estar en África; con mis propios ojos vi cómo se cargaban a dos de los nuestros cuando la retirada de Cirenaica.

—En todo caso, sería una muerte heroica, con o sin odio —resumió *El Viejo*.

—¡Bravo! —dijo Heide, incorporándose—. Y sobre todo, reventar de acuerdo al reglamento. —Lanzó una mirada furibunda a *Hermanito*, que fumaba sentado en el suelo. —¡Asesino! ¡Derribar a un camarada con una pala! Hubieses podido matarme.

—Con odio o sin odio —prosiguió *Barcelona*—, lo principal es ser el más rápido; disparad como el rayo si queréis seguir viviendo.

—Sabias palabras —cloqueó Porta—. Puedo asegurártelo, comedor de naranjas.

El Profesor abrió la boca:

—El otro días maté a nueve rusos —dijo, enrojeciendo bajo nuestras miradas—. Por casualidad... —En su emoción, se quitó las gruesas gafas y entornó sus ojos de miope, como para no vernos—. Corrían directamente hacia mi fusil ametrallador, de veras, podéis creerme. —Vaciló un momento y terminó casi llorando—. Disparé por miedo.

—Nadie lo duda, voluntario de la SS —dijeron Heide y Porta, echándose a reír—. Ni siquiera estás acabado de criar; pero, válgame Dios, ¿quién te obligaba a venir?

—Asqueroso tema —confesó *Hermanito* a Porta—. Cualquiera diría que estamos entre sabios. ¿Y si habláramos de otra cosa?

—¿De mujeres, para cambiar? —bromeó Porta—. De vez en cuando, muchacho, una breve conversación intelectual no hace ningún daño.

—¡Vete al cuerno! —gritó *Hermanito*—. Será mejor que bebamos. ¡Imagínate que recibamos un pildorazo antes de haber vaciado la cantimplora! Mi viejo se emborrachó a los dieciséis años —prosiguió—. Y jamás volvió a estar sereno. Por eso me encuentro yo aquí.

—¿Qué relación tiene eso? —exclamó Porta—. Que tu viejo estuviera siempre borracho no tiene nada que ver con el hecho de que te encuentres en el 27.º de tanques.

—¡Cretino! ¿Crees que mi viejo se hubiese metido a la cama de la madre Creutzfeld si hubiese estado sereno? Estaba como una cuba, eso sí.

—¿Cómo era tu viejo?

—El peor bandido de la Reeperbahnn. Le cortaron la cabeza por dos asesinatos, en Fuhlsbüttel, el año 1937. Según parece, tuvieron que sujetarlo entre cinco, y el verdugo perdió el sombrero de copa.

—¿Tu viejo se arregló la barba con la cuchilla? —inquirió Heide, muy sorprendido—. ¿De veras? Esto les ha ocurrido a muchos...

Con la mano remedó el movimiento del hacha...

De repente, se oyó un ruido de herramientas y armas... Una sección de infantería pasó en silencio. Aparecieron otros, entre los crujidos de sus vestidos de cuero. Cuchicheos... Desaparecieron en el bosque. Compañía tras compañía, batallón tras batallón, columnas interminables. Baterías de artillería pesada y ligera ascendían por el camino arenoso. Las órdenes dichas en voz baja se mezclan con los jadeos y los relinchos de los caballos.

—¡Maldición! Volvemos a las andadas —se lamentó Porta, lanzando una mirada por entre los árboles—. Y por si fuera poco, se ha puesto a llover.

Una orden surgió de la oscuridad:

—Preparados para la marcha. ¡Calentad en seguida los motores!

Ronronearon los primeros motores. Largas llamaradas salían de los tubos de escape.

—¡Apresúrate! —gritó *El Viejo* a Porta, que seguía tocando la flauta con indiferencia.

—Calma, calma. ¿Tantas ganas tienes de morir como un héroe?

Lentamente, Porta desplegó su corpachón interminable y se sacudió el polvo de los calzones negros manchados de grasa; después se encaramó en el tanque. El motor zumbó.

—¡En marcha! —ordenó el teniente Ohlsen.

El comandante Mercedes vino hacia nosotros. Estaba cubierto de sudor y nos saludó llevándose dos dedos al gorro de piel. Se subió a un tronco de árbol y clavó su mirada en Porta.

—¡Por el diablo! —blasfemó al ver el sombrero amarillo—. Se me pone la carne de gallina cuando veo esta tapadera; brilla como una linterna y atrae los disparos. —Escupió—. Ahora, Porta, mucha tranquilidad y nada de tonterías. El comandante de la división quiere terminar de una vez; así que, a hacerlo bien.

Saltó del tronco y desapareció en la oscuridad. Nadie sabía lo que buscaba, pero *el Tuerto* es así. Aterrador para los que no le conocen...

El bosque silencioso estaba lleno de actividad. En el camino, los vehículos se habían dispuesto en fila; los había de todos tipos, desde los Volkswagen anfibios

hasta los camiones más pesados. Las columnas desfilaban hacia el Este y la lluvia arreciaba, pero no hubo ni un segundo de interrupción en la riada de tanques, de infantería y de zapadores con lanzallamas.

—¡Menuda pandilla! —murmuró Heide.

Llegamos a nuestro destino, es decir, al vértice de la formación de tanques. Porta se asomó por la escotilla.

—Disculpad, camaradas —gritó a los soldados de infantería—. Tened la amabilidad de decirme si es aquí donde hay guerra. Hemos de participar en ella...

—Muy pronto lo sabrás —contestó una voz.

—Gracias por la confidencia. —Porta saludó con su sombrero amarillo—. Creíamos habernos metido en la conferencia de la paz.

A lo lejos retumbaban las explosiones; puentes y almacenes saltaban por los aires. Un resplandor violeta ascendió por encima de los árboles; las balas trazadoras volaban mezcladas con las perlas de la *Flak* ^[6], y formaban dibujos en el cielo oscuro.

Esperamos. Una larga hilera de tanques «Tigre».

Porta y *Hermanito* se habían deslizado entre los árboles, lo mismo que el legionario y Julius Heide. Jugaban a los dados, utilizando un vaso como cubilete.

—¡Seis! —exclama Porta, jubiloso, con una voz que se oyó desde lejos—. Dame eso, pájaro bobo.

Hermanito, rezongando, sacó tres cigarrillos de marihuana. La voz altisonante se dejó oír de nuevo:

—¡Mierda! Estoy de suerte, otra vez gané. ¡Hombre del desierto, afloja la mosca!

Ágil como un simio, el legionario se apoderó de los dados y los examinó cuidadosamente. Porta le contemplaba riendo.

—¿Cree tal vez el señor que hago trampas?

—Justamente —contestó con sequedad *Hermanito*.

—Esta barbaridad ha de demostrarse.

—Ojalá pudiera —rezongó el legionario, sacando otros tres cigarrillos.

—¿Puedo jugar a crédito? —gimió Heide, cogiendo el vaso.

—Con menos del ochenta por ciento, no.

—¡Esto es vergonzoso! —gimió Heide, cogiendo el vaso.

—Nadie te obliga, devorador de judíos.

—Sabes muy bien que no puedo resistir la tentación —gruñó Julius.

Durante un rato jugaron en silencio; sólo se oía el ruido de los dados contra el metal. Y luego una exclamación de *Hermanito*, al recibir un golpe de bayoneta en los dedos, cuando trataba de sustraer el creciente montón de Porta.

—¡Ésta no es manera de tratar a un camarada! —protestó el gigante, frotándose las articulaciones doloridas.

—No eres lo bastante listo como para ser ladrón, muchacho. No es extraño que hayas recibido tanto castigo.

—¡Oye, que tú también robas!

—Sí, pero no me dejo atrapar, ahí está la diferencia.

Un cañonazo seco, furioso, sonó muy cerca. Todo el mundo se sobresaltó.

—Los T-34 —dijo *El Viejo*—. Los colegas llaman a la puerta.

Se encaramaron al tanque.

—¡Mierdoso! —exclamó Porta, riendo, al mismo tiempo que echaba los dados, sacando una puntuación que dejó sin aliento a los demás.

—¡Motores en marcha! —ordenó una voz.

En medio del alboroto general, Porta no conseguía guardarse sus ganancias y se puso a blasfemar.

—¡Tigres! ¡En marcha, en marcha!

En el interior del bosque sonaban los fusiles ametralladores; las granadas de mano estallaban con un estampido seco.

—¡Latosos! —gritó *Barcelona* desde la torreta de su tanque. Nos saludó con el brazo.

Balas trazadoras blancas y verdes subían hacia el cielo: era el ataque. Automáticamente nos palpamos el uniforme. ¿Vamos bien equipados? Revólver, con la correa sujeta a los hombros, a punto de ser sacado del bolsillo interior; cuchillo de trinchera, granadas de mano en el bolsillo del pantalón, y, junto al asiento, el montón de granadas de mango. Pegado al aparato óptico, el fusil ametrallador, diez cargadores sujetos al cinturón; en las botas, otro revólver y un cuchillo. Todo está en su sitio. No es reglamentario, desde luego, pero está en su sitio; en el frente, dentro de un tanque, el reglamento surgido de un cerebro de oficinista no vale nada; aquí lo que cuenta es la experiencia. Cada día se aprende algo nuevo, algo que en el cuartel nunca sabrán; nuestros conocimientos anatómicos sorprenderían a un cirujano, por lo menos cuando se trata de matar. Nuestros cuchillos no equivocan nunca el blanco. Lentamente nos infiltramos por la espesa maleza; los abetos se rompían como cerillas. Nuestros 105 ladraban secamente. Un T-34 voló por los aires; pedazos de acero al rojo vivo salieron disparados por encima de los árboles; y las granadas P.A.K. silbaban sobre nuestras cabezas, para caer en el suelo húmedo del bosque. Cada vez que las oíamos encogíamos instintivamente el cuello. Conocíamos el seco estampido de los cañones antitanques y le teníamos miedo. Disparamos las granadas explosivas sin apuntar; de vez en cuando alcanzábamos por casualidad un cañón antitanque y sus servidores saltaban por el aire como muñecos.

De repente cesó el fuego de la artillería. Las armas automáticas rugieron. Unos «¡Hurras!» roncós nos informaron de que la infantería se había lanzado al ataque.

«¡Tigres!» ¡Adelante!

Avanzamos con un sordo retumbar; los árboles temblaban como si fueran débiles bambúes rotos por el paso de un rebaño de elefantes salvajes. Nos detuvimos un segundo para permitir que nos adelantaran los granaderos; los potentes motores alzaban su voz cavernosa, el aire vibraba, las cadenas se movían sacudidas y el barro salpicaba en todas direcciones.

La columna de «Tigres» avanzó en formación contra las columnas rusas y sentíamos que nos subía la fiebre, la eterna invitada a nuestras batallas. La fiebre de la caza. Pero ahora se planteaba un problema: ¿Éramos cazadores o cazados? Nadie lo sabía.

A saltos, nos acercamos a un pequeño poblado, una bifurcación ferroviaria que la infantería había rodeado. Fuego nutrido. Los lanzallamas escupieron un resplandor mortal que se apagó en medio de una humareda negrísima. Las granadas de mano estallaron a docenas; gritos y llamadas, en alemán, en ruso; pesadas nubes de humo asfixiante avanzaron hacia nosotros.

Los depósitos de municiones estallaron con un gran alarde pirotécnico. Nuestro camino fue iluminado por las antorchas en que se convirtieron las casas incendiadas. Una trinchera doble defendía el camino; dos cañones P.A.K. fueron hechos papilla y el camino quedó expedito.

Una apisonadora de cincuenta toneladas había caído sobre una batería de morteros, y un capitán ruso con las piernas aprisionadas bajo la maquina aullaba desesperadamente. Por todas partes había equipo abandonado, soldados y caballos muertos, vehículos volcados, hombres, bestias, todo un caos de sangre y carbón.

Lo aplastamos todo sin pensar en ello; algunos heridos trataron de apartarse, segundos antes de ser alcanzados por las orugas. Una lluvia fina de cenizas volvió a nuestro encuentro. Penetraba en todas partes, y traía consigo un calor infernal; era como si atravesáramos un horno crematorio. Nos cubrimos el rostro con los brazos para protegerlo, pero para la infantería resultó mucho peor; los soldados gritaban de dolor, retrocedían, tiraban las armas, y se cogían la cabeza con las manos.

El huracán de fuego pasó. Estábamos en el corazón de la ciudad, en medio de un baile mortal. Un coronel de infantería nos vociferó rabiosas amenazas. El potente motor roncó, y una llamarada de varios metros salió por el tubo de escape. ¡Adelante! Salimos a toda marcha.

Las sesenta y dos toneladas de acero se lanzaron contra una casa, reventándola y abriéndola como una fruta madura. En una cama, entre dos mujeres, gritaba una niña aterrada; llevaba un camisón con rayas rojas y en el cabello una cinta desanudada. Porta no consiguió frenar. La cama, las paredes, todo fue aplastado. La escena ocurrió a una velocidad de relámpago. Nadie habló... Mediante el silencio nos mentimos los unos a los otros. Nadie se atrevería a decir lo que hemos visto. Aquello no era la guerra, sino un asesinato. Nadie volverá a aludir a ello.

La población de la ciudad lo había perdido todo. Objetos misérrimos estaban esparcidos por todas partes, pulverizados, carbonizados. En medio de un amasijo de madera que había sido un mobiliario estaba una vieja, con el cabello en desorden y quemaduras en los brazos y piernas. Sólo llevaba un zapato y contemplaba petrificada, los voluminosos tanques con sus cañones de seis metros de largo. En el camino, tres paisanos muertos. Uno de ellos tenía los brazos en cruz; era un viejo. Junto a un árbol, el cuerpo de un muerto y el cadáver de un soldado alemán; la sangre fluyó sobre la arena, una sangre cálida y roja.

Sin saber por qué, nos detuvimos en mitad de la calle, junto a una plazuela adornada por un viejo pozo. Un soldado alemán orinaba en el pozo. La correa de su casco le colgaba como un collar en torno al rostro; el fusil ametrallador le molestaba. Había debido de contenerse mucho rato, porque orinó interminablemente. Le contemplamos en silencio, como si hiciese algo muy curioso. ¿Por qué mancillar el agua potable? Ni él mismo lo sabe. Cuando terminó, pareció suspirar de alivio. Era un hombre de más de cuarenta años, un simple soldado sin condecoraciones; únicamente lleva prendida del capote la medalla de infante, como tantos millares de hombres.

Al otro lado del pozo, un niño jugaba con la arena. El soldado se inclinó y le ayudó a construir su castillo de arena. Se irguió, se desperezó, colocó más cómodamente su I.M.G. sobre el hombro, nos saludó con la mano, sacó un cigarrillo del bolsillo, lo encendió y atravesó lentamente la plaza. Dio media vuelta, retrocedió y dio algo al chiquillo, quien se lo metió ávidamente en la boca.

El soldado exhaló una o dos bocanadas de humo. En el mismo momento, se dobló por la mitad y cayó agitando furiosamente las piernas... La sangre le salía a borbotones de la boca. El niño se levantó y corrió unos cuantos pasos. Dio un grito y cayó junto al soldado.

No habíamos oído llegar la granada de mortero de 37 milímetros.

Al estallar levantó poca polvareda. El escaso polvo se posó en el pozo.

Se acercaron unas gallinas y empezaron a escarbar la tierra, en el cono de la granada; se peleaban por una lombriz.

Los granaderos se reagruparon y el ataque continuó. Avanzaban bajo la protección de la artillería de los tanques. El fuego cruzado era magistral.

De innumerables agujeros surgieron masas humanas con uniformes pardos; avanzaban y retrocedían inmediatamente.

—Hoy Iván toma las de Villadiego —gruñó Porta. Se asomó por la escotilla y vociferó—: ¡Nos encontraremos en Moscú, compañeros! —Una andanada le rozó la cabeza—. ¡Mal educados! —rezongó, al tiempo que se echaba hacia atrás.

En medio de los soldados llenos de pánico, un comisario vociferaba y enarbolaba su fusil ametrallador. Derribó a varios de los suyos; los fugitivos vacilaron y luego

siguieron corriendo a mayor velocidad. Entonces el comisario se volvió contra nosotros; un momento después, le atravesó una bala. Cayó. Un sargento ruso le dio un puntapié, al pasar corriendo.

La artillería rusa empezó a tronar. Nuestra infantería se echó al suelo, pero fue enviada por los aires en buena parte. Las esquirlas al rojo vivo de las granadas producen en la carne heridas terribles. Por todas partes se oían gritos.

Apoyé la frente en el caucho del visor; el motor ronroneaba. Lo que veía era parecido a una película. El ventilador producía un chirrido que crispaba los nervios. Heide le pegó un golpe. El chirrido se hacía cada vez más irritante; encolerizado, Heide metió el mango de una granada entre las palas y logró romperlas. Heide había vencido.

—P.A.K. enemigo a la derecha —dijo *El Viejo*, indicando el peligro.

La torreta giró, el motor zumbó y el largo cañón apuntó a la granja que cobijaba a la batería de P.A.K. Los pequeños y ágiles vehículos desaparecieron tras una pared; sus servidores retrocedieron con los cañones, nuestros enemigos más feroces. Tres o cuatro «Tigres» los atacaron cruzando sus fuegos. Surgieron llamaradas de detrás de los arbustos. El duelo duró varios minutos, hasta que los «Tigres» alcanzaron las baterías y los aplastaron. Los artilleros intentaron huir, pero fueron segados por las ametralladoras.

El tanque del teniente Ohlsen recibió cuatro granadas al mismo tiempo y explotó; el cargador, el suboficial Keiler, ardió como una antorcha y quedó aferrado a la puerta lateral. Otros cuatro «Tigres» fueron alcanzados: nadie consiguió escapar. Un comandante asomó por la torreta, pero volvió a caer hacia el interior, bajo la lluvia de fuego. Los blancos se sucedían. La primera compañía quedó destruida, con la sola excepción de seis tanques; la cuarta fue aniquilada totalmente.

Esta vez huimos, llenos de pánico, bajo las invectivas de la infantería.

—¡Cobardes! —gritó un teniente, antes de morir bajo una salva de metralla.

Parada a varios kilómetros más lejos, donde nos reagrupamos en posición de ataque. El comandante de la división, teniente general Séller, pasó ante nosotros en un vehículo descubierto, y en un instante transformó una desbandada en una formación táctica. De retaguardia llegaron otras secciones blindadas, pertenecientes a distintas unidades. Los motores roncaban y, ¡adelante!

La tierra temblaba bajo las explosiones, los gases de la pólvora nos atenazaban la garganta. Heide flaqueó; se apoyó un momento en la cureña del cañón y cayó desvanecido.

—¡Alfeñique! —gritó *Hermanito*, quien se adelantó para ocupar el puesto de Heide. Me dio un empujón—. Ahora todos los proyectiles en el blanco, *paniemaio*?

A la izquierda, junto a los álamos que bordeaban el camino, asomó una larga hilera de monstruos negros.

Gritó:

—¡T-34! —Sentí que un sudor frío me resbalaba por la espina dorsal.

—Vienen todos —murmuró *El Viejo*, mientras calculaba la distancia.

—Deliciosa velada —ironizó Porta—. ¿Y si nos retiráramos?

Rápidamente, la torreta giró.

—Mil doscientos metros —cuchicheó *El Viejo*—. ¿Lo tienes? Si fallas estamos perdidos.

Apenas me atrevía a respirar... Las puntas del visor se unieron. En el centro se veía el tanque enemigo, la imagen se aclaró. Antes de poder darme cuenta había desaparecido...

Un aullido. Un surtidor de llamas. El gran cañón retrocedió. Porta se dio una palmada en los muslos.

—¡No es posible! ¡Buen disparo!

Toda la columna se detuvo. Evidentemente no sabían de dónde había llegado el proyectil homicida, y volvían sus cañones en dirección opuesta a nosotros. Creían que era la P.A.K.

Las cifras se desplazaron y la imagen se clarificó. Las cifras giraron hasta detenerse en el 1.200.

—¡Fuego! —dijo *El Viejo*, mordiéndose los labios.

El proyectil silbó al salir. El reluciente tanque levantó la proa como un caballo que se encabritara, surgieron llamas, y el acero incandescente estalló por encima de los álamos, entre una lluvia de miembros humanos. Durante un cuarto de segundo este surtidor permaneció inmóvil en el aire, como si hubieran cerrado el grifo del potente chorro.

Los T-34 saltaron uno tras otro. Formaron una larga hilera de cráteres, de los que salía una asfixiante humareda negra. Casi nadie logró escapar. Las tripulaciones murieron como correspondía en verdad a soldados tanquistas: entre las llamas.

—¡Terminado! —gritó *Hermanito*—. ¡Fuegos ratifícales *kaputt*!

—¿Quieres decir que no nos quedan municiones? —se sorprendió *El Viejo*.

—Ni una bala. —Y *Hermanito* se sentó en el piso de acero, junto a Heide, que se recuperaba del desvanecimiento—. Ha terminado, amigo mío; ahora, lo que hace falta es una tasca y un buen vaso de *schnaps*.

El Viejo pidió municiones por radio. Dos tanques de avituallamiento se adelantaron y, tras la protección de unos árboles, trasegamos febrilmente las largas granadas. Y regresamos al combate. Las anchas cadenas se abrieron a través de las ruinas y de la densa vegetación. Finalmente, unidos a los demás «Tigres», desembocamos en la llanura. ¡Visión inolvidable! Doscientos tanques «Tigre» avanzando por un sector relativamente estrecho. Daban una impresión colosal de fuerza. Evidentemente, aquellas potentes compañías se habían formado rebañando los

restos de todos los regimientos.

Un *Oberstumführer* SS escupió despectivamente al ver la calavera pintada en nuestras torteas; el emblema de los regimientos disciplinarios. Él pertenecía a la Segunda División de tanques SS *Das Reich*, una división que tenía fama de ser de las más arrogantes de todo el Ejército alemán.

Porta asomó la cabeza por la escotilla y el SS estuvo a punto de sufrir un síncope al ver el sombrero amarillo.

—¿Hay una fiesta? —exclamó Porta. Se fijó en los cascos característicos de los cazadores—. ¡Caramba, los sabuesos de Hermann! ¡Estamos entre la buena sociedad! —Alargó a *Hermanito* la cantimplora de vodka—. Bebe un trago, enclenque, y olvídate de donde hemos aterrizado. Cuando termine esta merendola, te buscaré una marrana bien grasienta en la que podrás desaparecer.

Hermanito no tuvo tiempo de contestar. Un T-60 salió de entre los árboles como una tromba. Trataba desesperadamente de escapar, como una gallina en mitad de la carretera a la hora de máximo tránsito. *Barcelona* Blom hizo girar la torreta. Un breve ladrido y el T-60 voló hecho añicos. El sufrimiento fue corto, gallinita.

Escalamos un alto terraplén, y el cañón de seis metros señalaba hacia el cielo con un dedo terrorífico. Al llegar a lo alto, el vehículo osciló, se recuperó y volvimos a la posición horizontal. Teníamos orden de progresar hacia el Sudoeste, en dirección a Sinegorski, donde un grupo de combate con los efectivos de una división debía estar cercado. Se trataba de romper la tenaza enemiga, para permitir que el grupo se librara de la aniquilación; oíamos por radio sus llamadas de auxilio. La situación, evidentemente, era desesperada.

La división de tanques avanzó. Los obstáculos iban siendo salvados. Tras de nosotros, muy cerca, nuestros granaderos pasaron al ataque. Mejoró la moral. No se hacían prisioneros. Todo el que aparecía con los brazos en alto, era segado.

—Es curioso —murmuró Porta escupiendo—; los soldados valerosos son unos cerdos.

—Oye, cuidado —rezongó *Hermanito*—. Yo soy muy valiente, no temo a nada, y no soy ningún cerdo.

Porta sonrió, pero no dijo nada. Los impactos de una ametralladora rusa tamborilearon repentinamente en nuestros flancos de acero. Los granaderos se protegieron tras los vehículos, y rociamos la espesura. El fuego de ametralladoras cesó.

Y por fin, en un bosque de pinos, encontramos la división cercada. ¡Qué acogida! Nuestra llegada los volvió locos de alegría. Pero Porta escupió con desprecio.

—Esto ya es inaguantable. ¿Habéis visto lo que acabamos de salvar?

—¡SS! —gimió *Hermanito*.

Un SS *Unterscharführer* de dos metros de estatura se adelantó hacia nosotros y,

riendo, alargó la mano a Porta, cuyo escuálido busto asomaba por la escotilla del tanque.

—Gracias, camarada, por habernos sacado de aquí.

Porta miró hacia otro lado e hizo como si no le oyera.

—Digo gracias, camarada, por haber venido. Estábamos ya en las últimas — insistió el SS, apoyando una mano en el brazo de Porta.

Este escupió por encima de la cabeza del SS y se sacudió la manga.

—Si hubiéramos sabido que erais vosotros, no habríamos venido, *paniemaio*? Y ahora lárgate, no queremos hablar con vosotros.

Porta empujó al hombre con el cañón de su metralleta y después lo limpió con un trapo.

—Aquí huele mal —observó *Hermanito* en voz alta.

El *Unterscharführer* se puso morado y dio media vuelta.

—Esto se pone feo —profetizó *El Viejo*, al ver que un *Obersturmführer* se acercaba al tanque con paso enérgico. El oficial se detuvo ante Porta.

—Buenos días —dijo Porta, quitándose el sombrero amarillo.

—¿Es usted idiota? —gritó el *Obersturmführer*.

—No, mi teniente. ¿Y usted?

—¡Conteste adecuadamente cuando le habla un superior!.

—Mi teniente ha preguntado si era idiota —contestó Porta, manso como un cordero—; y he contestado reglamentariamente: «No, mi teniente».

—¡No haga el cretino, sargento! —gritó el SS—. Ha tenido la desvergüenza de preguntarme si era idiota. Y además, estúpido, no soy teniente, sino *Obersturmführer*, sépalo de una vez.

—Bien, mi teniente, pero es que en nuestra unidad, al que tiene en las hombreras un chisme así, le llaman teniente.

Con la punta del cañón de su metralleta, Porta señaló la estrella de la hombrera del *Obersturmführer*.

—¡Basta! ¡Le someteré a un consejo de guerra, y ya veremos si se burla ante el pelotón, hijo de perra!

—¿Qué es un hijo de perra? —preguntó Porta a *Hermanito*, que ocupaba la otra escotilla.

—Algo estupendo, entre los SS —contestó el gigante.

—¡Ahora si que estáis listos! —aulló el oficial, que poco a poco iba perdiendo los estribos—. ¡La hez del Ejército se atreve a ofender a la SS!

—¡Ha terminado la audiencia! —gritó Porta, riendo, y se metió en el tanque como un muñeco en su caja, cerrando violentamente la trampilla.

En el mismo instante, dieron una orden por la radio:

—Reagrupamiento en la carretera. Retirada.

No habíamos andado mucho aún, cuando todo el camino empezó a saltar. Una escuadrilla de J.L. 2 atacaba con bombas y ametralladoras. Los «Tigres» se precipitaron bajo la protección de los árboles, mientras los aviones limpiaban sistemáticamente el terreno. Desaparecieron hacia el Este, dejando un reguero de muertos y heridos; con los prismáticos se distinguía a los rusos, que se preparaban para atacar la posición. No eran regimientos, sino divisiones, lo que había allí.

El Tuerto, que mandaba el grupo de tanques, examinó el mapa, y luego, con su único ojo, miró a su oficial ayudante, el teniente Gaun:

—Nos largamos, Willy. ¡De prisa, de prisa! Que la infantería se encarama en los vehículos. Que se agarren como puedan. —Sonrió y escupió en dirección a los rusos—. Iván quiere cercarnos, esto salta a la vista, pero también tendrá que contar con nosotros. —Volvió a escupir—. De modo que, apartad las manos del trasero, Willy.

—¿Y los heridos?

El Tuerto lanzó una mirada hacia las columnas rusas que cubrían la llanura, luego dio media vuelta y se dirigió a su tanque. Se encaramó en él y ordenó:

—Todo lo que no pueda andar ha de ser abandonado.

—¡Comandante! —protestó el oficial ayudante—. ¡No podemos abandonar a los heridos! ¡Los matarán de un tiro en la nuca!

El comandante se volvió hacia su oficial:

—Sécate las lágrimas, Willy; se hace lo que se puede. —Luego se inclinó hacia el conductor y dijo brevemente—: En marcha, Bernard, en dirección a Lugansk. Pero aprisa, amigo mío, que esto apesta.

Por un momento, el oficial ayudante vio alejarse el tanque de su jefe; luego miró a su alrededor. Dondequiera que fijase la mirada, veía soldados heridos, aislados o en grupo, la mayoría sin vendajes apenas. Los desdichados se creían a salvo, de camino hacia el hospital. Oímos que unos de ellos decía a un camarada:

—Para mí, la guerra ha terminado. Me ha costado una pierna; no es demasiado. ¡Viva el hospital!

El oficial aceleró el paso. Durante unos minutos, el aire vibró con el ronquido de los motores; los vehículos arrancaban, cubiertos de racimos humanos de infantería. Fue cosa de un instante, luego los heridos se dieron cuenta de que les abandonábamos. Un grito de espanto surgió del bosque.

—¡Camaradas, no nos abandonéis! ¡Llebadnos con vosotros!

Muchos de ellos, apoyándose unos en otros, se arrastraban hacia los tanques; algunos se cogieron a los ganchos y se dejaron arrastrar, pero muy pronto tuvieron que soltar su presa. Tres SS se lanzaron ante los vehículos para obligarles a detenerse. Fueron aplastados. Aquí no había piedad. Es la guerra.

Pero nadie podía prestarles el menor auxilio. Todos los tanques estaban cubiertos de soldados, y todo aquel que trataba de subirse era rechazado a patadas. Una nube de

polvo. Era el último adiós a millares de heridos. El agradecimiento de la patria. *Heil Hitler!*

Y empezó una carrera contra el reloj. Por ambos lados avanzaron los tanques rusos, para cortarnos la retirada.

Luego empezó el jaleo. Prolongados meteoritos llovieron sobre la columna. ¡Los órganos de Stalin! Era una colosal bóveda de fuego que nos cubría de acero. ¿Sería el final? Probablemente. Hay que haber visto aquel vals de fuego para saber lo que es. Sin embargo, superado el primer colapso, se reanudó la marcha con la velocidad del rayo.

¿No éramos acaso veteranos? Hacíamos automáticamente todos los movimientos.

De repente se hizo el silencio.

—¡*Jabos!* ^[7] —gritó alguien, corriendo a toda velocidad en busca de un refugio cualquiera.

—¡*Jabos!*

Los vimos en seguida. Salían de las nubes, lanzando bramidos, y se precipitaron sobre nosotros. Las estrellas rojas de sus alas nos fascinaban. *El Viejo* Se precipitó hacia la cúpula y atornilló la escotilla. Un segundo después, las sesenta y dos toneladas de nuestro tanque se vieron levantadas del suelo, como empujadas por una mano titánica.

Había estallado una bomba junto a la torreta. Los aparatos de observación, hechos añicos, nos azotaron el rostro. Aturdidos y amontonados en el fondo del vehículo, nos cayó encima toda la óptica, las conducciones eléctricas se desenrollaron como serpientes, el cañón fue arrancado, y gracias a su rapidez se libró *El Viejo* de que le aplastara las piernas. Los proyectiles de los cañones automáticos golpeaban el blindaje como martillos; varios surtidores se elevaron hacia el cielo: bombas, tierra, piedras y acero revoloteaban por el aire.

Con el motor a la máxima potencia, los *Jabos* regresaron por retaguardia; los soldados huyeron en todas direcciones. En el tanque, el vapor de azufre nos quemaba ojos y garganta. Sentíamos deseos de gritar, de golpear con la cabeza contra la pared de acero, de abrir esta tumba y saltar al océano de bombas. Todo, menos morir asfixiado.

Todo terminó de repente. Los *Jabos* habían desaparecido. Ninguno de nosotros sería capaz de decir si aquel miedo cervical había durado minutos, segundos u horas. Nos temblaban las manos, teníamos los nervios destrozados y sentíamos un frío mortal en la nuca. ¿Era posible que existiéramos?

Durante mucho, mucho rato, nadie dijo nada. Un silencio inverosímil reinaba en el infierno. El fuerte latir de nuestros corazones renovaba la sangre en nuestras venas. Porta sangraba por una herida abierta en el rostro y *Hermanito* tenía una mano deshecha, pero ni siquiera se daban cuenta. Permanecían allí, petrificados, con los

ojos muy abiertos, sin ver nada...

Con la cabeza y los hombros empujamos las escotillas y nos lanzamos al exterior. Aspiramos grandes bocanadas de aire fresco y nos recostamos contra el tanque, agotados.

Barcelona Blom llegó vacilando, seguido por su tripulación, pero el teniente Ohlsen, herido en el cuello, era el único superviviente de su tanque. *El Viejo* le vendó, mientras iban compareciendo los supervivientes de los «Tigres».

El nuestro era una ruina: las orugas estaban partidas por varios sitios, los rodillos arrancados, el blindaje horadado, los depósitos llenos de agujeros, por los que se derramaba la gasolina; el cañón se había convertido en un sacacorchos.

Porta meneó la cabeza e hizo un ademán de impotencia.

—Nunca volverá a ser un tanque.

Lo que quedaba del regimiento de tanques regresó a Alemania. Necesitábamos un buen descanso.

Nuestra compañía recibió el encargo de custodiar la prisión militar de Torgau. Esta prisión sólo tenía dos puertas: una conducía al piquete de ejecución del patio número 5; la otra, al batallón de castigo.

Estábamos junto a la pared de la cantina y contemplábamos una compañía SS que llegaba del campo KZ bajo el mando de un joven Untersturmführer.

Un cazador de hombres nato.

En el camino Karacho, obligaron a los prisioneros a mantener una marcha que dejaba sin aliento a los más vigorosos. Cada vez que uno de ellos caía los SS reían y azuzaban sus perros contra el hombre. Se ordenó a los detenidos que se coloraran frente a frente, y el Untersturmführer ordenó que se celebrara un combate de boxeo. Nadie quería pegar, hasta que los SS tomaron cartas en ello.

—¡Esto es una rebelión! —gritó el Untersturmführer.

Varios cayeron. Los perros volvieron a ponerles en pie, siguieron acosándoles por el camino Karacho. Se ordenó a algunos que recogieran unas porras y unas cadenas de hierro que habían sido dejadas allí a propósito.

—¡Deteneos entre éstos! —gritó a los demás el Untersturmführer.

Ninguno de los camaradas les pegó. Pero la SS se ocupó de ellos. Hubo dos muertos. De todos modos, estaban casi muertos el día en que llegaron.

LA PRISIÓN DE TORGAU

Todo era gris. Las paredes que se erguían hacia el cielo cubierto y gris eran grises. La puerta, custodiada por dos guardianes con uniforme gris, era gris. Los seis barrotes verticales de hierro y los seis horizontales eran grises. El hombre que elevaba las manos esposadas y estaba custodiado por dos gendarmes vestía un uniforme sucio y gris.

El sargento se llevó dos dedos a la visera de su gorra cuando la guardia, pegada a su prisionero, atravesó la pesada puerta. El hombre de las esposas miró ávidamente por encima del hombro, al oír el estruendo de la puerta al cerrarse.

—Listo —murmuró—. Nunca volveré a salir, soy un muerto en vida.

—¡A callar! —ladró el *feldwebel*—. Aquí sólo has de hablar cuando seas interrogado. Y lo último que te preguntarán es si quieres que te venden los ojos.

Y el *feldwebel* se echó a reír. El *feldwebel* Schmidt, guardián de la prisión reía siempre sonoramente. A veces, él mismo se sorprendía de hacer tanto ruido al reír. Sus camaradas carceleros de la Compañía 378 (gendarmería de campaña de Hamburgo) le llamaban *el Risueño*. Los hombres detenidos en la prisión del tribunal especial de Hamburgo, donde estaba de servicio cada ocho semanas, le llamaban *el Risueño*. El *feldwebel* Schmidt nunca se reía de lo que hacía gracia a la gente normal, pero es que Schmidt no era normal. A decir verdad, ni uno solo de los carceleros del Ejército alemán era normal.

—Son unos perros rabiosos —decía *El Viejo*, quien nunca hablaba sin estar completamente seguro de que sus palabras eran ciertas.

El *feldwebel* Schmidt tocó un timbre; éste sonó a lo lejos, en la «recepción», los dominios del *Hauptfeldwebel* Dorn. Se oyó un vigoroso chirrido y la estrecha puerta gris se abrió automáticamente.

Los tres pasaron al interior. La puerta volvió a cerrarse automáticamente.

—*Heil Hitler!* —ladró el *feldwebel* Schmidt ante el *Hauptfeldwebel* Dorn, quien estaba sentado ante un escritorio invadido de papeles y documentos.

Tal abundancia de papeles era intencionada. Convenía que el *Hauptfeldwebel* Dorn diese la sensación de tener muchísimo trabajo; se amontonaban las carpetas con veinte documentos para la firma, y nunca había menos de cinco expedientes en curso. Todo aquello quería decir que trabajaba muy poco, pero era una prueba irrefutable para mostrar al insensato que hubiese insinuado que el *Hauptfeldwebel* Dorn no tenía nada que hacer.

En el último cajón de su escritorio, oculta bajo un montón de «*Völkischer Beobachter*» que nadie habría de leer, había una botella de color verde oscuro, con una etiqueta en la que se leía «goma». En realidad, contenía coñac, bebida que Dorn consumía cuando, por error, tenía que trabajar. Dorn no contestó al saludo del *feldwebel* Schmidt. Durante diez minutos permaneció sentado, fingiendo concentrarse en un expediente. En realidad, se trataba de una historia pornográfica escrita a máquina, en un papel especial llamado *gekados* (secretos).

El *feldwebel* Schmidt carraspeó para recordar su presencia.

—¡Silencio! —aulló Dorn—. ¿Es que no ve que estoy ocupado?

El único ruido que se oía era el crujido del papel cuando Dorn pasaba las páginas de aquel interesante expediente *gekados*. Finalmente levantó la mirada, entornó los ojos y los fijó en el hombre esposado. Sin una palabra, alargó la mano hacia Schmidt, quien, en silencio, le entregó la documentación del prisionero.

Dorn la echó con indiferencia en la mesa, empujó hacia atrás su silla y se levantó;

dio la vuelta a la mesa y se plantó ante el prisionero.

—Veamos... ¿No sería interesante tener la confirmación de su presencia en Torgau?

El prisionero se cuadró, con el dedo meñique pegado a la costura del pantalón.

—El teniente Heiz Berner, del 76.º Regimiento de Artillería, se presenta para cumplir su pena en la prisión militar de Torgau.

El *Hauptfeldwebel* Dorn se llevó la mano a la oreja, como si fuese sordo, y permaneció así durante varios minutos; después abrió la boca y gritó al espacio:

—¿Y por qué, si es que puedo preguntárselo? —El aullido se convirtió en cuchicheo—. Sin duda es *gekados* el motivo que tenga que purgar una pena entre nosotros, cerdo.

—El teniente Heiz Berner, del 76.º Regimiento de Artillería, informa de que ha sido condenado a muerte por asesinato.

—¿Qué le parece? —dijo Dorn, sonriendo—. ¡Un oficial asesino! —Escupió ruidosamente—. ¡Qué horror! ¿Tal vez el teniente quiera decirnos quién fue la víctima?

—Mi prometida —contestó el prisionero.

Dorn relinchó muy satisfecho:

—Es lo mejor que he oído desde hace mucho tiempo. ¡Cargarse a su propia novia! Bueno, no tardará en seguirla. Cuidaré de que tus papeles sean enviados a toda velocidad. Aquí no necesitamos a bandidos como tú. ¡Ésta es una prisión militar decente, métete esto en la sesera, asesino!

De repente, los ojos de Dorn se enturbiaron, se contrajeron. Se sentó en una esquina de la mesa e hizo balancear una de sus piernas:

—Dime —preguntó suavemente, recalcando bien las palabras—, ¿no sabes cuál es mi grado? ¿Nunca has visto un *Hauptfeldwebel*, la columna vertebral del Ejército alemán, tanto en paz como en guerra?

El prisionero se sobresaltó, pero antes de que hubiese podido hablar, Dorn vociferó:

—¡A tierra! ¡Veinte vueltas sobre si mismo! ¡Aprisa!

El prisionero, en cuchillas, empezó a dar vueltas por el despacho. Cada vez caía a causa de las esposas. Dorn gritaba que aquello era una insubordinación. Después persiguió al prisionero hasta lo alto de un armario, donde tuvo que permanecer veinte minutos hecho un ovillo, mientras Dorn charlaba con los dos carceleros. Por fin, un soldado raso recibió la orden de llevarse al prisionero.

En el tercer piso, el teniente Berner fue encerrado en una celda de tres metros de longitud por un metro cincuenta de anchura; tuvo la impresión de que un cepo le oprimía el cuerpo. Dejándose caer pesadamente en el taburete de madera, fue acometido por un hipo nervioso y lloró durante mucho rato. Para él todo había

terminado; estaba ya muerto. La mayor parte de sus amigos habían renegado de él. En cualquier instante se abriría la puerta, vería brillar los amenazadores cascos de acero, vendrían a buscarle, a conducirlo, a algún sitio, fuera de los edificios; escucharía el rumor de los fusiles al ser armados. ¿Cuántos habría? Seis, se decía, tal vez doce... El teniente se estremeció y volvió a sollozar.

Había llegado a su casa, de permiso, procedente de la Tercera Escuela Militar de Potsdam. Era el permiso que se concedía por el ascenso a teniente. La salida de la escuela. ¡Su madre estaba tan orgullosa de él y su padre tan contento! Su hijo era teniente. Teniente de Artillería. Toda la familia había ido a buscarle a la estación central, y también Else se mostraba muy orgullosa. Habían salido a pasear por la Monckebergstrasse, y se habían contemplado en los grandes escaparates de la Alsternhaus, donde se reflejaban como una sonrisa los hermosos galones rojos de su uniforme. Se cruzaban con una cantidad fabulosa de suboficiales y de soldados. De tanto saludar, el brazo acabó por dolerle, pero resultaba embriagador. Se había permitido un verdadero saludo despreocupado de oficial, como el del capitán Hasse, con dos dedos ligeramente curvados rozando la visera de la gorra. ¡Y que agradable sensación la del ligero roce del revólver contra su muslo!

—Este revólver es el de un oficial —le había dicho el instructor, el último día, en la Escuela Militar—. Si algún individuo manchara su honor de oficial, no discuta: utilícelo.

Él se había reído y deseado casi alguien le faltara al respecto. Menudo susto se llevarían los transeúntes si él, el teniente de Artillería Heinz Berner, sacara el revólver y derribase a un individuo que, por ejemplo, se hubiese mostrado irrespetuoso con el Führer. Se veía volviendo a enfundar el arma con expresión indiferente. ¿Debería tal vez escupir también sobre el cerdo tendido en la calzada? Después tomaría a Else por un brazo y se marcharía, como si lo demás no le concerniese. Pero a su alrededor nadie pensaría insultar al Führer, y no se veían más que cruces gamadas en los ojales.

Su padre le había regalado una gorra nueva con cordones rojos gruesos como un dedo, y el más hermoso barboquejo de plata de todo el Ejército. Los pantalones de montar, de color gris claro, eran regalo de su madre, y casi demasiado claros para ser reglamentarios; las espuelas de plata, con cadena, eran obsequio de Else. La fusta de color amarillo pálido de un metro y medio de longitud se la había comprado él mismo. En realidad, Berner pertenecía a la Artillería pesada motorizada, regimiento 76.º, en Paderhorn, y no tenía ningún derecho a las espuelas ni a la fusta; pero allí en Hamburgo era muy difícil que se encontrase con alguien del regimiento. Y, ¿quién sabía?, tal vez los camaradas pasearan también con espuelas cuando estaban de permiso. ¡Qué agradable rumor el tintineo de las espuelas, y qué elegantes resultaban todos aquellos objetos! ¡Qué diablo!, ¿quién sabría que no pertenecía a un regimiento

montado? Hubiera podido ponerse un cuero oscuro en el fondillo del pantalón y hacerse confeccionar una chaqueta con los bolsillos al bies. El uniforme de caballería era estupendo, pero tenía que contentarse con la fusta y las espuelas.

La velada resultó muy penosa. La casa estaba llena de invitados y el tío Ernst gritaba a voz en cuello, según tenía costumbre:

—Dinos, Heinz, ¿desde cuándo te han transferido a la Artillería montada?

Antes de que hubiese podido contestar, Else había dicho en voz muy alta:

—Heinz forma parte del regimiento de Artillería de campaña «Gran Alemania».

—¿De veraz? —gritó el tío Ernst, riéndose y señalando las hombreras donde se leía el número 76—. Entonces esta cifra es falsa, muchacho.

Else le había mirado, sorprendida.

—Estás en el regimiento «Gran Alemania», ¿verdad?

El había asentido con la cabeza.

—Bien —había dicho Else—. Entonces, mañana a primera hora tendrás que cambiarte la insignia de las hombreras.

Al día siguiente fueron a la casa *Fahnenfleck* para comprar las dos letras doradas: G.D., y se las habían cosido en las hombreras para demostrar que pertenecía al regimiento *Grossdeutschland*. Guardó los números en un bolsillo, para poder colocarlos en su sitio cuando terminara el permiso. Pero cada vez que Berner veía acercarse a un oficial de Artillería, miraba hacia otro lado, por medio a que le reconocieran; y cuando se cruzaba con patrullas de la *Feldgendarmarie* se sentía enfermo de miedo. Aquella broma podía costarle seis semanas de arresto y una estancia en un regimiento disciplinario.

En algún punto de la prisión, alguien gritó. Era un grito largo y penetrante que terminó con un gemido. El grito no penetró en el cerebro de Berner. El teniente estaba echado sobre la burda mesa, con la cabeza apoyada en los brazos. Pensaba en aquellas letras, unas letras grandes y doradas, artísticamente enlazadas. ¿Podían costarle el regimiento disciplinario? El 37.º de Artillería, o el 17.º ¿Qué era el llamado regimiento de «infrahombres» de Dortmund? Individuos sobre los que había que escupir. Él había despreciado a aquellos elementos criminales, indignos de respirar el mismo aire que los verdaderos soldados, pero, dignos o indignos, aspiraba a entrar en los regimientos disciplinarios de Dortmund. Allí había alguna probabilidad. Se mostraría valeroso para dejarlos lo más pronto posible. Rápidamente, una carta al Inspector General de Artillería, y también al *Feldmarschall* Keitel, el jefe del Ejército, que era artillero. Éste no permitiría que un teniente de su arma muriese asesinado por unos infrahombres. Se rumoreaba que los miembros de los regimientos de las ejecuciones en Torgau.

Este nombre le conmocionó como hubiese podido hacerlo un puño cerrado. ¡Torgau! Dios mío, ¿podía ser cierto? ¿Estaba verdaderamente en Torgau? El nombre

que significaba el infierno, la tortura, la muerte.

Estalló de nuevo en sollozos y se palpó los hombros. Sí, seguía siendo teniente y le fusilarían como teniente. Pero él no quería morir; quería luchar, combatir por el Führer, por la patria. Se incorporó contempló el cielo, que se distinguía a través del cristal esmerilado. ¿Por qué matarle? Sólo tenía veinte años. Más valía dejarle luchar, permitirle matar a los bárbaros que habían obligado a la pacífica Alemania a emprender la guerra. Era oficial, tenía una estupenda formación. Sería estúpido fusilarlo. Sí, escribiría en seguida al *Generaloberst* Halder, el jefe del Estado Mayor general. Seguro que le ayudaría...

El teniente miró por un momento el cristal esmerilado, del que la luz grisácea se disponía a despedirse y de repente le acometió el pánico. Empezó a vociferar:

—¡Quiero escribir, quiero escribir, escribir!

En el pasillo alguien golpeó la puerta con un pesado manojó de llaves y gritó:

—¡Silencio!

Un ojo se pegó a la mirilla encristalada, un ojo vivo, un ojo libre. Un ojo que no miraría un día la hilera de los doce cañones de fusil. Ahora sabía a quién debía escribir: al H.J. *Reichführer* (*Hitler Jugend*, Juventudes hitlerianas) Baldur von Schirach, a quien conocía personalmente. Éste le ayudaría sin duda, porque el teniente había sido el mejor de la 15.^a Agrupación de las H.J. Sólo tenía quince años cuando fue nombrado jefe de grupo, con las mejores notas, igual que en la Escuela Militar. Todo el mundo sabía que el nacionalsocialismo era dogma para él. ¿No había defendido siempre al Führer y al Gauleiter de Berlín, el *Reichminister* doctor Goebbels? ¿No fue él quien había obligado a todos sus camaradas a firmar el informe sobre el mayor Voen, lo que había provocado el alejamiento de aquel individuo derrotista? El oficial N. F. (*National-Socialistischer Fürsorgeoffizier*: Oficial del partido) le había dado unas palmadas en la espalda, aquella célebre noche en que vinieron a buscar al mayor. Eran tres paisanos y un capitán de la Policía secreta. Él y sus camaradas habían escupido al mayor cuando se lo llevaban, y dos de ellos gritaron:

—¡Dejarás la barba!

De eso hacía meses. ¿Dónde estaría ahora el mayor Voen? Tal vez en la celda contigua... No, seguro que no. Preguntaría a uno de los del pasillo. La mayoría no eran más que simples soldados; estaba incluso seguro de haber percibido a los hombres de un regimiento disciplinario. De modo que él, un teniente, bien podía atreverse a interrogar a uno de aquellos tipos.

Se irguió ligeramente al recordar que era un oficial. A la fuerza tenían que indultarle. Probablemente para enviarle a un regimiento disciplinario, pero no por mucho tiempo; era nacionalsocialista y tenía amistades; y, además, aquel asesinato no era premeditado en absoluto. Al contrario, fue un terrible error.

Había tratado de explicarlo al tribunal, pero aquellos viejos imbéciles no sabían nada de nada. Eran unos asnos completos que serían barridos como basura así que se produjese la victoria. Entonces mandarían los H.J. y los SS. El Führer lo había prometido.

Se irguió, recobro el valor, y se sintió ya más libre. Empezó a pasear de un lado para otro, cinco pasos en un sentido, cinco en el opuesto. No le fusilarían, estaba seguro. ¿Podía siquiera pensar en que hicieran una cosa semejante? Él, el teniente Heinz Berner, obtendría el derecho de combatir por Alemania.

Se echó a reír. Si la guerra duraba lo suficiente, cinco años, por ejemplo, cuando menos alcanzaría el grado de capitán, con dos estrellas de oro en las hombreras y una gorra bordada con la guirnalda dorada. Esta idea le satisfizo.

Else y él habían tomado café en el Wiene. Una orquesta cingara tocaba. Él besó a Else en el pasillo que conducía al lavabo de señoras.

El beso enfureció a Else, quien le trató de cerdo. Durante dos días no se habían dirigido la palabra, hasta que él prometió que no la besaría nunca más. Era vergonzoso, habían dicho en la B.D.M. ^[8]. Un oficial no hacía tales cosas. Un oficial y una afiliada a la B.D.M. debían permanecer castos hasta el matrimonio. ¿Es que el Führer andaba por ahí besando mujeres? Había que admitir que sería inverosímil.

Luego llegó aquel día estúpido: la fiesta de Käthe. Él se había embriagado como los demás, olvidando que era un oficial y que tenía que permanecer casto. Habían jugado.

—¡Esto es una porquería! ¡Una invitación judía deshonrosa!

Se había levantando gritando: *Heil Hitler!* Resultaba tan cómico que todo el mundo se echó a reír. Benhardt Müller, que era teniente de Infantería, había gritado a Else que se dejara de tonterías. También Adolf hacía muchas cosas judías, había asegurado. Else le había escupido y se había marchado sin que nadie se diera cuenta.

Al día siguiente, Benhardt fue detenido por la Gestapo. Dos hombrecillos delgados con chaquetas de cuero negro, acompañados por Else en uniforme de B.D.M.

Else había señalado a Benhardt con un dedo acusador.

—He aquí al lacayo judío que se atreve a escribir el nombre del Führer con acusaciones eróticas.

Los dos individuos de uniforme negro apoyaron un brazo en los hombros de Benhardt, y dijeron amablemente:

—Vente a pasear con nosotros, hermano. Tenemos que hablarte.

Benhardt palideció.

—Debe tratarse de un error —dijo.

Uno de los hombres se echó a reír.

—Siempre se trata de un error, hermano. El mundo no es más que un error

inmenso.

Empujaron a Benhardt al interior de un «Mercedes» gris, y las portezuelas se cerraron con un seco chasquido. Y cuando Else trató de acompañarles, la empujaron con brutalidad.

—¡Vamos, lárgate!

Else presentó una denuncia contra los dos individuos de la Gestapo por insulto a una B.D.M. La consecuencia fue una breve visita a la Policía, y a su regreso Else se echó en un diván y lloró durante mucho rato. Todo lo que Berner pudo averiguar fue que ella no volvería a poner los pies en la Gestapo, y que le aconsejaba que él hiciese lo mismo.

—No son seres humanos —dijo—. Sin duda el Führer no sabe lo que son capaces de hacer.

Else sacó una botella de coñac, después, otra. Su padre tenía una hermosa colección de licores, de la época en que estaba en la Kommandantur de París. Eran regalos que la población francesa le hacía por sus buenos y leales servicios, había dicho riendo. En Francia recibió muchos regalos: las cuatro alfombras orientales, el mobiliario rococó del salón, el piano con incrustaciones de marfil. Todo se lo habían regalado.

En aquel momento, ambos pisoteaban una de las alfombras de regalo, mientras bebían coñac. Quisieron bailar, pero como no llegaban a coger el ritmo, cayeron. Nuevo beso, que Else aceptó de buena gana. Entonces él se mostró más audaz; era soldado y estaba acostumbrado a superar los obstáculos.

Else había murmurado:

—Un oficial no hace esas cosas.

Pues, ¿cómo diablos se las arreglan los oficiales? Nada le habían enseñado al respecto en la Escuela Militar.

—Entonces, ¿qué ha de hacer un oficial?

—Esperar a estar casado —contestó ella.

—Casémonos. Puedes considerarte mi mujer desde el momento en que hayamos sido el uno del otro.

—¡Heinz! ¡Amor mío!

Se habían besado prolongadamente. Luego, de repente, ella le rechazó con la mirada extraviada.

—¿No querrás casarte conmigo porque tienes ganas de eso? Detesto esta porquería. Acabo de hacer encerrar a una de mis amigas porque tenía relaciones con un hombre.

Él le había asegurado que todo aquello no le interesaba en absoluto; finalmente, aquella noche nada ocurrió.

Else le había preguntado si después de la victoria seguiría en el Ejército, y él se lo

había prometido. Moriría en el Ejército, como general. General de Artillería. Pero ella hubiese preferido mucho más verle en la SS. Desdichadamente Heinz sólo medía un metro setenta y ocho. Demasiado bajo para formar parte de los guardias de Adolf Hitler. No obstante, podía tratar de ingresar en el regimiento de Artillería de la división SS *Der Führer*, un regimiento elegante. No era la guardia personal, pero formaba parte de ella. También podía entrar en la división SS «Cabeza de Muerto». Había grandes probabilidades de ascender rápidamente en aquella división, cuya misión era vigilar los campos. Porque después de la victoria habría mucho trabajo en los campos KZ. Grandes masas de bárbaros y de seres repugnantes que habría que hacer desaparecer. El Führer había dicho que toda mancha sobre la belleza de la Humanidad debía ser borrada implacablemente.

Aquel día fue a la jefatura de la SS para solicitar el traslado, y por la noche volvió a encontrarse con Else en su casa.

¿Cómo pudo haber ocurrido aquello? Era tan lejano, tan incomprensible, eran tan felices juntos... Los bestias de la Kripo no querían admitir que lo hubiera olvidado todo. Le habían pegado y amenazado con un paseo en automóvil sin que él comprendiera lo que significaba aquello. ¡Sin duda nada bueno! Reían tan malévolamente al decirlo...

—¡Eres una bestia perversa, un chivo lúbrico! —gritó el teniente de la «secreta».

—¡Y habrás matado a otras, perro! —vociferó el inspector en jefe de la Kripo, quien le había golpeado ya dos veces con una regla.

—Háblanos de las otras que has matado. Entonces haremos algo por ti. Tu caso será juzgado en Hamburgo y no en Berlín. Aquí somos buena gente, en tanto que en Berlín la palabra «buena» es considerada sabotaje.

Lo habían arrastrado por todos los rincones de la habitación: las patadas en el vientre le habían hecho vomitar sangre; aquellos hombres estaban locos. Le obligaron a comer sangre, y a hacer muchas cosas. Olvidó que era un oficial. El jefe de la Gestapo, Paul Bieler, apodado «el guapo Paul», había venido y lo contempló sin abrir la boca; después se había marchado. Los tres hombres que le interrogaban se mostraron más apremiantes. Como si tuviesen miedo. Heinz descubrió que, pese a su arrogancia, no eran más que unos simples subalternos. El teniente Heinz Berner fue colocado bajo arresto preventivo, y los carceleros se ocuparon de él. Le habían roto dos dedos, uno de cada mano, escogiendo el corazón, el que dolía hasta el hombro y que podía ser roto por tres lugares. Habían utilizado el cañón de un fusil ametrallador, y lo hicieron muy lentamente, mientras cantaban:

De madrugada, cuando el gallo canta...

Nunca más podría escuchar aquel canto. El médico que lo examinó se había reído de buena gana.

—¡Válgame Dios! ¡Otro que se ha caído! Estos pasillos son demasiado resbaladizos.

Y le había aconsejado que llevara cuidado. Pero al salir, sus últimas palabras habían sido:

—Ya verás, cuando te arreglen la barba nada importará ya.

Los enfermeros corearon con sus risas la alusión a la guillotina. Comprendió la broma algo después.

Se estremeció. ¿Realmente le guillotinarían?

Imposible. A un oficial se le fusilaba. Sin embargo, uno de los guardianes que le había acompañado hasta Torgau aseguraba que la gran cuchilla era el sistema más agradable. Rápida como un rayo. No era necesario el tiro de gracia ni probar más de una vez, como sucedía a menudo con la horca. El gran cuchillo nunca fallaba. Tal era la opinión del experimentado carcelero.

El teniente estuvo a punto de echarse a gritar. Se metió los dedos en la boca. Tenía miedo, un miedo atroz. ¿Cuándo vendrían a buscarle? En el pasillo se oían pasos continuamente y llaves que tintineaban en las rejas de hierro. Aquel ruido sonaba prolongadamente, y atacaba los nervios, pero sin duda el guardián no lo sospechaba. Era un soldado del frente, un soldado de los regimientos disciplinarios que habían visto y oído cosas peores que las que ocurrían en Torgau. Él y sus camaradas de batallón iban a quedarse allí varios meses, para pasar una especie de convalecencia. Descanso apreciable: nueve horas de servicio y la noche libre. ¿Cómo podían comprender que el ruido de unas llaves pudiera enloquecer a alguien?

El joven teniente de artillería amaba a su novia. No tenía el menor deseo de matarla. ¿Cómo había ocurrido aquello?

La gente de la Kripo le trató de asesino sexual; en el consejo de guerra se lamentaron a gritos de no poderlo ejecutar diez veces.

Porque estaba borracho, muy borracho, pero no inconsciente. A fuerza de estar borracho, cosa curiosa, casi no lo estaba ya. Todo aquel alcohol le volvía endiabladamente lúcido.

—¡Sueltamente! —gritaba ella—. Suéltame, cerdo!

También se acordaba de aquello. Ella chillaba, pero nadie le oía. En aquella época se gritaba tanto que ya nadie escuchaba. Era culpa de la guerra.

Ella le había pegado patadas en las piernas y, pese al vivo dolor, él había reído y le había sujetado los puños con mayor fuerza.

—¡Suéltame!

Pero él no la había soltado. Else luchaba como una furia, como una furia, tratándole de cerdo, de salvaje, de judío. Eran los tres insultos peores de su repertorio. Le pegaba puñetazos en el rostro. La cosa se ponía grave. Un gran jarrón de Sèvres, regalo de los franceses, estaba ya hecho añicos. Le siguió otro, un Dresde azul,

después un espejo, luego más jarrones. Estaba como loco. Ya no se acordaba de nada. Ni siquiera de haber pisoteado la cristalería, ni de haberle arrancado el cabello, arañado el pecho, de haberla derribado en el suelo; ni de haber disparado su revólver contra el retrato del Káiser. Dos balazos en la frente. Tampoco recordaba haber gritado de dolor cuando ella le arañó el rostro.

Y de repente, Heinz se echó a llorar. Las lágrimas le cegaban, no entendía nada. Cogió a Else entre sus brazos. La cabeza cayó hacia atrás de manera poco natural, como la de una muñeca rota. Había sangre por todas partes, cristales rotos y sangre, sangre negra coagulada. La sangre había pegado los cabellos de Else. Heinz dejó caer el cuerpo y se derrumbó junto a ella, ocultándose el rostro con las manos. Sollozaba, gritaba:

—¡Else, no es posible! ¡Else, di algo! ¡Te prometo que estaré quieto!

La había echado hacia atrás, la apretaba contra su cuerpo.

—¡Else, por el amor de Dios, háblame!

De repente, el terror se apoderó de él.

—Else, ¿no estarás muerta? ¿Estas muerta?

Su risa se transformó en gemido.

—¡Else, vive! ¡No olvides la fiesta de las B.D.M.! Hemos de bailar un vals vienes... ¡Else!

Apenas lograba pronunciar las frases.

Lentamente, Heinz se dio cuenta de que estaba muerta. Ya no habría más vales vieneses. Quiso acariciar el rostro, pero el miedo le atenazaba. Permaneció allí paralizado, boquiabierto.

Huyó sin cinturón ni gorra, corriendo, cubierto de sangre, a través de Eppendorf Baum, en dirección a Dammtor. Cuatro gendarmes, en un pequeño «D.K.W.» gris, se detuvieron y le pidieron la documentación. Le hicieron las preguntas con toda amabilidad. Él se limitaba a contestar:

—Else ha muerto. Está muerta. No ha sido culpa mía.

Y contemplaba, hipnotizado, la placa en forma de media luna que brillaba en el pecho de los gendarmes. El jefe de la patrulla, un *Oberfeldwebel*, meneó la cabeza y se tocó la frente.

—¡Está chiflado! —dijo a los otros.

Lo metieron en el vehículo, que se dirigió hacia el cuartelillo de la Policía militar. Le hicieron esperar toda la noche, sentado en un banco. Lo único que consiguieron sacarle fue la dirección de Else. Mortalmente fatigado, Heinz contemplaba a los gendarmes que iban y venían, que parecían haberle olvidado. Traían a toda clase de personas; unas se resistían, gritaban desesperadamente, otras parecían aturcidas. Hasta la tarde del día siguiente no fueron a buscarle: dos jóvenes de paisano, con largos abrigos de cuero gris. Era la Policía secreta del Ejército; sus rostros eran duros,

inexpresivos, unos rostros de piedra.

—Bueno, mi teniente —dijo uno de ellos—, será mejor que nos acompañe, para que podamos hablar de las cosas de la vida.

Le pusieron unas esposas, de las que se pueden apretar a voluntad, para que penetren en la carne, y se las colocaron bien ajustadas. En el vehículo, uno de los policías preguntó al teniente si le interesaba la filosofía, y sin esperar la respuesta, prosiguió:

—La filosofía es muy importante, y en realidad de esto se trata. ¿Ha estudiado usted, mi teniente? —Rió fríamente—. No puedo soportar a la gente que ha cursado estudios. Me gustan los ignorantes. Muchos de esos eruditos, con toda su ciencia, no saben salir de su cobardía. En general, no necesito más de tres horas para hacer confesar a un estudioso. Con los ignorantes es distinto. Tuve uno a quien hubo que romper muchos huesos; trabajé con él diecisiete días y después se murió. No confesó nada. ¿No opinas como yo, Gustav? —preguntó el chófer—. Los incultos son mucho más valerosos.

Gustav permaneció mudo, pero asintió con la cabeza.

—Hace una quincena tuvimos a un mayor; era doctor en esto doctor de aquello, y en veinte minutos se derritió como un helado. Lo único que utilicé fue un cigarrillo. No tenía más que aproximar la braza a su nariz para que se pusiera a hablar; así son ustedes, los estudiosos, y usted, teniente, nos lo explicará todo. Yo, también tengo una filosofía, pero no la de su putrefacta universidad. No tengo estudios. —Se recostó en el respaldo—. Pero somos nosotros, la gente sencilla, los que constituimos la base del Estado, los que eliminamos la mala semilla humana. Cuando hayamos hablado allí, en la *R.S.H.A.* ^[9], encontrará lógico que se le liquide. Descubrirá la poca importancia de la gente que ha cursado estudios.

Estaban ya bajo los porches de la Karl Munck Plat. Su interrogatorio fue largo y doloroso. Confesó todo lo que quisieron.

En el pasillo de la cárcel, un ruido infernal le arrancó repentinamente de sus pensamientos. Pesadas botas claveteadas corrían por la pasarela transversal. Alguien blasfemaba, pero las palabras soeces eran tan corrientes en el Ejército que nadie les prestaba atención.

«Tal vez van a buscar a alguien para su último viaje», pensó el teniente acariciando el timbre. ¿Se enfadarían si llamaba para preguntar lo que ocurría? Prefirió no llamar y reanudó sus paseos. En el pasillo, el ruido se fue apagando; los pensamientos revoloteaban en su cerebro como un puñado de fichas de colores lanzadas sobre una alfombra oscura. De nuevo se encontró junto a la puerta. ¿Debía llamar? ¿Quién vendría? ¿Un subalterno? ¿No era él un oficial muy por encima de los subalternos?

Oyó que arrastraban algo muy pesado por el pasillo. ¿Se habría desvanecido tal

vez aquél a quien habían ido a buscar para el último viaje? ¿Le ocurriría a él lo mismo cuando llegase la hora? Ellos llevarían cascos de acero y fusiles. No, no creía poder conservar el valor. Sin duda se verían obligados a arrastrarlo como el otro... Si escuchaba con atención, ¿podría oír los disparos?

Permaneció inmóvil y prestó oído. Después se acercó al ventanuco y se izó haciendo flexión con los brazos, para ver algo. Pero el vidrio era impenetrable. Se dejó caer, y su corazón interrumpió casi los latidos al oír que una llave daba vueltas en la cerradura. Venían a buscarle...

—¡Mamá! —gimió—. ¡Tengo miedo!

La pesada puerta dio paso a un inmenso *Obergefreiter* ^[10] vestido con el uniforme negro de las tropas tanquistas y la calavera en las solapas. Unos ojillos penetrantes le miraron, y luego el *Obergefreiter* meneó la cabeza como si se diese cuenta de que lo que veía era lógico.

—La cosa no marcha, ¿eh, teniente? De nada sirve serlo. Yo no soy más que un miserable *Obergefreiter*, pero estoy mejor que tú. Tengo esclavos a quienes les concedo el derecho de facilitarme cerveza, y si tú fueses libre, y no teniente, también tendrías.

El joven teniente, boquiabierto, contemplaba a su guardián, que se sentó tranquilamente en el banco e hizo ademán de que le imitara. ¡Una conversación entre un oficial y un simple cabo! ¡Inimaginable! ¿Y el respeto debido al uniforme? Se miró, como para asegurarse de que llevaba el de teniente de Artillería. En tal caso, aquel grandullón de *Obergefreiter*...

Por primera vez en su vida empezó a dudar de la verdad de lo que le habían enseñado.

—Fíjate, muchacho —prosiguió el *Obergefreiter*, escupiendo en el suelo...

«¡Muchacho!» ¡Él, un teniente! Estuvo a punto de protestar violentamente, pero pensó en su situación y se dejó caer sin fuerzas en el banco, junto a aquella montaña humana. De repente, observó que el estuche del revólver de su guardián estaba entreabierto. Se veía brillar el voluminoso revólver del Ejército, como si le incitara a tomarlo. Un ademán rápido y el arma era suya. «Todos los gigantes son lentos de movimientos», se decía. La tentación le electrizaba... Y aquel grueso manojo de llaves sobre el que jugueteaba el *Obergefreiter*... Con él ninguna puerta se le resistiría. ¡Qué perspectiva! Nada menos que la libertad. Allí eran todos soldados rasos o suboficiales, una especie estúpida que temía a los galones. Los dominaría con facilidad. La confianza volvió a henchirle el corazón. ¡Dios mío! No necesitaba más que un segundo. A aquel gordinflón imbécil lo dejaría sin sentido de un culatazo. El mundo no perdería gran cosa. El teniente respiró penosamente: la excitación lo dejaba sin aliento...

—Fíjate, teniente —proseguía el *Obergefreiter*—, hay que tener valor. Te matarán

sin que lo notes. Tal vez puedas conseguir que el médico te dé algo que te trastorne el seso; entonces ni te enterarás. Fue lo que hicieron ayer al mayor general. Le dieron una inyección y el mayor se cuadró ante nosotros. Julius, el enemigo de los judíos, lo ató al poste sin que dijese ni pío. Ni siquiera cuando el teniente Ohlsen ordenó: «¡Apunten!». Generalmente, en esos momentos todos se trastornan y nos chillan frases a nosotros, pobres cretinos, como si tuviésemos algo que ver. Nosotros no somos más que unos invitados, como dice el legionario, que siempre tiene razón. ¿No conoces al legionario? Es un tipo formidable, te lo aseguro. La primera vez que le vi le pegué una paliza de mil diablos. Estuvo doce años en una organización de asesinos, en África. Se pasaban el día sobre la arena ardiente; luego iban al burdel con las muchachas árabes. Pero el legionario ya no tiene nada que hacer allí. Le cortaron todo lo que cuelga, porque permaneció doce años con los franceses. Lo hicieron en Fajen los tipos del comando T. Yo también estuve en chirona. —Empezó a contar con los dedos, mirando hacia el techo para reflexionar mejor—. Sin contar los correccionales, estuve en Fuhlbutten y en Fagen. —Se echó a reír—. En Fagen eran unos diablos, unos diablos del comando T. Me atizaron y casi me partieron en dos y luego me arrancaron una uña con unas pinzas. Fue un *U-Schar* del comando T quien lo hizo, pero a ése ya le encontraré algún día, cuando haya terminado la guerra de Adolf. Más tarde estuve en Moabitt. Unos tipos estupendos: ningún SS, nada más que *schupos*. Veamos, después fui a Sorgen. Campamento disciplinario de Sorgen. ¡Jesús! Un verdadero convento; lo único que faltaba era la oración de la noche. —Rió ruidosamente al pensar en Sorgen—. Pero luego vino Lumberg. ¡Ocho meses sudé allí! Las nalgas me escocían constantemente. Aquellos viejos de las S.A. se pasaban el día practicando con nosotros. ¡Espantoso! Después vino el Standortarrest Paderborn. Allí había un *Oberfeldwebel* de Caballería, completamente calvo, que parecía uno de esos semihombres... ¿Cómo diablos se les llama? Ya sabes, teniente, esos que hacen peligroso andar por la selva en los países cálidos. —Al reflexionar tamborileaba con los dedos en la rodilla del teniente. Su rostro tosco y brutal se iluminó—: ¡Por San Pedro! ¡Ya lo tengo! Aran... No, orangatanes, creo que se llaman.

—Quiere decir orangutanes —murmuró el teniente, que escuchaba a su pesar.

Sin hacer ningún caso de la rectificación, *Hermanito* prosiguió:

—Le llamaban el fraile calvo; aquel maldito nos caía encima como una granada que resbalase a lo largo de la espalda para estallar en el trasero. ¡Válgame Dios, qué horror! Después de Paderborn, estuve en la prisión del regimiento. Allí fregaba el suelo todo el día. ¡Lo que llegué a fregar! Fregué tanto que hasta las paredes quedaron limpias. Cuando estuvieron hartos de mis fregoteos, me echaron fuera. ¡Ah!, y me olvidaba de Grafenhaus, y de Brauenburg, y de Loke, cerca de Bielefeldt. Y también del campo de Heideblume. Allí, la estancia era como mazazo en el cráneo.

Por fin estuve en Sonnenheim ^[11]. ¡Sí!, ¡sí! ¡Que te crees tú que veíamos el sol en aquel antro! Golpes, nada más que golpes. Durante catorce días me pulieron el trasero en el potro de madera. —La voz de *Hermanito* bajó de tono hasta convertirse en un cuchicheo—. Pero algún día volveré a Sonnenheim con una estrella en la gorra y una metralleta bajo el brazo, y aquel día sí que brillará el sol. Como vez, conozco bien el paño y me sé de memoria lo que sientes. Pero, sobre todo, no hay que demostrar a esa basura que se tiene miedo. *La Cigüeña* viene a menudo y vigila por la mirilla de la puerta. No te fíes de *la Cigüeña*: es un demonio. Torgau se ha vuelto diez veces peor desde el día que le nombraron comandante. Si deseas algo, dímelo, pero ni una palabra sobre su procedencia, si lo encuentra *la Cigüeña*. Si me veo metido en líos, las cosas aún te irán peor.

En el mismo momento, el teniente se apoderó del revólver y dio un salto hacia la puerta.

—¡Arriba las manos!

Hermanito se levantó lentamente del banco y miró con ojos muy abiertos el puño del teniente. Como en sueños, se palpó la vacía pistolera. Aún no comprendía el hecho de que su propio revólver estuviese apuntándole en manos de su prisionero.

—¡Vaya! —gruñó.

—¡Las llaves, aprisa! —ordenó el teniente, mientras alargaba la mano.

Los ojos de *Hermanito* se convirtieron en dos rendijas minúsculas, y sonrió torcidamente al alargar la mano con las llaves. En el mismo segundo, golpeó. Una sola vez.

—¡Pobre criatura! —murmuró—. ¿De verdad creías poderle hacer un agujero a *Hermanito*? ¡Válgame Dios! Si sólo dependiera de mí, podrías marcharte viento en popa ahora mismo, con todos los demás candidatos al piquete, pero el caso es que a mí tampoco me interesa conocer ese piquete. El legionario tiene razón: ante todo, no dejarse atrapar. De modo que si te largas, me metes en un apuro, y de eso ni hablar. Por san Moisés que te fusilarán: eres demasiado tonto para poder escaparte.

Cerró ruidosamente la puerta y se alejó por el pasillo, silbando y golpeando las rejas con su llave.

Porta y él permanecieron un rato contemplando a un grupo de prisioneros con uniformes deslucidos que lavaban las escudillas de la sopa; pero antes de meterlas bajo el agua las lamían.

Las raciones de la prisión eran de hambre.

—El 389 ha intentado engañarme —dijo *Hermanito*—, pero no le ha salido bien.

Propuso una partida de cartas, que se celebró en los retretes, único lugar donde estaban casi seguros de ser sorprendidos, gracias a un espejo situado estratégicamente de modo que permitía vigilar el pasillo de entrada. Porta sacó unos naipes grasientos y encendieron colillas de tamaño adecuado para poder guardarlas dentro de la boca si

aparecía un superior. Fumar estaba «severamente prohibido», como decía *la Cigüeña* (*Oberstleutenant Vogel*) afirmaba que la palabra «prohibido» llevaba siempre implícita la calificación de «severamente». Un soldado sorprendido en falta recibía siempre el castigo «más severo». *La Cigüeña* no se sentía a gusto cuando no tenía nadie a quien castigar.

—¡Veintiuno! —exclamó Porta, embolsándose las ganancias.

—¡Que Satanás se me lleve! —gruñó *Hermanito*, sin fijarse en su derrota—. ¡Imagínate! Quería atizarme en el cráneo con el revólver!

—Diecisiete —anunció Porta, eufórico—. Te estoy desplumando; ¿tienes aguardiente?

—Nada menos que tres litros. *El Viejo* aserrador me los ha dado para que le pase un libro de oraciones y unas cartas al bebedor de agua que la diñó el miércoles.

—¡Tres litros por esto! Por tres litros, yo le hubiese llevado al teniente una iglesia entera. Y con el coche fúnebre de propina.

Echó los naipes sobre la tabla que sostenían entre sus rodillas y mostró su juego. *Hermanito* frunció el ceño.

—¿Es que tienes la desvergüenza de hacer trampas?

—¿Yo? ¡Es vergonzoso pensar esto de tu mejor camarada!

—¡Hum! —gruñó *Hermanito*, regodeándose un momento al pensar en las palabras «mejor camarada».

Porta barajó los naipes con la despreocupación del jugador profesional. *Hermanito* cortó y luego Porta barajó un poco más.

—Le he atizado fuerte con las llaves, y se ha derrumbado como un saco vacío —prosiguió *Hermanito*—. Te apuesto a que todavía está soñando.

—Soñará que es un pájaro y que vuela por encima del muro —dijo Porta mientras distribuía los naipes.

—¡Cochinas cartas! Paso.

—¡Veintiuno! —gritó Porta.

—¡Jesús! —gimió *Hermanito*—. Voy a perder hasta la camisa.

—El ángel de la muerte ha ido esta mañana a la celda del torpedero; parece que es para mañana.

—¿Qué torpedero? ¿El altote?

—Sí, el que se cargó a un *Unterscharführer*.

—Han ido aprisa. Apenas ocho días. No creo que pueda esperar el indulto.

—Esos indultos son una porquería; harían mejor en suprimirlos.

—No lo creas —dijo *Hermanito*—. Todos prefieren respirar el máximo de tiempo posible, incluso en la cárcel.

—¡Veintiuno! —exclamó Porta, mostrando sus cartas—. Ahora, un litro de tu aguardiente a una partida doble. Yo pongo tres cigarrillos de opio y las botas que me

dio la mujer del general cuando le llevamos el equipaje.

—Para empezar, ¿me irán bien esas botas? —inquirió *Hermanito*, alargando un pie.

—Aún no son tuyas —contestó Porta, riendo, y escupió sobre el pie cubierto con un calcetín agujereado.

Un prolongado grito desgarró el silencio de la prisión e hizo dar un salto a los dos jugadores.

—¿Quién diablos habrá sido? —murmuró *Hermanito*, echando una ojeada hacia el pasillo.

—El 368.

—¡Menudo susto me ha dado ese imbécil! Debe de estar loco de miedo.

—El ángel de la muerte ha ido a visitarle a mediodía. Esta noche le toca el turno.

—Entonces, nosotros no formaremos el pelotón —dijo *Hermanito*—. Será la tercera sección.

Jugaron en silencio. De repente, unos pasos sonaron en la escalera. Colillas y cartas desaparecieron. La posición, rectificada en un santiamén, convirtió a los dos jugadores en disciplinados soldados prusianos.

Y fue el suboficial Julius Heide quien compareció, muy risueño.

—Menudo susto, ¿eh? —dijo, echándose a reír. Se dejó caer sobre un cubo—. Estáis tan reglamentarios que le dan a uno ganas de vomitar.

Se oyó un ruido sordo en el interior del cubo.

—¡Cerdo! —exclamó Porta.

—¿Estamos o no estamos en los retretes?

Era evidente que Heide buscaba jarana.

—¿Qué diantres estás haciendo aquí? ¡Nadie te ha llamado!

—Dame cartas. Apuesto un abrigo de cuero SS contra vuestras porquerías.

—¿Un verdadero abrigo SS? —preguntó *Hermanito*, sorprendido.

—Sí, pedazo de bestia, un verdadero abrigo negro con forro de lana y hombreras. De esos a los que se saluda cuando uno los encuentra colgados junto a la entrada.

—¿De dónde lo has birlado?

—Tengo amistades.

—La única amistad que has tenido con la SS fue cuando te repasaron en la R.S.H.A. Explícanos cómo has conseguido ese abrigo.

—¿Y qué diablos os importa? Lo interesante es que lo tenga.

Porta cogió a Heide por la garganta.

—Julius, devorador de judíos, ¿de dónde has sacado ese maldito abrigo SS? Lo has robado ¿eh?

—¿Qué importa?

—Nada. Sólo se trata de saber a quién y cómo.

El puño de Porta se cerró sobre la garganta de Heide.

—Julius, devorador de judíos, ¿de dónde has sacado ese abrigo?

Heide gimió y se puso escarlata. Trataba desesperadamente de respirar. Se le desorbitaron los ojos. Porta aflojó la presa. Heide había estado muy cerca de la muerte.

—¿En qué os afecta eso a vosotros, piojosos? Me lo dio la vieja bruja que fue a ver al SS *Oberjunker*, el que el sábado se marchó al otro mundo.

—¿Te lo dio? ¡Ésta sí que es buena! —dijo Porta, riendo—. Imagina, *Hermanito*, la madre «le dio» un abrigo de cuero nuevo y forrado. No es necesario que te ruborices de esta manera, muchacho; dinos la verdad. ¿Por qué te dio ese abrigo la madre del SS? Aquí hay algo que huele mal, asesino dominguero.

Trató de agarrar a Heide, quien esta vez estaba sobre aviso.

Empezó una lucha silenciosa, de que sólo se oían los puñetazos y los gemidos ahogados, cuando aquellos daban en el blanco.

Pero sonaron pasos en el pasillo. Instantáneamente, cesó el combate y se arreglaron los uniformes, sin cesar de lanzarse miradas homicidas. *Hermanito* fue el primero en comparecer en el pasillo y se encontró de narices con el ángel de la muerte, el capellán Von Gerdesheim.

—La paz sea contigo —dijo al pasar.

Hermanito inclinó piadosamente la cabeza y contestó con un murmullo:

—Y con usted, padre.

El capellán se detuvo bruscamente ante aquel saludo desacostumbrado. Miró confundido al gigante, que mantenía la mirada fija en sus manos unidas.

—¿Crees en Dios, hijo mío? —preguntó el sacerdote castrense.

Era un sujeto alto, delgado y pelirrojo, antiguo pastor en un país de misiones, donde era considerado como el sustituto de Dios sobre la tierra, y en el que, en definitiva, había cumplido bien con su papel.

—¿Crees en Dios, soldado? —repitió, mirando con unción a *Hermanito*—. Para mí constituye una gran alegría encontrar personas como tú en un batallón disciplinario, pero no recuerdo haberte visto en el oficio, hijo mío.

Hermanito contemplaba el ventanuco que había en lo alto de la pared, como si esperase que la Santísima Trinidad apareciera por él.

—Tampoco te he visto en la comunión —prosiguió el capellán, acercándose a *Hermanito*, con las manos preparadas para bendecirle.

Hermanito sonrió e inclinó la cabeza sobre un hombro.

—Señor capellán, el *Obergefreiter* Creutzfeld da su informe y comunica que va a la iglesia el 15 de agosto, de cada año.

El capellán pareció desconcertado, pero se rehízo y preguntó por qué el soldado iba a la iglesia el 15 de agosto.

—En honor de la Santísima Virgen, la madre de Dios —contestó el gigante, con la mirada fija en el cielo.

El capellán parecía cada vez más sorprendido. Bajando la voz preguntó qué relación podía haber entre el 15 de agosto y el honor de la madre de Dios. *Hermanito* tenía el aspecto de un soldado romano, a punto de echar a varios cristianos a los leones hambrientos.

—Señor capellán, el *Obergefreiter* Creutzfeld solicita autorización para preguntar al señor capellán si el señor capellán cree en la Asunción de la Virgen.

—¿Qué? —El capellán se congestionó—. ¿Se está usted burlando, blasfemo?

—Herodes era un cerdo —afirmó *Hermanito*—. Y san Bernardo bebía *schnaps* de un barrilito, en medio de la nieve.

Esta erudición religiosa, en opinión de *Hermanito*, deslumbraría al capellán.

—¿Se ha vuelto loco? —exclamó éste. Hizo un visible esfuerzo, y añadió con suavidad—: Vamos, soldado, ¿por qué me dice todo esto?

Hermanito se deshacía en sonrisas:

—Cuando era niño —dijo, y con la mano indicaba lo pequeño que era—, deseaba muchísimo entrar en el convento de las santas ursulinas de Eger...

—¡Ya es bastante! —gritó el capellán, enderezando su alzacuello—. Deme su nombre, *Obergefreiter*.

—A la orden. Wolfgang Creutzfeld, 27.º Regimiento de tanques, primer Batallón, 5.ª Compañía, momentáneamente de servicio en la prisión de Torgau, Sección C. Para mayor comodidad, mis amigos me llaman *Hermanito*.

Y el gigante se inclinó, muy interesado, siguiendo con la mirada lo que escribía el pastor en un librito. Con un chasquido seco, el capellán cerró el libro y vimos con estupor que era el *Libro de los Salmos* lo que utilizaba como carnet de notas. Su mirada nos entregó a la Justicia del Señor, y después se dirigió hacia un calabozo, con el último mensaje espiritual de *Hermanito*.

—Señor capellán, prosigo mi informe. Antes de la batalla, me confío por entero al Espíritu Santo.

El capellán tuvo un sobresalto y estuvo a punto de caerse. Olvidó por completo los que había ido a hacer allí, de modo que el *Stabswachtmeister* Kraus, de la *Schutzpolizei*, fue ejecutado sin sostén religioso. Por lo demás, Kraus no lo había solicitado.

—¡Muera Hitler! —fueron sus últimas palabras.

La historia le costó a *Hermanito* ocho días de arresto. Tres días después de su liberación, se emborrachó por completo en compañía de Porta, y los dos fueron a visitar al pastor, a quien estuvieron a punto de dejar sin sentido.

Como resultado, el servidor de Dios se volvió amnésico, y luego, prudentemente, se hizo transferir a la prisión militar de Gratz. Fue allí donde los rusos le encontraron

muerto, en mayo de 1945.

Jern Gustav —Gustav de Hierro— pertenecía desde hacía treinta y un años al cuerpo de suboficiales, y desde hacía veintiocho era guardián jefe de la prisión militar.

—Es usted un ejemplo para todos los suboficiales de nuestro invencible Ejército —había dicho el Hauptfeldwebel Dorn, durante un discurso dedicado a Jern Gustav.

Pero Jern Gustav se dejó asesinar en el piso inferior; y por un prisionero, para colmo de la deshonra. Dorn hizo que eliminaran su nombre del cuadro de honor de los suboficiales y echó la etiqueta a la basura. Después se lavó las manos, maldiciendo reiteradamente a aquel cretino. Quemaron todo lo que pertenecía al difunto. Nada debía recordar a aquel mal camarada que se había dejado estrangular por un prisionero, a aquel intruso en el glorioso cuerpo de los suboficiales que, como todo el mundo sabía, era la espina dorsal del Ejército alemán.

Los únicos objetos que conservó Dorn fueron dos botellas de vodka y cuatro de coñac. Las confiscó como propiedad del Estado, y las guardó bajo llave en presencia del secretario en jefe, el Stabsgefreiter Krone.

—Estas botellas son prueba fehaciente de la inconsciencia de Jern Gustav. Nunca hubiese podido conseguirla de manera reglamentaria.

Aquella misma noche, Dorn abrió el armario y se zampó una de las botellas de coñac. Absorto en sus pensamientos, se fumó de carrera cuatro cigarros del mayor, unos cigarros brasileños con faja dorada.

EL ASESINATO DE JERN GUSTAV

Era una mañana glacial, envuelta en una neblina húmeda. En el patio de la prisión, los prisioneros corrían en círculo, para calentarse. *El Viejo*, recostado en una puerta, los contemplaba.

El Viejo permitía siempre, pese a prohibirlo el reglamento, que se fumara durante el paseo. Miraba con ojos cansados a los sesenta y siete candidatos a la muerte que corrían en círculo por el patio.

En un rincón, hacia la entrada de *El Viejo* patio de las duchas, ahora inutilizadas a causa de la guerra y de la superabundancia de efectivos de la prisión militar, estaba el

feldwebel Lindenberg, completamente apartado de todos. Contemplaba el cielo, cuyas nubes dejaban pasar de vez en cuando un rayo de sol. Su mano disimulaba un cigarrillo que Porta le había dado. Aquel regalo podía costar al donador sesenta días de calabozo.

Los otros prisioneros se miraban torcidamente. Se había difundido la noticia: sería el día siguiente por la mañana. Se sabía que ayer por la tarde había recibido la visita del ángel de la muerte, y el horario de servicio indicaba: «La primera sección, segundo grupo, se encontrará en la recepción de armas el viernes por la mañana a las cuatro y cuarto». Aquello significaba diez balas para cada uno, balas de punta roma. Nadie podía decir por qué para las ejecuciones se utilizaban aquellas viejas balas de cabeza redonda.

El teniente de Artillería que había matado a su novia se estremeció. Llevaba en Torgau cuatro semanas, y cada día podía traerle la visita del ángel de la muerte. Entonces sólo le quedarían treinta y seis horas de vida. Ningún poder de esta tierra podía cambiar la situación. El ángel de la muerte era el punto final. En aquel momento, los documentos devueltos junto con la instancia estarían en la mesa del *Hauptfeldwebel* Dorn, dentro de una carpeta rosa, perfectamente ordenados y contraseñados, como es de rigor en la administración militar.

El joven teniente de Artillería sabía ahora muchas cosas que ni siquiera sospechaba antes de llegar a Torgau. Sabía dónde tenían lugar los fusilamientos. Las ejecuciones corrían a cargo de la compañía de guardia del regimiento de tanques.

Hubiese podido explicar montones de cosas sobre la muerte ante el piquete, cosas que nadie enseñaba en la Escuela Militar.

Se sentó en el suelo junto al joven Landeschutze, que estaba en prisión desde hacía más de seis meses, con dos solicitudes de indulto rechazadas; una tercera petición estaba en curso. Parecían divertirse con las peticiones de indulto para aquel cándido campesino de Mecklemburgo que había pasado entre vacas los dieciocho años de su vida. Un día quedó muy sorprendido al ser convocado en el regimiento de la guardia territorial, donde le dieron un número de muchas cifras y no comprendía por qué no podía regresar a la granja, donde su presencia era tan necesaria para las faenas de primavera.

Un viernes por la tarde se marchó del cuartel, llevándose el fusil y el equipo. Ya en su casa, lo envolvió y lo metió en el granero bien oculto tras las patatas. A los gendarmes les fue facilísimo localizarle. Los acogió muy alegremente, mientras reparaba un tonel averiado.

—*Grüss Gott!* —dijo ^[12].

—*Heil Hitler!* —contestó el *feldwebel* que mandaba la patrulla—. ¿Es usted Kurt Schwartz?

—Sí, soy yo, pero dense prisa. Puede llover y tengo varias cosas urgentes que

hacer.

Los gendarmes se miraron. Aquello no era corriente.

—Tendrás que acompañarnos —dijo el gendarme—. El consejo de guerra desea interrogarte

—¿El consejo de guerra? —preguntó Kurt, sorprendido—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

El *feldwebel* colocó una mano sobre el hombro del campesino:

—Déjate de bromas, Kurt. Si tratas de huir, dispararemos. ¿Dónde has escondido tu fusil?

Kurt empezó a inquietarse. Aquellos cuatro hombres, con cascos de acero, la insignia que brillaba en sus pechos, todo aquello le daba mala espina. Tal vez no hubiese debido marcharse sin despedirse. El capitán era un buen sujeto; se habría enfadado, seguramente. Más valdría marcharse con los gendarmes y explicarles que el cuidado de una granja en primavera no puede esperar. Pero de todos modos, no les indicaría dónde había escondido el fusil. Aquello debía de ser lo que más les molestaba; desde la guerra, se tenía necesidad de armas contra los rojos. Sin oponer resistencia, se encaminó hacia el automóvil.

—¡Palurdo imbécil! —exclamó el *feldwebel*—. ¿Por qué te has largado? Por lo menos, dinos dónde has escondido tu artillería. Será mejor para ti.

Kurt no les creyó. No entendía la diferencia de matiz entre ausencia sin permiso y desertión. La primera significaba prisión y regimiento disciplinario; la otra, la muerte.

Y ahora estaba en Torgau y esperaba la muerte, como los otros sesenta y seis prisioneros, pero tenía una suerte de la que carecían los demás: seguía sin darse cuenta de que iban a fusilarle, y cada vez que *Hermanito* abría la puerta para el paseo, preguntaba:

—¿Ya?

Y *Hermanito* contestaba siempre:

—No es para hoy.

Kurt pensaba a su vez: «*Hermanito*, al piquete».

Junto a la muralla corría un *Oberleutnant* rubio, muy condecorado. Estaba allí desde hacía dos meses. Durante un bombardeo de Berlín había perdido a su familia: su esposa y tres niños fueron quemados vivos en un refugio en el que había penetrado fósforo. Le fue negado un permiso. Entonces fabricó el mismo los documentos necesarios y regresó a su casa, pero en Berlín le esperaban los gendarmes. El consejo de guerra necesitó solo nueve minutos para decidir su suerte. Desertión, falsificación de documentos: pena de muerte.

En los peldaños de la escalera, un viejo teniente coronel aspiraba los escasos rayos solares. Pese a las órdenes superiores, había hecho que su regimiento evacuara

unas posiciones desbordadas por los rusos. Consejo de guerra, cobardía, sabotaje: pena de muerte.

El Viejo le tocó en un hombro:

—Hay una visita, mi coronel.

—¿Para mí? —murmuró el anciano, sorprendido.

—Sí —contestó el otro, sonriendo—; su esposa.

—¡Mi mujer!

—Sí, mi coronel, siga al *Gefreiter*. Le acompañará al locutorio.

Más blanco que una sábana y temblando perceptiblemente, *El Viejo* oficial caminó a trompicones tras el soldado. Se detuvieron junto a un despacho. El *Hauptfelwebel* Dorn salió y contempló al prisionero con aire de condescendencia.

—Es delicioso ver una falda de nuevo, ¿eh, abuelo? Pero mírelas bien, porque es la última vez, se lo garantizo.

Hizo un ademán al *Gefreiter*, indicándole que podía llevarse al prisionero al locutorio. Silenciosos, los dos hombres se metieron por el pasillo bajo la mirada escrutadora de Dorn.

Todos los motivos para ser condenado a muerte estaban representados en Torgau. Uno había cometido un robo durante un ataque aéreo; otros dos eran asesinos; el soldado de zapadores alto y delgado que charlaba con *Hermanito* había matado a golpes a su jefe de compañía. Motín, doce balazos.

—¿No os resulta desagradable fusilarnos una vez nos conocéis? —preguntó el oficial de caballería a Julius Heide.

—¿A que viene esta pregunta imbécil?

—Porque me interesa. En el frente, me quedaba bien tranquilo cuando mi lanzallamas achicharraba a los enemigos, pero a ellos no les conocía. Aquí, en chirona, es muy distinto. —Empujó hacia la nuca su gorra—. Vosotros, compañeros, nos dais de comer; estáis con nosotros contra estos cerdos, Jern Gustav y los demás. Y sabéis perfectamente que seréis vosotros quienes nos matéis. Por lo tanto, siento curiosidad por saber qué efecto os causa.

—¡Menudas preguntas! —gritó Heide, visiblemente alterado—. ¿Qué diantre te importa lo que sentimos? ¿Te pregunto yo lo que tú sientes?

—Puedes hacerlo —contestó suavemente el otro—. Tengo miedo. Un miedo cervical. Hay días en que siento tentaciones de darme de cabeza contra la pared. Cada mañana, al despertar, un diablo me cuchicheaba: «Hoy es el día». Ni siquiera en el frente había tenido tanto miedo.

—¿No puedes callarte de una vez? —gritó Heide fuera de sí—. No quiero saber nada de tu miedo. No te conozco, no quiero conocerte.

—Sí, sí me conoces, camarada —insistía el oficial—. Y nunca me olvidarás, ni a mí ni a los esclavos de Torgau.

—¡Jesucristo! —vociferó Heide—: Eres un verdadero disco de gramófono. Bueno, más vale que vengas a jugar a los dados y te olvides de tu miedo.

—¿Crees tú que será pronto? —prosiguió el hombre, mientras los labios se le contraían nerviosamente.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Los dos juntos se encaminaron hacia las duchas inutilizadas, donde era posible ocultarse; y poco después llegó Porta con otros prisioneros. De vez en cuando se escuchaba un grito de alegría, cuando uno de ellos conseguía una buena jugada. Apostaban cigarrillos, tabaco, pedazos de lápiz, los tesoros de la prisión.

El silbato de *El Viejo* interrumpió el juego. Había transcurrido la preciosa hora. Los candidatos a la muerte se alinearon en columna de dos.

En el mismo instante apareció Jern Gustav, *feldwebel* de la sección, en la puerta que conducía a los edificios. Escuchó en silencio la presentación de *El Viejo*. Sus ojillos penetrantes examinaron la columna. En su pecho gris brillaba la cruz de Mérito de primera clase, agradecimiento del Estado por los largos años de servicio enérgico en la prisión militar.

El *stabsfeldwebel* Gustav Dürer era la encarnación de la maldad humana. Nunca desaprovechaba una ocasión de golpear a un prisionero o a un hombre de la guardia. Se rumoreaba que estaba en relación directa con la Gestapo y el propio comandante parecía temerle. Era bajito, regordete, con un mal aliento que se notaba incluso a distancia, y parecía no haberse lavado nunca a fondo.

Lenta, muy lentamente, recorrió la columna y se detuvo ante el *feldwebel* Lindenberg, a quien señaló con el dedo.

—¡Eh, usted!, venga conmigo.

Lindenberg palideció como un muerto. Vaciló y sus camaradas tuvieron que sostenerle. Todo el mundo, incluida la sección de guardia, creyó que Lindenberg iba a ser fusilado a media mañana, contra todos los reglamentos. Aquella comedia era muy propia de Jern Gustav, a quien le encantaba llevar al paroxismo la angustia de los prisioneros.

Con la mirada fija y arrastrando los pies, Lindenberg siguió a Jern Gustav hasta el locutorio, donde les esperaba una mujer en uniforme pardo. Era el tipo de la mujer del partido, convencida de su importancia.

—¿*Feldwebel* Hermann Lindenberg? —preguntó mientras recogía unos documentos.

Silenciosamente, Lindenberg asintió con la cabeza. Aún no había reaccionado de su terror. La mujer del partido, que era rubia como el trigo y llevaba moño, en la nuca, repitió la pregunta con tono más rígido.

—Sí, soy Hermann Lindenberg.

—Encantada de que haya recuperado la palabra. Pertenezco a la Asistencia

Social. Aquí hay unos documentos que tendrá que firmar para que el Estado se encargue de la educación de su hijo. Su esposa no es capaz de criar a ese muchacho. Una mujer alemana que oculta a un desertor y saboteador es indigna. Firme, pues, sin más comentarios.

Sonrió, descubriendo una hilera de dientes caballunos, y alargó autoritariamente los documentos.

Lindenberg se enjugó el rostro. Ardía en deseos de golpear a la mujer, pero se contuvo y preguntó:

—¿Y si no lo hago?

—¡Es una orden! —graznó la mujer nazi. La palabra «orden» fue pronunciada casi a gritos—. Está usted deshonorado y su hijo debe olvidarle, lo mismo que a su mujer, pues ambos han sido borrados de la comunidad nacional socialista. Su hijo será educado en mi institución para que se convierta en un buen ciudadano del Reich. Firme en seguida; tengo prisa y he de marcharme en seguida.

—Puede irse al diablo usted y su institución —dijo, y escupió en pleno rostro de la mujer.

Ésta lanzó un grito de rabia y se echó hacia atrás.

—¡Esto le costará la cabeza, perro! ¡Tengo un tío en la Gestapo! Ya verá.

El *feldwebel* Lindenberg sonrió burlonamente.

—No podría nada contra mí, ni aunque fuese la amante de su grotesco Führer.

La cachiporra de Jern Gustav cayó sobre los hombros de Lindenberg, que gritó de dolor.

—¿Firmas?

—¡No! —susurró Lindenberg—. ¡No volveréis a engañarme!

—¿De veras? —preguntó, riendo, Jern Gustav—. Tenemos métodos que ni siquiera sospechas. Métodos muy *gekados*.

Cuando cerraron la puerta del locutorio, Jern Gustav gruñó:

—Sólo te quedan unas horas antes de la eternidad, pero serán horas desagradables, te lo advierto.

Casi sin ruido, abrió la puerta de la sección. Nadie sabía abrir una puerta más silenciosamente que Jern Gustav; su especialidad consistía en espiar a la puerta de una celda hasta que el prisionero se asomara a la mirilla. Entonces, en un cuarto de segundo, Jern Gustav metía la voluminosa llave en la cerradura y abría la puerta. Nadie podía igualarle.

El prisionero que había mirado hacia fuera era azotado en la celda de castigo por el propio carcelero.

Rió malévolamente, con una risa que recordaba los ladridos de un perro.

Entonces Lindenberg perdió la cabeza. Se lanzó de un salto contra el monstruo y le cogió por el cuello. El hombre quedó tan sorprendido que cayó de espaldas con un

ruido sordo. El manajo de llaves tintineó en el pavimento. Los dedos de Lindenberg apretaban como pinzas de acero. Se escucharon unos raros estertores, y los ojos inyectados de sangre se desorbitaron. Jern Gustav se defendía desesperadamente, pero Lindenberg era de piedra. Lentamente, la vida abandonó al odioso carcelero.

—¡Morirás antes que yo! —gruñó Lindenberg, acentuando su presión.

Hermanito, que estaba en el tercer piso, oyó el tintineo de las llaves y el ruido de la caída de los dos hombres. Se asomó a la barandilla e inmediatamente comprendió lo que ocurría abajo. Casi sin ruido corrió a la sala de guardias, donde Heide y Porta jugaban a los dados.

—¡Procurad armar mucho jaleo! —dijo, excitado—. ¡Lindenberg se está cargando a Jern Gustav!

Por un momento, los dos hombres contemplaron atónitos a *Hermanito*, y en seguida empezó un jaleo endiablado; Porta derribó dos cubos, el gigante golpeó la puerta con las llaves, Heide tiró de las cadenas de todos los retretes.

—Creo que habrá aplastado ya a ese piojo —dijo Porta, mirando hacia abajo con precaución.

Lindenberg estaba sentado en el pecho de Jern Gustav, cuyos ojos parecían salirse de las órbitas. El rostro tenía un color azulado. El carcelero Dürer acababa de terminar su vigésimo octavo año de servicio en la prisión, y ya no volvería a lisiar a golpes a un prisionero, ni a duchar con agua helada a los detenidos.

Lentamente, el *feldwebel* Lindenberg se levantó. Se alisó nerviosamente el uniforme, levantó la mirada y vio a los tres soldados que le observaban en silencio por encima de la barandilla. Empujó con la punta del pie el cuerpo tendido en el suelo, sin comprender totalmente que aquella masa de carne había sido hasta unos minutos antes un bruto odiado por todos. Y ahora el monstruo había muerto, estrangulado por un prisionero a quien sólo le quedaban dieciséis horas de vida.

El *feldwebel* Lindenberg recogió el manajo de llaves y ascendió lentamente la escalera.

—Lo he estrangulado —dijo a Porta, alargándole las llaves.

—Te lo agradecemos, camarada —contestó *Hermanito* dándole una palmada afectuosa.

—Pero tendremos que denunciarte —dijo Heide—. Hazte cargo. Hemos de dar parte a Dorn.

—Es vuestra obligación. No os preocupéis por mí.

—Nunca te olvidaremos, camarada. Deberían indultarte por haberte cargado a ese cerdo.

Lindenberg sonrió cansadamente y se metió en su celda; después se volvió y miró a Heide.

—Será mejor que os deis prisa en denunciarme, si no queréis que os castiguen.

—Sí, será lo mejor —dijo Porta—. Tienes razón. Julius, tú eres suboficial, a ti te corresponde ir a comunicárselo.

—No, ve tú —replicó Heide—. No debo abandonar mi puesto, bien lo sabes.

—Entonces, envía a *Hermanito*.

—¡Que te crees tú eso! —gritó el gigante—. Yo no he visto nada, no se nada de nada Lindenberg no esta en mi sector.

—A otro perro con ese hueso —dijo riendo Porta—. Tu has visto cómo se producía el ataque.

—¡Narices! Si explico el jaleo que habéis armado para que no se oyera cómo Gustav estiraba la pata, menuda te esperaba. De mí dicen que estoy chiflado, pero vosotros, no. Vosotros, los normales, os vais a jugar la cabeza.

—¡Basta! —gritó Heide, dándose aires de suboficial—. Te ordeno que vayas inmediatamente a anunciar al *Hauptfeldwebel* Dorn que Gustav la ha diñado.

—No gastes la pólvora en salvas —cloqueó *Hermanito*, sin el menor respeto—. Harás que me muera de risa.

Su ciencia militar era breve y taxativa: «Elude a los superiores. Nunca llegues antes de la tercera llamada». Guiñó el ojo a Heide, que le contemplaba furibundo, sin saber lo que debía hacer ante aquella insubordinación. Se moría de ganas de pegarle un mamporro a su inferior, pero se decía que aquello equivaldría a un suicidio.

Hermanito resopló ruidosamente, y expulsó por encima de la barandilla todo el contenido de su nariz, que alcanzó con precisión extraordinaria al extintor colgado en el pasillo opuesto.

—¡Ya está bien! —exclamó Heide, estirándose la guerrera.

No aclaró si se refería a la desobediencia de *Hermanito* o a su acto indecente.

—Deja ya de gritar de esa manera —dijo *Hermanito*—. ¿No vez que hay un fiambre?

—¡Cretino! —vociferó Heide, fuera de sí—. ¡No podemos dejar que esta porquería de cadáver se quede ahí abajo un año!

—¿Por qué no? —preguntó el gigante con indiferencia—. No es nuestro.

—¡Válgame Dios, de sobra lo sé! Pero el asesino sí lo es, y está aquí. —Señaló a Lindenberg caído en el taburete de su celda, con la cabeza entre las manos—. ¡Bueno! ¿Qué hay que hacer? —gimió desesperadamente.

—Querrás decir «¿qué tengo que hacer?» —repuso Porta, encantado—. Eres tú el suboficial, no nosotros. Nosotros somos subordinados sin responsabilidad. —Encendió lentamente un cigarrillo y contempló con interés el cartel rojo que decía «prohibido fumar». —Estás metido hasta el cuello, Julius. Esta noche Jern Gustav no te dejará dormir.

—¡No tolero que fumes! —gritó Heide, golpeando el revólver que llevaba a la cintura.

—¿Y qué? No tengas tantos humos. Antes de lo que te figuras estarás también en un calabozo y *Hermanito* será quien te acompañe a los retretes.

—No es cosa de bromear —gruñó Heide. Se volvió hacia *Hermanito*, que iniciaba una animada conversación con Lindenberg—. Eh, tú te ordeno —y recalcó la palabra «ordenó»— que vayas a la secretaría de la sección y anuncies a Dorn que Lindenberg se ha cargado al Gustav. Ve antes de que me enfade de veras, *Hermanito*. Olvidaré que por dos veces te has negado a obedecerme.

Hermanito había sacado del bolsillo un pedazo de salchicha. Concienzudamente, lo limpió de las briznas de lana que se le habían adherido, partió en dos el pedazo y ofreció la mitad a Lindenberg; seguidamente se volvió a Heide, cuyo rostro se iba congestionando.

—¡Qué ganas tienes de hablar!

—¡Largo, asqueroso! —rugió Heide, fuera de sí—. Y deja de comer. ¡Estás de servicio! ¡Gusano, chorizo! —y al no encontrar ya insultos suficientes, barbotó—: *Obergefreiter* Creutzfeld, no me hagas olvidar que nos conocemos.

—¡Vete a mear! —dijo tranquilamente *Hermanito*, mientras se zampaba el último bocado.

Heide abrió y cerró la boca varias veces, pero ni un sonido salió de ella. Ya no sabía lo que tenía que vociferar.

—Más valdrá que te espabiles —insinuó Porta, mientras se dirigía al trote a los retretes, seguido inmediatamente por *Hermanito*—. Todo esto acabará por ponerse feo.

—No sabes lo que me gusta no ser oficial —añadió el gigante con cara de preocupación.

Se acomodaron en sendos cubos e iniciaron una partida de cartas.

—En este momento, el Julius querría que sus galones se los hubiese llevado el diablo. Es una suerte el que te consideren demasiado estúpido para convertirte en un mandamás. Así no hay responsabilidad. Te tienen por tonto. No entiendes nada. Han de explicártelo todo tres veces. ¡Diecisiete, Porta! ¡La vida es hermosa!.

—¡Has hecho trampa! —dijo Porta, examinando los tres ases de *Hermanito*.

El gigante hizo como que se indignaba.

—Esto había que demostrarlo. ¿Es que no se puede tener suerte si hacer trampa? Bueno, te perdono.

Jugaron en silencio un momento, pero con el pensamiento en otro sitio; el de Porta permanecía fijo en el homicidio. No había duda de que la cuestión podía resultar peligrosa. Más valía canalizar la reacción de los carceleros contra un solo hombre. Miró a *Hermanito* y observó que los minúsculos y penetrantes ojillos adivinaban sus pensamientos.

—Josef Porta; te lo advierto. No cuentes conmigo. No puedo soportar la fama.

Porta meneó la cabeza: lo comprendía. Con *Hermanito* no daría resultado. Por un momento pensó en sí mismo, pero en seguida se convenció de que era completamente imposible. Luego estaba Steiner, un cretino que no sabría desenvolverse. ¿Julius Heide? Le deseaba mil muertes, pero a pesar de todo era un camarada y en aquellos momentos Dorn le tenía una inquina especial.

Porta tiró las cartas e hizo chasquear los dedos.

—¡Ya sé! *Hermanito*, escúchame bien, saldremos de ésta. Corre a ver a *El Viejo* y le explicas lo que ha ocurrido. Después le dices de mi parte que envíe a *Barcelona Blom* al despacho de Dorn para dar el parte. ¿Has entendido?

Los ojos del gigante se entornaron. Casi podía oírsele pensar.

—No estoy muy conforme. Preferiría mantenerme lejos de ese fiambre.

Porta lo cogió paternalmente de una mano y trató de demostrarle que no había el menor peligro. El gigante se levantó por fin e inclinó la cabeza como hace el toro que no sabe si debe embestir o lamer a su adversario.

—¡Jesús, Señor de Nazaret, no apartes tu mano de mi cabeza! Voy a ver a *El Viejo*, y le explico lo del cadáver. —Levantó un puño cerrado y lo sacudió ante la nariz de Porta—. Pero ahí termina mi labor. Preferiría comer mierda que intervenir en vuestros enterramientos.

Y sus pesadas botas claveteadas hicieron temblar la escalera.

Heide le miraba boquiabierto.

—¡Caramba! ¡Ya!

—Ya lo ves —dijo riendo Porta.

Una expresión de alivio apareció en el rostro de Heide.

—A pesar de todo, es un buen muchacho. ¿Crees que habrá jaleo?

—Puedes darlo por seguro.

Hermanito había desaparecido por la estrecha puerta de acero que conducía desde el pasillo central a la celda que conducía desde el pasillo central a la celda de guardia de *El Viejo*. Reapareció al poco rato, seguido por éste y por *Barcelona Blom*.

El Viejo se inclinó con precaución sobre el cuerpo caído en tierra.

—Esto tiene mal aspecto —dijo pensativo—. Veamos, ¿cómo podríamos hacerlo? ¿Está *Lindenberg* en su celda? —Heide sintió con la cabeza—. Vosotros —prosiguió *El Viejo*— no habéis visto nada, antes de que *Lindenberg* haya subido a explicaros lo que ha pasado. Esto puede colar, pero con respecto a Dorn no es totalmente seguro. Aquél de vosotros que hubiese debido estar en su sitio en el pasillo, tendría que haber visto lo que hacía *Lindenberg*, y su obligación era impedir el crimen. —*El Viejo* miró a *Hermanito*, que mordisqueaba una corteza de pan.

—No cuentes conmigo —cloqueó el gigante—. Tengo mala la barriga. Hoy he ido al retrete veintiséis veces. Precisamente estaba allí cuando el *Gustav* ha estirado la pata.

—¿Has consultado esto con el enfermero?

—No. He debido hacerlo.

—Lástima —suspiró *El Viejo*. Meneó la cabeza—. Ahora, escucha, y no lo olvides. Esta mañana a las ocho, durante el paseo, has ido a ver al sanitario, el *Obergefreiter* Holzermann. Te ha dado una tableta, y tú te la has tomado.

El rostro de *Hermanito* se iluminó.

—¡Exactamente! Me he zampado la píldora cinco minutos después de que me la dieron.

—Te creerán. En cuanto a ti, Porta, estabas en la celda de Lindenberg y la registrabas durante su ausencia. Por eso no has oído nada.

—¿Y yo? —inquirió suavemente Heide.

—Revisabas los retretes, yo te lo había ordenado.

—¡Eh! ¡Pero si allí estaba yo! —protestó *Hermanito*...

—Bien —dijo *El Viejo*—; entonces Heide contaba los cubiertos. Apresúrate y prepara un inventario; tienes diez minutos.

—Copiaré la vieja y deduciré dos cucharas para que haya alguna diferencia —dijo Heide alejándose.

—En cuanto a Sven, no puede ver nada desde la cúpula de la ametralladora. Esto parece bien combinado —aseguró *El Viejo*—. Tú, *Hermanito*, explica a Lindenberg lo del registro de la celda; dejadlo todo bien desordenado.

El gigante salió corriendo con gran alborozo, y en un instante la celda estuvo patas arriba, incluido el desgarrado colchón.

Barcelona Blom se marchó al trote hacia el despacho de Dorn. Porta cogió un saco de herramientas y le siguió para vigilar de lejos los acontecimientos.

El *Hauptfeldwebel* Dorn, cómodamente instalado, con los pies colocados encima de la mesa fumaba uno de los cigarros del mayor Divalordy. El cigarro era para él un signo de superioridad social. Exhalaba bocanadas de humo y olfateaba el cigarro como había visto hacerlo en las películas, mientras ojeaba unas fotografías pornográficas que acababa de recibir. Su mesa de trabajo, como de costumbre, era una montaña de desorden.

Llamaron a la puerta. Dorn no hizo el menor caso. Por la manera de llamar se notaba que era un subalterno. Volvieron a llamar, pero Dorn siguió callado. El intruso debía llamar las tres veces reglamentarias antes de ser admitido.

Por lo tanto, después de las tres llamadas, *Barcelona* empujó la puerta, se cuadró, saludó como lo hubiese hecho un recluta y comunicó su informe. En el mismo momento, en la puerta volvieron a sonar unos golpes, repetidos tres veces, y Porta entró tranquilamente.

—Mi ayudante, el *Stabsgefreiter* Porta, de la 5.^a Compañía de tanques, en servicio de guardia, informa al señor ayudante que, por orden del comandante de la prisión,

debo revisar las maquinas de escribir y demás material de oficina.

Como prueba, Porta mostraba un saco de cuero negro lleno de herramientas.

—¿Por orden de quién?

Dorn se había quedado boquiabierto.

—Del coronel Vogel —mintió Porta con aplomo, seguro de que ningún ser viviente se atrevería a comprobar esta afirmación monstruosa. Aunque inverosímil, podía ser cierta, y en tal caso todas las iras del cielo se hubiesen desencadenado contra el estúpido que se hubiese atrevido a hacer preguntas. Nadie hubiera penetrado en la órbita del coronel Vogel excepto en caso de necesidad absoluta.

—¡Entonces, hágalo, demonio! —aulló Dorn, furioso—. Obedezca y no pierda más tiempo.

Porta cogió un trapo y una botella de alcohol y se puso a frotar todo lo que se ponía a tiro.

—¿Va a tardar mucho? —gruñó Dorn.

—Nunca se sabe, mi ayudante —contestó con suavidad el pelirrojo.

Dorn quiso hablar, pero todo lo que consiguió decir fue:

—¡Diantre!

Se encaró con *Barcelona* Blom.

—Y usted, *feldwebel*, ¿qué quiere?

—Mi ayudante, el *feldwebel* Blom anuncia, siguiendo las órdenes recibidas de su jefe de sección, el *feldwebel* Beier...

—Explíquese con claridad —interrumpió Dorn.

—Mi ayudante... —volvió a empezar *Barcelona* Blom.

—¡Hable como un ser humano, por todos los diablos! —aulló Dorn, pegando un puñetazo en la mesa.

Esta vez, Blom capituló y se decidió a hablar con claridad.

—El *Strabsfeldwebel* Gustav Dürer la ha diñado. Está en el pasillo del bloque 6, ante el puesto inferior.

A Dorn se le cayó el cigarro.

—¿Cómo dice?

—El *Strabsfeldwebel* Dürer ha sido estrangulado, mi ayudante.

Dorn recogió el cigarro y lo examinó. La expresión atónita no había abandonado su rostro.

—No es posible que Gustav se haya dejado estrangular. ¿Qué había comido?

—No lo sé, mi ayudante. El prisionero *feldwebel* Lindenberg se lo ha cargado.

Y *Barcelona* corroboró sus palabras con ademanes explicativos.

—¡No se quede ahí como un idiota! —Dorn se iba sulfurando—. Y déjese de palabras enigmáticas. Explíqueme lo que ha ocurrido.

A medida que progresaba el relato, sus aullidos iban en aumento, interrumpidos

por amenazas cada vez más horripilantes.

Entretanto, Porta, que seguía frotando con vigor, observaba la escena desde un rincón; cuando la situación pareció madura, entró en acción.

—Mi ayudante, el *Stabsgefreiter* Porta pregunta con respeto si también debe examinar el escritorio. A veces los cajones no se abren bien.

Dorn se volvió en redondo y lanzó a Porta una mirada cargada de veneno.

—¿Qué diablos hace aún aquí?

—Comunico a mi ayudante que reviso las máquinas de escribir por orden del coronel.

—¡Entonces, revíselas! ¡Revise toda esta mierda y chitón! ¡No me dé la lata!

—Pero el coronel ha dicho... —empezó Porta.

Dorn dio un paso hacia él con el deseo evidente de estrangularlo también.

—¡Una palabra más y habrá dos muertos! ¡Déjese de tonterías, en un momento como éste! ¡Lo han asesinado! —Dorn saboreó la palabra «asesinado» y acentuó su significado. Miró fijamente a *Barcelona* Blom—: ¿Quién estaba de guardia?

Barcelona dijo que no conocía los detalles.

—¡Una pandilla de cerdos confabulados con los prisioneros! Si seguimos así, la guerra está perdida. Esos bandidos sabrán quién soy yo. Hasta ahora me he mostrado amable, pero ya verán. Ninguno de vosotros olvidará a Joachim Dorn. ¡Asesinar a Gustav! ¡Mi mejor colaborador! Es... increíble... es...

Trató de encender el cigarro, que se había apagado durante su perorata, pero no lo consiguió. El cigarro quedó convertido en papila y Dorn fue a buscar otro a un cajón de la mesa del jefe de la sección. Una señal casi imperceptible hecha con lápiz le permitía saber si alguien más tenía la desvergüenza de abrir dicho cajón.

Se colocó ante *Barcelona*, con las piernas bien separadas, y cortó la punta del cigarro con la habilidad de un experto. Empezó a fumar; el grueso habano era un verdadero consuelo.

—¿Quién le ha nombrado *feldwebel*? —preguntó, mirando a *Barcelona*.

No escuchó la respuesta de éste, en la que se aludía a cierto teniente coronel del 36.º Regimiento de tanques de Bamberg, un regimiento decente formado por bávaros y austriacos que no vociferaban como aquellos prusianos. Cosa a la que no conseguía acostumbrarse. A menudo añoraba el 36.º Regimiento de tanques.

—Parece usted un pedazo de carne mal cocido, apenas bueno para echar a los perros —gruñó Dorn.

—Sí, señor —dijo *Barcelona*, convencido de que toda protesta hubiese resultado suicida.

—¡Mi ayudante! —exclamó Porta, radiante—. He frotado con talco los cajones y resbalan fácilmente. ¿Froto también los del mayor?

—¡Usted! —rugió Dorn, con el rostro congestionado—. ¡Me está exasperando!

¡Tengo otras cosas de qué ocuparme, además de sus malditos cajones! ¡Algo muy *gekados*!

Cogió el cinturón que sostenía el estuche del revólver, se lo abrochó, se cubrió con la gorra de caballería no reglamentaria y corrió como un gato salvaje hasta la celda de guardia de *El Viejo*, en la que entró como una tromba.

—¿Es usted quien ha permitido que mataran a Jern Gustav? ¡Esto le costará la horca! —miró malévolamente a su alrededor—. ¿Dónde está ese cadáver?

El Viejo salió al pasillo y le mostró el muerto, que seguía en el sitio donde había caído.

—Buen trabajo —dijo Dorn con tono profesional—. Examinó las señales negras en el cuello del hombre asesinado—. Pero esta broma costará la cabeza a alguien.

Comprobó el fallecimiento e inició el interrogatorio. En su fuero interno sentía deseos de dar las gracias a Jern Gustav por proporcionarle la ocasión de destacar. Comprobó con mucho cuidado las declaraciones de cada uno y mostró la serenidad de un presidente del tribunal, pero la perdió ante el detalle de las ocupaciones de *Hermanito* durante el asesinato.

—¡*Obergefreiter* Creuzfeld! —gritó—. ¡Su sola presencia me produce náuseas! Su sitio está en el asilo y no en un Ejército decente. ¡Desaparezca! —Se volvió hacia *El Viejo*—. *Feldwebel* Beier, emplee a ese hombre en lo que sea. Que limpie los retretes hasta que reviente, pero quítelo de mi vista.

Dorn se dirigió luego hacia la celda de Lindenberg. Amenazó de muerte al condenado a muerte. Explicó lo que representaba ser azotado por la Gestapo. Afirmó que el caso llegaría precisamente a la Gestapo y que él, Dorn, se ocuparía de ello y a conciencia. Su sorpresa fue inmensa al oír que Lindenberg le aseguraba, con unas palabras muy bien escogidas, que la Gestapo como él podían irse a hacer gárgaras. Había estrangulado a Jern Gustav y estaba encantado de ello.

Dorn abría y cerraba la boca. Se había quedado mudo. Evidentemente, Lindenberg debía de estar loco. Ninguna persona normal confesaría haber matado a un superior. Aquello rebasaba toda lógica.

—¿No está bien, Lindenberg? —preguntó—. ¿Se ha dado algún golpe en la cabeza?

—Estoy muy bien, déjeme ya tranquilo.

Dorn ni siquiera conseguía ya insultarle. Se limitó a marcharse. Todo se había estropeado a causa de aquella confesión. Un verdadero asesinato no se terminaba nunca tan aprisa; ahora, ya no quedaba más que llenar unos estúpidos papeles para que Jern Gustav pudiese ser eliminado del escalafón. Y el *Hauptfeldwebel* Dorn regresó a toda prisa a su despacho.

—¡Pandilla de cerdos! —gruñó al tiempo que abría la puerta.

—¿Cómo dice? —preguntó una voz sorprendida.

Dorn se disponía a lanzar un berrido, pero lo contuvo al reconocer al hombre que estaba ante él. Se cuadró y ladró de la manera más marcial:

—¡*Heil Hitler*, mi comandante! ¿Ha dormido bien mi comandante esta noche?

El mayor, un antiguo agente de seguros de Innsbruck y residuo del ejército imperial, se creía aún en su compañía de seguros y consideraba al *Hauptfeldwebel* como una especie de compañero de oficina con quien estaba en plano de igualdad. Nunca se le ocurrió que, en su fuero interno, el *feldwebel* prusiano sintiese por tan amable y educado comandante el más profundo desprecio.

—Gracias, mi querido Dorn, he dormido muy bien —pió el comandante, acariciándose el bigote rubio que Dorn llamaba «pelma de crío»—. ¿Qué tiene que contarme hoy, mi querido Dorn?

El *Hauptfeldwebel* pensó para sus adentros: «Esto te dará motivos para reflexionar, viejo imbécil». Luego, trompeteó:

—Mi comandante, el *Stabsfeldwebel* Gustav Dürer ha sido estrangulado por un prisionero, el *feldwebel* Lindenberg. La muerte se ha producido hace poco rato. El cadáver está en el pasillo del bloque 6. —Prosiguió sin interrupción—: Las máquinas de escribir han sido limpiadas por orden del coronel. Los cajones de las mesas frotados con talco. En el escritorio de mi comandante hay dos expedientes de prisioneros. No ha habido ninguna liberación. Un asunto de inventario de cubiertos espera su firma. Las listas de inventarios de cubiertos están asimismo pendientes de firma. Aparte de esto, nada que señalar. La guarnición se compone de la compañía de guardia del 27.º Regimiento de tanques, ciento sesenta soldados, quince suboficiales, y un *Obergefreiter* enfermo pero que presta servicio; tiene diarrea.

Dorn volvió a chocar sus tacones y miró al comandante. Éste le observaba. Se secó la frente con un pañuelo blanco como la nieve, y sus botas crujieron como si se diesen cuenta también de los nubarrones que se amontonaban en el horizonte.

—Mi querido Dorn, será mejor que venga a mi despacho, esto hay que examinarlo con más calma. ¿El *Stabsfeldwebel* asesinado? Es horrible. Que cosas así puedan ocurrir en una prisión civilizada... Inimaginable. Pero debe usted de equivocarse, mi querido Dorn.

—No, mi comandante —gritó Dorn—. Ese c... —iba a decir «cerdo cornudo», pero pudo contenerse a tiempo—. Ese bandido de Lindenberg ha confesado que se había lanzado sobre el *Stabsfeldwebel* y que le había estrangulado.

El comandante meneó la cabeza:

—Pero, ¿por qué, mi querido Dorn? Era un hombre tan simpático, tan cortés y tan amable...

«¡Cretino!», pensó Dorn, acordándose de que no le había preguntado al homicida el móvil del crimen. Parpadeó dos veces, tuvo una idea y explicó al aturdido comandante, aislado en su silla:

—He de comunicar a mi comandante que el prisionero no podía soportar al *Stabsfeldwebel*.

—¡Espantoso! —repitió el comandante, volviendo a secarse la frente con el pañuelo que sacó de una manga.

Dorn se inclinó obsequiosamente sobre el escritorio y dispuso los documentos para la firma. El comandante los firmó sin leerlos. Tenía plena confianza en su subordinado, y por lo demás no se hubiese atrevido a hacer otra cosa. Privado de aquel individuo competente, se encontraba perdido en aquella selva prusiana. Hasta el timbre del teléfono le hacía sobresaltar de terror ante la idea de escuchar al comandante de la prisión, a aquel *Oberst* Vogel que ladraba las palabras como proyectiles, con frases siempre incomprensibles y que invariablemente eran insultantes.

Dorn alargó una carpeta rosa al comandante y la abrió servilmente. El comandante, agradecido, se inclinó y firmó. No prestó atención a lo que firmaba. No vio unas letras góticas negras sobre la carpeta rosa:

«Expediente del *feldwebel* Hermann Lindenberg 43.º Regimiento de Infantería».

Sólo faltaban ya dos fechas:

«Muerto el».

Entregado al horno crematorio el».

Mientras firmaba la orden de ejecución, el comandante pensaba en las preocupaciones que aquel asesinato le causaría. ¡Que aquello le hubiese tenido que suceder a él! Si no hubiese estado tan bien educado, habría lanzado un juramento.

Aliviado, Dorn recogió los documentos firmados. Evidentemente, no temía a las preguntas indiscretas, pero siempre era mejor evitarse complicaciones.

—¿Puedo preparar los documentos relativos al asesinato del *Stabsfeldwebel*?

—¡Muy bien, muy bien, mi querido Dorn! —suspiró el comandante, mientras cogía un cigarrillo del cajón de su escritorio.

Dorn alargó el cuello y comprobó rápidamente que nadie había tocado el cajón. El comandante le ofreció cortésmente un cigarro, y ambos tomaron una copita de coñac que sacaron del armario. Ninguno de los dos hombres mostró la menor sorpresa al ver que la mitad del contenido del frasco había desaparecido desde la víspera. El comandante pensó que Dorn había encontrado en la botella un consuelo para aquel horrible acontecimiento, mientras que éste opinaba a su vez: «Todos son iguales. Bebe a escondidas. En público, ni mujeres ni alcohol, pero así que están solos son unos verdaderos cerdos».

Ninguno pensó en Josef Porta, que había descubierto la botella durante sus orgías de talco.

Dorn regresó a su oficina y se dejó caer en un sillón, junto al escritorio. Se sentía completamente bien. Recibió de manos de su secretario, el suboficial Schmidt, el correo del día, lo examinó rápidamente y encontró una carta. Dejó el resto aparte. La carta contenía una nueva serie de fotografías pornográficas. Después de haber estudiado tan interesante colección, empezó su informe sobre la muerte del *Stabsfeldwebel*. La palabra «asesinato» fue inscrita bajo la rúbrica «causa de la muerte». La palabra lucía mucho el papel blanco. Debajo escribió: «Investigación realizada bajo la dirección del *Hauptfeldwebel* Dorn».

Chupó su estilográfica y prosiguió su informe, muy satisfecho de sí mismo. Aquel documento podía llegar hasta el SS *Reichführer* Heinrich Himmler, y se vio ya traspasado a la Gestapo. El día en que llegase de paisano, con la placa dorada en el bolsillo, ¡menudos ojos que abriría Inge María! Dorn sonreía sólo pensándolo.

Su agradable meditación fue interrumpida por dos guardianes que llegaron con un nuevo prisionero. Dorn lo recibió como de costumbre.

—¡Perro! ¡Mal alemán! Aquí no durarás mucho tiempo, créeme. Nos gusta eliminar rápidamente a la gente de tu especie. —Cogió la carpeta rosa de Lindenberg y la enseñó al aturdido prisionero—. Fíjate, aquí hay un tipo al que fusilaremos mañana. Hoy es martes; hazte a la idea de que no verás el domingo, porque el sábado nos encargaremos de ti. Enviaré tus papeles a toda velocidad.

Al mismo tiempo resonó imperiosamente el timbre del teléfono. Dorn contempló malévolamente el aparato.

—Otro bruto que me molesta. ¡Menuda le espera!

Descolgó el auricular y gritó una grosería, pero lo que resonó peligrosamente en sus oídos fue la voz del comandante de la prisión.

—Oiga, ¿qué ocurre en su sección? Corren extraños rumores.

La voz de Dorn se derrumbo y le dio su informe con palabras entrecortadas. Para terminar comunicó que había pasado el asunto a su jefe de sección, el comandante Divalordy.

—Como siempre, ha tenido mucha suerte —trono la voz del comandante.

Y la comunicación se cortó con un chasquido.

Así que hubo recobrado el aliento, el *Hauptfeldwebel* asió el teléfono y empezó a meterse con todo el personal de la prisión. La amenaza del frente del este hizo temblar hasta a las propias paredes.

—¡Gandules! ¡Sinvergüenzas! ¡Ya veréis lo que es bueno! —Marcó el número del puesto de guardia y disparó a ciegas, pero hizo blanco—: ¿Quiere tener la amabilidad de sacar los pies de encima de la mesa cuando habla conmigo, su *Hauptfeldwebel*?

El comandante de la guardia, suboficial Heidebricht, que efectivamente tenía los

dos pies apoyados en la mesa, hipó por la sorpresa.

—¡Sí, mi comandante! —ladró.

—¿Se da cuenta? —aulló Dorn, encantado de su buena suerte—. Un *Hauptfeldwebel* lo sabe todo, lo ve todo, lo oye todo. ¿Se cree que está en un burdel?

En el teléfono hubo un chasquido que dejó aterrado al comandante de la guardia. Se precipitó hacia la sala donde dormitaba la guardia.

—¿Quién se ha chivado? ¿Quién diablos se ha chivado? Dorn no puede ver a través de las paredes. Es imposible. ¡Ocho paredes! —Para mayor seguridad, apartó la botella de vodka que estaba en el armario; después controló las actividades de sus hombres, pero ninguno de ellos había podido ir al despacho de Dorn—. Entonces, es un diablo —se dijo Heidebricht, muy inquieto—. ¡Habrá que llevar cuidado!

Después de maldecir a todos sus subordinados, Dorn se encaminó hacia los pasillos, con una cartera llena de documentos sin importancia bajo el brazo. Era una coartada en caso de mala suerte, por si se encontraba con un superior, o peor aún con el coronel. Estaba de un humor homicida, y en aquel estado de ánimo tropezó con varios prisioneros que fregaban lánguidamente el suelo.

—¡Perros! —exclamó—. ¡Mi paciencia ha terminado! ¿Creéis que estáis en un asilo para viejos?

Un patadón en el cubo provocó una inundación; luego, Dorn prosiguió su camino y desde el otro extremo del pasillo vociferó:

—¡Escoria de la Humanidad! Asesinar, sabéis hacerlo, pero fregar el suelo, no. ¡Esperad a que estéis en un batallón de castigo!

Desapareció por la escalera, y allí se cruzó con el comandante Divalordy, cuya palidez destacaba en la penumbra del lugar.

Dorn saludó rígidamente. Un informe muy vago salió de su boca. El comandante contemplaba con aire abatido a su *Hauptfeldwebel*.

—Mi querido Dorn, vivimos una época terrible.

«¡Idiota!», pensó Dorn, mientras daba la razón al comandante.

—El coronel me ha convocado a las once y siete minutos —murmuró el comandante con voz de moribundo.

—Sí, señor comandante, lo sé por el ayudante.

—Es cierto, mi querido Dorn, es cierto...

«En los días como éste es un asco ser oficial», pensó Dorn. Golpeó con los tacones dos veces, saludó y se encaminó hacia el depósito de armas, donde reinaba el *Obertfeldwebel* Thomas, provisto de un poder ilimitado tras las puertas severamente aherrajadas. Thomas tenía como ayudante al pequeño legionario, quien a su vez había recabado la ayuda de *Hermanito*. El trío mataba el tiempo jugando a los naipes.

—Tengo ganas de mujer —confesaba Thomas a sus acólitos, mientras recogía

una basa.

En el mismo momento, un puño autoritario golpeó la puerta.

—¡Abrid, cretinos, soy yo!

Thomas miró al legionario, después a *Hermanito* y pensó: «Se ha fastidiado el día». Se levantó lentamente, cogió un fusil ametrallador y lo armó. Los naipes habían desaparecido. El legionario espació por el suelo varios cartuchos. *Hermanito* sacó dos revólveres; todo indicaba una actividad febril.

Thomas abrió la puerta y saludó amistosamente a Dorn. Éste entró, orondo y mayestático; sabía que no tenía ninguna autoridad en aquel sitio, pero nada costaba probarlo. Lanzó una mirada a su alrededor y gritó:

—¿A esto se le llama un depósito de armas? —Una caja vacía de cartuchos voló de una patada al otro extremo del recito—. Karl August Thomas, si yo fuera un mal sujeto y comunicara al comandante de la prisión lo que aquí ocurre... ¿Eh, qué te parece?

Esperó un instante, pero Thomas guardó silencio. Entonces sus ojos relampaguearon. Había vencido y Thomas resultaba ser una gallina mojada.

—¿Eh, Karl August? ¿Tienes ganas de ir a ver a Iván? Por suerte para ti no soy malo y no me gusta denunciar a los compañeros. —En aquel momento se fijó en la mirada del legionario y creyó leer en ella una ironía despectiva, pero sin duda se equivocaba—. Hagamos una partida de cartas —dijo campechanamente, apoderándose del mejor taburete del recinto.

Thomas no protestó. El buen humor de Dorn alcanzó su cenit. Cual correspondía al *Hauptfeldwebel* de la vieja escuela, tenía bien segura su autoridad. Con un ademán condescendiente, permitió a los otros que se sentaran. *Hermanito* se instaló sobre un montón de ropa que sacó de una estantería.

El legionario distribuyó los naipes y observó que Dorn escondía dos de ellos, pero la experiencia le había enseñado desde hacía mucho tiempo al soldado del desierto que nunca había que descubrir las trampas de un superior. Aquello formaba parte de la buena educación. Jugaron en silencio un buen rato. Dorn ganaba siempre; era el de mayor graduación. Luego, Thomas se hartó. Interrumpió el juego y comentó:

—¡Menudo jaleo ha armado este asunto de Jern Gustav!

Dorn tiró a su vez los naipes y estalló:

—Para mí es una canallada. ¡Que el diablo se lleve a ese bandido!

—¿Al *feldwebel* Lindenberg? —preguntó inocentemente Thomas.

—¡Desde luego que no! ¡A Jern Gustav, naturalmente! Que Dios proteja al capellán, si se le ocurre rezar una oración por ese bestia. Para un viejo suboficial, dejarse apiolar en una prisión militar es el colmo. —Thomas asintió con la cabeza—. ¡Esto no hubiese podido ocurrir tiempo atrás! —prosiguió Dorn—. Cierto es que Gustav era un borracho y un mal camarada que causaba preocupaciones a todo el

mundo.

—Un cerdo inmundo —corroboró Thomas.

Dorn, muy excitado, se volvió hacia el legionario.

—En aquella legión maldita donde estuvo tantos años, Karl, ¿ocurrían cosas así?

—Jamás —contestó el legionario—. Estas cosas sólo ocurren en las prisiones prusianas.

Los ojos de Dorn vacilaron y necesitó algún tiempo para reaccionar:

—¿Me insulta?

—En absoluto, mi *Hauptfeldwebel* —contestó el legionario, sonriente—. Esto sólo ha ocurrido una vez, y en Torgau, pero por mala suerte.

—¡Qué pandilla han puesto a mis órdenes! —gruñó Dorn. Escupió asqueado—. ¡Qué vergüenza, por Dios, que vergüenza!

—Alguna vez tenía que ser la primera vez —murmuró pensativamente *Hermanito*.

Dorn se volvió en redondo y congestionóse hasta el borde de la apoplejía.

—¿Otra vez usted, cretino? ¿No le he dicho que no podía soportar su presencia? ¡Desaparezca!

—Comunico a mi *Hauptfeldwebel* que estoy destinado aquí. —*Hermanito* se cuadró—. Pero estoy dispuesto a marcharme —añadió, inclinándose.

Dorn tragó saliva. Levantó un puño cerrado y rugió:

—¡Ya lo creo que se marchará, se lo juro! Hacia el Este y sin esperar mucho. ¡Thomas, haz que este bruto limpie las ametralladoras!

—Sí —dijo riendo Thomas, mientras se volvía hacia *Hermanito*—. Cuídate de limpiar las ametralladoras.

—¡A ver si revientas de una vez! —aulló Dorn.

Y salió majestuosamente, cerrando de golpe la puerta.

Hermanito corrió el cerrojo y se reunió con Thomas y el legionario, que volvían a instalarse a la mesa; le dio tres vueltas para traer la buena suerte y se sentó antes de repartir las cartas.

Un prisionero destinado en las cocinas les trajo la comida —dos raciones para *Hermanito*—, y permanecieron allí hasta las siete de la tarde, momento en que Dorn se marchaba de la oficina. Entonces se pusieron sus uniformes de paseo y llegaron al «Cerdo Mojado» en el preciso momento en que estallaba una pelea. *Hermanito* salió con la mandíbula desencajada, pero fue una hermosa pelea. Cada vez que daba un golpe, pensaba en Dorn.

Se llamaban Katz y Schröder y pertenecían a la Policía secreta del Ejército. Ambos estaban convencidos de su importancia. Todo el mundo se arrastraba ante ellos, cosa que les encantaba.

Dorn empezó levantando la voz, porque iban de paisano, pero cuando se dio cuenta de lo que tenía ante él, cambió de tono.

Los hombres de las tinieblas creyeron haber vencido. Por lo menos, lo pensaron al principio. Pero al abandonar la prisión rumbo a Berlín, Katz declaró:

—¡Cerdo de coronel! Y no es más que un artillero.

—Con un solo brazo —añadió Schröder.

—Y no levanta dos palmos del suelo.

—¡Y ni siquiera es de la SS!

—Feo asunto. Más valía marcharse.

—¿Y si hiciésemos un informe al SS Heinrich?

—No —dijo Schröder, mordiéndose los labios—. Tengo la impresión de que recibiríamos una sorpresa. No hemos visto nada, Katz.

—Tienes razón, Schröder, no hemos visto nada.

GESTAPO

Al día siguiente, de madrugada, el *feldwebel* Lindenberg fue conducido al lugar de la ejecución. Lindenberg andaba entre *Hermanito* y *Porta*; los tres parecían pasear tranquilamente.

Lindenberg llevaba el uniforme verde, pero la cabeza descubierta, según prescribía el reglamento. Y sin cinturón. De acuerdo con el reglamento. Los otros dos llevaban cascos de acero que brillaban malignamente y los fusiles en bandolera. En la cartuchera había seis balas. El cuero bruñido brillaba reglamentariamente. Caía una llovizna, y el estrecho lugar, desierto y gris, estaba sembrado de charcos de agua. Hacía frío.

El primer pelotón, mandado por el teniente Ohlsen y *El Viejo*, estaba ya en su sitio. Junto a la pared estaba un capitán de la guarnición con el capellán y el segundo médico. Al extremo, junto a la puerta pequeña, dos soldados de sanidad esperaban

sentados en una camilla.

Lindenberg lanzó una mirada nerviosa a su alrededor. ¿Le fallaría el valor en el último momento?

El *Hauptfeldwebel* se desperezó; apoyó los pies en la mesa y cogió alegremente la carpeta *gekados* que contenía la colección pornográfica. La mañana era su mejor momento, y nadie se hubiera atrevido a molestarle. Estaba absorto en la contemplación de las fotografías cuando el teléfono interrumpió tan agradable pasatiempo.

Era el *feldwebel* del almacén, que solicitaba instrucciones. ¿Adonde había que enviar los objetos personales de Lindenberg?

—Sólo cartas de una mujer y otras tonterías...

—Envíalas al tribunal para que se limpien el trasero —ordenó Dorn. Su voz se hizo amenazadora—. Y ya que te tengo a la escucha, Adams, métete esto bien en la cabeza: por la mañana tengo un trabajo enorme y no quiero que se me moleste bajo ningún pretexto. Si lo olvidas otra vez, vas a encontrarte en el batallón de castigo, rumbo hacia el Este. ¡Mierdoso!

Dorn escupió en el suelo, encendió un cigarro del comandante y volvió acomodarse.

Poco después tuvo lugar la segunda interrupción de la mañana. Se abrió la puerta del pasillo. Entraron dos hombres. Parecían gemelos en cuanto a su indumentaria, exceptuados los ojos, eran muy distintos. Ojos muy claros, penetrantes. En sus cabezas, sombreros de fieltro, grises, de alas caídas en toda su circunferencia, y no se descubrieron en seguida. Los dos llevaban abrigos de cuero gris, estrechos y abrochados hasta el cuello; en los pies, toscos zapatos oscuros que crujían.

—¿Qué desean los caballeros? —ladró Dorn, sin bajar los pies de la mesa.

—Es difícil de decir —contestó el que se llamaba Katz. Se volvió hacia su compañero y señaló a Dorn—. ¿Qué deseamos, Schröder?

—Tal vez charlar un momento con este individuo —dijo, riendo, el llamado Schröder.

—¿Tienes algo para beber, *Hauptfeldwebel*?

Dorn, aturdido, miraba los dos hombres. Algo le hacía sentirse inquieto, pero no quería capitular. Su conciencia no le reprochaba nada, aunque tuviese ante él a aquellos dos hombres. Y de eso se trataba. En seguida lo había percibido. Se levantó lentamente, se apoyó en la pared y entornó los ojos.

—Aquí sólo tenemos agua, pero en la cantina podrás encontrar cerveza.

—Almirante de agua dulce —dijo Schröder, sonriendo—. En todo caso, no más pies encima de la mesa. Este material pertenece al Führer.

—Pero, ¿qué les ocurre? —gritó Dorn, exasperado—. ¿Qué vienen a hacer aquí unos paisanos?

Los dos paisanos se sonrieron mutuamente.

—¿Verdad que es gracioso, Katz?

Dorn no pudo contenerse más. Se irguió, cambió de color, tragó saliva y blasfemó. ¡Por Satanás y por el diablo! Vociferó, amenazó con el piquete, con la prisión, con el batallón de castigo y con todas las plagas del país. Por fin se detuvo para respirar y descubrió que no había causado la menor impresión en aquellos dos hombres de paisano, que reían alegremente mientras contemplaban con atención su arrebato de rabia.

—Fumas unos hermosos cigarros —dijo Schröder, señalando uno de los habanos del comandante que Dorn sostenía entre los dedos—. ¡Saca uno a toda prisa, amigo!

—¡Vaya! —gritó Dorn—. ¡Esto ya es el colmo!

Apretó el botón de alarma para llamar a la guardia.

—El muy bruto llama a la guardia del rey —dijo Katz, riendo—. Y total porque queremos un cigarro. Atiende, gordinflón: necesitamos una mesa, una máquina de escribir, tres sillas, dos bombillas de quinientos vatios. Necesitamos también tres tíos fuertes, pero idiotas, que no entiendan nada. Y luego necesitaremos a un tipo duro, muy duro, que estrangula a la gente en la prisión.

Dorn no daba crédito a lo que oía:

—¿Qué dicen que necesitan? —tartamudeó.

—Completamente idiota —gruñó Schröder—. Ya me lo había parecido a mí.

Fueron interrumpidos por la guardia, que entró al mando de un suboficial.

—Aquí tienes a tu guardia —dijo Katz, sin volverse—. ¿Qué piensas hacer?

—¡A ver de lo que eres capaz, amigo! —añadió irónicamente Schröder.

Dorn tragó saliva una o dos veces, después entornó los ojos y vociferó:

—¡Largaos, hatajo de brutos! ¡Fuera de aquí o tendréis que habéros las conmigo!

El suboficial inició una leve protesta, en la que se incluía la palabra «alarma».

—¡Cretinos! —gritó Dorn, aludiendo inmediatamente al batallón de castigo.

La guardia desapareció, convencida de que el *Hauptfelwebel* Dorn se había vuelto loco.

—Bien —dijo Katz—. Ahora pondremos manos a la obra.

—Pero, ¿dónde creen que están? —mugió Dorn, adelantando su cabeza de toro.

Katz no contestó. Se había sacado del bolsillo un fajo de documentos y los esparció sobre la mesa.

—Sabemos muy bien dónde estamos, ¿no es cierto, Schröder? ¿Qué hacemos con éste?

—Nada tenéis que hacer conmigo —empezó a decir Dorn, quien no estaba seguro de ello.

Empezaba a tener miedo, a temer incluso lo peor. Sus frases se hicieron inconexas.

—Tal vez te llevemos con nosotros y te dejemos las nalgas tan relucientes que se puedan freír huevos encima. ¿De dónde crees que venimos?

—Es demasiado estúpido para adivinarlo. Confiesa que eres un cretino.

—Si no se largan —gruñó Dorn, desconcertado—, llamaré al comandante; ya veremos la cara que ponen ustedes.

Los dos hombres se echaron a reír.

—¡Si supieras el miedo que nos da tu comandante! No tiene ningún deseo de conocernos, pues su trasero quedaría tan reluciente como el tuyo.

Katz dio la vuelta a la mesa y se sentó en la butaca de Dorn.

—Necesitamos este sillón, ¿*paniemaio*? Esta bola de sebo se regodea en un sillón oficial sin tener ningún derecho.

—Ya sabemos que es un cretino —dijo Schröder, escupiendo en el suelo.

Aquellos modales enfurecieron a Dorn, pero se guardó de protestar. Acababa de fijarse en que los abrigos de cuero de los visitantes se hinchaban bajo el brazo izquierdo. Pistolas sobaqueras, pensó. Dos individuos peligrosos. Empezaba a adivinar la identidad de sus huéspedes.

—¿Son ustedes de la «Stapo»? —preguntó con voz repentinamente humilde.

Los hombres se echaron a reír como si la pregunta tuviera una gracia insospechada. Katz lanzó un resoplido.

—¡Eres listo! Por Dachau que eres listo. Tendrás una vida larga y hermosa, si permaneces con vida, naturalmente. Ahora, tendríamos que ver juntos varias cosillas.

—¿Son de la Gestapo? —repitió Dorn.

—Lo has adivinado —dijo Schröder—. Katz y yo pertenecemos al R.S.H.A. 4-2A y querríamos hablar un rato contigo. Eres un hombre famoso que ha puesto de actualidad el mayor problema criminal de la hora presente, la oleada de asesinatos en la prisión militar de Torgau.

Y escupió de nuevo en el suelo.

Dorn le miró con reproche y pensó: «No es un hombre bien educado. ¡En mi despacho! ¡Qué horror!».

Katz levantó un dedo:

—Llama a tu loco para que podamos hablar tranquilamente de la manera como aquí se estrangula a la gente.

—¿Quieren hablar con el asesino? —murmuró Dorn, muy inquieto, mientras manoseaba un lápiz.

—Exactamente —contestó Katz—. Aunque tu compañía nos divierte mucho, no es sólo por ti por quien hemos hecho un viaje tan largo.

El *Hauptfeldwebel* se secó la frente con una manga y sintió que sus intestinos manifestaban también su propia inquietud. «Va a haber jaleo», pensó.

—Es imposible —articuló dificultosamente.

—¿Qué es imposible?

—No podrán ver al criminal. Ha sido fusilado esta mañana. —Dorn hizo un ademán—. Fusilado y enterrado. Está todo listo.

Schröder se levantó lentamente de la silla en que se había dejado caer.

—Muchacho, en estas cuestiones no me gustan las bromas. Nos dices que has hecho fusilar al asesino, y por lo tanto has saboteado nuestra investigación relativa a un crimen contra el estado, y al mismo tiempo infringido el párrafo 1019 del Código penal. ¿Sabes lo que esto quiere decir? Que nos veremos obligados a colgarte de un gancho de la carnicería de Plotenzee.

La frente de Dorn estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—Yo no he dado ninguna orden. Esto es algo que no me concierne. Me limito a preparar los documentos.

—Exactamente. Preparas los documentos. —Cogió un botón de la guerrera de Dorn y le dio vueltas entre los dedos—. Serás colgado de ese gancho si no puedes facilitarnos al criminal. Espabílate.

—Has debido firmar por lo menos en veinte sitios distintos, ¿verdad, Sherlock Holmes? Menuda cantidad de tonterías. Has escrito, has declarado, has descubierto, has obtenido confesiones, pero ahora vas a encontrarnos a toda velocidad el cerdo que ha estrangulado al guardián de la prisión. Hemos de llevarnos a un asesino. No importa cuál, métete esto en la sesera.

Dorn abría y cerraba la boca. Su cerebro rehusaba funcionar. «¡Estoy perdido! —pensaba—. Batallón de castigo, dirección Este. Que el diablo se lleve a ese maldito Jern Gustav, un inútil que sólo causaba preocupaciones, vivo o muerto». Sin embargo, cambió de color al acordarse de que él mismo había solicitado el traslado de Jern Gustav a su compañía. ¡Bonita idea! ¡Era el batallón de castigo adonde había que enviar a Jern Gustav! Pero ahora todo había terminado; ya verían como se portaba un verdadero *Hauptfeldwebel*. Basta de familiaridades y de condescendencias con los subordinados. E incluso con los superiores. No volverían a atraparlo. Se mostraría duro, duro como el acero de Krupp. Dorn meneaba la cabeza sin darse cuenta: su resolución era firme.

Schröder se acercó como una fiera a su presa y señaló al suboficial con un dedo no demasiado limpio.

—¡Ahora será mejor que te des prisa! No podemos esperar más. Hemos venido para limpiar esta pocilga. En cuanto a ti, tu cuenta está saldada. Hay un calabozo dispuesto para tu asqueroso comandante, y tu ridículo jefe de sección tiene otro que le espera.

Katz rió sonoramente y Schröder le imitó, pero Dorn se había quedado boquiabierto. Repentinamente, los dos hombres cesaron de reír y se transformaron en dos pedazos de hielo.

—Siéntate ahí —ordenó Katz, señalando un taburete que había en medio del despacho. ¡Un taburete de soldado raso! Dorn no se había sentado allí desde hacía dieciocho años—. Estás detenido —dijo el policía con tono seco.

Dorn sintió que se le paraba el corazón. Se veía prisionero en Glatz, lavando el suelo y realizando tareas humillantes para las que se utilizaban los detenidos más insignificantes. Se le ocurrió un pensamiento atroz que le hizo estremecer. ¿No le encerrarían en Torgau? ¿Entre los prisioneros que le conocían como *Hauptfeldwebel*? Se estremeció de nuevo.

—¿Nombre, edad, religión? —preguntó Katz, empezando a escribir a máquina un informe, su trabajo predilecto.

Fue un informe extenso, con cinco importantes apartados: sabotaje, conducta ilícita, acción policíaca ilegal, negligencia en el deber, falsificación de documentos.

Dorn firmó todo y añadió *Hauptfeldwebel*, una vieja costumbre.

—¡Ya no eres *Hauptfeldwebel*! —gritó Katz—. Estás detenido. Ya no cuentas, ¿entendido?

En aquel momento patético entró un oficial minúsculo. Pero todo impresionaba en aquel hombrecillo. Era coronel e iba vestido con el uniforme gris claro de la Artillería de asalto, con las dos calaveras de plata destacando en las negras solapas. Del ancho cinturón colgaba un grueso revólver negro P-38, dentro de una pistolera de color marrón claro hecha con oloroso cuero negro. El revólver parecía un cañón al lado del hombrecillo. La manga izquierda estaba vacía. Del cuello le colgaba la cruz de caballero. La nariz era inmensa; sobresalía como el mascarón de proa de una fragata, rebasando la sombra producida por la visera de la gorra gris perla.

El hombrecillo se detuvo en medio del despacho y esperó. Dorn se levantó de un salto.

—¡Firmes! —gritó—. Mi coronel... El *Haupt*... —Rectificó inmediatamente—. El detenido Joachim Dorn comunica su presencia junto con dos policías.

El rostro del coronel ni siquiera se estremeció. Parecía una estatua helada bajo el viento de una mañana invernal. Los dos miembros de la Gestapo se habían levantado igualmente. Por un momento, en la oficina reinó un silencio de muerte. El coronel dominaba la situación con su sola presencia.

Dorn se puso a temblar. Siempre le dolía el vientre en presencia del coronel. Fue éste quien rompió el silencio.

—Estos señores pertenecen a la Policía secreta —constató.

—Sí, mi coronel —ladró Katz. Las palabras «Policía secreta» no le habían agradado—. Soy el SS *Stabscharführer* Katz con el SS *Oberscharführer* Schröder en calidad de ayudante. Enviado para emitir un informe sobre el asesinato que ha tenido lugar en la segunda sección de la prisión militar de Torgau, cometido por un *feldwebel* prisionero en la persona de un *Stabsfeldwebel*.

—Confío en que hayan podido realizar su trabajo, señores —dijo el coronel, en un tono suavemente amenazador—. Puesto que les encuentro en la secretaría de la segunda sección, ¿es Dorn cómplice del asesinato?

—No, mi coronel —contestó Katz.

El coronel enarcó una ceja. Las aletas de su nariz vibraron como las de un perro que encuentra la pista.

—Entonces, no lo entiendo. ¿Puedo preguntar lo que hacen estos señores en la secretaría de la segunda sección? —Sacó del bolsillo un reloj de oro y consultó, comparándolo con el que había en la pared del despacho—. Estos señores han pasado por el puesto de guardia central a las 9,37. Ahora son las 17,14. Hace siete horas y treinta y siete minutos que estos señores están en los locales de la prisión y hasta este momento no he tenido el placer de verlos. Ahora bien, he sido yo quien les ha hecho venir, y no la segunda sección. Deseaba que unas personas ajenas a la prisión efectuaran una investigación. ¿Tal vez han ido a presentarse a la Kommandantur? ¿Y, cosa inverosímil, yo lo he olvidado?

Por tercera vez aquel día la puerta se abrió sin que nadie hubiese llamado. Era el comandante Divalordy.

—¡Buenos días! —dijo, alegremente.

Pero se detuvo en seco, como fulminado por un rayo. Su rostro sufrió contracciones nerviosas, su boca se abrió y se cerró varias veces; después, decidió presentarse y tartamudeó:

—No hay novedad.

Y osó interesarse por la salud del coronel, «como lo hubiese hecho en Viena». Y rió de dientes afuera.

El coronel sonrió con expresión triunfal:

—No tienen demasiada imaginación en Viena, comandante. Ya que para usted no ha ocurrido nada especial, puedo decirle que han sucedido cosas catastróficas y llenas de consecuencias... desagradables —articuló lentamente el coronel, mientras daba golpecitos en el escritorio de Dorn con el mango de su fusta.

—En efecto, es muy desagradable, mi coronel —creyó bueno añadir el comandante.

—No para mí —replicó severamente el hombrecillo—. Pero sí para usted.

El comandante tragó saliva. Tenía calor. El coronel se colocó un monóculo en el ojo. Sin una palabra, cogió los papeles que Katz tenía en la mano y los leyó en medio de un silencio de muerte.

—¡Fruslerías! —dijo al tiempo que echaba los papeles en la mesa. Miró a Katz y después a Schröder con mayor detenimiento—. Ustedes, señores, han ignorado totalmente mis órdenes, que eran de que se presentaran en la Kommandantur, ante mí. Han encontrado más divertido pasearse por la secretaría de la segunda sección y jugar

a tribunales con uno de mis *Hauptfeldwebel*.

Calló un instante. Los dos hombres de la Gestapo, cuadrados y rigurosamente inmóviles, tenían la mirada fija en una fotografía de Hitler, para sacar de ella nuevas fuerzas.

—Considero su silencio como una confesión. Dentro de cinco minutos estarán ustedes en el despacho de mi ayudante, que ha aclarado el asunto y desea la firma de ustedes. En Berlín se les espera esta misma noche. Mañana por la mañana saldrán en un batallón de castigo con destino al frente del Este, en una sección de Policía de campaña. —Con un ademán barrió a los dos héroes de Hitler—. Buen viaje, señores.

Con gran ruido de zapatos claveteados, los dos esbirros salieron del despacho. En el pasillo, lanzaron un suspiro. Katz dijo a Schröder:

—¡Uf! Larguémonos. Este tipo está muy bien relacionado. Odio a los coroneles.

Diez minutos más tarde, salían de Torgau a toda velocidad, maldiciendo a Jern Gustav.

El pequeño coronel se volvió hacia Dorn.

—Hace mucho tiempo que es usted *Hauptfeldwebel*. Ciertos acontecimientos recientes me han demostrado que el servicio le parece pesado, pero es usted un soldado muy valeroso, Dorn, que arde en deseos de enfrentarse personalmente con los enemigos de la patria y del Führer. ¿De acuerdo?

—Sí, mi coronel —balbuceó Dorn, cuyo rostro iba adquiriendo el color de un ladrillo cocido.

—Estaba seguro —prosiguió suavemente el coronel—. Su documentación está en regla en la oficina del ayudante. Incluso creo que ha sido enviada ya al comandante del batallón de castigo. Dentro de una hora, preséntese a él. Adiós y buen viaje.

Dorn desapareció. En la puerta, hizo chocar los tacones dos veces y huyó como si tuviese fiebre. El universo se había derrumbado. Estaba listo, listo. Era el agradecimiento por todo lo que había hecho. Echado al estercolero como la basura. ¡Luchar por el Führer y la patria! ¡Al diablo! ¡Y abandonar aquella prisión..., «su» prisión! Aquel coronel era Satanás en persona.

Así que Dorn hubo cerrado la puerta, el pequeño coronel se volvió hacia el comandante.

—¡Qué lodazal, comandante! ¿Quién ha tenido la idea peregrina de destinarle aquí?

El comandante emitió un hipo.

—Se ha dejado usted guiar, usted y la sección por un *feldwebel*. No tolero estas cosas. Se es oficial, o se es una nulidad. ¿Qué es usted, por favor?

—¡Oficial, mi coronel!

El comandante trató de gritar, pero la cosa no pasó de intento.

—¿Cree usted? Ya veremos. El asunto me interesa personalmente, y por eso le he

encontrado otro puesto. El regimiento de zapadores necesita un jefe para su batallón de castigo y usted es zapador, comandante. Por lo menos, esto indica su informe. El coronel de zapadores me ha dicho que estaría encantado de confiarle ese puesto. Como me baso en el supuesto de que es usted un oficial y no eso de que hablábamos antes, le encantará combatir por la patria e incluso si es necesario entregarle la vida.

Sonriendo, sacó del bolsillo una solicitud de traslado y la colocó ante el pálido comandante.

—Para evitar perder el tiempo, he hecho que en la oficina preparen una solicitud de traslado a un batallón de castigo de un Regimiento de zapadores. No tiene más que firmar; a usted también le deseo buen viaje.

Se llevo la fusta a la visera de la gorra, a manera de saludo, y se marchó, dejando aniquilado al comandante. La manga vacía del coronel parecía darle un adiós burlón.

«¡Esto es lo que se arriesga! —se dijo el comandante—. ¡Espantoso! ¿Qué dirán las damas de Viena de un Don Juan manco?».

Se dejó caer pesadamente en el taburete situado en medio de la oficina. ¡Espantoso! Durante un segundo tuvo la idea de suicidarse, pero de nada habría de servirle. Tal vez consiguiese un puesto importante lejos del frente y, quién sabe, incluso una hermosa condecoración. Le sentaría muy bien a su regreso a Viena.

Lleno de optimismo, el comandante se apresuró a llenar sus maletas y, entre otras cosas, guardó veinticinco camisas blancas.

Las trincheras constituyeron para él una desagradable sorpresa. Murió de disentería en Tobolsk, en 1948, en un campo de prisioneros. Le encontraron tendido ante el barracón número 9.

Todas las sentencias de los tribunales militares deben llevar la firma del jefe de verificaciones Jurídicas del Ejército.

Ese jefe, el general de Infantería Von Grabach, casi nunca leía lo que firmaba. Para él era lo mismo poner su firma al pie de una nota de entrega de salchichones que de una condena de muerte.

Le gustaba llevar botas relucientes, lo mismo que a su amigo, el general de Intendencia, quien también conocía su poder. Los suministros tenían a menudo mayor importancia que las armas. Unas cajas de coñac francés conseguían a veces que se abriesen pesadas puertas carcelarias.

El Oberleutnant Brücker sonreía y contemplaba con interés al general de Intendencia, un tanto acoquinado.

—Las relaciones son algo muy importante —constaba el general, mientras hacía tintinear sus espuelas.

El Oberleutnant pareció no entenderlo. El general tuvo que poner sus cartas boca arriba. Brücker se reía interiormente.

«!Ya te has metido en la trampa!», pensó, mientras permanecía en posición de firmes.

E hizo chocar por tres veces los tacones.

El general pareció tranquilizarse. Brücker era un oficial leal, un prusiano de buena escuela. El general no sabía aún que estaba sentado en un volcán.

EL GENERAL DE INFANTERÍA VON GRABACH

El general de Infantería Von Grabach, jefe de las Verificaciones Jurídicas de los cuatro Cuerpos de Ejército, paseaba de un lado para otro en el suntuoso despacho, desde el que se divisaba un paisaje encantador del Landwehr Kanal. Estaba de un humor excelente, porque su amante le había prometido que aquella tarde saldría con él, y el general se regocijaba ante la idea de lo que seguiría a aquella salida.

Veía ya a la señora Von Zirlitz. Sonrió y consultó con impaciencia su reloj de pulsera de oro. Un regalo del Consejo municipal de Bucarest, que había mandado

durante cuatro meses maravillosos. ¡Qué mujeres! ¡Válgame Dios, y qué fiestas! ¡Siempre terminaban en orgía!

Aquí, en Berlín, era muy distinto; había que correr tras de cada mujer, pero lo peor de todo era la horda de individuos del partido, todos aquellos SS que iban siempre pisándote los talones. Una chusma de aquella categoría no tenía sitio en un ejército compuesto por caballeros de la mejor sociedad. El general Von Grabach hizo una mueca. Se acercó al ventanal y dejó resbalar su mirada sobre las aguas perezosas del Landwehr Kanal, donde un remolcador asmático arrastraba varias gabarras panzudas. Sobre todo, no había que olvidar el envío a su amigo, el general de división, de unas palabras relativas al marido de Ebba. ¡Menuda se armaría si el capitán Von Zirlitz regresaba inesperadamente! ¡Qué escándalo provocaría aquel nazi entre sus amistades de la Prinz Albrecht Strasse! El general se vio ya degradado y enviado a un batallón disciplinario. La comprensión era una virtud desconocida en el Tercer Reich.

Su oficial de Estado Mayor entró y dejó varios papeles sobre el escritorio de madera labrada. Papeles metidos en unas carpetas de color rosa. Documentos del consejo de guerra. Dos de las carpetas estaban cruzadas por unas gruesas líneas rojas: asuntos de pena de muerte.

—Mi general —dijo el oficial, con voz nasal—, hay dos peticiones de gracias procedentes de Torgau. Un teniente de Artillería, por un caso de asesinato, y un *feldwebel*, por deserción.

—Gracias, Walter, déjelas en la mesa; las examinaré en cuanto tenga tiempo. Siempre nos están dando la lata con esos recursos de gracia, como si no supieran que no indultamos a nadie. Y sobre todo aquí en el cuarto ejército, donde tenemos fama de ser especialmente severos. No ha de haber piedad para los infractores. El castigo más severo en el consejo de guerra, y confirmación si se recurre. Así hay que actuar: con disciplina de hierro. —Sonriendo, el general alargó a su subordinado una pitillera de oro—. Tome Walter, verdaderos cigarrillos americanos enviados por la Cruz Roja. —Rió alegremente—. En Washington tendrían que saber que nos los estamos fumando nosotros. Sin ser adivino, aseguraría que no les haría ninguna gracia.

—Gracias, mi general —ronroneó el oficial de Estado mayor.

Se situaron junto a la ventana y contemplaron a una compañía de reclutas de Caballería que pasaba cantando.

—Apuestos muchachos —murmuró el general—. Es la verdadera juventud alemana. Con un material así, llegaremos lejos.

—Sí, mi general. Precisamente ayer asistí a unos ejercicios. ¡Qué entusiasmo! Puedo asegurarle que están todos dispuestos a morir por el Führer. Maravillosa idea esa de las *Hitler Jugend*, como preludio de la formación militar.

El general sonrió, satisfecho.

—Ayer precisamente, mi general.

Von Grabach relinchó de satisfacción.

—¿Vio algo interesante, usted que es un experto?

Guiñó un ojo y le hizo una mueca.

El oficial hizo chocar los tacones.

—Varias damas, y algunas extraordinariamente complacientes...

E hizo un ademán fatuo.

El general resopló:

—¿Mujeres casadas? ¿No conocerá por casualidad a una pura sangre llamada Ebba von Zirlitz? —preguntó con expresión indiferente.

Sin embargo, en su voz había algo que el oficial notó en el acto. Fingió que reflexionaba.

—¿Ebba von Zirlitz? —repitió—. Nunca he oído hablar de ella. ¿Va a casa de los cíngaros?

—No creo —contestó brevemente el general—. Sólo quería saber si la conocía usted. —Rióse y añadió, en tono confidencial—: Un amigo mío está chiflado por ella, ¿comprende?

La risa fue compartida, pero de manera discreta. El oficial miraba de reojo a su jefe. ¿Le tomaba por imbécil? Dos meses antes, él en persona y la dama tomaron parte de una fiesta al estilo romano, y ella habían pasado por los brazos de una docena de hombres.

Con un ademán, el general despidió a su subordinado. Cogió el primer documento que encontró en su mesa, lo ojeó sin leerlo, lo dejó con indiferencia, cogió el teléfono y marcó un número. Contestó una voz femenina.

—Ebba, cariño, soy yo. Estoy pensando ya en la velada que nos espera.

Un beso viajó por el alambre telefónico.

La dama rió alegremente:

—¡Acuérdate de que me has prometido unas pieles!

—Lo recuerdo, las tendrás.

Durante tres días, los dos recursos de indulto permanecieron en la mesa del general sin que nadie los tocara. Mucha gente, y no sólo en Torgau, esperaba con el corazón en vilo el resultado de su última esperanza. Aquellas peticiones de indulto, ¿cuántas visitas, cuántos viajes habían costado? Se había llorado, sobornado, suplicado; la esperanza había nacido lentamente hasta convertirse en certidumbre. Una hermana del teniente de Artillería se había convertido en amante de un miembro del consejo de guerra para obtener una recomendación. Una preciosa alfombra oriental y unas joyas cambiaron de mano en un despacho oficial. La mujer del *feldwebel* de Infantería había iniciado un trabajo suplementario en una fábrica de municiones a fin de ganar el dinero necesario para un viaje desde Hamburgo hasta

Munich, único lugar donde podría obtener los certificados necesarios para la petición de indulto.

Y ahora, en dos celdas de la prisión de Torgau, y en dos lugares de Hamburgo, esperaban con el corazón oprimido. Se sabía que los documentos estaban en la mesa de un hombre que podía matar o indultar según su capricho. Toda pena de muerte podía ser conmutada, cosa de únicamente correspondía hacer al general.

Pero, por el momento, el general no podía dedicar a aquellas cuestiones ni un solo minuto. Un letrero blanco con letras rojas estaba colgado en su puerta:

«Ocupado en cuestiones de servicio. No molestar».

Walter le veía unos pocos minutos cada día, cuando pasaba corriendo ante su despacho.

—¡El servicio, Walter, el servicio! —decía, riendo, el general.

El ayudante comprendía: Ebba von Zirlitz. El teniente general Schroll, jefe de la Intendencia, había suministrado una cibelina confiscada con motivo de un registro de la SS. Como tantas otras, aquella piel debía ser entregada al Ejército para abrigar a los soldados del frente del Este durante el invierno. Las piezas más hermosas eran inmediatamente apartadas por los altos jefes para sus mujeres o sus amantes; la segunda selección correspondía a las tropas de ocupación en Polonia, y ni una sola piel llegaba a los ocupantes de las trincheras.

El general de Intendencia trataba sobre todo de ser bien considerado por el jefe de los asuntos judiciales.

—Hay que tener relaciones —decía siempre, riendo como una vieja.

—Su trabajo debe ser muy interesante, ¿verdad, querido colega?

—Sí, siempre hay algo de interés —contestaba Von Grabach, limpiándose los dientes con un palillo de plata.

Estaba cómodamente sentado en un butacón de cuero del despacho del general de Intendencia. El despacho más elegante de Berlín. Aquí no se escatimaba nada. Bebían coñac en copas de cristal tallado. Los ceniceros eran antiguos Meisen.

—Muy justo —ronroneaba el general de Intendencia, después de beber un buen trago de coñac, el coñac requisado en Francia para los hospitales—. Se lo digo como lo pienso. Ayer envié a un ladrón de *feldwebel* a Spandau. —Se frotó la puntiaguda barbilla—. ¡No hay que tener piedad! Espero que el consejo de guerra dé un buen ejemplo para los aficionados a esas sustracciones. Una pena de muerte sería excelente.

—Puedo prometerle, mi querido Schroll, que el individuo lo bastante repugnante para robar a nuestros héroes será ahorcado. Cuidaré de ello. Hace unos días, uno de mis colaboradores regresó de permiso con tres días de retraso. Inadmisible. El servicio es el servicio y está por encima de todo. El servicio es mi vida. También con él haré un escarmiento, para demostrar que nuestra nación no necesita esa clase de

parásitos. Lo he hecho detener inmediatamente por la gendarmería militar. Sospecha de desertión, y según el párrafo 1133, apartado 9.º, puede solicitarse la pena de muerte. ¿Adónde iríamos a parar si dejáramos que prosperasen esas iniciativas? ¡Veríamos desaparecer batallones enteros!

—Tiene mil veces razón. En mi opinión, el Código militar es demasiado indulgente. ¡Cuantísimas veces se ve una pena de muerte conmutada por una vida de holgazanería en un batallón disciplinario!

—En mi servicio, los indultos son escasísimos —afirmó Von Grabach—. En este momento, por ejemplo, tenemos un asunto de desobediencia; un joven capitán de Infantería, de buena familia, con excelentes amistades, nos ha colocado en una situación incómoda. El caso será juzgado dentro de tres semanas. Pues bien, he hecho imprimir ya los anexos rojos que serán fijados en los tableros de servicio.

—¿Antes de que sea vista la causa? —inquirió, sorprendido, el general de Intendencia.

—A menudo lo hacemos. El consejo de guerra juzga en el sentido deseado, y este novato será fusilado pese a sus grandes amistades políticas. Nadie, absolutamente nadie, métase esto en la cabeza, general Schroll, puede influir en mí. Únicamente, tal vez, el Führer y Heinrich Himmler, pero ellos no son partidarios de la reducción de las penas, puede creerme. Estoy orgulloso de esta condecoración. —Mostró la cruz que colgaba de su cuello—. Me la han dado porque mis servicios condenan casi siempre a muerte. El *Felmarschall* me ha dicho: «La guerra exige dureza, y hay que recompensar la dureza». Cualquiera imbécil puede ser enviado al frente, pero cíteme alguien que, de buenas a primeras, pueda ocupar mi puesto. Para empezar, es necesaria una formación cultural, y después mucha psicología, experiencia de toda una vida.

—Perfectamente justo. Nuestro trabajo dista de ser fácil. Por el momento, yo estoy de descanso. El médico me ha recetado seis semanas de reposo en Baden-Baden. ¿Tiene alguna buena dirección de por allí?

Von Grabach rió intencionadamente y siguió con la vista el humo de su cigarro:

—¡Qué cigarros tiene usted, mi querido Schroll! No me disgustaría tener varias cajas.

—Mañana recibiré cinco —contestó Schroll.

—¡Maravilloso! Le enviaré a mi criada rusa con una lista de direcciones interesantes.

El general Schroll se inclinó confidencialmente hacia su visitante.

—¿Ha oído decir algo de las terribles noticias que circulan en Berlín? Se dice que el ejército del Cáucaso está en desbandada. Si es cierto, la victoria parece bastante comprometida.

El general Von Grabach se irguió repentinamente.

—¡No puedo dar crédito a lo que oigo! ¿Es que duda de la victoria?

—¡Jamás! —gritó el otro—. Tal pensamiento no podría ocurrírseme ni siquiera en sueños. Precisamente, en el despacho tenemos un *Oberfeldwebel* que ha pronunciado unas palabras derrotistas. Voy a desembarazarme de él. El hombre niega, naturalmente, porque es un cobarde como todos los de su ralea. Pero yo pierdo la serenidad cuando escucho palabras derrotistas.

El general Von Grabach exhaló una gran bocanada de humo y contempló con atención el extremo de su cigarro.

—Ese hombre de que habla, sin duda estará en buenas manos, ¿no?

Schroll se puso colorado. Murmuró unas palabras incomprensibles y después hizo lo primero que se le ocurrió. Es decir, cogió el teléfono con sonrisa cansada.

—Discúlpeme, mi querido colega, acabo de acordarme de un asunto muy importante. —Pidió comunicación con la oficina de suministros especiales y sostuvo una breve conservación con el jefe de la misma—: Querido *Oberstintendant* Schmidt, tenga la amabilidad de enviarme ocho cajas de cigarros largos y un cesto con seis botellas de champaña. Esas de etiqueta dorada que acabamos de recibir. Gracias, gracias, amigo mío. Lo de su permiso está arreglado.

Rió suavemente, colgó el aparato y dio una palmada en la espalda de su colega:

—Los cigarros ya están en camino. Acabo de pensar en una remesa de champaña que acabamos de recibir de Francia. De su marca favorita.

Se estrecharon amistosamente la mano. Ya en la puerta, Von Grabach volvió la cabeza.

—Envíeme un informe sobre ese cerdo derrotista. Le liquidaremos en una quincena. El Cuartel General nos ha remitido precisamente instrucciones muy severas relativas a los propaladores de malas noticias.

El general de Intendencia estaba congestionado. Empezó a andar de un lado a otro de su despacho, haciendo tintinear sus espuelas.

«¡Cerdo, cerdo repugnante! —pensó—. Quieres mi piel...».

Cogió un cigarro, lo rompió, lo tiró, cogió otro. Se sirvió una gran dosis de coñac, se la bebió, se sirvió otra. ¿Cómo salir de aquel lío? ¿A quién podía sacrificar? A ver, últimamente, en el curso de una fiesta... Schroll se irguió: acababa de ocurrírsele una idea. Su ayudante, un *Stabsintendant* que antes de la guerra era contable en un Banco provincial fue convocado en el acto.

—Brandt —dijo el general—, ¿se acuerda usted de ese *Obertfeldwebel* que siempre habla de las retiradas estratégicas?

El ayudante reflexionó un momento; después, su pálido rostro de oficinista se iluminó:

—Sí, mi general, le recuerdo.

—Hay que arrestarle inmediatamente —ordenó el general.

El ayudante se quedó boquiabierto.

—¿Arrestarle? ¿Por qué?

—¡Por derrotista! —gritó el general, encolerizándose—. ¿En qué está pensando? Esa clase de individuos no pueden estar en libertad.

El ayudante trató de protestar:

—Pero, mi general, si todos estábamos de acuerdo. Las retiradas estratégicas tal vez fuesen excesivas.

—Es posible que tuviera usted esa opinión, señor Brandt, pero no yo. Propaganda de Londres y de Moscú para debilitar la fe de las tropas en la infalibilidad del Führer. Se quiere que dudemos de la victoria.

El espíritu minucioso de Brandt se impuso. Tenía una memoria muy buena y recordaba perfectamente las palabras del general. Decidió refrescarle la memoria a su jefe.

—Mi general —dijo con el tono de un contable que comunica una enojosa equivocación—, si mi general lo permite, le recordaré que él mismo aprobó las retiradas estratégicas de los generales de Stalin, antes de la estabilización del frente. Después, el general se nos unió explicando graciosas historias.

Schroll, parpadeó con nerviosismo y se mecía la barbilla, suave y puntiaguda.

—Su memoria es maravillosa, señor Brandt. Tal vez podría decirme incluso lo que añadí después. No me acuerdo de nada.

El ayudante no vio el peligro, y prosiguió con renovados ánimos:

—¡Oh, mi general pronunció una frase verdaderamente graciosa! Todos nos reímos mucho. Mi general preguntó: «¿Saben lo que es una paradoja?». Y como nadie contestara, mi general añadió: «Es establecerse por gusto en el Tercer Reich».

—¿Qué le parece? —murmuró el general, frotándose la barbilla con renovadas energías.

—Después hubo canciones —continuó diciendo Brandt—. Entre ellas una muy graciosa y en absoluto ortodoxa:

*Señor, quítanos la palabra,
Subversiva en el Tercer Reich,
Quítanos la vista y el oído,
Subversivos en el Tercer Reich.*

—¡Estábamos borrachos, mi querido Brandt! ¡Ningún oficial alemán en sus cabales cantaría una barbaridad así!

—Estábamos muy borrachos —afirmó el ayudante—. Y también el *Oberfeldwebel* Kaiser.

—En resumen, todo el mundo —aseguró el general—. Dígame, mi querido Brandt, ¿quién fue el instigador de todas esas estupideces?

—Pues..., usted, mi general —comentó en voz muy baja el ayudante—. Incluso afirmó que el pueblo alemán estaba dividido en dos grupos. Uno que luchaba y otro que se aprovechaba del que combatía.

—Es en verdad espantoso lo que se llega a decir cuando se está borracho —gimió el general—. Pero consideremos esto con indulgencia, mi querido Brandt. Al fin y al cabo, somos seres humanos.

El ayudante sonrió con expresión cómplice; estaba de acuerdo con el general.

—Hablemos un poco de ese *Oberfeldwebel* —prosiguió Schroll, mientras ofrecía a Brandt uno de sus habanos—. Una persona sin ningún sentido del humor se interesa mucho por él. De modo que será mejor que desaparezca lo antes posible y se marche todo lo lejos que pueda. Cuídese de los papeles: todo debe desaparecer.

El ayudante se irguió:

—¡Mi general, es imposible! Incluso es incorrecto. Todos los papeles del personal están registrados; ¡es totalmente imposible hacerlos desaparecer! Los papeles son muy importantes, mi general. ¿Adónde iríamos a parar si no cuidáramos de los papeles?

Esta vez el general perdió la paciencia. Empezó a tartamudear de rabia.

—¡Al diablo su corrección y sus papeles! ¡Haga lo que le ordeno o le envío a un batallón de castigo!

Brandt se echó a temblar. Nunca había visto tan enfurecido al general. ¿Era aquél un tono propio de un caballero? Solo la soldadesca hablaba así.

—¡Este maldito *Oberfeldwebel* ha de haber desaparecido antes de una hora, como la niebla bajo el sol! ¿Lo ha entendido, *Stabsintendant*?

—Sí, mi general, a sus órdenes. Enviaré al hombre a una sección de infantería en Grecia. Allí conozco a alguien.

—¡Cretino! —vociferó el general—. Envíelo al frente del Este, a cualquier unidad que se le ocurra. ¿No comprende que ese hombre ha de desaparecer? Es peligroso para nosotros. En cuanto a sus papeles... —El general bajó el tono de su voz y se inclinó hacia el ayudante, que estaba pálido como un muerto—. ¡A la chimenea, convertidos en humo!

Brandt se quedó sin habla; los acontecimientos rebasaban las posibilidades de su cerebro de contable. ¡Dios del cielo! ¡Aquello olía a falsificación de documentos! ¡A traición! Su universo se derrumbaba. ¿En qué lugar se había metido? Sufrió un estremecimiento.

Así que hubo salido del despacho, el general mandó venir al oficial de ordenanzas, joven teniente de Infantería muy valeroso, que había perdido una pierna en el frente. Schroll le hizo sentar.

—Póngase cómodo, Brücker. ¿Un cigarro? —Empezó a andar de un lado a otro del despacho, mientras se golpeaba con una regla la palma de la mano—. Brücker, es

muy difícil navegar por este mezquino mundo y evitar todos los escollos.

El teniente fumaba en silencio y reflexionaba también: «¿Qué estarás tramando, traidor? Pero conmigo nada has de poder; tengo un hermano con el SS Heinrich que puede enviarte a primera línea antes de que tengas tiempo de decir ¡Jesús! ¡Desembucha ya, cerdo!».

El general sonrió y avanzó dos pasos hacia su oficial de ordenanzas.

—Tengo como ayudante a un perezoso, que no es en absoluto lo que nos conviene.

—Un imbécil —contestó secamente Brücker.

—Sí, más o menos —asintió el general con cierta reserva. Se decidió a hablar claro—. ¿Puede librarme de él, Brücker? Pero, sobre todo, es necesario que él no sepa que soy yo quien le hace trasladar. ¡Esto sobre todo! Por el contrario, ha de parecer que hago cuanto puedo para retenerle.

Rió nerviosamente mientras Brücker asentía silenciosamente con la cabeza.

—Estará hecho en un santiamén, mi general. Irá como un meteoro hasta nuestras trincheras de primera línea. Si es posible, a una unidad SS en Ucrania.

El general se frotaba las manos.

—Si la cosa sale bien, antes de dos meses será usted capitán.

«¡Fanfarrón! —pensó Brücker—. Igual puedo serlo sin tu ayuda. Me pregunto lo que debe de saber ese ayudante para que te interese tanto librarte de él. Pero es un cretino, y bien merece que se le envíe junto a los héroes».

Cuatro horas más tarde, la suerte del ayudante estaba zanjada. Se recibió por teletipo una orden procedente del servicio de personal del Ejército, por la que se le enviaba al Ejército del Norte. El general, con la mayor amabilidad, trató de ayudar al desdichado, pero todo fue inútil. Siempre se obtuvo la misma respuesta: «Orden superior».

Se llegó hasta lo más alto, allí donde ni el propio general se atrevía a intervenir, y Schroll sintió un escalofrío al darse cuenta de la influencia de su oficial de ordenanzas. El ayudante recibió muchas promesas, un paquete de comestibles y la misma noche salió rumbo a Riga. De allí pasó a Finlandia. Sus documentos decían: «Sector del frente: Suomisalmi. Destino: Regimiento de cazadores de montaña». Era el regimiento alemán que ocupaba la posición más peligrosa del Norte y que había sido bautizado con el apodo de «La Nevera». Se decía que en diez ocasiones el regimiento había sido aniquilado por el hielo.

Poco después, Von Grabach se interesó por el *feldwebel*. Schroll contestó que, con gran pesar por su parte, el hombre había sido trasladado, pero que si el general lo deseaba, podrían localizarlo. Sin embargo, al enterarse de que el hombre pertenecía ya a otro ejército, Von Grabach no insistió. La cosa podía traer complicaciones, porque el servicio de personal del Ejército se mostraba en ciertos casos

desagradablemente curioso. No le quedaba más que olvidar el asunto y felicitar mentalmente a su colega. Éste no carecía de cerebro.

El mismo día recibió dos cajas de coñac y el general Schroll salió rumbo a Baden-Baden, a descansar.

—El servicio desgasta terriblemente —dijo en el andén de la estación.

El coñac de Intendencia constituyó un bálsamo tal para el estómago de Von Grabach, que recibió al consejero de Estado Berner en medio de las nubes de la euforia. La conversación se prolongó mucho. El consejero suplicaba que se tuviera clemencia con su hijo, el teniente de Artillería Heinz Berner.

De momento el general permaneció impasible, pero pronto se dio cuenta de que el consejero de Estado tenía relaciones, relaciones muy influyentes. Entonces se mostró amistoso y prometió hacer cuanto pudiera.

—Pero compréndalo, señor consejero de Estado. Es difícil, extremadamente difícil. No soy yo quien decide, sino que recibo órdenes de más arriba. Yo los indultaría a todos de buena gana, por muchos que fueran, pues soy contrario a la brutalidad, pero la disciplina, señor consejero de Estado, está antes que todo. Hay que obedecer órdenes.

—Es una guerra espantosa —murmuró el consejero.

El general le dio la razón en silencio.

—El crimen de mi hijo es pasional; no tenía pleno conocimiento cuando lo cometió. —Berner tamborileaba nerviosamente en la mesa—. Consiga que mi hijo sea enviado a un batallón disciplinario. ¡Tanto da! Incluso entre condenados de derecho común...

Berner habló incansablemente.

El general iba diciendo que sí con la cabeza. Haría lo imposible por salvar a su hijo...

—Nosotros, miembros de la mejor sociedad, hemos de apoyarnos —añadió el consejero.

Tomaron el café juntos; café y coñac. A la cuarta copa de licor, el general fue invitado a casa de los Berner, en Hamburgo. A cambio, el general prometió que haría llegar la petición de indulto hasta donde fuera preciso.

Berner se marchó con el corazón alegre y habló del asunto a sus compañeros de viaje.

—¡Tenemos unos generales tan humanos! Nuestros adversarios no pueden decir otro tanto.

Su esposa se desvaneció de alegría. El teléfono no cesaba de funcionar.

—¡Heinz ha sido indultado!

No «será indultado», sino «ha sido indultado».

Y el consejero inició las gestiones para conseguir que su hijo fuese trasladado a

un regimiento disciplinario de Artillería. El comandante general Hartmann, que conocía a alguien en el Estado Mayor de los regimientos disciplinarios, prometió ocuparse de Heinz, y habló de un regimiento de campaña en el XIV Ejército.

El consejero envió una larga carta a su hijo:

«Estás indultado y pensamos que te enviarán a un regimiento disciplinario de Artillería».

Al escribir la dirección de su hijo, sonrió: la próxima vez sería una verdadera dirección militar, y no la de aquella horrible prisión.

En Berlín, el general Von Grabach encendió un cigarro, se sirvió una copa de coñac y se instaló cómodamente ante su escritorio. Había pasado una noche maravillosa en compañía de su amante y acababa de recibir el anuncio de un largo permiso de descanso en Berchtesgaden. ¡Un viaje muy agradable! Entre dos bocanadas, cogió la primera petición de indulto.

«Teniente de Artillería degradado, prisionero condenado a muerte, Heinz Berner. Segunda sección. Celda 476. Fortaleza de Torgau, Sajonia».

El general empezó a hojear el expediente, leyendo con indiferencia párrafos sueltos del mismo. Dejó el documento y cogió el segundo, que era totalmente idéntico. Sólo el nombre cambiada.

«*Feldwebel* de Infantería Paul-Nicolas Grün».

Y hojeó con la misma indiferencia las páginas cubiertas de letras. Sorbía su coñac y quiso leer un poco más. Pero era tan aburrido... De repente recordó que tenía que hacer el equipaje. Al día siguiente salía hacia Berchtesgaden.

Von Grabach cogió su estilográfica. La plumilla estaba algo despuntada. Apretó con fuerza y trazó dos líneas rectas, regulares, sin un segundo de vacilación. Por dos veces escribió unas palabras exactamente iguales, que ponían término a dos vidas. Desde aquel momento, nada en el mundo podía separar a los dos prisioneros de Torgau. Si los rusos hubiesen llegado a la puerta de la prisión. Los condenados hubiesen sido muertos en sus celdas. Una orden era una orden.

Nunca, ni durante sus peores pesadillas, aquel minuto atormentaría al general Von Grabach. La disciplina pertenece a la guerra, lo mismo que los cementerios, y siempre habrá hombres para enviar otros hombres a la muerte.

El general dejó cuidadosamente los dos expedientes, uno encima de otro. Y de repente, su espíritu sintió una inquietud: recordaba la promesa que había hecho al consejero Berner. Pero ¿en qué se metía aquel imbécil? Era casi un derrotista. En todo caso, habría que vigilarlo.

Preocupado por el recuerdo, empezó a pasear de un lado a otro. ¿Por qué haber dado falsas esperanzas? La culpa era de aquel coñac, porque personalmente era contrario a los indultos. El consejo de guerra había juzgado, y con aquello bastaba. La disciplina era una necesidad. Sin ella, no valdría la pena proseguir la guerra, se

tranquilizó. Todo había terminado. A su llamada, se presentó un subordinado.

—Envíe esto a Torgau —ordenó el general, alargando las carpetas al joven oficial. Y cuando éste iba a retirarse, volvió a llamarle—: ¡Ah, me olvidaba! Autorice a los parientes de los condenados a que les hagan una última visita.

—Sí, mi general —ladró el oficial.

Von Grabach inclinó la cabeza y pensó que tal vez fuese severo, pero en todo caso humano. Nadie hubiese dado permiso para tal visita.

La señora Berner abrió el helado sobre oficial.

Si desea hacer una última visita al prisionero Heinz Berner, antes de su ejecución, que tendrá lugar el 24 de mayo a las cinco de la mañana, preséntese en la Kommandantur de la prisión de Torgau el 23 de mayo a las 18 horas. Esta autorización es valedera para cuatro personas. Duración de la visita: diez minutos. Firmado: Von Grabach, general de Infantería.

La señora Berner lanzó un grito desgarrador. Pero la señora Grün recibió tal vez un golpe más fuerte aún. Era asistenta y trabajaba doce horas diarias en el hotel «Graf Moltke», al que se dirigió en un estado próximo al sonambulismo. Trabajó tan deficientemente que fue reprendida y amenazada con una denuncia a la inspección del trabajo, lo que significaba el traslado a una fábrica de municiones. Tres meses más tarde se suicidaba, echándose al metro en la estación de San Pablo.

En Torgau todo el mundo leyó la carta del consejero Berner, y estábamos convencidos de que su hijo se había salvado.

—¡Virgen Santa! —exclamó Heide, estupefacto—. ¡Es la primera vez que esto ocurre! ¡Ya puede decir que estás de suerte, Heinz!

Heinz Berner reía, en el colmo de la dicha. Estábamos sentados en su cama, y la celda rebosaba de alegría.

—Me das la impresión de un resucitado —dijo Porta—. En todo caso, ahora eres un camarada y no un asqueroso oficial. Te llevaremos al «Cerdo Mojado».

Sólo *El Viejo* permanecía escéptico.

—Es demasiado hermoso —dijo cuando nos hubimos marchado de la celda—. No entiendo cómo puede saberlo su padre, si nosotros no tenemos ni la menor noticia. Hubiésemos tenido que recibir el aviso por teletipo.

—En la legión —dijo Kalb—, vi un caso parecido. Un individuo estaba casi ente el piquete, cuando llegaron corriendo con el indulto.

—Es extraño —murmuraba *El Viejo*—. Aquí hay algo que no entiendo. Sin embargo, no creo que nadie haya tenido la crueldad de gastar una broma.

—¿Apuestas algo? —preguntó Porta.

—¡Tonterías! —exclamó *El Viejo*—. No apuesto sobre estas cosas.

Fue *Barcelona* quien trajo la noticia desde secretaría. Pálido como un muerto,

apenas podía articular las palabras.

—Fusilan a Heinz... Mañana por la mañana... A las cinco.

—¡Es imposible!

—He visto los papeles —tartamudeaba *Barcelona*—. Están firmados por el general. El *Hauptfeldwebel* tiene la hoja azul en su máquina de escribir.

—¡Pobre, pobre chico! —cuchicheó *El Viejo*—. Será algo horrible.

—Él confía en que mañana le dejen en libertad.

—¿Quién se lo dirá?

—Yo —propuso *Hermanito*—. Cuando pienso que no podía soportar a esa clase de oficiales... Y ahora me da pena. Y esto es algo que no me ocurre a menudo.

—Pero, ahora que lo pienso —dijo Porta—, ¿quién ha de fusilarlo?

—Nosotros —contestó en voz baja *Barcelona*.

Se alzó un rumor. *Barcelona* asintió con la cabeza.

—Sí, el primer grupo. Es nuestro turno. Hay otros tres además de Heinz, de modo que toda la sección tendrá trabajo. No hay ninguna probabilidad de que nos sustituyan.

El legionario se mordía las uñas:

—Entonces, será preciso echarle una mano. Nadie se dará de baja por enfermo, ¿entendido? —Sacó de un bolsillo dos cigarrillos de opio y los alargó a *Hermanito*—. Dale esto. Para facilitar las cosas. Yo voy a ver al sanitario para que le dé una inyección más de las que le están permitidas.

—Cuando hagamos la revolución —gruñó Porta—, indultaré a los condenados, y cuando se crean a salvo los ahorcaré.

—Ya se te pasará —dijo *El Viejo*—. Créeme, no ahorcarás ni a uno.

—Voy a ver a Heinz —dijo *Hermanito*—. Pero juro que el comisario de Policía Mullierwitz, del puesto de la Davidstrasse, será ahorcado por mí personalmente cuando hayamos terminado con esta guerra de Adolf; eso a pesar de todos los Iváns y los americanos de la tierra.

—Ve a ver a Heinz, pero hazlo bien —dijo *El Viejo*.

Hermanito abrió la puerta de la celda y encontró a Heinz leyendo. *Hermanito* se recostó en la pared y echó las llaves encima de la mesa. Berner levantó la cabeza.

—No vendrás a decirme que me dejan en libertad, ¿eh? Me siento tan feliz que no consigo comer.

Hermanito le alargó un cigarrillo. Fumaron en silencio.

—¿Crees que mañana a esta hora me habrán transferido ya a un regimiento disciplinario?

—No —contestó *Hermanito*—. No lo creo en absoluto.

«Vamos —pensaba contemplando la ventana enrejada para evitar la mirada del prisionero—. Hay que decirlo; hay que hacerlo antes que venga el cura». Examinó la

estantería para libros situada encima de la tosca mesa, y después miró fijamente a Berner.

Éste, lleno de una alegre expectación, le devolvió la mirada.

—¡Qué extraño eres, *Hermanito*! Eres el bandido más brutal que he conocido y serías el terror de cualquier burgués, pero Dios sabe lo que se te puede llegar a querer.

—No soy un pobre diablo —gruñó *Hermanito*—, ni quiero serlo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Berner con sorpresa—. ¿Sucedé algo?

—Ten valor, compañero. No van a soltarte.

—¿Qué dices? —Berner se levantó de un salto—. ¿No estoy indultado?

—Ha sido una falsa noticia.

—¡Te equivocas! —gimió el teniente, cogiendo la mano de *Hermanito*. Estaba blanco como una sábana, sin sangre. Las paredes de la celda empezaron a dar vueltas. Buscó a tientas la carta de su parte y la alargó a su compañero.

—¡Mira! Aquí viene escrito: «hemos conseguido tu indulto y tu traslado a un regimiento disciplinario». ¡No es posible! Jamás hubiese escrito esto si no hubiese estado seguro. Es un error. Se trata de otra persona que lleva el mismo nombre que yo.

—En Torgau sólo hay un teniente Heinz Berner, y ése eres tú. Te ha llegado el turno, compañero —dijo *Hermanito* con dificultad.

Berner se derrumbó como un guiñapo.

—¿Qué te pasa? —gruñó *Hermanito*, asustado, inclinándose sobre el condenado a muerte, que lentamente recuperaba el sentido.

De repente compareció el capellán. Llevaba el uniforme de campaña gris, con el águila de la cruz gamada en el pecho y el crucifijo colgado del cuello. Era un hombre muy joven, con grado de *Oberleutnant*. Por un instante miró a los dos hombres. Su mirada se cruzó con los ojos feroces de *Hermanito*, y viose contemplando un abismo de odio. Allí no tenía nada que hacer, y se retiró sin abrir la boca.

—¿Cuándo? —cuchicheó Berner, estrujando la mano de *Hermanito*.

—Mañana, a las cinco de la mañana.

—¿Quién debe de hacerlo?

El gigante no contestó en seguida. Contemplaba la lámpara incrustada en el techo.

Berner se levantó y empezó a andar de un lado para otro, con el rostro oculto entre las manos. Se detuvo ante *Hermanito* y lo cogió por los hombros.

—¿Quién debe hacerlo?

—Nosotros.

—¡Camarada, ayúdame! No lo resistiré. Ahora que me creía a salvo resulta mucho peor.

Hermanito tamborileaba sobre la mesa.

—Dame un golpe en la cabeza con la culata de mi revólver y después pégate un

balazo. Así terminará todo en seguida. ¡Pero date prisa! De lo contrario sería yo quien recibiría doce balas, lo que no me hace ninguna gracia. Compréndelo.

—No me atrevo —Berner lloraba—. Tengo miedo. Dispara tú contra mí, como si me hubieses sorprendido tratando de huir.

—A tu llegada aquí lo hubiese hecho con placer, pero ahora ya no. No puedo disparar contra un compañero. Mañana no tiraré contra ti, y Porta tampoco.

—¿Y si los otros tampoco disparan contra mí?

—¡No te preocupes, muchacho! Apuntarán bien. No están al corriente de las martingalas de Porta y mías, y es mejor así. De lo contrario, todo el grupo iría al consejo de guerra y nos fusilarían a los doce. Como antiguo oficial, tú lo sabes bien: cualquier sabotaje tiene pena de muerte. Trata de huir cuando esté Julius aquí. Te lo enviaré. Hablaré con él. Él no quiere líos, y te aseguro que disparará. —Rodeó con un brazo los hombros de Berner—. Pero yo no puedo, compréndelo. Soy un cerdo, pero no tanto como Julius. Él es un miserable de primera clase. Un día denunció a un campesino y a su hijita. Ahora tengo que marcharme. *El Viejo* vendrá a charlar contigo. Lo hace mucho mejor que yo. —Su rostro se iluminó de repente—. ¿Sabes? Tal vez todas esas historias sobre el Paraíso no sean mentira. Quizás mañana a las cinco y cinco te encontrarás mucho mejor de lo que nunca habrías soñado.

Berner lloraba silenciosamente, con la cabeza apoyada en los brazos.

—Seguramente hay algo de cierto en todas esas historias sobre Jesús. Un cura me dijo un día que, después de muerto, se estaba mucho mejor. Lo peor es la muerte lenta, y tú tendrás una instantánea, te lo prometo. Heide y el legionario son tiradores escogidos, y ni siquiera te darás cuenta cuando te marches con Jesús. Pero ahora he de irme, camarada. —Echó en la mesa un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas que podían costarle seis meses de arresto mayor con grilletes. Castigo oficialmente suprimido, pero que seguía en vigor en los regimientos disciplinarios—. Aquí hay dos cigarrillos de opio —murmuró—. Fúmatelos en el último momento: te ayudarán. Y trata de no pensar demasiado. El tiempo transcurre aprisa. Antes de que te des cuenta, será ya la madrugada. Pero lo mejor sería que lo hicieses tú mismo, y Jesús no te lo reprocharía, pese a que está prohibido. Es un caso especial. Aún puedes dejarme sin sentido y coger mi revólver si quieres.

Berner lloraba.

Hermanito se marchó. En el pasillo, desahogó su rabia en un cubo lleno de agua, que de un patadón salió volando por los aires.

—¿Qué haces, idiota? —gritó Heide desde abajo, al ver que el agua resbalaba por los escalones.

—¡A callar! ¡Si fuese tu turno, dispararía con verdadero placer!

Y el gigante bajó por la escalera armando un estrépito infernal. Heide se eclipsó prudentemente; en momentos como aquél, *Hermanito* era capaz de matar.

—*Viejo* —dijo *Hermanito* al entrar en el cuerpo de guardia—. Tendrás que ir a ver a Heinz, y explicarle algo sobre Jesús. Para eso yo no sirvo: soy demasiado malo y Jesús demasiado bueno.

—¿Es religioso? —preguntó *Barcelona*, sorprendido.

—No —dijo Porta—, pero ningún daño le hará si *El Viejo* puede convencerle de que Jesús, hijo de María, está esperándole en el cielo junto con san Pedro.

—Os lo aseguro, muchachos —añadió *Hermanito*—, si tuviera más sesera en el coco y pudiera entender toda esta religión, tanto me daría que me mataran o no. Pero soy demasiado tonto. Y tal vez sea mejor así, porque si la amenaza del piquete de ejecución me diera risa, no sé lo que podría ocurrir.

—Serías una maldición para la Humanidad —dijo Porta con una risotada.

—¡Alá sabe lo que hace! —predicó el legionario—. Acogerá a Heinz, lo mismo que acoge a las pelanduscas que se arrepienten de sus pecados. Nadie es demasiado tonto para volverse hacia La Meca. Y si Heinz quiere mirar a Alá, éste le abrirá las puertas de su jardín.

El gigante miró al legionario.

—Ve a charlar a la celda de Heinz, y explícale cosas sobre ese jardín de Alá, para que se regocije por lo de mañana y nos considere amigos de verdad.

El pequeño legionario se mordisqueó los labios, reflexionando. Se pasó una mano por el rostro señalado; la gran cicatriz que se lo atravesaba desde la sien hasta el cuello tenía el color rojo de la sangre.

—Es una cuestión tan personal... No soy muy sentimental, pero de todos modos... Consolar a alguien a quien vamos a matar...

De repente, *El Viejo* se levantó.

—Voy yo.

Se puso la gorra y se abrochó el cinturón con el revólver.

—Creo que lo haré mejor que el capellán. Julius y Porta, alejad a todo el mundo de la celda. Quienquiera que sea.

—Confía en nosotros. Será *Nem sabbot* ^[13].

El Viejo permaneció tres horas en la celda. Ninguno de nosotros supo nunca lo que había ocurrido. Heinz Berner pareció quedar más tranquilo. *El Viejo* había dicho lo necesario, y todo fue bien hasta la visita de los parientes.

Padres e hijo estaban frente a frente, a ambos lados de una mesita. Un poco a la derecha, cual una columna de piedra, estaba un gendarme que escuchaba con la máxima atención, aunque por su aspecto más pareciese estar durmiendo. Era el individuo típico del estado dictatorial: estúpido e impasible. Sin comprender nada, fuera del reglamento que le había sido metido en el cerebro a la manera prusiana. Ahora estaba allí, como testigo de una última visita, acechando una palabra prohibida. Confiaba en que tendría ocasión de interrumpir la visita, y en caso

necesario, de denunciar a los visitantes como enemigos del Estado. Este pensamiento le ponía casi de buen humor.

El consejero Berner tenía que esforzarse para mirar a su hijo. La señora Berner sollozaba.

—¡Heinz! Hemos de tener valor.

Cogió una mano del teniente.

Los ojos del gendarme relampaguearon. ¿Estarían tratando de entregarle algo ilegal? Su esperanza se desvaneció al comprobar que se trataba sólo del ademán de una madre desesperada.

Ésta cuchicheaba:

—¡Heinz, mi querido niño!

—Tienen que hablar en voz alta y clara —gritó el gendarme.

—Padre —preguntó Heinz, y en sus ojos brillaba aún la luz de la esperanza—, ¿es cierto? ¿No me indultarán?

El padre meneó la cabeza.

—Así es, hijo mío, valor. —Parecía contemplar una visión más allá de una pared transparente—. Algún día volveremos a reunirnos. Es preciso que tengas esta esperanza.

—¡Tengo miedo! —tartamudeó Heinz.

El consejero de Estado se estremeció. También él tenía miedo.

—*El Viejo* dice que no hay que temer, que Dios lo perdona todo. *El Viejo* me ha dicho muchas cosas que me han causado un gran bien.

«Probablemente se refiere al sacerdote —pensó el consejero—. ¿Por qué le llamarán *El Viejo*?».

—Y *Hermanito* dice que es muy rápido. Que no se nota nada. *Barcelona* me ha asegurado que lo peor es el trayecto desde la celda hasta el patio. Una vez allí, en seguida se termina. El pequeño legionario y Julius son tiradores escogidos; los dos tienen condecoraciones por su puntería.

«¡Señor! —pensaba Berner—. Se ha vuelto loco». Miraba a su hijo. Pálido como un muerto, con unos grandes semicírculos negros bajo los ojos, unos ojos inyectados en sangre.

—Heinz, muchacho, ¿de quién hablas?

—De mis camaradas.

—¿Tus camaradas? —repitió Berner, estupefacto.

—Desde luego —replicó el condenado a muerte con una sonrisa cansada—. *El Viejo*, el *feldwebel* de la sección, *Hermanito*, el guardián del pasillo, *Barcelona* Blom, Heide, Porta, Sven y el pequeño legionario, la guardia de la primera sección.

—¿Y son tus camaradas? —murmuró el padre con asombro.

—Los mejores que haya tenido. Han de fusilarme mañana al amanecer.

La señora Berner cayó de la silla sin hacer el menor ruido. La tendieron en un banco. El consejero de Estado se sentó pesadamente. Todo le daba vueltas. ¿Cómo se podía ser camarada de sus verdugos? Por primera vez un funcionario alemán nazi encontró mala la sociedad y empezó a odiarla.

—Tal vez un día se escriba un libro sobre nosotros, los prisioneros de Torgau.

El consejero de Estado se secó el sudor de su frente.

—Sí, ahora sé que alguien escribirá sobre vosotros.

El guardián consultó su reloj:

—¡Ha terminado la visita! —ladró con tono perentorio.

—¡Papá! —gritó Heinz, aferrándose a la mano de su padre.

El horror de lo que había de suceder se apoderó de él, y hubo que separar a la fuerza al hijo del padre. Se escuchaba gritar al antiguo teniente de Artillería:

—¡No! ¡No quiero! ¡Dejadme! ¡Dejadme!

Dos carceleros le llevaron a la segunda sección y le echaron dentro de la celda como un saco de harina. Reían. Llevamos al prisionero al cuerpo de guardia, lo que estaba prohibido, y *El Viejo* le dio un vaso de vodka, cosa igualmente prohibida.

Barcelona y yo estuvimos de guardia toda aquella noche. Todos los demás se marcharon al «Cerdo Mojado». Ante todo, para no escuchar los gritos de Heinz Berner. Regresaron hacia medianoche, borrachos, y *Hermanito* más que los otros. Hubo que dejarle sin sentido, de tan terribles como eran las amenazas que vociferaban. El teniente Ohlsen bajó desde su habitación; todos pudimos ver que había bebido. Señalo a *Hermanito* con un dedo tembloroso.

—¡Usted! ¡Cállese!

Se inclinó sobre el lavabo y vomitó.

Hubo que pegar cuatro veces para acallar a *Hermanito*, tras de lo cual lo echamos en la cama.

No lejos de la prisión, en una pequeña posada llamada «El húsar rojo», se alojaban el señor y la señora Berner.

Permanecieron sentados toda la noche, en el borde de la cama, con la mirada perdida ente ellos, mientras *El Viejo* reloj desgranaba con su tic-tac el tiempo que faltaba para que su hijo único, un teniente de diecinueve años, fuese ejecutado. Los dos parecían hipnotizados. No decían ni una palabra.

Heinz Berner, inquieto, no cesaba de dar pasos por su celda. De vez en cuando se detenía, apoyaba la frente en la pared y golpeaba con ambos puños la puerta, gritando desesperadamente. Era un grito prolongado: «¡Socorro!», como lo hubiese hecho en el mar un hombre que se estuviese ahogado.

Nos despertamos a las cuatro. El pequeño legionario fue a recoger las municiones a la sala de armas. Tres proyectiles para cada uno, en total treinta y seis balas relucientes.

El comandante llegó a las cuatro y media, seguido por su ayudante; procedía de la otra ala, de la celda del *feldwebel* Grün. Con voz áspera, el comandante anunció a Berner lo que ocurría, cosa que el teniente sabía ya desde la víspera. Ya en la puerta, volvió la cabeza y dijo con un tono que no admitía réplica:

—Domínese. Es usted un oficial, no lo olvide. Todo hombre ha de saber mirar de frente a la muerte. Es algo sin importancia para lo que debemos estar preparados. Yérgase y no se porte como un cobarde.

La puerta se cerró ruidosamente y las espuelas del comandante tintinearón por el pasillo. Su misión había terminado.

En la fresca madrugada, el sol producía un reflejo rojizo que teñía los muros de la prisión de un hermoso color de aurora. El teniente Ohlsen apareció con aire cansado. Lo mismo que nosotros, llevaba el casco de acero; su correa crujía; el pesado revólver de reglamento colgaba de su cadera, cargado con ocho balas, para el tiro de gracia.

El Viejo se adelantó, con una mano en el casco:

—Mi teniente, el primer grupo se presenta como pelotón de ejecución. Cada hombre tiene tres balas. El primer grupo está compuesto por doce hombres y un *feldwebel*.

El teniente correspondió al saludo y dijo con voz casi inaudible.

—Gracias, *feldwebel*.

Y volviéndose, ordenó, lo que no era reglamentario:

—Primer grupo, en columna de a uno, ¡de frente!

Nos reunimos en la celda. El teniente Ohlsen apoyó una mano en el hombro de Heinz.

—Valor, muchacho. Todo terminará en seguida. Es necesario que te ate las manos.

Sostenía un pedacito de cuerda, blanca y nueva, provista de una lazada especial que permitía atar fácilmente las manos de los condenados. Era una lazada que había requerido prolongados ensayos.

De repente, Berner se desplomó. Cayó tan inesperadamente que no hubo tiempo para sostenerlo. Todos esperamos que un colapso cardíaco hubiese terminado con su vida, pero no tuvo tanta suerte.

El Viejo y el teniente le incorporaron. Los labios del reo se estremecieron. Después surgió el grito. Un aullido de bestia que resonaba en las paredes y penetraba en los calabozos donde otros condenados a muerte esperaban su turno.

—¡No! ¡No quiero! ¡Dejadme vivir! ¡No podéis hacerlo, no podéis!

Hubo que sujetarle y arrastrarle por el pasillo. Heide dejó caer su fusil, a Porta se le escapó el casco, que cayó en la red de seguridad del piso inferior, donde rebotó como una bala. Y todos, involuntariamente, lo seguimos con la mirada. Vomité, pero

únicamente bilis. Desde que había sabido lo que había de ocurrir, no pude comer nada. Porta, fuera de sí, me vociferó:

—¡Cerdo! ¡Me has ensuciado las ropas!

—Silencio —dijo el teniente, que tampoco podía conservar la calma.

De las celdas surgían los gritos de los prisioneros, gritos de rabia y de desesperación.

—¡Asesinos!

—¡Malditos seáis!

—¡Cerdos fascistas! —gritó el suboficial de aviación, que era comunista.

Empezaron a gritar rítmicamente, llevando el compás con los pies.

—¡Perros fascistas! ¡Perros fascistas!

Nuestros nervios flaqueaban. Un rato más, y el menor incidente hubiese enviado a la muerte a otros doce condenados.

El tercer grupo llegó, rodeando al *feldwebel* Grün. Blanco como una sábana, éste andaba con calma entre dos soldados, lentamente, en solemne procesión. Heinz Berner se volvió completamente loco. La espuma le cubría los labios, sus ojos desorbitados miraban sin ver.

—¡Camaradas, soltadme! ¡Socorro!

Luchaba con desesperación, y la cuerda que le sujetaba las muñecas se aflojó. El teniente Ohlsen lo había atado mal. De repente, también el teniente Ohlsen perdió la serenidad. Empezó a sollozar y se derrumbó en la silla de una celda vacía; las cosas no pintarían bien para él ni para nosotros cuando se enterase el comandante. Sin duda nos esperaba el batallón de castigo, pero ya todo nos daba igual. El frente no resultaba peor que la vigilancia en una prisión militar.

—¡No quiero morir! —gritaba el muchacho. Se aferraba a *El Viejo*—. ¡Ayúdame, *Viejo*!

Éste trataba de consolarle, pero, ¿qué se podía decir a un niño loco de miedo ante la muerte?

De repente se oyó una voz tranquila y sorda, la del *feldwebel* Grün, el otro condenado a muerte.

—No hay que tener miedo —decía, sonriendo—. No es tan terrible como eso.

Heinz Berner miró con ojos extraviados a su compañero de desdicha.

—Somos dos —prosiguió el *feldwebel* de Infantería—, y permaneceremos juntos hasta el final. Ya no estás solo.

—Gracias, camarada —agradeció Heinz Berner.

Anduvo por el pasillo, muy derecho, junto a *El Viejo*; bajó por la escalera y salió del edificio.

El capellán andaba tras la comitiva, con su uniforme gris de campaña y con la cruz colgando de una cadena que le rodeaba el cuello. Rezaba en voz baja y oímos

estas palabras: «Señor, perdónanos nuestras faltas».

El sol aparecía ya por encima del alto muro. ¿Se había apagado ante lo que ocurría? En todo caso volvía a brillar y formaba un pavés de llamas y de plata, para los condenados, como si la Naturaleza quisiera indicarles lo que les esperaba.

El mirlo lanzó sus trinos y unas gaviotas volaron en círculo sobre el patio de la prisión. Todo ocurriría automáticamente, según el reglamento del consejo de guerra; hasta el instante en que las balas atravesaran el pecho del teniente Berner.

Julius, Heide y el legionario ataron al reo al poste, a aquel poste áspero y gastado, cubierto de manchas de sangre.

—¿Quieres la venda? —preguntó *El Viejo*.

—¡No quiero morir! —tartamudeó Heinz.

El Viejo le vendó los ojos. El *feldwebel* de infantería, en el otro poste, contestó en voz alta y clara «No, gracias», cuando se le hizo la misma pregunta. Miraba fijamente ante sí, por encima del muro de seis metros que tenía delante.

La última cosa de este mundo que vio Berner fue la mano deformada de *El Viejo*, una mano estropeada por las esquirlas de una granada. Pero aún podía oler la tierra húmeda, la hierba aromática del prado.

Los dos pelotones se formaron. Un teniente desconocido había ocupado el puesto del teniente Ohlsen. ¿Olvidó el tradicional cigarrillo, o bien deseaba terminar lo más de prisa posible? El cigarrillo prolonga la ejecución cinco minutos. Una eternidad. ¡Que termine todo, Dios mío! El teniente debía de tener ganas de emborracharse. Todo el mundo quedaba libre de servicio después de una ejecución: era una tarea especialmente dura. El teniente enderezó su casco. Pertenecía a un regimiento de Caballería motorizada. Su manga derecha estaba vacía desde Stalingrado. Incluso sin conocerle le detestábamos. Tenía el pecho cubierto de condecoraciones, y contaría todo lo más veinticinco años.

Cuadrándose, ordenó con voz metálica:

—¡Primer grupo, derecha!

El Viejo se volvió a medias hacia la izquierda para vigilar el movimiento.

—Porta, un poco más adelante. Heide, un poco hacia atrás. Los fusiles en las caderas. Dispuestos.

—¡Vista al frente! —ordenó el teniente—. ¡Carguen los fusiles!

Los cerrojos se abrieron, las balas chirriaron, los mecanismos volvieron a su primera posición.

—¡Apunten!

La orden resonó en los muros. Los fusiles apuntaban directamente al pecho de Heinz. En una habitación de la posada «El húsar rojo», dos seres seguían con la mirada el movimiento de las manecillas del reloj de pared. Eran las cinco menos un minuto.

El teniente desconocido miró el reloj de la torre de la prisión. No vio que el fusil de *Hermanito* se levantaba imperceptiblemente; el de Porta hizo otro tanto. Hubiera podido pensarse que las manos de quienes los empuñaban temblaban. Dos hombres no dispararían contra un camarada, pero había otros diez para matar a un condenado de diecinueve años.

El reloj dio la primera campanada. «¡Fuego!».

Los doce disparos retumbaron a la vez. Habíamos aprendido a obedecer las órdenes. Un grito agudo se transformó en un estertor rojo como la sangre. Heinz Berner colgaba de la correa y el mirlo ya no silbaba.

Dos camilleros se acercaron corriendo con una angarilla. El teniente manco se acertó rápidamente al poste, y sin pestañear, vació el cargador en el cuerpo estremecido. Después volvió a enfundar el arma, que se le resistió.

—¡Primer grupo, izquierda! En columna de a uno, ¡marchen! —nos ordenó.

Todo aquello terminó, lógicamente, en el batallón de castigo. Fue por culpa de Hermanito, de Porta y de un soldado condenado a muerte que consiguió huir.

Durante la investigación se descubrió que el prisionero había utilizado objetos enviados desde el exterior. Cucharas, unas tijeras, un cuchillo... Había forzado la puerta, después se había deslizado por el pasillo y, desde allí, utilizando los soportes de hierro que desde el suelo llegaban hasta la gran vidriera, había conseguido trepar hasta el techo. La tubería de desagüe había servido de escalera y luego, con ayuda de una cuerda formada con una alfombra y provista de un gancho se había izado por encima del muro exterior, de tres metros de altura. Una cuerda verdadera le ayudó después a franquear los seis metros del muro exterior. Y todo aquello ocurrió tres días antes de la ejecución.

Hermanito y Porta, que estaban de guardia, fueron inmediatamente detenidos e interrogados. Pero, al cabo de catorce días, se consideró que el prisionero habría conseguido ponerse a salvo. El coronel Vogel envió a paseo a la Gestapo, pero envió a nuestra compañía a un batallón de castigo. Después de un duro ejercicio que él mandó personalmente, fuimos abroncados por todo lo alto. Lo que no era poco cuando se trataba del coronel Vogel.

Poco antes de nuestra marcha, el coronel vino a desearnos buen viaje. Dijo al teniente Ohlsen lo que siempre se dice en estas ocasiones, y sólo estrechó una mano, la de Hermanito.

—¡Trata de librar la piel, idiota!

Hermanito se esponjó:

—A sus órdenes, mi coronel.

El coronel se pasó una mano enguantada por encima de los delgados labios, dio media vuelta y se fue. Porta aseguró que se estaba riendo.

UN BURDEL JUNTO AL MAR NEGRO

La ciudad semiabandonada junto a la frontera rumana debió de haber sido una bonita población; la gente sentada en las terrazas se calentaría al sol, mientras contemplaba el mar Negro.

La ciudad se llamaba Tiestnanova. Antaño había sido un centro ferroviario y de carreteras, al norte de Velkov, pero los repetidos bombardeos lo habían inutilizado desde hacía mucho tiempo. Más de la mitad de la población se ocultaba en las montañas o más allá de la frontera, en Rumanía.

Al entrar un día en una casa pudimos darnos cuenta de hasta qué punto había sido precipitada la marcha. En el suelo estaba aún un zapato de tacón alto que reclamaba a su hermano, y también un oso de felpa amarilla, cuya visión trastornó a *El Viejo*. Recogió el oso.

—¡Horrible guerra! Incluso para los niños.

Hermanito rezongó que los niños no nos importaban. Qué extraño era *Hermanito*, a veces con sentimientos tan delicados, y otras el peor de los cínicos. *El Viejo* se salió de sus casillas y le vimos sacar el revólver.

—¡Te lo advierto, ya estoy harto! Si alguna vez tocas a un niño tendrás que vértelas conmigo.

El Viejo dio media vuelta y salió cerrando de un portazo. El gigante nos miró, estupefacto.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Los niños le vuelven loco —dijo Porta, señalando el oso.

—De todos modos, esto no es culpa nuestra —gruñó *Hermanito*—. También nosotros hemos salvado algunos niños. ¿Y el asilo infantil? ¿Y el transporte SS de Maidanek? ¿No fui yo quien disparó contra el SS para permitir que los niños huyesen? ¿Y no fui yo quien le arrancó el corazón para dárselo al perro?

—Incluso exageraste la nota —murmuró Porta—. Aquello fue demasiado.

Nos pareció ver de nuevo aquella escena atroz. Esa noche espantosa de Polonia, cuando, en compañía de nueve partisanos polacos, detuvimos un transporte de niños. Según parece, uno de los partisanos era coronel polaco. Horrorizado de lo que *Hermanito* hacía al oficial SS, para dar fuerza a sus protestas sacó unos documentos y una foto suya, en uniforme de oficial polaco, con aquella extraña gorra cuadrada que recordaba el casco de los ulanos. Contestamos riendo que éramos todos generales. El otro se enfureció mucho y desapareció en el bosque, seguido por seis partisanos y los niños liberados. Pero se quedaron dos partisanos, suboficiales en el tercer Regimiento de Infantería polaca, que ayudaron a *Hermanito* a mutilar al SS. Después colgaron por los pies su cadáver. Durante una semana entera, *el Viejo* no dirigió la palabra al gigante, que acabó por pedir perdón y devolver la sortija robada al SS. *El Viejo* la tiró al río y *Hermanito* manifestó que aquello era una estupidez.

En la pequeña ciudad blanca, vivíamos en una gran villa, una magnífica villa también blanca, situada en una elevación, con una vista espléndida del mar Negro. La mansión parecía abandonada. En el primer y segundo piso, donde todo era rosa y azul claro, se sucedían las habitaciones, unas habitaciones que olían a mujer. Todas

provistas de un enorme lecho y de multitud de espejos.

—¡Una verdadera autopista! —exclamó *Hermanito*, dejándose caer en una cama.

—¡Viva la clase dirigente! —gritó Porta, repantigado en un butacón—. ¡Que vengan unas cuantas fulanas y esta guerra puede durar treinta años! Rumanía es un bonito país. ¿Os acordáis cuando, el año 1941, robamos todo un compartimiento al gordo de Hermann?

Nos echamos a reír mientras recordábamos el río Dibovila. Porta abrió de par en par las ventanas y empezó a hablar con el tono de un guía.

—El mar que ven ahí delante es el mar Negro, y según podrán observar, no tiene nada de negro; y muy lejos, tras este mar azul al que llaman Negro, hay una guerra, pero por el momento la guerra no es cosa nuestra.

—Está muy bien ese espejo en el techo —dijo *Hermanito*, que seguía echado en la cama—. ¿A quién se le debe de haber ocurrido? ¿Notáis ese perfume? Huele a falda de encaje.

El legionario rió suavemente y miró a *el Viejo* con expresión astuta. Éste estaba acodado en la ventana y fumaba. Comíamos en el tejado, lo que estuvo a punto de costarle la vida a *Hermanito*, cuando lanzó una granada a un perro que aullaba en el patio. Perdió el equilibrio y, de no ser por el vigoroso puño de *Barcelona*, se hubiese aplastado en el suelo.

Aquel mismo día, en el primer piso de la casa, *Hermanito* descubrió de repente a una mujer enorme que estaba vaciando una caja de caudales empotrada en la pared. De momento se quedó atónito, pero en seguida reaccionó y agarró mujer tratando de echarla al suelo.

—¿Qué hace aquí esta fulana?

Llegamos corriendo para liberar a la mujer; a la que el terror había dejado sin voz. Después explicó a *el Viejo* que la casa le pertenecía, pero que vivía en otra, no muy lejos de allí.

—Mi familia tiene el tifus —explicó.

Todos retrocedimos. La palabra tifus erigió una barrera entre nosotros y la intrusa, que después de disculparse desapareció. El legionario entornó los ojos y miró hacia la puerta.

—Esa montaña de grasa me parece extraña.

—¿Crees que es una puta? —preguntó *Hermanito*.

—No exactamente, pero como conozco los burdeles del mundo lo suficiente para identificar a diez kilómetros a un entretenido o a una celestina, ésta me parece que es una de ellas. Esperad un poco.

Se puso su gorrita negra, cogió el revólver y escondió un cuchillo en una manga. Un segundo cuchillo estaba metido en la caña de su bota. El pequeño legionario era un especialista de ese arma, y nos había enseñado a utilizarla con perfección, es decir,

a matar sin que la víctima lanzara ni un quejido. Aquél cuya víctima gritara, debía de pagar una ronda.

—Voy a ver de más cerca a esa gorda. Si no regenta un burdel, es que nunca he puesto los pies en la legión.

Hermanito acababa de descubrir un buen depósito de víveres en la abandonada Kommandantur, y su habitación hubiese podido resistir un largo asedio. Del techo colgaban cajas de cigarros; junto a la cama se alineaban botellas como soldados en un desfile; grandes botellas de coñac francés; un gran cuadro en que aparecían dos mujeres desnudas tiernamente abrazadas había sido atornillado al techo.

—Hará falta una batalla histórica para sacarme de aquí —murmuró.

—¿Qué es eso? —preguntó *Barcelona*, señalando un bote de porcelana colgado junto a la cama.

—Mi orinal particular. Una obra de arte, con flores rosas y azules y unos amorcillos, que bailan. Nunca se había visto nada tan hermoso; además puedo vaciarlo cómodamente por la ventana.

El pequeño legionario regresó con multitud de noticias. Se sentó al estilo moro junto a *Hermanito* y cogió unos cigarros y una botella de coñac Exceptuados *el Viejo* y el legionario, a ninguno de nosotros nos gustaban los cigarros, pero todo el mundo consideraba cuestión de honor el fumarlos. Heide había vomitado ya dos veces, pero seguía chupando y juraba que era excelente. Estaba embriagado.

—¿Sabéis qué es la casa que ocupamos? —dijo el legionario, muy risueño.

—¿A qué te refieres?

—Una buena casa, mejor de lo que imagináis. En tiempos normales, en la entrada cuelga un farol rojo.

Hermanito se quedó boquiabierto. De un salto se levantó de la cama.

—¡Por el diablo! —gritó *Porta*—. ¿Dónde está el personal? ¡Listos! ¡Legionario, llama a esa celestina!

—Ya la habéis visto —explicó el aludido—. Es una celestina, de eso no cabe duda. Cada mañana se echa encima medio litro de perfume, para disimular su mal olor, ignora lo que es conciencia y pesa ciento veinticinco kilos, a ojo de buen cubero. Le he preguntado cuantas toneladas de sebo acarreaba y me ha contestado: «Ciento setenta y cinco libras», pero es mentira; vive en un apartamento un poco más abajo de la calle, ¡y qué apartamento! A su lado, esto es una choza. Fuma incansablemente con una pipa curva y se atiza latigazo tras latigazo de *matsie*.

—Bueno, ¿dónde está la guarnición? —reñir *Porta*—. Aquí no se ve a nadie.

—Esto es lo malo del asunto —prosiguió legionario—. La mala suerte. Todas se han marchado hacia el Oeste, por miedo al tío José, encontramos en un burdel sin nadie con alternar.

Hermanito lanzó un alarido y se dejó caer en su cama. *Porta* cayó sentado.

—¡Qué mala suerte la nuestra!

—De todos modos... —dijo Porta—. ¿Y si nos conformáramos con la celestina? A ver, legionario repítenos qué tal está.

—Es una verdadera apisonadora.

—Tonterías.

—No creo que tenga nada que oponer —dijo el legionario—. Se llama Olga.

Y pronunció el nombre como si le recordara algo horripilante.

—Tienes razón —dijo *Hermanito*—. Olga suena mal, pero en la guerra sólo se tienen sucedáneos. Hay que hacerse a la idea.

De repente, Porta se irguió:

—¿Estás seguro de que esa puerca no trata de engañarnos?

—¿De qué manera?

—¿No habrá escondido el ganado porque no nos encuentra bastante elegantes?

El legionario encendió lentamente un cigarrillo.

—Cabe en lo posible, pero, ¿dónde diablos podría haberlas escondido?

—¡Investiguemos! —gritó *Hermanito*—. Si las chicas están escondidas, lo sabré en menos de diez minutos, y si la alcahueta se burla de mí, la estrangulo.

—No cometáis estupideces —recomendó *el Viejo*—. Esa clase de mujeres siempre están muy bien relacionadas con la Policía. Son como un pulpo con tentáculos extendidos en todas direcciones, y si presentan una denuncia os la cargaréis.

—¡Nos importa un bledo! —rugió Porta—. Con tal de divertirme un rato, estoy dispuesto a correr cualquier riesgo.

Gritando a voz en cuello, toda la tropa se fue a casa de Olga.

—Es aquí —dijo el legionario, mostrándoles una villa blanca que parecía salir de un inmenso ramo de flores. Y abrió la puerta sin preocuparse del letrero: «Llame antes de entrar». Atravesaron un amplio vestíbulo y llegaron a un salón donde a lo largo de todas las paredes había divanes tapizados de seda. Olga rebosaba de un enorme escritorio de madera tallada. Su busto sobresalía por encima de la mesa como un mascarón de proa sobre el mar. Sudaba. Todo su maquillaje se derretía.

—¡Válgame el cielo, qué mole! —cuchicheó Porta.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —empezó a decir la dama con voz cascada—. ¿Desean hablarme, estos caballeros?

—Hay conversaciones y conversaciones —gruñó *Hermanito*.

Olga rió sin ganas.

—Basta de monerías, grandísima bruja. No tenemos tiempo que perder. Los colegas de enfrente pueden llegar, y ya verás los pocos reparos que tienen en acariciarte el trasero con sus lanzallamas. Yo te pregunto cortésmente sobre algo a que tengo derecho, pero no te burles de mí. De modo que, ¡adelante la guarnición!

—Calma, muchacho.

Olga dio un paso atrás, en tanto que *Hermanito* se le acercaba amenazadoramente.

—Sí, calma, *Hermanito* —aconsejó el legionario—. Todo se arreglará. Madame Olga y yo nos entendemos muy bien.

—Gracias —gimió Olga, dirigiendo al legionario una sonrisa amable.

—Madame —dijo el legionario, tocándose con un dedo la cicatriz del rostro—, como le ha dicho mi camarada, esperamos a los colegas del Este. Los nuestros nos han abandonado, de modo que somos capaces de cualquier cosa. —Rió sarcásticamente—. ¿De qué le servirá su influencia, estando muerta? Sea inteligente y no pierda el tiempo. —Sonrió torcidamente—. *Paniemaio*?

—*Obergefreiter*... —empezó a decir Olga.

No pudo seguir. Un estrépito infernal resonó en el vestíbulo; la puerta se abrió bruscamente y una soldadesca rumana y búlgara invadió el salón. Los soldados se apoderaron de Olga y empezaron a lanzarla por el aire; ella gritaba de terror cada vez que se veía volando; su ancha falda se abría como un paracaídas.

—¡Henos de regreso! —gritó un cabo rumano—. Hemos venido directamente a tu casa.

Porta sacó su flauta, Heide su armónica y empezaron a tocar en medio del tumulto.

—¿Qué diablos queréis? —preguntó *Hermanito*.

—¡Lo mismo que tú! —contestó riendo un sargento tanquista—. Iván llega a todo meter. Hace mucho que olfatea las putas, de modo que tenemos el deber de defender este burdel contra los bárbaros. —Enarboló su revólver—. Pero antes, hemos de divertirnos un poco, para estar seguros de que esta ganadería merece ser defendida.

Olga se levantó lentamente y se frotó el dolorido trasero sin dejar de gemir. *Hermanito* había encontrado una piel de oso; se cubrió con ella, anduvo a gatas hacia Olga...

Cuando la soltaron, pensamos que habría muerto. Toda la casa estaba en desorden; los muebles volcados, rotos; sollozando, Olga se arrastró hasta debajo del piano.

Hermanito descubrió un tonel de cincuenta litros de cerveza, y con la ayuda de un soldado búlgaro lo entró en el salón. De un manotazo limpió de chucherías una mesa, sobre la que izaron el tonel apuntalándolo allí con unos muñecos.

En un instante, todo apestó a cerveza. Cinco o seis botellas de vino español y siete cantimploras de vodka fueron vertidos en el tonel; un sargento rumano agregó tres litros de vodka mezclado con coñac.

—¡Ahora sí que rasca! —dijo entre dos hipos.

El cabo de cazadores de montaña pegó un puntapié a la mujeruca:

—¡Trae a las chicas! ¿Donde están?

Empezó a husmear a gatas, como un perro de caza, y acabó clavando su bayoneta en un almohadón, cuyas plumas se esparcieron por el salón. Heide vertió un vaso de cerveza sobre la cabeza de Olga, mientras un sargento búlgaro la frotaba con un puñado de plumas. La obesa mujer gritó:

—¡Tengan piedad de mí! Mis chicas se han marchado de la ciudad. Van camino de Sabina.

—¿De veras? —exclamó Porta—. ¡A Sabina en auto! ¡Magnífico!

—Sí —gritó Olga con desesperación—. Por miedo a vosotros.

—Pues tenían razón. —Porta se inclinó y tiró de las orejas a la celestina—. Ovejita mía, a ver si explicas al tío Porta dónde has metido a tus chicas. Ya estamos hartos de mentiras.

—Van camino de Constanza —gimió Olga.

—¿Primero Sabina y después Constanza?

—¡Estoy obedeciendo órdenes! —gimió la mujer.

—Es evidente. Nadie hace nunca nada sin que se lo ordenen. Te garantizo que incluso Adolf será liquidado obedeciendo órdenes.

Todo el mundo miraba a Olga. Hubo un momento de silencio profundo y después Porta estalló.

—¡Basta de estupideces! ¡Trae a las chicas!

Hermanito, furibundo, enarboló la piel de oso y golpeó con ella a la mujer, que se quedó sin aliento.

—¡Mentirosa! ¡Alcahueta! Te ordeno que traigas a tu ganado a primera línea, ¿entendido?

Olga, desesperada, levantó una mano:

—Juro que se han marchado en automóvil.

—Ya —gruñó Heide. Sacó su cuchillo de trinchera y lo colocó ante las narices de la celestina.

De repente se escucharon las explosiones de un motor. Porta miró con curiosidad por la ventana y lanzó un grito ahogado.

—¿Estoy loco o veo visiones? —Llamó a *Hermanito*—. ¡Mira y dime lo que ves!

Bailaba describiendo círculos como un loco. Era un espectáculo inédito. Por la calle se acercaban dos viejos camiones «Ford» modelo 1929. En la caja y en las cabinas se amontonaban muchachas vocingleras, vestidas de la manera más singular. Algunas casi desnudas, otras con pieles, unas cuantas con vestidos de noche.

Con un estrepitoso chirrido de los frenos, los dos camiones se detuvieron ante la casa.

—¡Virgen Santa de Kazan! —hipaba *Hermanito*.

El cabo rumano gritó:

—¡Comando, de frente, marchen!

Desaparecieron en dirección a la calle. *El Viejo*, que se había sentado junto al legionario y liaba un cigarrillo, se echó a reír.

—Menuda se va a armar. Ni un T-34 les detendría ya. No sé si la casa seguirá en pie dentro de cinco minutos.

En la calle resonó un aullido de alegría, seguido por el agudo chillido de una mujer. Luego, clamores salvajes y seguidamente una letanía de blasfemias en rumano.

Permanecimos inmóviles. Contemplábamos hipnotizados la puerta de doble hoja por donde entraba la horda. Ésta llegó como una tromba. Primero una docena de muchachas más o menos vestidas, a continuación *Hermanito*, con botas y bombín gris, luego otro grupo de chicas en compañía de Porta, también con botas y sombrero de copa amarillo.

Steiner se cayó en la bañera y hubo que salvarlo del naufragio. Resoplaba como una foca, y después de beberse un vaso lleno de vodka salió en persecución de una muchacha griega. Saltaron por la ventana y aterrizaron en un establo, con gran espanto de un asno que empezó a rebuznar estrepitosamente.

El legionario soltó una carcajada y se inclinó hacia Olga.

—Querida madame Olga, ha sido usted muy amable al autorizar esta fiesta en su bonita casa.

Ella hizo una reverencia y se abanicó con unas plumas de avestruz, regalo de un piloto de Alejandría.

—Señor soldado, es usted un caballero. ¿Francés, sin duda?

—Sí, Madame. Soy cabo de la legión extranjera.

Olga asintió con la cabeza e hizo como si entendiera el francés. *Hermanito*, que les contemplaba con asombro, llamó a Potra.

—¡Qué elegantes somos en este burdel! ¡Hablar en extranjero!

Se ciñó el cinturón, aseguró el revólver y prosiguió la caza. Cogió a una muchacha rubia como el trigo, le hizo dar una pirueta y la lanzó contra un cabo búlgaro que llegaba con una bandeja llena de copas. Todo voló por los aires y el alcohol corría por el suelo. La muchacha yacía en tierra. Le dio un arrebató de risa y empezó a golpear el suelo en medio de un delirio de alegría.

—¡Olga sufrirá un ataque! —tartamudeaba.

La risa se contagió a Annie, de Hannover, que estaba cerca:

—¡Nunca habíamos tenido unos visitantes! ¿Qué pandilla es ésta? ¡Qué suerte que no hayamos podido atravesar las líneas rusas!

Porta agitó las manos con fervor:

—Si algún día escribes sobre la guerra Adolf, Sven, nadie te creerá. —Se echó a reír y cogió a la chica—. ¿Sabes, Sussi? Serán las memorias de esta asquerosa guerra.

¡La de cosas que hemos visto! Hemos atravesado el Volga, nadado en el Mediterráneo mientras los barcos se hundían envueltos en llamas, nos hemos refrescado el trasero en un témpano de la bahía de Botnia, hemos burlado a los mosquitos de los pantanos del Pripet, hemos hecho el amor en el iglú de Suomisalmi, hemos recorrido en esquí centenares de kilómetros ante los chinos del mar helado, hemos escupido en los valles del Elbrús, hemos transportado cañones desmontados por encima de las montañas, y hemos incendiado los bosques de caoba en los caminos de Georgia.

El Viejo se rió y chupó su pipa de tapadera.

—Tienes razón, Porta. ¿Qué no habremos hecho? Pero, ¿por qué lo cuentas ahora? No le interesa a nadie.

Porta pegó una palmada en las nalgas de la chica y prosiguió:

—Nos hemos escabullido de tanques incendiados, hemos atravesado en balsas el mar de Azov, nos hemos emborrachado hasta el punto de que ha hecho falta un mes para serenarnos; nos hemos bañado en champaña, nos hemos lavado el trasero con vino tinto; nos hemos disfrazado de soldados de Iván y paseado en un T-34. Hemos sido picapedreros, paracaidistas, espías, maquinistas, dinamiteros, carceleros, verdugos, ladrones, asesinos, falsificadores de documentos, reos de alta traición diez veces al día; nos hemos limpiado el trasero con el *Mein Kampf* y con los escritos de Alfred Rosenberg.

Echó la cabeza hacia atrás y escupió hacia el piano, en el que se había puesto a tocar un teniente húngaro degradado. Lo hacía furiosamente. Algo de su tierra, de Budapest, de la época en que —antes de ser degradado— era uno de los oficiales elegantes en los salones de las mujeres atractivas. Soñaba. Ya no sabía dónde estaba. Entre los soldados sucios, sin ilusiones, que no pensaban más que en la bebida y la violación. Los sonidos llegaban a oleadas; caballos relinchando con las crines al viento galopaban por la estepa, un pelotón de húsares con uniforme azul celeste cabalgaba hacia el lago...

—¡Todo esto te hace entrar en calor! —grito *Barcelona* mientras se echaba encima el contenido de un jarrón de flores.

El teniente degradado empezó a cantar. Un artillero búlgaro volvió a llenar el jarrón con vodka. El teniente cantaba una canción de amor, una canción triste. *Hermanito* vació el jarrón dentro del piano.

—Esta máquina de hacer música debe tener sed, después de todo lo que le estás sacando. —Pegó una palmada en la espalda del oficial degradado y sonrió. —Ya no eres oficial, cretino, sino sólo un camarada entre otros camaradas. ¿Qué sabemos nosotros de tus canciones de Budapest? Ni pío. Sólo sabemos que Iván se acerca con un montón de T-34, y que acabaremos bajo una cruz de madera, con un casco oxidado encima de la cabeza. De modo que más vale que cantes cosas que podamos

entender.

El legionario caminó hacia ellos tambaleándose; estaba totalmente borracho.

—Mi teniente canta la muerte, la dulce muerte.

Se inclinó hacia el piano, tocó unos acordes y cantó:

Los cañones cantan el último salmo...

Ven, dulce muerte, ven.

Cógeme en tus manos.

Echó la cabeza hacia atrás, rió roncamente y dirigió la mirada hacia el mar, donde el sol se ponía en un crepúsculo de sangre.

—¿Les oís?

Prestamos oído. El retumbar del cañón llegaba como un rumor sordo.

—Llaman a la puerta —prosiguió el legionario—. Pronto estarán aquí nuestros devotos colegas. Pero, ¡al diablo con todo! Al amanecer habremos muerto.

Hermanito metió la cabeza en una palangana llena de coñac, cerveza y vodka, y bebió como un caballo. Escupió una rociada en el rostro de Olga, quien protestó con vehemencia.

Entonces el gigante cogió un retrato de Adolf Hitler y se lo rompió en la cabeza.

—¡No queremos estos retratos de basura! —gritó mientras daba vueltas al marco en torno al cuello de la mujerona—. ¡Qué el diablo te atormente, vieja cerda! ¿No sabes que está castigada la posesión de imágenes pornográficas?

Porta cogió una botella de coñac, que decapitó contra una esquina del piano, y roció a Olga, sentada en el suelo con Hitler alrededor del cuello.

—¡Vieja horrible! Irás al infierno con el Führer. ¡Y chitón cuando Josef Porta habla! Soy la columna vertebral de la derrota. ¡Viva la derrota!

—Sé amable —decía Olga con tono meloso—. Así podremos pasar un rato agradable.

—¡Puedes apostar a que será agradable! ¿Se cree esta montaña de carne que hemos hecho un viaje así para meternos en líos?

Desenroscó una de las bombillas de la araña que colgaba del techo y la tiró al patio, donde estalló como si fuese un disparo de revólver.

—¡Socorro! —cloqueó *Hermanito*—. ¡En el patio hay sátiros que disparan!

Se levantó del diván. Sacó el revólver y disparó los ocho tiros contra el suelo; las astillas de madera y los proyectiles que rebotaban nos zumbaban junto a los oídos. Las mujeres gritaban. Olga blasfemaba, *Hermanito* se retorció de risa y el teniente tocaba y cantaba:

Y tú, querido, ven con nosotras...

Los húsares rojos corren aprisa,

De repente, Olga descubrió que la piel de oso había desaparecido. Aquella piel, que le había regalado un oficial chino, constituía su orgullo: los grandes colmillos eran de oro y en el hocico había incrustados dos rubíes.

—¿Quién ha robado a *Martín*? —agarró a *Hermanito*—. ¡Cerdo! ¡Has robado a *Martín*!

—¡Jamás! —juró *Hermanito*—. *Martín* está ya harto de tu compañía y se ha largado —dijo, y pegó una palmada en las nalgas de la mujer.

Julius Heide se les acercó con paso inseguro, ebrio, muy ebrio; apuntó a Olga con un dedo acusador, pero perdió el equilibrio y el dedo se hundió en la boca de la mujerona.

—Hay algo que no va bien —articuló Heide con la obstinación del borracho—. Porta, viejo Porta, llamado Josef en honor de un santo, ¿no piensas lo mismo que yo? Hay algo que no va bien. Esta carne de horca ha birlado la música burguesa. Mucho cuidado, Olga, o te vamos a hacer picadillo con nuestros cinturones.

Rió y acarició la cabellera de la alcahueta. Pero la obesa mujer sudaba de miedo. La gruesa Olga sólo temía una cosa: que la embriaguez general indujese a las muchachas a hablar. En tal caso, arriesgaba lo peor. El comandante de la ciudad había huido como un cobarde, y los perros sarnosos de la policía también habían las de Villadiego. El puesto más próximo estaba a cien kilómetros, de modo que no podía esperar ningún auxilio por aquel lado, ¿Qué diablos debía hacer con aquella pandilla de granujas? No había necesitado mucho tiempo para descubrir la cinta negra que llevaban en la manga izquierda, la cinta con dos calaveras y la inscripción *Sonderabteilung*: el regimiento de la muerte. Asesinos y bandidos que habían trocado el cadalso por el frente.

Los oficiales a quienes recibía hablaban a menudo de aquellos regimientos disciplinarios. Un comandante general había dicho que caían como moscas, pero que eran los mejores soldados del mundo. El enemigo les tenía un miedo cerval, de modo que no se andaba con contemplaciones cuando los hacía prisioneros. Ellos lo sabían y jamás desertaban. Por lo demás, si a pesar de todo sentían tal tentación, la familia del desertor era detenida inmediatamente, y ni siquiera aquellos granujas querían que les ocurriera una desgracia a sus familias.

Olga miró a *Hermanito*, No era posible que aquel gorila tuviese familia. Ya en cuatro ocasiones había amenazado con estrangularla, y si supiese su secreto lo haría sin vacilar. ¡Qué manos! ¡Con unas manos así se podía estrangular un elefante! Más valía mostrarse amable, tal vez pudiera aplacarlo.

Nelly reía y hacía cosquillas en el cuello a *Hermanito* con sus pies descalzos.

—¡Es una granuja! ¡Lléváosla cuando os vayáis!

Hermanito se volvió hacia Olga:

—¿Dónde está el oso? Lo quiero. Me lo llevaré al frente para no helarme como el

invierno pasado.

Nelly cuchicheó algo al oído de *Hermanito*, quien se echó a reír.

—Nelly, eres maravillosa, si todos los belgas son como tú, iré a Bélgica.

—¡Cuidado! —advirtió Nelly—. ¡Va a largarse!

—Nadie se larga sin mi permiso —declaró *Hermanito*.

Y una zancadilla brutal hizo caer a Olga encima de Heide.

Hermanito la cogió por los tobillos y empezó a hacerle describir círculos. Eran doscientas cincuenta y tres libras de carne viva lo que balanceaba. Entretanto, todos cantábamos a coro, acompañados al piano por el teniente húngaro.

—¡Soltadme! ¡Soltadme! —aullaba Olga.

—¡Todo por las damas! —dijo *Hermanito*.

Y la soltó de repente.

Olga salió disparada como un cohete, derribó tres mesas, á Heide y a dos mujeres, como si fuesen bolos, y se derrumbó contra el piano con un ruido armonioso. El teniente, sin pestañear, emitió otra melodía.

Lentamente, Olga se incorporó, renqueante, dolorida, llena de rabia:

—¡Me las pagaréis, cerdos!

Hermanito y Annie se habían sentado en el suelo y jugaban a los dados con unos soldados búlgaros.

La morena Nelly cambió súbitamente de sitio. Se instaló entre *el Viejo* y el legionario y empezó a hablar. Sus palabras parecieron interesar en grado sumo al legionario, quien de vez en cuando se frotaba la cicatriz del rostro. Olga, desde su rincón, los espiaba con inquietud. Los ojos del legionario se habían entornado y mostraban una expresión malévola mientras escuchaba la larga explicación de Nelly. *El Viejo* se había echado hacia la nuca el gorro negro; fumaba con energía.

Espesas nubes de humo subían hacia el techo.

Olga empezó a desplazarse lentamente hacia la puerta. Ya iba siendo hora. ¿Qué estaría contando aquella sinvergüenza de Nelly? ¡Y aquel legionario! Un bandido del desierto, pero peligroso; un mal sujeto que ni siquiera se interesaba en las mujeres, sabe Dios por qué. Si por lo menos pudiera ponerse en contacto con la *Feldgendarmerie*... La puerta estaba muy próxima. Un grito de Porta inmovilizó a Olga.

—¡Eh, tú, Olga! ¿Te largas? ¿No querrás aba donar una reunión tan alegre?

Cogió a la mujer y la empujó hasta el centro del salón. *Hermanito* se les acercó con paso vacilante, seguido por Heide, que estaba borracho como una cuba.

—¿Quién ha robado la piel de oso? —dijo Olga, con rabia—. ¡Pandilla de ladrones!

Todas las chicas se retorcían de risa. Porta se puso a gatas y empezó a husmear bajo los muebles.

—¿Dónde está el oso? ¿Dónde está el oso?

Se produjo una escena insuperablemente grotesca. Desmontaron las patas de las mesas; hombres y mujeres se metieron bajo los armarios, el cubo de la basura fue vaciado en el salón, las cazuelas volaron por las ventanas, el aspirador fue reducido a añicos, y las bombillas estallaron una tras otra. *Hermanito* rompió los platos.

—¿Dónde está el oso?

—¿Dónde está el oso? —relinchaba *Barcelona*, mientras arrancaba los cuadros de las paredes.

Las chicas se morían de risa, Olga lloraba y nos maldecía. Las interpelaciones iban de habitación en habitación:

—¿Has encontrado el oso?

—¡No! —contestaba un eco.

Las porcelanas habían sido destrozadas, y las ventanas arrancadas eran lanzadas al exterior. De repente se oyeron disparos, y todo el mundo se precipitó en dirección al ruido. Encima de un armario estaba la piel de oso, cuya cabezota asomaba por el frontis del mueble; Porta y *Hermanito*, ocultos tras una puerta junto con tres chicas, enviaban ráfagas de fusil ametrallador contra el desdichado animal.

—¡Otra andanada! —gritaba Porta—. ¡Después lo venceré cuerpo a cuerpo!

Olga lloraba desesperadamente.

—¡Lo venceré! —gritaba *Hermanito*—. Liquidaremos a este sucio oso.

Hundió su cuchillo en la nuca del oso y tiró de la piel, que cayó junto con el armario. Todo se derrumbó sobre el gigante. Porta, de un solo tajo cortó la enorme cabeza.

—¡Ya está! —gimió *Hermanito*—. ¡Lo hemos vencido!

—Ha sido difícil —jadeó Porta.

Se levantaron, cubiertos de sudor, y entregaron la piel destrozada a Olga, a quien le acometió un arrebató de ira al darse cuenta del desastre. Porta se echó a reír.

El legionario se acercó lentamente. Se detuvo ante Olga sonriendo, con una colilla en la comisura de sus labios y el gorro negro echado hacia la frente.

—Ahora nosotros, Olga. Hay algunas cosillas que tendríamos que aclarar.

Su sonrisa helaba la sangre. La cicatriz tenía un color rojo intenso. Tras él estaban *el Viejo* y Nelly. Olga olvidó el oso. Su mirada pasaba del uno al otro. ¿Qué habrían contado las chicas? ¿Que el diablo se las llevara! Hubiera tenido que aceptar la propuesta del *Hauptsturnführer* Nehri, cuando se ofreció a liquidar a todo el grupo. ¡Dios mío, qué estúpida había sido! De haber huido con Nehri nada le hubiese costado montar un nuevo burdel. La policía estaría dispuesta a suministrarle nuevo personal. Pero aquel sucio francés le daba miedo. ¡Pensar que los alemanes le aceptaban entre ellos! En seguida se notaba que era un asesino.

—Olga, ¿te gustan los muchachos de la «Stapo»?

El legionario sonreía; no obstante, algo en su voz resonó desagradablemente en los oídos de Olga, quien entornó los ojos y le miró con una mezcla de odio y de terror.

—¿Qué quieres insinuar ahora? Hace veinticinco años que trabajo y nunca he hecho nada deshonroso.

El legionario seguía sonriendo.

—¿Deshonroso? —recalcó la palabra—. Una vez conocí a un hombre en la legión; el sujeto formaba parte de mi grupo cuando luchábamos en el sur de Siria. Venía de París. No había hecho nada deshonroso, decía, pero un día el gran danés, el sargento Hansen, encontró un diario. ¿Y qué te imaginas? En el diario aparecía la fotografía de nuestro tipo. Se le buscaba. Había matado a un niño. Era un niño al que pegaba desde hacía mucho tiempo, pero una noche el pequeño lloró demasiado, y entonces él le apretó el cuello hasta que calló. Después, el tipo se escabulló y vino a parar entre nosotros, pero Alá permitió que aquel diario fuese a manos del gran danés, y aquel tipo se fue con Alá con un cuchillo clavado en la espalda. ¡Este cuchillo! —El legionario enseñó a la pálida mujer su afilado cuchillo morisco. Rió guturalmente. —Fue en 1940 ó 1941. En aquellos tiempos a vosotros os visitaba la gente de Stalin. ¿Hiciste mucha amistad con los tipos de la N.K.V.D., mientras refrescabas tus conocimientos de ruso?

—¿Adonde quieres ir a parar con estas tonterías? —gritó la aterrada Olga.

El legionario se pasó una mano por el rostro y pareció borrar con ella su sonrisa. De su cuerpo irradiaba un frío glacial. El silencio cayó sobre el salón como si fuese un sudario. Sólo se oía la música del teniente.

—Está bien, Olga. ¿Has oído hablar alguna vez del Segundo Extranjero? ¿El orgullo de Túnez? Éramos nosotros, con la bandera verde. De esa bandera colgábamos a los enemigos del pueblo. ¿Cómo lo hacéis aquí, junto al mar Negro?

—¡También los colgamos! —gritó Nelly—. Y ésta es una de las peores. Nos compró a la Gestapo. Nos dieron a escoger entre el burdel y el campo especial.

—¡Es cierto! —gritó otra chica—. Es un monstruo. Tiene burdeles en Bucarest y en Sarajevo. Nos cogieron de todos los puntos de la ciudad para las judías era el burdel o la cámara de gas, y Olga podía enviarnos al campo si abríamos la boca. El mes pasado envió a cinco muchachas a Ravensbrück; estranguló a Desa personalmente con un pedazo de alambre. La Gestapo la visitaba cada día, ella compartía los beneficios con el Hauptsturnführer Nehri.

El teniente degradado tocaba furiosamente golpeando las teclas con los puños. Inclinado hacia delante, había perdido el gorro y el sudor resbalaba por su frente pálida. La música cesó un instante y luego se convirtió en un *crescendo* salvaje, en una catarata de acordes desencadenados... Aquella música demente nos enloquecía. Porta tiro un vaso de cristal contra la pared. *Hermanito* cogió una botella de vodka, la

decapitó con su bayoneta y vertió su contenido en su boca asombrosamente abierta. Vacilaba. Sus ojos se inyectaban en sangre. Miró a Olga y le lanzó la botella a la cara, pero, con rápido reflejo, la mujer esquivó el proyectil... El vodka le salpicó el rostro.

Hermanito se echó a reír.

—Eres rápida, Olga. Si te hubiese dado en el hocico, ahora estarías en el cielo.

Ella notó que el aliento de *Hermanito* apestaba a alcohol, que sus palabras estaban llenas de maldad. No cabía duda, aquellos hombres eran capaces de lo peor. Y de repente tuvo miedo, mucho miedo. Con la mirada buscó a *el Viejo*. Tal vez fuese el más accesible. Corrió hacia nuestro compañero, que permanecía inmóvil y silencioso en su silla, fumando sin cesar.

—¡Señor! ¡Hágales entrar en razón, se lo ruego! ¡Están locos! Señor, tiene usted que ayudarnos. Tengo dinero y le pagaré. Cerraré mis casas. Me han obligado a tener bárdeles. ¡Ayúdeme!

El Viejo miró a la mujer. Se levantó lentamente, dio media vuelta y salió del salón. *El Viejo* la había condenado sin pronunciar ni una palabra. Olga se sintió perdida; sabía que *el Viejo* era su única esperanza.

Formamos círculo a su alrededor, con los revólveres sobre las rodillas; todos más o menos desnudos. Era un espectáculo grotesco. Las muchachas, cuyos ojos brillaban, se colocaron detrás de nosotros.

—¡Por culpa de ella, Margaret Rose, de Bremen, fue fusilada! —gritó una de las muchachas.

—Envió a Ivonne y a Use al campo de concentración —dijo otra—. Las dos murieron tras las alambradas. Nos lo explicó personalmente y nos amenazó con el mismo final. Mató a latigazos a Silva porque había explicado a un teniente de Infantería el motivo de que estuviéramos aquí.

—Nos quitaba todo el dinero —añadió Nelly, espumeando de rabia—. Nos registraba varias veces al día. ¡Vengadnos!

El legionario encendió lentamente un cigarrillo.

—Está bien —dijo—. Necesitamos un jurado. Antaño, en el Segundo Extranjero teníamos uno. Al capitán, un hombre muy justo, se le ocurrió la idea. Enterrábamos al culpable en un hormiguero y le metíamos miel en las orejas, si el jurado lo decidía. —Cogió una silla y la colocó en el centro del corro. —Presento a un miembro del jurado: Ivonne. —Cogió otra silla y la situó junto a la primera. —Y he aquí a Use. —Una silla más. —Desa. Y aquí Margare! Rose, y a su lado pondremos a Silva. Y ésta, ¿para quién será?

—Para Lone —gritó una de las chicas— Lone, a la que ahorcaron en el campo de Tichilesti.

—Bien —dijo el legionario—, ésta es Lone.

Porta le alargó una silla.

—Aquí esta Gerda. Gerda, a la que fusilaron porque tiró una botella a la cabeza de la gordinflona.

—Y no olvidéis a Mónica, de Viena. La despeñaron en una cantera abandonada, junto con Sonia, la de Kiev.

El legionario trajo otras dos sillas.

—Nueve sillas, nueve muchachas muertas; son muchas, pero no hay bastante. Necesitamos otras tres. ¿Tres muertas más?

Una muchacha belga se subió a una silla, con la mirada llameante y señaló a Olga, que estaba pegada a una pared. Parecía una pintura de Rubens.

—¿Te acuerdas de Alicia de Francfort? ¿De la ateniense Gola? ¿De la italiana Cecilia? Y todavía quedan muchas más.

—Muchísimas gracias, señorita —dijo el legionario—. Ahora tenemos doce hombres. —Señaló a Nelly. —Tú serás el juez, yo el fiscal. No necesitamos defensores, es pan comido.

Hermanito se irguió:

—¡Legionario! ¡Permítame que yo también sea juez! Siempre he deseado juzgar a alguien. Para cambiar, aunque sólo sea por una vez, ¿comprendes?

El aludido asintió y escogió también a la yugoslava Sorka, que había pasado por otros nueve burdeles del Estado. Sorka sonrió cruelmente al ocupar su sitio. *Hermanito* alargó su revólver a la chica.

—Coge mi artillería. Puedes usarla como martillo si alguien grita demasiado. Hace falta tranquilidad para reflexionar en el castigo, pero éste será ejemplar, os lo garantizo.

Con el revolver, Sorka pegó tres culatazos en la mesa.

—Se abre la sesión. Que comparezca la acusada.

—¡Date prisa! —gritó Porta a Olga, pinchándola con su bayoneta—. Quieren hablar contigo.

—¡No! —lloriqueó Olga—. No tenéis derecho a juzgarme. Soy inocente. No he sido yo quien ha hecho las leyes, sino el Gobierno del Reich. Yo me he limitado a obedecer esas leyes.

—Bien —dijo el legionario—. El jurado meditará profundamente sobre las acusaciones. Si te reconocen culpable, serás ahorcada. Si no, tendrás derecho a largarte.

—¡Pero si es culpable! —gritó *Hermanito*, bebiendo glotonamente—. ¿Por qué tantos mientes con esa miserable? ¡Que la cuelguen!

—La acusación, por favor —intervino Sorka.

El legionario saludó:

—Señoras y caballeros, en nombre del pueblo acuso a Olga Geis de asesinato, torturas, trata de blancas y traición.

—¿Has oído? —preguntó *Hermanito*. Entonces se dio cuenta de que la mujerona se había sentado—. Oye, montaña de sebo, levanta el trasero del suelo y cuádrate cuando un juez se rebaja a hablarte. Bueno, ¿eres culpable o inocente? Contesta.

—No culpable —murmuró Olga.

—Investiguemos más a fondo —prosiguió Sorka—. La acusada puede sentarse.

El legionario se volvió hacia las sillas vacías que componían el jurado, y colocó una mano junto a la oreja, como si escuchara con atención.

—¿Qué opina el noble jurado? ¿Culpable o no culpable? Por desgracia, el jurado no puede hablar en voz muy alta y me ruega que manifieste su decisión. El jurado declara a Olga Geis culpable de todas las acusaciones, y delega en los nobles jueces la tarea de decidir qué castigo le corresponde.

En el mismo instante, una voz áspera resonó en el otro extremo del salón, junto a la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Arriba las manos!

No dábamos crédito a lo que veíamos. En la puerta había tres gendarmes, empuñando un revólver cada uno. El que había gritado era un *Oberfeldwebel*.

Entonces retumbó un disparo. Uno de los agentes acababa de tirar. La holandesa Anna lanzó un grito: un chorro de sangre le brotó de la boca, y se derrumbó sobre *Barcelona Blom*.

Olga se irguió con una exclamación triunfal:

—¡Quieren asesinarme! ¡Salvadme de estos brutos!

—Calma —gruñó el *Oberfeldwebel*—. Ahora lo arreglaremos todo. Somos especialistas en eso.

No tuvo tiempo de acabar. El suboficial que tenía al lado cayó de espaldas, emitiendo sordos estertores. Su revólver cayó al suelo. En su pecho vibraba el cuchillo morisco del legionario.

El *Oberfeldwebel* se quedó boquiabierto. Heide, con la rapidez de un rayo, recogió el arma del muerto, y agazapado tras el cadáver de Anna, apuntó a los dos gendarmes que seguían junto a la puerta.

—¡Arriba las manos!

Lentamente, los dos hombres levantaron los brazos. *Barcelona* los desarmó y *Porta* los registró. El teniente degradado tocaba:

La patria está tan, tan lejana...

El legionario recuperó su puñal, lo secó en la guerrera del gendarme muerto y volvió a guardarlo en su vaina. Después saludó al jurado y a los jueces.

—Disculpen la interrupción. Habíamos olvidado cerrar las puertas.

Los tres jueces deliberaron. *Hermanito* se echó a reír.

—¡La horca! —decidió—. Acusada, levántate.

La sonrisa triunfal de Olga había desaparecido. Nunca, ni en sus sueños más disparatados había llegado a imaginar que se pudiese levantar la mano contra un *feldgendarme*. Aquellos soldados debían ser liquidados, y el Führer tenía saberlo. Desesperadamente, miró a su alrededor y descubrió el retrato roto de Hitler. Lanzó gemido.

—En nombre del pueblo... —empezó a decir Sorka, recalcando las palabras.

Olga levantó la mirada. Era una pesadilla. Sorka, con un gorro negro en la cabeza. Y a su lado, *Hermanito*. ¡Canalla repugnante!

—En nombre del pueblo, Olga Geis, eres condenada por unanimidad a sufrir la pena de muerte en la horca. Uno de los jueces ha solicitado que seas torturada y que tu cadáver sea echado a los perros.

—¡He sido yo! —gritó *Hermanito*—. Sales muy bien librada.

—Bien —dijo el legionario—. La acusación se considera satisfecha.

—¡Tomad la cuerda! —gritó Heide, arrancando el grueso cordón de una cortina.

Hizo un lazo corredizo y lo colocó en el cuello de Olga, a quien el terror paralizaba, mientras *Hermanito* ataba las manos de la mujerona.

—¡Ahora el gran salto, amiga mía!

Olga empezó a chillar. De repente comprendía todo el horror de lo que iba a seguir. Arañaba, pataleaba, mordía. Se soltó por un momento, pero fue reducida por las muchachas, que la inmovilizaron. *Hermanito* y Heide la llevaron hacia la ventana, que las chicas acababan de abrir y ataron la cuerda a! mástil de la bandera.

Barcelona había confeccionado un letrero en el que podía leerse:

Traidora al pueblo

Hermanito ordenó a Olga que saltara. Por toda respuesta, ella empezó a pedir socorro. Nelly se apoderó de un fusil y dio a la mujer un golpe en las corvas que la precipitó hacia fuera. El mástil se curvó como un arco y pareció ceder, pero resistió. La mujerona se balanceaba como un péndulo; giraba sobre sí misma como una peonza; su cuello se alargó extrañamente.

Los espectadores se estremecieron. Cerraron puerta y todo el mundo regresó al salón. El teniente seguía tocando.

El legionario se encaró con los gendarmes, que estaban muy pálidos.

—¿Quién de vosotros ha disparado contra esa chica? —dijo mientras señalaba el cadáver de Anna, que yacía en medio de un charco de sangre.

El *Oberfeldwebel* temblaba; miró al pequeño legionario, parpadeó y después inclinó la cabeza mientras murmuraba con voz trémula:

—He apretado el gatillo sin querer, créame.

—Te creemos, pero esto no resucitará a Anna. Y ella desea tu compañía en el jardín de Alá. —Miró a Heide y a *Barcelona*. —Bajadle al patio, tras el estercolero.

Los perros rabiosos han de ser eliminados.

—¡Encantado! —dijo Heide, riendo—. Ven, pequeño.

Desaparecieron los tres. Todo el mundo se quedó escuchando. El teniente había dejado de tocar. Fue una espera larga, durante la que sólo se oía nuestra respiración. Incluso *Hermanito* y Porta callaban. Por fin sonó una ráfaga de fusil ametrallador y a continuación el disparo de un P-38.

—¡Amén! —dijo Porta, llevándose a la boca una botella de coñac.

Todo el mundo siguió su ejemplo. Fue una orgía furiosa.

Los rusos habían roto el sector sur del frente. El Viejo entabló contacto con el tercer Ejército rumano, al que estábamos adscritos.

Las órdenes fueron breves: reanudar el combate y mantener la posición.

Estuvimos a punto de morirnos de risa. Todo un Ejército estaba derrotado, ocho divisiones huían, y era preciso que una sección compuesta por elementos de todas las armas mantuviera la posición.

—¿Vais a luchar? —preguntó una de las chicas.

—Contra ti —repuso Porta, derribándola en el suelo.

El Viejo nos amonestaba, Hermanito bebía y el teniente húngaro seguía tocando. Barcelona y Heide disparaban sus fusiles ametralladores contra un gato. El legionario y yo escuchábamos el relato de una chica.

—Ya he oído esto bastantes veces —dijo el legionario mientras se preparaba para su plegaria cotidiana, desdoblando la pequeña alfombra que siempre llevaba arrollada a la cintura.

La muchacha se echó a reír, pero la risa se trocó en llanto. El legionario la había abofeteado con el dorso de la mano.

—No hay que reírse de las cosas sagradas.

Se arrodilló y se inclinó en dirección a La Meca.

HERMANITO Y EL CONSEJO DE GUERRA

La fiesta proseguía. Habíamos olvidado casi la guerra y todo lo que ocurría al noreste de la ciudad. El frente entero se había derrumbado. Columnas de fugitivos bloqueaban en toda su longitud la carretera; eran oleadas de soldados que llegaban desde las posiciones del frente, en dirección a los pasos de Kunduk.

Al otro lado del río, varios regimientos estaban cercados por las divisiones ligeras rusas. Otros fugitivos afluían desde Kisinov, empujados por un terror loco. En cabeza corrían los artilleros, que habían abandonado sus piezas.

Mezclados en aquella muchedumbre, había zapadores y soldados de infantería; aquí y allí se veía a algunos soldados de tanques. Reservas frescas, enviadas para taponar las brechas, que se contagiaban a su vez del pánico y tiraban las armas.

¿Cómo había empezado aquel pánico? Como tantas oírás veces. Un pequeño número de T-34, para sostener la moral de la infantería rusa, había penetrado en las primeras líneas alemanas, que, como siempre, eran muy débiles. Los tanques se encontraron sin pensarlo en la carretera, disparando en todas direcciones; entonces alguien gritó:

—¡Estamos cercados! ¡Sálvese quien ¡Los tanques de Iván están en la carretera!

Y luego empezó todo. Una sola idea obsesionaba a aquella multitud: evitar el cerco y la captura. A cualquier precio había que librarse del cerco de tanques.

En los estados mayores se recibieron noticia catastróficas. La compañía de T-34 se convirtió, en la imaginación de los aturdidos soldados, en batallones, regimientos, divisiones... Un capitán aseguró que todo el V Ejército ruso había hundido el frente, lo que era una imposibilidad material, porque la mayor parte de los blindados estaba descansando y rehaciéndose más allá de Kertz. Este capitán dio orden de quemar todos los documentos *gekados* y de volar todos los vehículos menos uno, el que utilizó él para huir.

Más tarde, aquel mismo capitán escribió una Memoria sobre la retirada estratégica de Tabar Bunari, y ese libro, utilizado actualmente en las escuelas militares, es considerado como un modelo de la táctica moderna de repliegue. El capitán se ha convertido en coronel del gran Estado Mayor general, después de obtener una condecoración por el éxito de su maniobra. Más tarde aún, una vez fue desnazificado por los tribunales, su libro le mereció nuevos honores.

Los T-34 que habían originado este pánico permanecían alineados en el estrecho camino, y empujaban hacia el Oeste a centenares de soldados desconcertados. Los pocos que trataron de conservar la serenidad fueron absorbidos muy pronto por la avalancha de fugitivos. Un comandante general penetró como una bala en un pantano. Cuando salió, tras esfuerzos desesperados, se encontró a retaguardia del pánico: heridos y mutilados que otros menos graves transportaban sobre sus hombros. El comandante lloró, pero sus lágrimas no podían detener a los tanques rusos, empujados hacia la vanguardia por sus fanáticos comisarios.

Las ráfagas ininterrumpidas de las ametralladoras diezmaban el rebaño humano. Por un momento, el comandante general contempló aquel infierno. Desesperadamente, arrancóse el rígido cuello y la cruz de caballero que colgaba de él; cogió varias granadas de mano, las ató juntas y corrió hacia el primer T-34. Pero a medio camino tropezó; las granadas rodaron bajo el tanque siguiente, sin estallar. El comandante vaciló un momento, muy cerca de los orugas, y al tratar de cogerse a algo asió un tubo de escape del que salían largas llamaradas; la mano chisporroteó como un huevo en una sartén demasiado caliente, las orugas cogieron una punta del capote del oficial y el hombre fue arrastrado hacia las poleas. Su grito fue oído por el comandante del tanque, teniente Pimen, del 19.º de Cosacos, quien miró por la

aspillera y vio un brazo que parecía saludar.

—Un nazi a quien hemos pellizcado la nariz —bromeó.

Como por un inmenso triturador, el comandante general, barón Von Bielow, fue convertido en picadillo. Los tanques siguientes machacaron los residuos; las moscas y los escarabajos no tardaron en acudir.

En Alemania, la baronesa tardó tres meses en enterarse de que el comandante había caído a la cabeza de sus tropas, durante un ataque contra las posiciones fortificadas soviéticas. Nadie moría jamás durante una retirada.

—Él se lo ha buscado —comentó riendo un soldado veterano, tendido en medio de la marisma junto con otros cuatro camaradas, para dejar que el ataque pasara de largo. Una táctica que sólo conocían los veteranos.

En Kita, al otro lado de la frontera, un consejo de guerra se había establecido en la casa del alcalde. Nadie había pensado en explicarles lo que ocurría. El consejo de guerra tenía desertores como quería, y condenaba a muerte sin pestañear. En el momento preciso en que los T-34 y los granaderos siberianos entraban por el extremo oriental de la pequeña ciudad, que se extendía en sentido longitudinal, se juzgaba el caso de un soldado de infantería que había abandonado sus armas.

El coronel presidente del consejo de guerra se regodeaba con las parrafadas; las adoraba; era capaz de pasarse horas enteras acariciando su biblioteca de obras relativas al Derecho militar y esperaba que después de haber firmado su condena de muerte número doscientos sería ascendido a general y llamado a Berlín, al Consejo Jurídico del Reich.

Desdichadamente, sólo iba por la ciento treinta y siete, el coronel se complacía con la idea de que nunca había visto ahorcar ni fusilar a uno solo de sus condenados. Cualquier escena de violencia le horrorizaba. Sus víctimas sólo representaban material jurídico; un mal necesario en el inmenso mecanismo que exigían la guerra y la victoria.

El coronel miró con indiferencia al aturdido soldado que iba a morir ahorcado para escarmiento de los demás. Un gendarme inmenso apoyó su manaza en el hombro del soldado andrajoso y dijo con amabilidad:

—Vamos, camarada, ven. Ha terminado, estás suprimido.

El condenado salió de su estupor:

—¡No, no! —gritó mientras se resistía.

El corpulento gendarme estaba acostumbrado a tales reacciones. Desapareció toda amabilidad.

—¡Cerdo! —siseó golpeándole en la espalda—. ¡Perro! ¿Te atreves a resistirte?

Con una dolorosa llave derribó al desdichado y le arrastró hacia la puerta.

En el mismo momento, tres cañonazos retumbaron ante el edificio. El yeso del techo cayó sobre el tribunal, y las salvas resonaron en las largas calles provincianas.

—¿Qué es ese ruido? —gruñó el coronel Schmidt, muy irritado, mientras se limpiaba el polvo de su hermoso uniforme color gris perla.

Uno de los jueces, el capitán Laub, del 7.º Ciclista, se levantó y miró por la ventana. Blanco como una sábana, se volvió hacia el coronel.

—¡Los rusos!

—¿Qué dice usted? ¿Cómo pueden estar aquí los rusos? Oiga, capitán, ¿no estará propalando una falsa alarma?

El procurador, comandante Blank, que miraba por la otra ventana, sonrió forzosamente.

—Por desgracia, el capitán Laub tiene razón. Son los rusos.

—¿Se ha vuelto usted loco, comandante Blank? —exclamó el coronel mirando al sonriente comandante.

El gendarme había soltado al condenado a muerte. El miedo le recorría la espalda como si fuese un ratón.

—¡Iván! Dios mío, ¿qué hemos de hacer?

El condenado, que veía una posibilidad de salvación, se levantó de un salto y corrió por el pasillo desierto; salió a la calle, donde los T-34 escupían la muerte en todas direcciones. De todas las casas salían soldados vestidos con uniformes de color pardo; sus cascos verdes les daban un aspecto extraño, e incluso diabólico a la luz de las llamas. Un gigante con gorro de piel y chaqueta de cuero se acercó velozmente a la escalinata de la alcaldía. Pasó por encima de varios cadáveres, empujó al desertor y gritó en buen alemán:

—¿Qué ocurre aquí?

El soldado tuvo un sobresalto y quedó petrificado, sin que de sus labios surgiera el menor sonido. Levantando su fusil ametrallador, el comisario le metió dos balas en la cabeza. El hombre rodó escaleras abajo hasta la calle.

«Ya veis —hubiese dicho el doctor Goebbels—, incluso los condenados a muerte luchan por el Tercer Reich». Y millones de ingenuos se lo hubiesen creído. Pero ni el doctor Goebbels ni nadie supo jamás lo que había sido del soldado Wulff. Durante algún tiempo se le buscó como desertor, se importunó a sus padres y otros parientes, se detuvo a su madre como rehén, porque se sospechaba que había ocultado a su hijo. La verdad era mucho más sencilla. El granadero de tanques Pavel Rilski confundió al cadáver con un emboscado y le lanzó varias granadas de mano, luego, un T-34 al retroceder, aplastó lo que quedaba de Wulff, un perro se comió un pedacito, y un cerdo errabundo lo demás.

El comisario lanzó una seca orden. Media docena de siberianos con uniformes pardos penetraron en la casa. El capitán Laub buscó su revólver, pero en el mismo momento el cabo siberiano Balama le envió una rociada de su fusil ametrallador. Al caer, en el aristocrático rostro del capitán se veía el asombro que le había producido

todo aquel estrépito.

El coronel, que estaba no menos bien educado, no podía ocultar su enojo al verse molestado de aquella manera, mientras se dedicaba a sus ocupaciones más queridas.

—¡Señores, señores, domínense! —gritaba, con enfado—. Nos rendimos y ponemos en sus manos nuestro destino.

El cabo Balama escupió y dijo:

—Stoi!

El feldgendarme que trataba de pasar desapercibido junto a la pared recibió un buen culatazo, lo que hizo que se precipitara, muerto de miedo, contra su jefe, a quien la cosa incomodó mucho. El coronel nunca había podido tolerar el olor de la gente que no se lavaba bien.

—*Davai, davai!* —ordenó al cabo Balama.

Sus soldados reían y repetían *davai, davai!*, mientras empujaban a los oficiales. Un tirador siberiano clavó lentamente su bayoneta en la nuca del *feldwebel* de Artillería que había actuado como testigo durante el juicio. El ujier dejaba tres niños y una viuda que tenía dos amantes; un intendente de la estación marítima de Murvik y un carnicero de Neumünster, fabricante de embutidos para el ejército del Aire. Aquellos embutidos de sebo había sido una buena idea. Evitaron el frente a su fabricante durante varios años. Una caja de conservas de cerdo especial de Dinamarca había sobornado al capitán de reclutamiento; ¡la guerra podía durar treinta años! Era inaudito lo que el carnicero de Neumünster podía obtener con sus embutidos. Por ejemplo, un buen número dentro del partido, de antes de 1935, naturalmente, o el envío al frente del Este de un acreedor molesto, con la mención en tinta azul: «Regreso indeseable».

El comisario con cazadora de cuero llegó al tribunal, se echó hacia la nuca su gorro de piel y lanzó unas órdenes guturales. Los supervivientes del consejo de guerra 4/6 306 fueron empujados brutalmente fuera del edificio y amontonados en la parte posterior de un T-34 que, ya sin municiones, regresaba a su base llevándose los prisioneros.

Hermanito y Barcelona Blom, ocultos en un bosquecillo de abetos, oyeron llegar al T-34. Las cadenas tintineaban, el conductor aceleraba inútilmente; tenía miedo. Su instinto le advertía el peligro. Ya en dos ocasiones se habían extraviado y en aquel momento sólo Dios sabía dónde estaban. El comisario amenazaba al conductor cada vez que el motor fallaba.

«Vete al diablo», pensaba el conductor lo decía. Aquel comisario era un cerdo que llegaba de la escuela política de Moscú.

—Si por lo menos hubiese algunos Fritz aquí para calentarles el trasero —cuchicheó el encargado de las municiones.

—¡A que es un ataúd de plomo que retrocede! —gruñó *Hermanito*

incorporándose sobre un codo—. ¡Este cretino busca el suicidio! ¿Estás de acuerdo, aficionado a las naranjas? ¿Nos lo cargamos? Me cubres con tu fusil ametrallador, a mí, que soy el mejor soldado del mundo, mienta le lanzo un pepino.

—¿Estás chiflado? —gritó *Barcelona*—. ¡Que se largue ese imbécil! Nosotros estamos aquí para impedir que Iván llegue al burdel, y esta carretilla no podrá apartarse del camino, puesto que al lado está el pantano. Así que haya pasado, ponemos minas en el camino, y cuando llegue al agua tendrá que retroceder a la fuerza. Entonces, adiós los colegas.

—¡Jesús! —suspiró *Hermanito*, señalando el T-34 que aparecía a lo lejos—. ¡Mira! Viene cargado de gente... ¡Son de los nuestros!

—Debe ser una pandilla de héroes cansados camino de Moscú.

El motor del T-34 tuvo varios fallos sonoros y después se detuvo. El motor de arranque ronroneo inútilmente. Resonaron voces furibundas.

Hermanito se rió y colocó en posición su M.G., con la culata bien apoyada en el hombro. Empujó su sombrero hacia la nuca, para poder apuntar mejor.

—No hagas el estúpido —susurró *Barcelona*—. Te repito que no estamos aquí para eso. *El Viejo* no nos ha ordenado que disparemos.

Hermanito, sin dejar de reír, cogió el cargador y sin producir ningún ruido lo encajó en su arma. Era un maestro en aquella clase de ejercicio: el legionario le había enseñado a hacerlo.

El primero que cayó fue el comisario con la cazadora de cuero. Llevado por la cólera, había saltado del tanque.

—¡Esto os llevará al batallón disciplinario! —gritó amenazadoramente al cargador y al conductor.

En aquel momento resonó un disparo. Uno solo. El comisario se irguió cuan alto era y después se derrumbó como un árbol, de bruces. El cargador del T-34 lanzó un grito de espanto:

—¿Qué ocurre?

Reinaba un silencio algodonoso. Sólo se oía el viento que susurraba en las copas de los árboles; después, las ranas del pantano empezaron a croar, como si comentaran el acontecimiento.

En la parte posterior del tanque se acurrucaban temerosamente los prisioneros. El coronel había perdido la gorra; su cabello, blanco como la nieve, lucía como si fuese de seda; parecía un abuelo campechano y no un juez implacable.

—¿Quién diablos ha disparado? —preguntó el cargador.

Nadie contestó, porque nadie sabía exactamente qué había sucedido. El comisario, objeto mudo del drama, yacía en el camino, con el rostro en un charco de sangre, un charco de color rojo oscuro que aumentaba incesantemente y sobre el que zumbaba ya un enjambre de moscas.

El cargador se izó fuera de la cúpula y saltó al camino. Poco después le siguieron el conductor y un fusilero, los dos piadosamente abrazados y contemplando a su jefe muerto. Se sentían inverosímilmente solos en aquel bosque soleado.

Hermanito reía silenciosamente.

—¡Exactamente como en el patio, un día de ejecución! —susurró mientras acariciaba su arma.

Muy lentamente, el cañón se desplazó; *Hermanito* pegó un ojo al visor; con precaución arqueó un dedo sobre el gatillo; se hubiera dicho que disfrutaba locamente. *Barcelona* observaba el dedo que iba oprimiendo el gatillo.

—¡Te digo que acabes de una vez! Nos atraparán. *El Viejo* ha recomendado que no disparemos— ¿Vas a chivarte? A esos cerdos me los cargos. No todos los días se encuentra a un grupo lo bastante cretino como para apearse de su carretilla. Cosechador de naranjas, hay que castigar a esos soldados de cartón.

Los disparos resonaron uno tras otro. Hubo un eco sonoro. Las ranas se atemorizaron, y el bosque pareció desaparecer un momento.

Los tres soldados rusos cayeron amontonados, como muñecos. El oficial de la *feldgendarmerie* se irguió y gritó aterrado, mientras levantaba los brazos por encima de la cabeza.

—*Tovaritch, tovaritch!* ¡No disparéis!

—¿Te has fijado en ese héroe de pacotilla? —dijo, riendo, *Barcelona*, irguiéndose hasta quedar de rodillas—. Uno de verdad, con placa y toda la mierda, que se ha rendido a Iván. ¡Mátalo, Hermanito! Odio a esa gentuza.

—*Himmel!* ¡(¡Cielos!) —gritó *Hermanito*, levantándose también—. ¡Todo un consejo de guerra! No había visto un rebaño de mongoles como éste desde hace más de diez años. ¿Para qué debía de querer Iván a estos asquerosos?

Barcelona, ya en pie, hacía ademanes de invitación con ayuda de su fusil ametrallador.

—¡Venid, pequeños, venid!

Toda la pandilla se puso en movimiento. Con precaución, como si anduvieran pisando cristales, los oficiales del consejo de guerra avanzaron hacia los dos soldados andrajosos que reían entre los abetos. *Hermanito*, muy excitado, hurgó amistosamente el vientre del coronel, mientras canturreaba una canción de su cosecha.

—¡Primero estos caballeros! —dijo riendo *Barcelona*, indicando el sendero de ramas que atravesaba el pantano.

Todos parecían paralizados. Sólo *Barcelona* y el gigante conservaban un excelente humor.

—Hablad en voz baja, queridos camaradas —cloqueó este último—. De lo contrario, vais a tropezaros con una bala de Iván.

En el mismo instante, una salva crepitó entre los arbustos.

—Son triquitraques —explicó *Barcelona* al tembloroso comandante que actuaba de procurador antes de la llegada imprevista de los rusos.

—¿Por qué disparan de esta manera? —pregunto el *feldgendarme*.

—Se ve que tu cochina jeta no es de su agrado —contestó desvergonzadamente *Hermanito*.

Al llegar junto a un espeso arbusto, *Barcelona* se detuvo:

—¿Qué te parece? ¿Corremos el nesgo o nos quedamos aquí hasta que anochezca? Creo que ahí delante Iván está muy inquieto; parece como si supiese que tenemos a estos mierdosos con nosotros.

Y sonrió al coronel del consejo de guerra.

—Que les den morcilla —gruñó *Hermanito*, dejándose caer en el suelo húmedo.

Barcelona se sentó a su lado y sacó del bolsillo varias colillas mojadas. Con mucho cuidado, para no perder ni una brizna, lió un cigarrillo con papel de diario, dobló los dos extremos y lo alargó a *Hermanito*; después, se fabricó otro para él, algo más pequeño, pero era lógico: el camarada debía tener el mejor.

—¡Por nuestro Señor! Bonito día —suspiró el gigante, desperezándose.

El musgo húmedo era suave, y *Hermanito* ni siquiera se daba cuenta de que estaba empapándose. Aplastó un batallón de mosquitos.

—¿Valen algo esos cigarrillos? —preguntó irónicamente el jurista del consejo de guerra, contemplando desde toda su estatura a los dos soldados verosíblemente sucios que estaban tumbados en el barro, ante él.

—Menos que un pedo —contestó riendo *Hermanito*—. ¿Y sabes por qué, señor jefe de los cazadores de cabezas? Y acentuó la palabra «jefe»—. Porque tú estás delante de mí. *Paniemaio*?

El jurista sintió que se atragantaba. Una cosa de aquella envergadura no le había ocurrido nunca. Aquel soldado de frente estrecha, de catadura de malhechor... Una nueva ráfaga de proyectiles lo salpicó de tierra.

—¡Dios mío! —gimió el coronel.

—No tengáis miedo, no tengáis miedo —dijo *Barcelona*, burlón—. Iván sólo quiere recordarnos que está ahí, para que no creamos que hemos vencido.

—¿Por qué diablos no proseguimos? —preguntó con impaciencia el comandante, mirando a *Barcelona*, que estaba sentado junto a *Hermanito*, el cual yacía repantigado sobre el musgo fangoso, con un estuche de máscara antigas bajo la nuca. Ni el uno ni el otro habían pestañeado cuando la ráfaga de ametralladora cayó tan cerca de ellos.

El comandante, irritado repitió su pregunta. *Barcelona* le contempló prolongadamente antes de contestar. La respuesta era evidente, llenó de turbación el alma de los miembros del consejo de guerra.

—Si quiere saludar a los colegas, comandante, no tiene más que avanzar otros diez pasos. Entre aquí y la antigua posición donde nuestros tanques formaban un erizo, hay varias capas de cadáveres de imbéciles que enojaron a Iván mostrándose en el sendero a pleno día. Nosotros hemos de llegar mucho más lejos, porque ahora es Iván el que ocupa el erizo, y habrá que atravesarlo para alcanzar el burdel.

—¿El qué? —tartamudeó el comandante.

—El burdel. Es allí donde está la posición —contestó *Barcelona*, risueño—; es decir, allí están los compañeros y las putas, en espera del enemigo.

Los miembros del consejo de guerra se miraron. Aquel lenguaje era chino para ellos.

—¿Por que tenéis tanta prisa? —murmuró *Hermanito*, mientras olisqueaba una flor de diente de león—. Aquí no hay peligro. Al otro lado del pantano os espera la muerte del héroe y el cementerio. —Sopló con fuerza, imitando el ruido de un avión por el aire. —Estamos cercados —añadió. Y fue como si hubiera explicado a los presentes un secreto extraordinariamente divertido.

—¡Cercados! —exclamó el comandante, frotándose las manos con ansiedad.

Sin prestarle ya ninguna atención, *Hermanito* y *Barcelona* empezaron a discutir sobre sus preferencias culinarias a base de manteca y judías. *Hermanito* meneó la cabeza.

—Y no olvides añadirle unas cuantas cebollas enteras. Pero cuando se anda a contraviento y al final de la columna, si la compañía ha comido... ¡Hum!

—¡Qué cerdos! —murmuró con asco el coronel, alejándose cuanto le fue posible.

En el mismo momento, del Sudeste llegó un aullido. Un aullido prolongado, como el rugido de un órgano, imposible de definir, y que se extendía a muchos kilómetros. Se oyó dos o tres veces. Luego de repente, se desencadenó el cataclismo de una orquesta de centenares de órganos aullando todos a la vez.

Una parálisis total se apoderó de aquel sector del frente. Los tiradores escogidos bajaron sus fusiles: los servidores de los morteros se acercaron los unos a los otros como buscando una protección mutua; la palabra «¡fuego!» murió en los labios de los oficiales, y la nariz de *Hermanito* se hundió en el barro. El *feldgendarme* mostró unas encías de perro enfermo; el comandante rascaba en el suelo con el pie, como para encontrar refugio en la pestilente marisma. El coronel, olvidándose del ser maloliente que era *Hermanito*, se le arrimaba instintivamente, pese a que Dios sabe que apestaba horrores. Hacía por lo menos un año que un pedazo de jabón no se le acercaba a distancia razonable.

El gigante sonrió mientras contemplaba el cabello blanco, ligeramente perfumado, del jurista, por el que se paseaba una mosca. Una voluminosa mosca azul. A *Hermanito* le costó refrenarse y no escupir contra la mosca: ¡Si la alcanzaba batiría una marca! Pero vio los ojos del coronel que le miraban. Eran los ojos de un viejo

donde se reflejaba el terror de lo que iba a ocurrir.

Y la cosa estalló en surtidores de fuego. Un estrépito gigantesco invadió la naturaleza, cual un terremoto que huyera bajo los pies. Los árboles segados, caían en medio de un chapoteo fangoso. Una batería entera de campaña surgió de repente como un torbellino: cañones, hombres, armones, vehículos, todo fue proyectado por el aire y cayó formando un enorme montón de chatarra. Una tercera salva alcanzó un batallón disciplinario de infantería motorizada que ocupaba posiciones en un repliegue del terreno. El fuego duró apenas cinco minutos, y del batallón no quedó más que una sección y un oficial, un oficial con un ojo destrozado. Era un teniente muy joven, recién llegado al frente. Se volvió loco.

Pero *Hermanito* y los otros ignoraban todo esto. Sólo oían tras de ellos los aullidos de aquel infierno. *Hermanito* yacía como un muerto, con la cabeza hundida en el barro, y tan salpicado por la caída de las granadas que era prácticamente invisible. El primero que emergió fue *Barcelona* Blom. Se secó el rostro manchado y echó una ojeada a su alrededor. A lo lejos se escuchaba aún el estallido de las granadas.

—¡Válgame Dios, qué mierda! ¡Y Goebbels que dice que Iván ha perdido la guerra!

—Órganos de Stalin del mayor calibre —corroboró *Hermanito*, poniéndose a maldecir al universo.

Barcelona señaló irónicamente a los miembros consejo de guerra, que seguían pegados al barro.

—¡Vamos! ¡Olfatear la tierra rusa! —gritó irónicamente—. ¡No pensaréis que vais a vivir eternamente! ¡Sois polvo y al polvo habéis de volver!

Hermanito gruñía, carraspeaba y se metía los dedos en la nariz.

—¡En pie, héroes! La guerra continua.

Todos se levantaron, aturcidos; el *feldgendarme* lloraba en silencio. *Hermanito* escupió en su dirección.

—¿Qué te ocurre, basura? Ya ha terminado. Hasta la próxima vez, claro. Y esto no es nada al lado de lo que os prepara *el Tuerto*. ¡Esperad a verle! ¡*El Tuerto* os pondrá el trasero al rojo vivo!

Se sentó, se rascó la pelambrera, recogió el sombrero gris y se lo colocó en la cabeza.

Era cómico, pero nadie se rió.

—Habéis de saber, héroes, que soy *Hermanito*, de san Pablo. Tres mil combates cuerpo a cuerpo, tantos colegas liquidados que no habría manera de contarlos. No existe ninguna forma de esta cochina guerra que yo no conozca. Soy la mascota de la compañía. He chapoteado en el mar Negro, he comido caviar podrido junto al Volga, y he clavado más de una vez mi cabeza en el vientre de un Iván. Tengo todo un saco

de dientes de oro procedentes de los héroes que la han diñado, y así que vosotros también reventéis, tendré los vuestros. Es para después de la guerra. Venderé el oro para comprar una fonda. En Fagen, aquellos perros me pegaron como no podéis tener idea. Pero os aseguro que nunca he tenido miedo a nada, ni siquiera cuando pensaba que iban a descoyuntarme. ¿No es así, amante de las naranjas?

—Muy cierto —corroboró *Barcelona*, mientras limpiaba su fusil ametrallador.

La voz de *Hermanito* se convirtió en un susurro y su mirada se fijó en algo. Levantó las manos para protegerse de una visión terrible.

—Pues bien, tal como me veis, un día temblé como un conejo ante una boa; el legionario castañeteaba de dientes y todos los compañeros callaron como muertos. ¿Y quién nos inspiraba mi pánico así? El abuelo Mercedes: *el Tuerto*.

El comandante, a quien este discurso parecía horrorizar, no pudo contener el deseo de preguntar quién era aquel famoso *Tuerto*. Sin duda un viejo *feldwebel* que habría conseguido ganarse el respeto de aquella pandilla de granujas.

—¡Imbécil! —exclamó *Hermanito*, olvidando por completo con quién hablaba—. Muy pronto lo sabrás. Cinco minutos con *el Tuerto* y tendrás diarrea durante cinco días. Aficionado a las naranjas, explícales quién es *el Tuerto*.

Barcelona se limpió las manos en los fondillos del pantalón y se humedeció los labios.

—*El Tuerto* —dijo con respeto rayando en la veneración—, es el comandante de nuestro regimiento. Pesa ciento dieciocho kilos. Ningún casco es lo bastante grande para su cabeza, de modo que siempre se cubre con un gorro ruso.

—¡Vuestro comandante! —exclamó el comandante, atónito—. ¿Y os atrevéis a llamarle *Tuerto* en presencia de un oficial? Cuidaré de que se prepare el informe oportuno.

—De acuerdo —replicó *Hermanito*, risueño—, pero primero espera a ver a *el Tuerto*. Se soltará un pedo en tus narices.

El comandante, con el rostro congestionado, abrió la boca, pero *Barcelona* le interrumpió.

—Nuestro comandante, el coronel Carl Ulrich Mercedes, que pesa ciento dieciocho kilos, sólo tiene un ojo. El otro lo lleva cubierto con una venda negra. Cuando luchamos y el comandante está presente, lo que siempre ocurre, quiere que todo el mundo se tutee, y que le llamemos *Tuerto*. Los que olvidaron hacerlo no están ya entre nosotros. Así que ha terminado la batalla y estamos descansando, volvemos instantáneamente a tener disciplina. Cuartel, cuartel. Algunos lo han olvidado, pero tampoco ellos están entre nosotros. En el combate, *el Tuerto* no soporta ninguna distinción, ninguna condecoración, ningún galón.

Y *Barcelona* miraba con insolencia los galones dorados de sus interlocutores.

—Si hubiese que creer esta historia —dijo el coronel al comandante—, la cosa

rebasaría toda posibilidad lógica. Será preciso investigar. Todo esto es de lo más extraño.

—No eres muy listo —cloqueó *Hermanito*—, pero ya mejorarás cuando hayas charlado con *el Tuerto*.

Esta vez, el coronel estalló:

—Ante todo, exijo que cambie de tono cuando hable conmigo. Ya verá lo que le ocurre cuando pueda hablar con su comandante.

—Cuentos —murmuró *Hermanito*.

Del rostro del coronel desapareció todo color. Tragó saliva y de su garganta escaparon unos ruidos extraños, *Hermanito* sonreía en espera de la contestación. No la hubo, pero el comandante, el procurador del tribunal, avanzó un paso y llevó una mano al sitio donde hubiese debido estar su revólver. De repente recordó que ya no lo tenía, que los rusos se habían quedado con él. Su mano se inmovilizó un momento, vaciló y cayó fláccidamente.

—Os haré comparecer ante un consejo de guerra —gruñó.

—Sí, con la horca o el paredón como premio. Conocemos el paño. —*Hermanito* se volvió hacia *Barcelona*.— ¿Tienes un cigarrillo?

Bajo sus pies, el sendero de ramas que atravesaba el pantano se movía como una embarcación a impulsos de la marejada. *Hermanito* andaba en cabeza, con el fusil ametrallador apuntando oblicuamente; tras de él, *Barcelona* estaba preparado para disparar contra el menor indicio sospechoso. Ni un árbol se sustraía a sus miradas. La muerte acechaba en todas partes.

El coronel, poco acostumbrado a aquellos caminos fangosos, andaba penosamente. Había perdido toda su jactancia; su uniforme gris claro no era más que una mancha de barro, con el cuello arrancado a medias y los pantalones de montar desgarrados. Su cabello blanco brillaba en algunos puntos, entre las manchas verduzcas del agua corrompida.

Jadeaba, tenía miedo... Era un mundo inimaginable, una pesadilla atroz... Él, un coronel jurista, juez de un consejo de guerra, entre aquellos soldados pestilentes, aquella carne de horca. Dios mío, tenía que encontrar una cama lo más rápidamente posible, una cama blanca y perfumada...

De repente, tropezó en las ramas, perdió el equilibrio y se zambulló en el pantano como si fuese una culebra. Lanzó un grito penetrante. Sus labios temblaban. Forcejeando, se aferró a una rama, que se rompió con un ruido seco. Y notó que se hundía lentamente. Gritó desesperadamente. Un pájaro asustado salió volando. El coronel cogió otra rama, que se rompió lo mismo que la primera.

Hermanito y *Barcelona* se detuvieron.

—¿Qué haces ahí dentro? —dijo *Hermanito*, con burda satisfacción.

Ninguno de los dos hizo el menor ademán para prestar socorro al viejo que no

soportaba el olor de un soldado mal lavado.

El comandante se arrodilló para tratar de ayudar al coronel, pero no lo consiguió; el gendarme se quitó la guerrera y la tiró al desdichado, que la cogió al vuelo. Entre los dos, empezaron a tirar del desgraciado, aunque sin éxito. El hombre parecía sujeto con tornillos. La marisma no suelta fácilmente su presa.

—Harías mejor en permanecer inmóvil, camarada —recomendó *Hermanito*—. Te hundirás menos de prisa y la vida durará más rato. —Lió un cigarrillo, que compartió con *Barcelona*, y los dos permanecieron silenciosos, contemplando al hombre que desaparecía. —Todo lo más, tiene para cinco minutos —profetizó el gigante—. Después tendrá que beberse el pantano si quiere salir de nuevo.

El comandante se levantó de un salto:

—¡Ayúdenos inmediatamente! ¡Es una orden!

—¡Vete al cuerno! —gruñó *Hermanito*.

El oficial cogió una gruesa rama. Lentamente se acercó a los dos hombres, que le miraban con curiosidad. Levantó la rama. *Hermanito* sonrió; entonces sonó el disparo. Un chasquido seco. Malévolo. El comandante soltó la rama, levantó los brazos y cayó.

Los dos soldados, con movimientos sincronizados, se dejaron caer de bruces en el suelo.

—¿Dónde está el otro? —cuchicheó el gigante, apoyando en el hombro la culata de su arma.

—Supongo que allí, entre los abetos. Pero el cerdo tendrá menos paciencia que nosotros; ya lo verás.

Hermanito rió guturalmente.

—Le cazaremos. Presiento que nos acecha. No te muevas.

El gendarme se había dejado caer al suelo, junto al comandante muerto. Se incorporó levemente y aquello bastó. Sonó un disparo. Trató de levantarse. Otro disparo, y un cuerpo camuflado con ramas cayó rodando en el sendero. El casco y el fusil de precisión brillaron.

—Buen disparo —dijo *Hermanito*, pegando una palmada en los hombros de *Barcelona*—. Cuando la guerra de Adolf se haya perdido, serás un estupendo recolector de naranjas.

Se levantaron muy satisfechos. Volvieron de espaldas al soldado y le registraron los bolsillos con pericia. *Hermanito* mostró unos alicates. Con el cañón del revólver abrió la boca del comandante y tres dientes de oro desaparecieron en el saquito.

—Ese asqueroso coronel me ha robado dos —dijo, y escupió en dirección a los cabellos blancos, que aún sobresalían del barro.

—El consejo de guerra queda aplazado por toda la eternidad —cloqueó *Barcelona*—. ¡Idos al diablo, pandilla de cerdos!

Se sentaron un momento para contabilizar el botín de *Hermanito*: ochenta y seis dientes de oro. El propietario se probó uno en el hueco que tenía en su propia boca.

—¿Crees tú que debería guardarme uno para mí?

—Oh, no, es demasiado peligroso. Ya sabes que Porta los colecciona también. Yo preferiría no llevar ninguno.

Hermanito volvió a guardar los dientes en el saquito.

—¿Tendrá alguno éste? —dijo, indicando el cadáver del gendarme—. Creo que los habría visto mientras nos chillaba, pero nada cuesta comprobarlo. —Cogió con ambas manos la mandíbula del muerto e inspeccionó su dentadura.

—¡Qué miseria! Le falta tres, y casi todas las demás están cariadas. ¡Ser *feldwebel* y no cuidarse los dientes! ¡Es vergonzoso!

Los dos compañeros se levantaron y prosiguieron la marcha. Avanzaron paso a paso con todos los sentidos alerta. De repente, algo se movió entre las cañas. *Hermanito* disparó desde la cadera y unos gritos penetrantes demostraron que había apuntado bien.

—¡Qué suerte! Eran los candidatos al suicidio, con sus cuchillos de cortar maíz. Si llegan a caernos encima nos rebanan el cuello.

—Sería asqueroso morirse aquí. Uno desaparece con toda la dentadura, sin dar la menor posibilidad a nadie.

Anocheía cuando los dos soldados llegaron a la pequeña población rumana, y el relato de sus aventuras fue hecho con gran consumo de vodka y de salchichón. *El Viejo* fumaba con su pipa y carraspeaba.

—No cabe duda de que estamos cercados. Julius y Sven han ido hacia retaguardia y se han tropezado con una compañía de Infantería apoyada por tanques—. Miró a Porta. —¿Sois tú y el rumano quienes habéis ido hacia la playa? ¿Habéis visto enemigos?

—Los suficientes para complicarnos la existencia. No creo que nos convenga una temporada de baños de mar.

—¡Hum! —*El Viejo* chupaba cada vez con más fuerza su pipa. Se pellizcó la nariz, síntoma de profunda reflexión—. ¿Cómo atravesar las líneas?

—¿Llegan los rusos? —gritó una de las chicas, vestida con ropa interior verde, que jugaba a los dados con un cabo rumano.

Nadie contestó. Ella ganó la partida y se olvidó de los rusos.

El Viejo desplegó un mapa, sobre el que se inclinó en compañía del legionario.

—Creo que por aquí podríamos pasar —dijo el legionario, cuyo dedo se desplazó a lo largo de una línea verde y ondulada.

—Sesenta kilómetros de pantano y de espesos bosques —murmuró *el Viejo*, después de haber examinado el sector—, pero es nuestra única probabilidad.

Hermanito, que bebía glotonamente, preguntó de repente:

—¿Dónde está nuestro aporreador de pianos? Cuánto me gusta escuchar música.

—Se ha metido una bala en la sesera —contestó Heide.

El gigante se levantó de un salto:

—¡No es posible! ¿Dónde está el pianista?

—Puedes ahorrarte la molestia —replicó Porta, riendo. Y le enseñó un diente de oro.

El Viejo se levantó y se ajustó el correa.

—Nos largamos. Iván puede llegar de un momento a otro y ya sabéis lo que nos esperaría entonces. Tú, Heide, cuida de que cada chica reciba un revólver.

—Entonces, pegad con la culata. En los ojos.

Salimos apresuradamente de la villa, en dirección a las marismas. En la cabeza trotaban *Hermanito* y Porta, que eran los más hábiles para descubrir un camino. Durante un breve descanso en un bosque espeso, oímos tras de nosotros un violento fuego de fusilería.

—Iván ha llegado —cloqueó Porta.

—¡Aprisa! ¡Adelante!

La estrafalaria columna reanudó la marcha. Cinco soldados rusos que custodiaban un puente no atinaron a disparar, al contemplar el aspecto del soldado que salió del bosque: llevaba un sombrero de copa amarilla y un uniforme camuflado ruso. Detrás iban dos muchachas armadas, con ropa a medias civil y militar. Les seguían cuatro rumanos, cuyo uniforme caqui podía ser confundido con los de los rusos. Éstos precedían a un grupo de muchachas, más o menos vestidas y armadas hasta los dientes.

Los cinco rusos se dieron cuenta de la realidad demasiado tarde. Varios cuchillos silbaron por el aire. Los soldados cayeron sobre las tablas del mismo puente y cinco muchachas se vistieron inmediatamente con los uniformes enemigos.

—Si Iván les echa mano vestidas así, les espera la horca —cuchicheó el legionario a Porta.

—Y a nosotros un balazo en la nuca. De modo que...

En la pequeña población rumana empezaron a penetrar los tanques. La primera cosa que vieron fue el cuerpo de Olga colgado del mástil de la bandera. Los soldados se agruparon ante el letrero: «Traidora al pueblo». Nutridos disparos y granadas de mano machacaron la casa durante un cuarto de hora, antes de que los asaltantes se dieran cuenta de que la villa estaba desierta. Hubo muchas discusiones sobre la identidad de la ahorcada, y se llegó a la conclusión de que era una partisana, una heroína asesinada por las bandas fascistas.

—¡Mueran los verdugos! —gritaron al bajar el cadáver de Olga, que primero fue fotografiado balanceándose del mástil de la bandera.

Fue enterrada con honores militares; ante la tumba se dispararon nueve salvas, y

en un pedazo de madera fue escrito:

«Aquí yace Olga Greis, muerta luchando heroicamente por la libertad del pueblo. ¡Viva Stalin!».

La ceremonia fue asimismo fotografiada; después se forzó la bodega y todo el mundo bebió como sólo los rusos saben, en una orgía infernal.

Entretanto, Porta y *Hermanito*, en cuclillas para satisfacer sus normales necesidades fisiológicas, charlaban placenteramente, contemplando un diario ruso. Comparaban dos fotografías en colores, una de Hitler y otra de Stalin. Porta se limpió con Stalin, *Hermanito* con Hitler.

—Es una papel muy suave. Exactamente el que a mí me gusta —dijo Porta, guardándose el resto de la hoja para la próxima vez.

—¿No es alta traición limpiarse el trasero con Hitler? —observó *Hermanito* mientras reanudaban la caminata por el sendero.

—Todo lo que hacemos es alta traición —replicó plácidamente Porta—. Así, pues, ¿por qué preocuparse? Siempre habrá en algún sitio un batallón de castigo que te estará esperando.

Fin



SVEN HASSEL, (nacido en Frederiksborg, Dinamarca, el 19 de abril de 1917) es el seudónimo del escritor danés Boerge Villy Redsted Pedersen. Es hijo del oficial austriaco Peder Oluf Pedersen, y Hansinge Hassel (danesa), más tarde el joven Boerge tomó el apellido de soltera de su madre y desde entonces se llamó Sven Hassel.

La crisis generalizada de 1930 le obliga a emigrar a Alemania en busca de trabajo. En 1931, a los 14 años de edad, se enrola en la marina mercante como mozo de cabina, dando la vuelta al mundo. En 1937 se alista en el ejército alemán y es destinado al 7.º Regimiento de Caballería, donde se le obliga a nacionalizarse para permanecer en filas. En cuanto lo hace, es trasladado al Panzerregiment 2 (2.º Regimiento de Carros de Combate) en Eisenach. Su regimiento participó en 1939 en la invasión de Polonia. En 1941 sirve como Gefreiter (Cabo) de su regimiento cuando deserta y es condenado a rehabilitación en una prisión militar. Tras su paso por un campo de trabajos forzados, es reincorporado al ejército en el 27.º Regimiento de Panzers, un Batallón Disciplinario. Hasta el final de la guerra, Sven participó en todos los frentes del ejército alemán a excepción de África (debido a que su barco es hundido en el trayecto a África). Herido múltiples veces, llega a recuperar sus galones y acaba la guerra como Leutenant (Teniente), recibiendo la Cruz de Hierro de 1.ª y 2.ª Clase, además de otras condecoraciones Finlandesas e Italianas.

Al finalizar la guerra, se rinde a los rusos en el Parque Tiergarten de Berlín, a un paso del búnker de Hitler en la Cancillería y es internado en varios campos de prisioneros. Mientras está en prisión, comienza a escribir su historia, como un

homenaje a sus camaradas muertos en combate. Al ser liberado en 1949, ingresa a la Legión Extranjera donde conoce a Dorthé Jensen con quien se casa en 1951, luego de cambiarse el nombre por Villy Arbing, en 1950. Consigue trabajo en una fábrica de automóviles y luego su esposa lo anima a publicar su primer libro, apareciendo así «De Fordometes Legion» (La Legión de los Condenados), en 1953.

En 1957 una enfermedad que contrajo durante la guerra le postra en cama durante casi dos años. Al recuperarse continúa escribiendo sus novelas. En 1964 se muda a Barcelona donde sigue viviendo hasta la fecha. En total ha vendido más de 50 millones de copias en 18 idiomas.

En sus apasionantes libros narra la historia de seis soldados alemanes que viven siempre al borde del reglamento, algunos de ellos provenientes de batallones de castigo. Es un equipo de compañeros y camaradas en el frente, que viven el horror del combate en varios escenarios (Messina, Stalingrado, Francia, ...) donde con una imaginativa y apasionante narrativa describe las vivencias del soldado alemán común, representadas en sus personajes, y de como salvan, presencian o viven situaciones que afectaron al combatiente alemán en los más difíciles escenarios de guerra.

Un aspecto peculiar destaca de este grupo de soldados y es que están en contra del antisemitismo que normalmente mantenían muchos soldados de la Wehrmacht, en algunos capítulos incluso llegan a ocultar judíos perseguidos por las SS.

La canción que tararean en los labios antes del combate es: —" Ven, dulce muerte, ven a mí..."—

Sus personajes:

El legionario: Soldado de vasta experiencia en el frente, con un sin fin de ardidés y tretas que usa para su beneficio. Sirvió en la Legión Extranjera francesa. Un cigarrillo Caporal permanentemente encendido en sus labios es su seña de identidad.

El viejo: El combatiente alemán de mayor edad, es el jefe de la sección (sargento). Por su experiencia y humanidad representa un seguro de vida para todos los demás miembros de su sección. El frente de combate es su refugio para ocultar una tragedia personal, sin guerra él no existe.

Hermanito: Es el soldado bruto del equipo, gigantón de fuerza hercúlea, pero de cerebro minúsculo, que actúa casi por instinto. Compañero de aventuras de «Porta» y habitual saqueador de cadáveres, su especialidad son los dientes de oro y las reyertas de taberna.

Julius Heide: Es el típico soldado nazi fanático, que aplica el reglamento hasta en

las situaciones más inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que sea un soldado insuperable en combate. Terminó siendo un alto oficial de Alemania del este.

Porta: Es el típico soldado buscavidas, juerguista y mujeriego, frío para actuar en combate, pero que cohesiona el grupo con su cálida amistad y camaradería. Es, además, un consumado trompetista y cocinero. Su característica es usar un sombrero alto de copas amarillo cuando no hay oficiales presentes. Muchas de las historias orbitan en torno a sus vivencias.

Barcelona: Sargento, al igual que «el Viejo», ha participado en la Guerra Civil Española. De ella proviene su apodo, muchas expresiones en castellano y una vieja naranja arrugada que siempre tiene en el bolsillo.

Gregor Martin: Chofer del mariscal de campo Von Kluge en «General SS». Amigo y compañero de aventuras, sobrevivió a la guerra.

Sven: Sven Hassel se representa a si mismo en este personaje que es como el joven soldado granadero adjunto al grupo.

El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos doscientos mil negros procedentes de las ex colonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán. En unas entrevistas realizadas por la televisión inglesa a personas de raza negra, que vivieron en Alemania durante la época hitleriana, manifestaron que inicialmente fueron rechazados en el servicio militar, pero que al final fueron aceptados. Ninguno mostró fotografías o alguna evidencia de que efectivamente hubieran prestado servicio.

La vida de estos personajes en el frente es la esencia de los libros de Sven Hassel. En el punto de vista de Hassel, la guerra es brutal. En sus libros los soldados sólo pelean para sobrevivir, la Convención de Ginebra es un papel inútil para ambos bandos. Personas son asesinadas sin justicia ni razón. Pequeños eventos pacíficos y encuentros amistosos pueden ser rotos en segundos. Antipáticos oficiales prusianos constantemente amenazan a sus hombres con ejecutarlos sin ninguna provocación. Enfadados soldados en ocasiones asesinan a sus propios oficiales.

Su obra hizo que mucha gente en todo el mundo se interesara por la II Guerra Mundial desde el punto de vista alemán, un punto de vista en principio poco conocido.

Sus detractores:

El polémico periodista danés Erik Haaest ha estado años intentando rechazar la bibliografía de Sven Hassel. Según él, Sven Hassel es realmente un nazi danés que nunca peleó en el frente ruso. De acuerdo a Haaest, el autor estuvo la mayor parte de la guerra en la Dinamarca ocupada, y su conocimiento de la guerra viene de veteranos de las SS daneses que encontró después del conflicto.

De acuerdo con Haaest, Sven pasó la época de la guerra desempleado en Dinamarca, vestido con uniformes robados de oficial pretendiendo ser Himmler o algo por el estilo. Según Haaest, Hassel también robaba bicicletas en Copenhagen y las donaba al Partido Nacionalsocialista Danés. Después de ingresar a un cuartel vestido de oficial comenzó a dar órdenes a los reclutas hasta que fue descubierto y encerrado en una prisión por impostor y robo de uniformes.

En 1941-1942 fue arrestado nuevamente por intimidar a una mujer, vestido con uniforme y fingiendo ser un oficial. Episodios similares a este se cuentan por docenas, según Haaest. En 1944 Hassel viste un verdadero uniforme como miembro de la HIPO (Nacionalsocialistas daneses), en apoyo de la policía alemana, para desactivar a la Resistencia danesa. Siempre según Haaest, el autor pasó un tiempo en prisión después de la guerra, donde conoció a muchos ex combatientes daneses que lucharon en divisiones de las Waffen-SS.

Según Haaest, con esos testimonios, Hassel inventó cientos de historias sobre la guerra. Luego se buscó un escritor (probablemente su esposa, porque él es incapaz de escribir una línea, según Haaest) para que le ayudara a escribir «sus» historias en la primera novela. «Legión de los Condenados» fue un éxito rutilante y fue traducida a muchos idiomas lo que le aseguró a Hassel los medios para sobrevivir con comodidades y escribir sus siguientes obras.

Fue en esos días, dice Haaest, que Sven Hassel se casó. Según el periodista, la esposa de Hassel se vio involucrada en un enorme negocio de pornografía en toda Europa, actividad que le dio muchos dividendos.

Los profesionales nunca han considerado seriamente su obra como auténtica. Por ejemplo, había un regimiento 27 en el ejército alemán, pero no era un batallón de castigo. No había muchos tanques Tiger, y estaban organizados en batallones especiales, unidos a unas pocas divisiones de élite. No eran entregados a batallones de castigo.

Por esos fallos foros históricos y militares en internet, como Feldgrau.com y AxisHistory.com, no consideran sus obras como auténticas.

Verdad o no su biografía, lo cierto es que estamos ante un personaje que ha sabido transmitir «su historia» a través del punto de vista de un puñado de soldados alemanes y que estas historias se han traducido a varios idiomas, vendiéndose

millones de ejemplares en todo el mundo.

Sus libros:

La legión de los condenados (1953)

Los panzers de la muerte (1958). *Llevada al cine en 1988 International, filmada en Belgrado, Yugoslavia.*

Camaradas del Frente (1960)

Batallón de castigo (1962)

Monte Cassino (1963)

Gestapo (1963)

¡Liquidación París! (1967)

General SS (1969)

Comando Reichsführer Himmler (1971)

Los vi morir (1975)

La ruta sangrienta (1977)

Ejecución (1979)

Prisión GPU (1981)

El comisario (1985)

Notas

[1] «Kriminalpolizei»: policía criminal. [Volver](#)

[2] Cigarrillo (N. del T.) [Volver](#)

[3] «Schwedes Naschimen-gewehr»: ametralladora pesada. [Volver](#)

[4] Asociación de mujeres nazis. [Volver](#)

[5] Carros antitanque. [Volver](#)

[6] Artillería antiaérea. [Volver](#)

[7] Aviones de asalto rusos, análogos a los «stukas» alemanes. [Volver](#)

[8] «Bun Deutscher Madel», Liga de Muchachas Alemanas. [Volver](#)

^[9] *Reichssicherheitshauptamt*»: Dirección General de la Seguridad del Reich. [Volver](#)

[10] Cabo primero. [Volver](#)

[11] «Sonnenheim»: Casa del sol. [Volver](#)

[12] ¡Bendito sea Dios! Saludo corriente en Baviera y Mecklemburgo. [Volver](#)

[13] Entrada prohibida (en checo). [Volver](#)